

Diez ensayos sobre
REALIDAD
REVISTA DE IDEAS
(Buenos Aires, 1947 - 1949)

Edición de
Carolina Castillo Ferrer y
Milena Rodríguez Gutiérrez



LUIS GARCÍA MONTERO es escritor y catedrático de Literatura Española en la Universidad de Granada, investigador responsable del Proyecto de Investigación de Excelencia “Francisco Ayala en América y América en Ayala: relaciones literarias, culturales y sociales” y autor del libro Francisco Ayala. El escritor en su siglo.

LUIS ALBERTO ROMERO ha sido catedrático de Historia Social General en la Universidad de Buenos Aires y es investigador principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET, Argentina). Entre sus publicaciones figura Breve historia de Argentina (1916-2010), editada también en inglés y en portugués.

RAQUEL MACCIUCI es catedrática de Literatura Española en la Universidad Nacional de La Plata y miembro fundador del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria. Es autora del libro Final de plata amargo. De la vanguardia al exilio. Ramón Gómez de la Serna, Francisco Ayala y Rafael Alberti.

SEBASTIÁN MARTÍN es doctor en Derecho y profesor e investigador en la cátedra de Historia del Derecho de la Universidad de Sevilla; es autor de la edición y estudio de las memorias de cátedra de Francisco Ayala, Eduardo L. Llorens y Nicolás Pérez Serrano en un libro titulado El derecho político de la Segunda República.

JULIÁN JIMÉNEZ HEFFERNAN es catedrático de Literatura Inglesa en la Universidad de Córdoba (España); en la actualidad prepara para la Fundación Francisco Ayala un ensayo titulado “El soberano y el santo. La crítica del barroco de Francisco Ayala en contexto europeo”.

OLGA GLONDYS es doctora en Filología Hispánica por la Universidad Autónoma de Barcelona e investigadora posdoctoral en el Departamento de Humanidades de la Universidad Carlos III de Madrid; es autora del libro Guerra Fría cultural y exilio republicano español: el caso de Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965).

JORDI GRACIA es catedrático de Literatura Española en la Universidad de Barcelona. Escritor y colaborador de varios medios de comunicación, es autor de libros como La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España y A la intemperie. Exilio y cultura en España, y prepara en la actualidad una biografía de Ortega y Gasset.

FRANCISCO JOSÉ MARTÍN es doctor en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid y en Filología por la Universidad de Pisa. Trabaja como profesor en la Universidad de Turín, codirige la colección Pensar en Español y colabora habitualmente en Revista de Occidente y ABCD las artes y las letras.

LAURA SCARANO es catedrática de Literatura Española Contemporánea en la Universidad Nacional de Mar del Plata, investigadora principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET, Argentina) y presidenta de la Asociación Argentina de Hispanistas. Forma parte del Proyecto de Investigación de Excelencia “Francisco Ayala en América y América en Ayala: relaciones literarias, culturales y sociales”.

CAROLINA CASTILLO FERRER es licenciada en Filología Inglesa y doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Granada; en la actualidad trabaja como personal técnico del Proyecto de Investigación de Excelencia “Francisco Ayala en América y América en Ayala: relaciones literarias, culturales y sociales” (Departamento de Literatura Española, Universidad de Granada).

MILENA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ es escritora, doctora en Filología Hispánica e investigadora contratada del Departamento de Literatura Española de la Universidad de Granada. Ha formado parte desde su constitución del Proyecto de Investigación de Excelencia “Francisco Ayala en América y América en Ayala: relaciones literarias, culturales y sociales”.

DIEZ ENSAYOS SOBRE REALIDAD. REVISTA DE IDEAS

(Buenos Aires, 1947-1949)

Cuadernos de la Fundación Francisco Ayala, 7

Este libro ha sido publicado con la colaboración económica de la Consejería de Economía, Innovación y Ciencia de la Junta de Andalucía –Proyecto de Investigación de Excelencia HUM 3799 «Francisco Ayala en América y América en Ayala», Departamento de Literatura Española de la Universidad de Granada– y del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Primera edición: 2013

© *De los textos*: sus autores

© Universidad de Granada / Fundación Francisco Ayala

Diez ensayos sobre Realidad. Revista de Ideas (Buenos Aires, 1947-1949)

Diseño de la colección: Juan Vida

Fotocomposición: La Trama Digital

Impresión: Imprenta Provincial

Impreso en España / Printed in Spain

DIEZ ENSAYOS SOBRE *REALIDAD*. *REVISTA DE IDEAS*
(Buenos Aires, 1947-1949)

Edición de
Carolina Castillo Ferrer y Milena Rodríguez Gutiérrez

Fundación Francisco Ayala
Universidad de Granada
2013

Índice

Nota editorial	9
Decir ciertas cosas que no suelen decirse: la vocación del intelectual, por Luis García Montero	11
La Argentina de <i>Realidad</i> , por Luis Alberto Romero	21
El campo intelectual y el campo literario de <i>Realidad</i> , por Raquel Macciuci	45
<i>Realidad</i> y el contexto político de la posguerra mundial, por Sebastián Martín	71
La sociedad abierta: el registro internacional de <i>Realidad</i> , por Julián Jiménez Heffernan	103
El puente en sus primeros años: la sección “Carta de España” en sus contextos y consecuencias, por Olga Glondys	125

Un maestro tambaleante: Ortega al fondo, por Jordi Gracia	147
Dos cartas de Alfonso Reyes a José Ortega y Gasset	163
 Filosofía y crisis de la modernidad en <i>Realidad</i> , por Francisco José Martín	167
 Razones poéticas en la revista <i>Realidad</i> , por Laura Scarano	189
 Lo mejor se alía como siempre: <i>Realidad</i> en la correspondencia de sus colaboradores, por Carolina Castillo Ferrer	207
 Cuatro notas de <i>Realidad</i> a sus lectores	241
 Índice onomástico	253

Nota editorial

LOS ensayos que componen este volumen fueron presentados, en una primera versión, en el Simposio Internacional “En torno a *Realidad. Revista de Ideas* (Buenos Aires, 1947-1949)”, celebrado en Granada los días 22 y 23 de febrero de 2013, entre cuyas finalidades figuraba, precisamente, la subsiguiente publicación de las ponencias –los primeros estudios monográficos que hasta el día de hoy se han hecho de esta importante, y todavía poco conocida, revista de alcance internacional–. El simposio contó, asimismo, con una intervención excepcional: la del profesor José Manuel Blecuá, director de la Real Academia Española, quien se ocupó del número monográfico de la revista *Realidad* dedicado a Miguel de Cervantes con motivo del cuarto centenario de su nacimiento. Las jornadas fueron organizadas por la Fundación Francisco Ayala, con la colaboración del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, como tercera edición de su ciclo anual *Conversaciones en la Fundación*; y por el Proyecto de Investigación de Excelencia HUM 3799 “Francisco Ayala en América y América en Ayala”, del Departamento de Literatura Española de la Universidad de Granada, patrocinado por la Consejería de Economía, Innovación, Ciencia y Empleo de la Junta de Andalucía. Las sesiones tuvieron lugar en el Palacio de La Madraza, sede de las actividades del Vicerrectorado de Extensión Universitaria de la Universidad de Granada, y en el Palacete de Alcázar Genil, sede de la Fundación Francisco Ayala.

A Carolyn Richmond, testigo directo de la importancia que Ayala había concedido siempre a la revista *Realidad*, se debe la insistencia en la necesidad del presente volumen. Ya en 2006 propuso, como una de las actividades principales de la conmemoración del centenario de Francisco Ayala, la reedición de la colección, empresa que llevó a buen término la editorial sevillana Renacimiento, cuya reproducción facsimilar, precedida por una extensa y valiosa introducción de Luis García Montero (“La aventura de pensar el mundo”), facilita el acceso al conjunto de las páginas de esta *revista de ideas*.

Entre enero de 1947 y diciembre de 1949 fueron apareciendo en Buenos Aires los dieciocho números de esta publicación, propuesta originalmente por Eduardo Mallea e impulsada por el filósofo argentino Francisco Romero —quien sería su director nominal— y por dos españoles exiliados: el escritor y sociólogo Francisco Ayala y el pedagogo Lorenzo Luzuriaga. Las entregas tenían carácter bimestral y estaban concebidas para ser encuadernadas en dos tomos por año. La edición facsimilar respeta, de hecho, esa distribución, y se presenta en seis tomos. En las referencias a textos de *Realidad* en los ensayos del presente libro constan, entre paréntesis, el tomo, el número de la revista y, de ser necesario, las páginas citadas.

El lector comprobará por sí mismo la densidad y variedad del contenido de *Realidad* conforme se vaya adentrando en los diez ensayos del volumen, que tratan temas como el contexto político e intelectual del primer peronismo y el de la posguerra mundial; el carácter internacional de la revista; la relación de esta con la cultura española, tanto la del exilio como la que comenzaba a reavivarse en el interior; y el mundo de las ideas, el pensamiento filosófico y la crítica literaria de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Al final del volumen, se reproducen cuatro textos importantes —sobre todo el editorial del primer número— dirigidos a sus lectores por la redacción para explicarles los objetivos de la publicación y comentarles el desarrollo de la revista. Esos escritos, junto con la correspondencia epistolar estudiada en otro de los ensayos, completan la visión que de *Realidad* tuvieron en aquel momento algunos de sus colaboradores.

Decir ciertas cosas que no suelen decirse: la vocación del intelectual

Luis García Montero

(Universidad de Granada)

UNO de los errores más graves en los debates culturales y éticos es proyectar hacia el pasado la mentalidad del presente. Al definir una época lejana con nuestros propios ojos la sacamos de su situación histórica y nos condenamos a la incomprensión. Por eso el historiador debe tener especial cuidado a la hora de reconocer los orígenes de su propio tiempo. Resulta necesario meditar bien si al identificarnos con el pasado caemos en la trampa de manipular la historia desde una perspectiva particular o, por el contrario, nos acercamos a un ámbito de preguntas y respuestas que pertenece en realidad a nuestro propio mundo. Creo que la actualidad de la obra intelectual de Francisco Ayala se debe a que sus preguntas, sus denuncias y sus meditaciones marcan bien las fronteras de una época que es todavía la nuestra. El paso de los años solo ha radicalizado en los inicios del siglo XXI lo que empezó a tejerse después de la Segunda Guerra Mundial con la “unificación tecnológica del mundo”, estudiada por Ayala en su libro sobre *Oppenheimer* (1942) y en su *Tratado de Sociología* (1947).

En aquella dinámica vino a concretarse de nuevo el debate entre el prestigio de los intelectuales o el predominio de los individuos pragmáticos. ¿Quiénes deben ser la referencia en los comportamientos del mundo? La apuesta intelectual implicaba el prestigio del saber teórico, del conocimiento puro. Un intelectual era alguien capaz de interpretar las necesidades de la sociedad y de intervenir en ella a través de la mirada teórica para facilitar la mejora de la vida. La apuesta pragmática suponía la consideración de que la vida impone su propia inercia, su voluntad, su lucha, su experiencia. La mirada del ser pragmático pretendía distinguir lo útil de las quimeras y de la palabrería.

Claro que la situación es siempre más compleja porque la apuesta teórica y la apuesta pragmática, por mucho que se enfrenten, están condenadas a relacionarse. Así lo advirtió Francisco Ayala en *Razón del mundo. Un examen de conciencia intelectual* (1944), uno de los libros más característicos de su pensamiento en los años cuarenta. En medio de una crisis grave, mientras se tambaleaba la cultura democrática, mientras el pensamiento totalitario amenazaba con una lectura de la modernidad contraria a las libertades políticas y el conflicto bélico iniciado en España ardía aún en Europa, Francisco Ayala se planteó el lugar de los intelectuales en la sociedad. Meditó sobre la personalidad teórica y la personalidad política o de acción (desde el militar al empresario).

Al deslindar las dos perspectivas, necesito destacar sus relaciones. El conocimiento y la razón de la personalidad teórica desembocan en la vida. No solo porque su voluntad de ser útiles es una de las claves de la civilización, sino porque resulta imprescindible un punto de apoyo para su trabajo. Las abstracciones teóricas sin confrontación en la realidad pueden conducir, y la demostración estaba muy presente, a absolutismos agresivos y crueles o a estupideces ridículas. La actualidad había demostrado, según denunció Ayala, que muchos intelectuales no eran inteligentes. Habían llegado a defender lo indefendible.

El ejemplo de Ortega y Gasset estuvo dolorosamente cercano al intelectual granadino porque había sido uno de sus maestros. Se sintió obligado a situarse ante él. Ortega había adoptado durante los años de la Guerra Civil española una actitud humana e intelectual diferente a la de Francisco Ayala, muy comprometido con la defensa de la legalidad republicana. Después de intentar colocarse por encima de los acontecimientos, Ortega había escrito en 1937 un “Prólogo para franceses” y un “Epílogo para ingleses” al hilo de *La rebelión de las masas*, en los que se definía de forma clara con relación a la guerra española y llegaba a una conclusión alarmante para el pensamiento democrático: “El totalitarismo salvará al liberalismo, destiñendo sobre él, depurándolo, y gracias a ello veremos luego un nuevo liberalismo”. La abstracción al margen de la historia, en el peor de los casos, podía bajar a los infiernos, conducir a la comprensión del totalitarismo o a los campos de concentración concebidos como procesos metódicos de exterminio.

La perspectiva pragmática, por otra parte, necesita conocer la vida a través de conceptos, de ideas. No conviene olvidar que incluso el irracionalismo tiene un punto de partida racional. El irracionalismo surge de la autoconciencia de la razón: hay asuntos y posibilidades que se le escapan. Las invitaciones a la acción como norma de vida, al vitalismo como respuesta, nacen en la desembocadura de la razón, flotan en su autoconciencia.

La razón tiene sombras, pero de inmediato –incluso si se asumen estas fronteras– surge la necesidad de ponerle también límites al irracionalismo. Por sus venas se llega de nuevo al totalitarismo más desalmado o a los peligros del populismo. Las lecciones crueles de la Europa de los años treinta y cuarenta, la atmósfera de la que surgieron los totalitarismos y los campos de concentración, son la consecuencia de una mezcla de racionalismo capaz de desembocar en el nihilismo y del irracionalismo capaz de usar la identidad vital como cancelación de los límites éticos en sus actuaciones.

Dentro de este panorama era urgente componer un necesario lugar de confrontación, de contraste y limitación mutua entre la mirada teórica y la mirada práctica y política. Sus relaciones no debían servir para sacar lo peor de cada perspectiva, sino para limitar sus posibles desarrollos cancerosos. A ese lugar de confrontación le pone Ayala el nombre de *Realidad*. Así lo expone en *Razón del mundo* (Buenos Aires, Losada, 1944): “La conciencia de que todo pensamiento original es y no puede ser sino un pensar desde una situación concreta obliga a hacerse presentes, ante cada idea, las raíces que hunde en la realidad, y por las que se alimenta. Operación que, lejos de conducir al relativismo o subjetivismo que en un primer momento hubiera podido temerse, conduce más bien a depurar su validez objetiva, limpiándola de implicaciones circunstanciales. Y, sobre todo, elimina ese tipo de pensamiento espectral, que funciona en el vacío y se nutre de la sombra de una vida ajena, recusando su falsificación histórica” (página 112).

En este concepto de la *Realidad* se sitúan Francisco Ayala, Lorenzo Luzuriaga y Francisco Romero para fundar en Buenos Aires la revista del mismo nombre. Ayala redactó la explicación editorial del primer número, publicado en enero-febrero de 1947, haciendo hincapié en el necesario diálogo entre ideas y acciones. La realidad es su lugar de confrontación: “Realidad se llama esta publicación, porque intenta atender –desde nuestro

mirador argentino y con la contribución de muchas mentes vueltas hacia el enigma de nuestro tiempo— a la vasta realidad contemporánea, a la que somos nosotros, a la total en la que deseamos insertar cada vez más nuestra presencia patente y operante. Le hemos puesto como subtítulo *Revista de Ideas*, porque en cuanto pensamiento y por el pensamiento interviene en lo real el escritor. Todo hecho humano, o se constituye sobre un armazón de ideas, o las tiene como ingrediente; todo hecho natural y humano se conoce, se juzga y se modifica mediante las ideas. Hechos e ideas componen la maraña de lo real...” (I, 1: 4).

Esta realidad en la que vivía Francisco Ayala se caracteriza en los años cuarenta por tres debates fundamentales. Resultaba necesario plantearse el significado de la unificación tecnológica del mundo. Convenía también analizar las respuestas que se habían dado ante las inercias de la modernidad tanto desde las alternativas totalitarias como desde un economicismo tecnológico que ocultaba profundas formas de control de las conciencias bajo la máscara de una libertad superficial. Y, finalmente, parecía imprescindible la ordenación de una tribuna sólida en la cultura y la ética capaz de defender los valores del pensamiento democrático.

Son cuestiones de un interés decisivo en una posible meditación sobre el lugar de los intelectuales en la sociedad actual. También ahora parece necesario plantearse el descrédito de los intelectuales, los recursos de su pudor en una mentalidad social dominada frecuentemente por el populismo y el engreimiento de la estupidez. La crisis de la prensa, el papel del Estado, las dimensiones individuales y sociales de la libertad y la posibilidad de una respuesta democrática a los desequilibrios del mundo son horizontes de debate que están abiertos y en los que urge consolidar perspectivas.

Para marcar el terreno de juego de los intelectuales de nuestro tiempo, me interesa aquí centrar el debate en cuatro aspectos: el populismo, la información libre, la dimensión social de la libertad y las oportunidades de un pensamiento en crisis. Ni siquiera hace falta advertir que sigo la lección de Francisco Ayala y de *Realidad*, pero que —en relación con la actualidad— hago una interpretación personal de la que soy único responsable. Así que busco respuestas a las contradicciones y precariedades del trabajo intelectual en el año 2013. Opino bajo mi responsabilidad, o bajo mi sinceridad. La

sinceridad radical fue un concepto utilizado por Ayala en la inmediata posguerra para legitimar la intervención de los intelectuales en medio de la tragedia, llena de incertidumbres, en una situación que no cuadraba con las medias verdades o con la comodidad de cerrar los ojos ante los problemas. La conciencia crítica debe confrontar sus ideas con la realidad sin buscar refugios en el debate y sin acudir a ninguna convocatoria ciega de adhesión.

Empecemos por las dinámicas del populismo. ¿Ante qué opinión pública hablan los intelectuales? El jurista Luigi Ferrajoli ha denunciado de manera oportuna el peligro de un *populismo desconstituyente* que anima a tomar partido en los debates sociales a través de códigos semejantes a los de la telebasura. Entre otros trabajos, aborda el problema en su libro *Podere salvajes. La crisis de la democracia constitucional* (Madrid, Trotta, 2011). Una reforma penal puede no legitimarse hoy en el estudio de los expertos capaces de valorar la situación general de un país y las consecuencias reales de unas leyes. La dinámica del endurecimiento de penas, la mano dura como consigna, quizás llega a establecerse como sentido de justicia por medio de los instintos de venganza y miedo que provoca un crimen mediático. El mecanismo afecta también, por ejemplo, a una reforma laboral, que no suele llevarse a cabo según los estudios de una mayoría de catedráticos de Derecho del Trabajo, sino como resultado de discusiones en caliente que ocultan intereses económicos particulares. Lo mismo ocurre con los debates políticos basados en el miedo (cuidado que vienen los malos), el rencor (este presidente tiene la culpa de todo) y la búsqueda de chivos expiatorios (los inmigrantes llegan para dejarnos sin trabajo).

El populismo alimenta la ira y el orgullo de la ignorancia a favor de los intereses del poder establecido. Genera una mentalidad basada en el descrédito. Ya sean estrategias utilizadas en nombre de la izquierda o de la derecha, siempre se facilita un proceso reaccionario y peligroso de descrédito de los intelectuales que intentan ejercer su conciencia crítica al margen de los linchamientos o las adhesiones populares. ¿Quién se habrá creído ese que es? En la medida en que los medios de control de la conciencia perfeccionan su tecnología, una rebaja sistemática de la educación y la cultura en favor del entretenimiento barato abre las puertas a la manipulación de las poblaciones.

El populismo es inseparable del nuevo papel jugado por la prensa. Lejos queda ya el optimismo moral con el que Ryszard Kapuscinski podía defender su profesión de una forma confiada en su magnífico ensayo *Los cínicos no sirven para este oficio* (Barcelona, Anagrama, 2002). El valor de la información libre y veraz como factor clave en la opinión pública democrática y en la vigilancia de las injusticias del poder llegó a convencer a Anna Politkóvskaya, periodista rusa asesinada, de que merecía la pena dar la vida por la verdad. Así lo dejó dicho y así se recoge en una colección de sus valientes artículos titulada *Solo la verdad* (Madrid, Debate, 2001).

Pero las dudas sobre el futuro del periodismo ganan peso hoy porque la dificultades del oficio no vienen solo de las represiones dictatoriales y la amenaza de las mafias. Ignacio Ramonet ha hecho un análisis implacable de la realidad informativa de las democracias occidentales en *La explosión del periodismo* (Madrid, Clave Intelectual, 2011). Con los grandes medios de comunicación en manos de los fondos de inversiones, los poderes financieros y las industrias bélicas y con la información controlada por unas pocas agencias de noticias, el periodismo ha pasado de ser un oficio de vigilancia del poder a convertirse en un mecanismo dispuesto a sofocar cualquier brote de rebeldía. La debilidad laboral de unas redacciones capaces de investigar deja paso al corta y pega de noticias rebotadas desde los focos ideológicos que conforman los temas de discusión y los tratamientos adecuados.

Francisco Ayala, que en los años de la II República había visto cómo se orquestaban en la prensa reaccionaria muchas informaciones falsas tendentes a preparar el golpe de Estado de 1936, dedicó varios estudios a esta cuestión en sus libros. Recogió “Propaganda y democracia” en *El problema del liberalismo* (México, Fondo de Cultura Económica, 1941), “Propaganda y política” en *Los políticos* (Buenos Aires, Depalma, 1944) y “Sobre la prensa” en *Histrionismo y representación* (Buenos Aires, Sudamericana, 1944). La peligrosa manipulación de las conciencias a través de las comunicaciones sesgadas, ya fuese en una dictadura o en una democracia dispuesta a confundir información con publicidad, le hizo dudar de las posiciones del liberalismo clásico. Esto es lo que afirma en el ensayo de *Los políticos*: “Al hablar de verdad y de mentira, como al hablar de irrupción en el mundo de las representaciones del prójimo, destinadas a despojarlo del gobierno

de su propia conciencia, no me coloco en la posición del liberalismo clásico para el que –presuponiendo la igualdad sustancial de los hombres como seres de razón– cada individualidad puede enfrentarse por sí misma con la verdad intemporal y absoluta” (página 147).

El imperio de las realidades virtuales capaces de sustituir a la experiencia histórica ha multiplicado hoy este peligro. Al intelectual le corresponde denunciar las estrategias de falsificación. Pero debe negociar constantemente con sus posibilidades porque está instalado en una paradoja: para ser visible y ejercer su libertad públicamente necesita estar presente en medios de comunicación que favorecen con mucha frecuencia un pensamiento contrario. La soledad social que provoca el populismo se convierte en inseguridad y soledad laboral a la hora de intervenir de forma sistemática en los debates públicos. La libertad de cátedra ha sido hasta ahora el mayor espacio de defensa del pensamiento en libertad. Pero los procesos de control gubernamental, de privatización y de sometimiento del saber a las leyes del mercado están asaltando este ámbito con más fuerza cada día.

El descrédito de la conciencia crítica va casi siempre acompañado por la puesta en sospecha de cualquier organización social o de las ilusiones colectivas. Se trata de dos formas de liquidar el relato de la emancipación. Una pretende borrar las conciencias individuales y la otra procura inutilizar los espacios de diálogo de esas conciencias. Por eso es importante devolverle a la palabra libertad su dimensión social. Unida en el pensamiento moderno a la metáfora del contrato social, la libertad no es solo la energía de un individuo solitario enfrentado al mundo. Supone también la necesidad de crear un marco social en el que sean posibles a la vez la convivencia y el desarrollo en libertad de las singularidades individuales.

Después de la experiencia totalitaria del estalinismo, el pensamiento neoliberal encontró una coartada fácil para legitimar una ética de la desvinculación. Y cuando se ve obligado a aceptar fuerzas de convocatoria y unificación, prefiere identificar los vínculos sociales con identidades fuertes (nacionalistas, religiosas o raciales) antes que con una articulación equilibradora de los espacios públicos y con la regulación política de la economía. Pero esa había sido una de las raíces del pensamiento moderno sobre la libertad y, desde luego, una experiencia posible más allá del totalitarismo es-

talnista. En *El problema del liberalismo*, un Francisco Ayala todavía cercano a sus maestros socialistas (Fernando de los Ríos, Luis Jiménez de Asúa y Hermann Heller) se siente inclinado a precisar: “La libertad política no es otra cosa que la libertad del ciudadano en el Estado, es decir, el gobierno democrático frente a toda especie de autocracia oligárquica; la Democracia es el derecho de todos los ciudadanos a participar, en un plano de igualdad, en el Gobierno. La igualdad es la condición inexcusable de la democracia: el principio de igualdad ante la ley tiene por fundamento de su justicia la hipótesis de una igualdad material de los ciudadanos. Cuando esta no existe, la mera igualdad formal del trato jurídico se traduce en resultados inicuos” (página 31).

La libertad entendida como energía individual y razón de la dignidad humana, muy presente en toda la trayectoria intelectual de Francisco Ayala, debe tomar conciencia de su dimensión social, de su compromiso con la emancipación colectiva. Tan peligroso resulta el populismo mediático que busca la homologación multitudinaria de las conciencias como el formalismo democrático que se escuda en el ritual de las urnas para desentenderse de la justicia social y del bienestar material de los ciudadanos. El trabajo del intelectual no debe concebirse como una tecnocracia, una acumulación de técnicas y saberes separados de la emancipación humana. Difícil tarea en una dinámica científica que tiende a la especialización cerrada y en una dinámica social que favorece el descrédito de la política. Participar en las ilusiones colectivas y conservar a la vez la independencia de pensamiento es otro de los esfuerzos que necesita asumir el intelectual que no esté dispuesto a diluirse en las consignas ni a acomodarse en el ensimismamiento.

Para acabar con unas gotas de optimismo, basado más en las convicciones que en la esperanza, quiero recordar que Francisco Ayala valoró las oportunidades renovadoras de un pensamiento en crisis. Fue también la perspectiva que asumió Jean-Paul Sartre en uno de los artículos más importantes publicados en *Realidad*, “¿Qué es la literatura?": “La visión lúcida de la más sombría situación es ya, por sí misma, un acto de optimismo: implica, en efecto, que esta situación es *pensable*, es decir, que no estamos perdidos en ella como en una selva oscura” (II, 6: 360-361). Francisco Ayala, por su parte, había explicado en *Razón del mundo* que “cualquier crisis abre

perspectivas al conocimiento”. Es otra de las ventajas de la realidad, por dura que sea: “En las condiciones de crisis se contienen oportunidades de conocimiento que le son peculiares y que pudieran compararse a las que, acaso, le brinda al geógrafo una catástrofe telúrica” (página 111).

Nuestra crisis democrática y económica actual es tan dura que los discursos mediáticos dispuestos a fundar una experiencia virtual sofocadora están rompiéndose, agrietados por la experiencia real, y eso abre nuevas alternativas de pensamiento en las que es posible que la mirada intelectual encuentre una oportunidad frente a las versiones mediáticas del populismo, ya sean formuladas desde los instintos bajos de la telebasura o desde el miedo y la “actitud responsable” y sometida que exigen los poderes establecidos.

La crisis del periodismo, que no solo genera desempleo y humillaciones laborales, sino que incluso está poniendo en peligro la supervivencia del oficio, ha obligado a buscar soluciones. En Francia, la iniciativa de Mediapart no supone únicamente un nuevo medio de información. Se pretende constituir una nueva filosofía que enlace con la mejor herencia del periodismo independiente. Lo explica su director Edwy Plenel en *Combate por una prensa libre* (Barcelona, Edhasa, 2012). Las nuevas tecnologías y la creación de un público consciente de sus derechos hacen posible un medio de comunicación, en soporte digital y en papel, que no dependa ni del dinero de las instituciones políticas, ni de la publicidad de las multinacionales. Crear un público es hoy una de las tareas fundamentales del periodismo. Aquí no solo se hace uso de la libertad de crear medios de comunicación, sino que se apuesta por una comunicación en libertad. Y no es lo mismo la libertad de informar que la información en libertad.

Combat se llamaba el periódico mítico de la resistencia francesa en el que escribió Camus. Uno de los mejores consejos que, desde su experiencia, ofreció el escritor francés a los intelectuales y a los periodistas sirvió para distinguir verdad y neutralidad. Más que creernos en posesión de la verdad, conviene que hagamos un esfuerzo por no mentir. Quizás sea esa la tarea clave para ordenar una labor intelectual en los tiempos que corren. No es posible creer en las verdades esenciales, ni en las tentaciones de la neutralidad, pero tampoco podemos renunciar a la conciencia y a la vinculación sincera del pensamiento. ¿Supone esto una esperanza?

Como la literatura y la memoria nos permiten jugar con el tiempo y salvar las contradicciones, me permito la búsqueda de un hueco al fusionar diversas perspectivas. Perspectivas que deberían entenderse entre sí. Junto al recuerdo de Albert Camus, quiero regresar al artículo citado de Jean-Paul Sartre. Merece la pena tener sus palabras en consideración: “Como el escritor se dirige a la libertad de su lector, y como cada conciencia mistificada, en tanto es cómplice de la mistificación que la encadena, tiende a perseverar en su estado, no podremos salvaguardar la literatura sino poniéndonos a la tarea de desmitificar a nuestro público. Por la misma razón, el deber del escritor es tomar partido contra todas las injusticias, vengan de donde vengan... Desde este punto de vista, hemos de denunciar tanto la política de Inglaterra en Palestina y la de los Estados Unidos en Grecia como las deportaciones soviéticas. Y si se nos dice que nos hacemos los importantes y que somos pueriles al esperar que vamos a cambiar el curso del mundo, responderemos que no tenemos ilusión alguna, pero que conviene no obstante que ciertas cosas se digan, aunque solo sea para salvar la cara a los ojos de nuestros hijos, y que por lo demás no tenemos la loca ambición de influir sobre el State Department, sino la –un poco menos loca– de actuar sobre la opinión de nuestros conciudadanos” (II, 6: 365).

La Argentina de *Realidad*

Luis Alberto Romero

(Conicet-UBA)

LA revista *Realidad* surgió del esfuerzo conjunto de un grupo de intelectuales españoles exiliados –principalmente Francisco Ayala y Lorenzo Luzuriaga– y de otro grupo de intelectuales argentinos, todos ellos enfrentados con el régimen peronista gobernante, encabezado por Eduardo Mallea, promotor de la idea, y Francisco Romero, director nominal de la revista. El propósito declarado fue observar la realidad contemporánea “desde nuestro mirador argentino”. Publicada entre 1947 y 1949, su existencia transcurrió durante los años iniciales del primer gobierno peronista. Todas estas circunstancias condicionan la existencia de la revista y la perspectiva con la que, más allá de las diferencias, se miraba esa realidad.

En este texto nos proponemos explicar tres cuestiones. En primer lugar, cómo era aquella Argentina peronista. Luego, más extensamente, qué características tenía el mirador: el mundo de los intelectuales antiperonistas, que incluyó a muchos exiliados republicanos. Finalmente esbozaremos el modo en que la Argentina fue considerada desde la revista: la perspectiva de *Realidad*.

La Argentina en los años de *Realidad*

DOS cuestiones son relevantes para comprender la Argentina en los años de *Realidad*, que son los iniciales del primer gobierno peronista: la prosperidad económica del país y la brecha ideológica y política que lo dividió.

“La Argentina era una fiesta”, tituló Félix Luna el tomo pertinente de su historia del peronismo. Tulio Halperin Donghi, por su parte, habló de la “revolución social” de esos años, perceptible para cualquiera que caminara

por las calles o viajara en tranvía. Luna admite que algo de eso hubo en la elección presidencial de febrero de 1946, pero agrega: “no había aire revolucionario sino clima de jolgorio... sabor de fiesta y talante de romería”¹.

Ambos autores –jóvenes por entonces, y con experiencias tan vívidas como personales– recogen algo propio de la Argentina del momento. Al fin de la Segunda Guerra Mundial era un país próspero, y durante los tres años siguientes, hasta 1949, disfrutó de la riqueza acumulada durante el conflicto. Hoy se admite que no lo hizo de la mejor manera posible, pero lo cierto es que, para muchos, aquellos fueron años espléndidos en lo material, y para otros –como Ayala y muchos exiliados españoles–, años en los que pudieron sobrevivir sin zozobras. El gobierno, que disponía de abundantes reservas en divisas, profundizó las políticas estatistas iniciadas en los años treinta, nacionalizó importantes sectores de la economía –vendidos con satisfacción por sus propietarios extranjeros– y acentuó el control del comercio exterior, el crédito, los salarios y los precios. La industria nacional –incluyendo la editorial–, que había crecido después de la crisis de 1930 y se expandió durante la guerra, fue sostenida con créditos baratos, divisas a precio promocional y un mercado consumidor en expansión, debido a la elevación general de los salarios. Como en muchos países de entonces, el rumbo político elegido fue la autarquía, el sostenimiento del mercado interno y la distribución del ingreso.

Los trabajadores se beneficiaron con el pleno empleo y los salarios protegidos por sindicatos que el Estado reconocía. La demanda de trabajadores no solo movilizó la migración interna sino que atrajo una nueva oleada de inmigrantes, provenientes de la Europa de la posguerra, dominada por la desocupación y el hambre. Con buenos salarios, el consumo se amplió, incluyendo rubros hasta entonces poco habituales para los trabajadores, como el turismo vacacional o el cinematógrafo semanal. Pero la democratización incluyó también la educación, con una significativa ampliación de la matrícula en la enseñanza media y un perceptible aumento de la matrícula terciaria y universitaria.

Empleo y salarios formaron parte de una propuesta más general, la “justicia social”, que junto con la independencia económica y la soberanía política fueron banderas del peronismo. La justicia social incluyó políticas estatales sobre vivienda, salud, atención a los ancianos y otras comunes a

las de los “estados del bienestar” de entonces, y particularmente el inglés. Pero además contuvo elementos simbólicos, como la dignificación del trabajador, que profundizaron el movimiento de democratización de la sociedad característico de las décadas anteriores, llevándolo a extremos que parecían conmover privilegios tradicionalmente establecidos.

Allí residió esa dimensión revolucionaria, que subrayó Halperin Donghi, referida a la acelerada incorporación, al clima igualitario y a la valoración de prácticas y gustos considerados “populares”, aunque más justamente deberían adscribirse a las industrias culturales masivas o a la propaganda estatal. Si hubo conflictos sociales, estos no se asemejaron al modelo clásico de la lucha de clases; provinieron más bien de la democratización acelerada y el desafío a las elites establecidas, que empezaron a ser desplazadas por nuevas camadas de dirigentes. Fue una revolución profunda y de consecuencias –desde entonces la Argentina tuvo problemas para conformar elites legítimas– pero realizada en medio de la fiesta y el jolgorio.

Donde hubo conflicto, y fuerte, fue en la política. El peronismo llevó al extremo una modalidad plebiscitaria de la democracia que, en rigor, remontaba a los tiempos de Yrigoyen y el inicio de la democracia moderna². La aclamación y el liderazgo ocuparon el lugar asignado en la versión republicana y en la Constitución a la representación y la discusión, que nunca tuvieron demasiado arraigo en la cultura política peronista. El liderazgo –Perón y Eva Perón– fue más intrusivo, hasta alcanzar la educación escolar. El monopolio de los medios de difusión –los diarios, las radios– hizo abrumadora la propaganda oficial y, simultáneamente, las libertades públicas fueron recortadas con la intimidación y algo de persecución. Esta fue moderada, si se la compara con la que el mismo régimen desarrollaría luego de 1950, pero fue difícil de sobrellevar para sus opositores, sobre todo porque se habían acostumbrado a ver, no sin razón, al peronismo en el espejo del fascismo.

La brecha política e ideológica

Los argentinos estaban tajantemente divididos en peronistas y antiperonistas. Había una brecha política e ideológica profunda. Pero no era nueva, sino que resignificaba la que se había venido conformando desde las primeras décadas del siglo XX.

Se trata de una brecha tan definida como cambiante en sus contenidos; los actores cambiaban de posición, las alianzas se reconfiguraban y lo político y lo ideológico no siempre coincidían. Pero la brecha le fue dando a la convivencia ciudadana, política e intelectual, un tono fuertemente crispado. No faltan precedentes en el siglo XIX, durante las guerras civiles y el largo proceso de organización nacional. Pero fueron diferentes en el contexto del siglo XX, con un Estado organizado, un nacionalismo liberal e integrador, cultivado en las décadas finales del siglo XIX, y luego una apertura hacia la democracia política con la ley Sáenz Peña de 1912. Por entonces, con el radicalismo, la democracia nació plebiscitaria, nacional y popular. El radicalismo era “la nación misma” y fuera de él solo quedaba “el régimen”. Desde entonces, y nutrida en los debates europeos, la cuestión de “las masas” y “la democracia” se instaló en el debate, que en sus estribaciones recogió *Realidad*.

Un poco antes, muchos intelectuales habían comenzado a buscar en la Argentina los rasgos que definían una nación culturalmente homogénea, a la alemana, superior a la meramente liberal y constitucional. Manuel Gálvez, Ricardo Rojas y tantos otros comenzaron una querrela acerca del “ser nacional”, que atravesó los años 30 y llegó a manifestarse en *Realidad*. La Iglesia católica, ya embarcada en una cruzada contra el Estado laico, agregó en torno del Centenario su propia versión: la Argentina era una “nación católica”. Poco después asumió el programa papal de la “re Cristianización” de la sociedad y del Estado, impulsó la formación de intelectuales con los Cursos de Cultura Católica, y de cuadros militantes a través de la Acción Católica. Las jornadas del Congreso Eucarístico Internacional de 1934 –con su multitud de varones adultos comulgando en las calles– dieron testimonio de la fuerza de este giro y de su instalación en una buena parte de la sociedad. Finalmente, el Ejército elaboró su propia versión del nacionalismo, basado en el territorio y la autarquía estatal –condición de la “nación en armas”–, antes de que su imaginario fuera atrapado por el nacionalismo católico y subsumido en la clásica imagen de la espada y la cruz.

Todas estas versiones, muy diferentes, tenían algunas coincidencias: el tono militante y regeneracionista, y la partición del país en dos: lo auténticamente nacional y lo espurio, cosmopolita, antinacional. Poder definir

quiénes eran los que integraban uno y otro campo era precisamente el trofeo en disputa. Luego de la crisis de 1929, el liberalismo más clásico –en buena medida un resultado de la definición de los otros– no encontró otra defensa que el elitismo intelectual y el régimen político fraudulento. La izquierda progresista, entre liberal, socialista y comunista, batalló mejor: fortaleció los sindicatos y desarrolló su propio programa cultural popular; pero sus diferencias internas eran con frecuencia más importantes que las coincidencias.

Ambos mundos, ideológicos y culturales, coexistieron de manera no belicosa hasta la Guerra Civil española³. Esta polarizó la opinión, en parte porque estaba preparada para polarizarse, en parte por la importancia de la colectividad española, y en parte, también, por la acción militante de los numerosos exiliados. Con los rebeldes franquistas se identificó el nacionalismo católico, que hizo el gasto en materia de movilización callejera o de acciones solidarias con los rebeldes. El liberalismo conservador, predominante tanto en el gobierno como en la Unión Cívica Radical, la principal fuerza opositora, se mantuvo neutral. Al igual que Inglaterra o Francia, la mayoría estuvo recelosa del papel del comunismo en la República, hasta que se inclinaron por los rebeldes victoriosos, como hizo *La Nación*. Los partidarios de la República, que tuvieron la iniciativa en la opinión y en la calle, estaban divididos en la conducción –sobre todo entre socialistas y comunistas– pero unidos en la base. El movimiento en solidaridad con la República fue enorme. Junto con las organizaciones de la colectividad, mayoritariamente republicanas, y los intelectuales –argentinos y exiliados mezclados–, lo impulsaron el diario *Crítica*, los sindicatos, las sociedades barriales, las bibliotecas populares y todo el denso mundo asociacionista de entonces.

En el plano político, participaron los socialistas y los comunistas, y probablemente un amplio sector del radicalismo, aunque sus jefes prefirieron no comprometerse. Todos ellos conformaron la base de una organización política que podía enfrentar al gobierno conservador y fraudulento: un Frente Popular, anunciado en 1936 y fracasado pronto, por las distintas perspectivas de sus integrantes. Pero en cambio se conformó un vigoroso movimiento de opinión antifascista, más preocupado por el conflicto mundial que por el caso argentino, que no les resultaba fácil de encuadrar.

Desde 1939, la guerra mundial mantuvo la polarización, pero con cambios significativos en los alineamientos. El gobierno conservador optó, sensatamente, por el neutralismo. Recibió el apoyo de un ejército de tradición germanófila, con ideas de autarquía estatal, y además capturado por el nacionalismo católico, cuya infiltración durante los años treinta fue notablemente eficaz. También apoyó el neutralismo el Partido Comunista, que entre 1939 y 1941 debió defender el pacto Hitler-Stalin y atacar a “los imperialismos”. Se sumaron otros grupos antiimperialistas de tradición de izquierda o radical, como FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina). Pocos se declaraban favorables al régimen nazi, pero el neutralismo los expresaba adecuadamente.

El bando aliadófilo cobró impulso después de la invasión de Francia. Al viejo frente antifascista –del que había desertado el comunismo– se sumó la mayoría del liberalismo conservador –otra vez, es sintomática la posición de *La Nación*– y el radicalismo. Los socialistas, aunque minoritarios, eran el pivote de esta heterogénea coalición, que pudo montar una organización plural y eficaz en la movilización: Acción Argentina. Pero algo limitaba el cruce de los debates sobre el mundo con la política local: la oposición no tenía frente a sí a quien hiciera figura de Hitler sino a un gobierno conservador, encabezado por el anciano jurista catamarqueño Ramón Castillo, que viraba de manera lenta pero segura del neutralismo a posiciones favorables a los aliados.

El golpe militar del 4 de junio de 1943 aclaró el panorama. Sus principales protagonistas eran oficiales jóvenes, imbuidos de ideas regeneracionistas. El gobierno fue activamente neutralista, dictatorial, nacionalista y católico. Además de reprimir a los sindicatos y a los activistas aliadófilos, tomó medidas de fuerte contenido simbólico, como la expulsión de connotados universitarios liberales y el establecimiento de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas, que era una antigua reclamación de la Iglesia. No era difícil ver en estos coroneles la encarnación del fascismo. Todo encajaba desde entonces, y el frente antifascista, constituido al impulso de los conflictos del mundo, pudo ser, a la vez, internamente un frente antigubernamental.

Entre 1943 y 1945 la democracia y la libertad eran banderas tanto para la guerra mundial como para la política interna. Los avances militares de

los aliados animaban a sus partidarios locales, que se manifestaban cada vez más libremente, mientras el gobierno cometía torpezas como reprimir con dureza a quienes salieron a festejar la toma de París. El gobierno fue acorralado, y a lo largo de 1945 se vislumbraba que, con el fin de la guerra, se produciría el fin de la dictadura militar. Los exiliados españoles, que participaron codo con codo en esta lucha, creían a su vez que Franco caería, arrastrado por Hitler. De ahí aquella famosa consigna de “no deshacer las maletas”.

Las cosas fueron distintas, porque el coronel Perón, salido de la entraña del régimen militar, cambió los datos, redefinió la polarización y, a la vez, la profundizó. Entre 1944 y 1946 organizó, de una manera técnicamente admirable, una alternativa política de éxito sorprendente. Se basó firmemente en el gobierno militar y en el Ejército, y recibió también el apoyo del grueso de la jerarquía eclesiástica. Pero con su política social, desplegada desde la secretaría de Trabajo, logró ganar el apoyo de los sindicatos, atrajo a sus dirigentes socialistas e independientes –los comunistas no fueron convocados sino encarcelados– y organizó direcciones de remplazo cuando no pudo captarlos. La importancia de esta alianza se manifestó en la célebre jornada del 17 de octubre de 1945 en la Plaza de Mayo. Ocurrió unos días después de que el frente antifascista, descontando su éxito, se manifestara multitudinariamente en otra plaza de la ciudad.

Con elecciones a la vista, Perón atrajo también a grupos importantes del radicalismo, el socialismo, el nacionalismo y el catolicismo. No hubo conglomerado previo que no se dividiera y contribuyera a la formación del nuevo frente. Su propuesta conservaba una parte no menor de la antigua propuesta nacionalista autoritaria, pero le agregaba elementos completamente originales y muy actualizados. Medidas propias del Estado de bienestar, una amplia democratización social, un componente nacionalista y antiimperialista y la propuesta de una “democracia real”, más eficaz y atractiva que la meramente “formal” que declamaban sus opositores. Ya en el gobierno, esto se manifestó en una serie de políticas sociales de avanzada, instrumentadas por un gobierno autoritario, cuyo líder carismático dividía a la sociedad entre el “pueblo” y la “oligarquía”. Sus apoyos –los “muchachos peronistas”– compartieron la fe de su líder, y su visión de la política.

Alimentaron el enfrentamiento, aunque vivieron con optimismo y alegría las posibilidades de disfrutar de bienes materiales y simbólicos de una Argentina que, en su opinión, era básicamente buena. En febrero de 1946 obtuvieron una victoria clara aunque no abrumadora.

Los vencidos en la elección de 1946 se ubicaron con pocas dudas en la vereda de enfrente, pasando con naturalidad del antifascismo de la guerra al antiperonismo de la posguerra. El resultado electoral los sorprendió mucho. Una reacción primaria fue la descalificación de los recién llegados por su grosería. Otros, con una tradición de izquierda, quedaron desconcertados por la deserción de “la clase obrera” y apelaron al concepto de “lumpen proletariado”; solo algunos relacionaron el nuevo régimen con los cambios de la sociedad. Unos y otros calificaron a Perón de demagogo, antes de llamarlo dictador. La brecha entre uno y otro bando se profundizó cuando el gobierno potenció la agresión verbal y clausuró el debate público. Una de las consecuencias fue el congelamiento de las posiciones y el abroquelamiento de los opositores en una fortaleza sitiada.

Los intelectuales antiperonistas

LOS académicos e intelectuales tuvieron un problema adicional: perdieron sus empleos en el ámbito universitario, que el gobierno peronista entregó inicialmente al núcleo más duro del catolicismo nacionalista. Pero ampliaron y consolidaron un mundo cultural alternativo, donde mantuvieron la sociabilidad, encontraron cómo ganarse la vida y, discretamente, pudieron seguir discutiendo de política.

El peronismo y los antiperonistas

En las universidades nacionales hubo más de 400 profesores declarados cesantes y otros 800 que renunciaron en solidaridad. Casi 1.300 académicos de primer nivel quedaron sin trabajo: entre ellos, Bernardo Houssay, Premio Nobel de Medicina en 1947, que pudo seguir sus investigaciones y mantener su equipo en un instituto privado, patrocinado por el empresario textil Campomar. En la universidad quedaron los católicos nacionalistas, insta-

lados en 1943, y también muchos profesores mediocres, conformistas y apolíticos, junto con otros meritorios, como don Claudio Sánchez-Albornoz.

Veamos el caso de la sociología, campo en el que Francisco Ayala intentó insertarse⁴. La sociología había tenido un buen desarrollo en las universidades desde comienzos de los años cuarenta. En Buenos Aires, el historiador Ricardo Levene, buen lector de Durkheim, estaba a cargo de la cátedra y de un Instituto de Sociología del que participó de manera lateral Ayala. Allí estaba también el joven Gino Germani, junto con otras figuras provenientes del nacionalismo católico, como Jordán Bruno Genta o Alberto Baldrich. En Tucumán, el italiano Renato Treves encabezó un grupo que dejó buenos seguidores; y en Córdoba estaba Alfredo Poviña, un correcto profesional. En Paraná estaba Bruno Genta y en Rosario Baldrich. Ayala fue contratado para dictar el curso de Sociología en la Universidad del Litoral, en Santa Fe, entre 1941 y 1943. Allí formó un grupo de investigación, cuya figura más destacada fue Ángela Romera Vera, acompañada por Marta Samatán y un joven pero prometedor Ítalo Luder⁵. Casi no había desarrollo de la sociología empírica —esas investigaciones se desarrollaban por entonces en oficinas del Estado—, pero era aceptable el conocimiento de las teorías sociales modernas.

El grupo más consistente se disgregó después de 1946: Treves volvió a Italia, Levene renunció y Germani perdió su empleo; Poviña en cambio se quedó. José María Rosa reemplazó a Ayala en Santa Fe. Otros reemplazantes vinieron de los Cursos de Cultura Católica o de Acción Católica, y cultivaron el tomismo: los padres Juan Sepich y Octavio Derisi, Francisco Valsecchi, militante del catolicismo social, Baldrich y algunos jóvenes más abiertos, como José Enrique Miguens, luego replicados en la *Revista de la Universidad* por el padre Benítez, quien había sido confesor de Eva Perón. Aunque institucionalmente la sociología se afianzó en la universidad, no salió de allí mucho más que tomismo aplicado, que no desentonaba con las ideas sociales de Perón.

Muy propio de esas ideas fueron los proyectos de agrupar a los intelectuales en un espacio de la Comunidad Organizada. Así se intentó, sin mucho éxito, hacia 1948, con la Junta Nacional de Intelectuales y el

Estatuto de los Trabajadores Intelectuales. Hubo un énfasis del Estado en los valores tradicionales de la cultura: la enseñanza del folclore en las escuelas o la celebración del Día de la Tradición. También se trató de romper la separación entre la cultura de elite y la popular, por ejemplo ofreciendo recitales de tango en el Teatro Colón. Pero en verdad, sus temporadas operísticas tuvieron el nivel de siempre, la Radio del Estado inició el célebre y prestigioso ciclo de teatro radial *Las Dos Carátulas*, y la orquesta de la emisora organizó conciertos sinfónicos, con entrada libre, prestigiados por excelentes directores. No faltaron destacados intelectuales y artistas de fe peronista, como Leopoldo Marechal, cuya excelente novela *Adán Buenosayres* generó un cierto malestar entre quienes consideraban que excelencia y peronismo eran términos contradictorios⁶. Elías Castelnuovo, César Tiempo y María Granata, los filósofos Carlos Astrada y Luis Juan Guerrero son otros nombres destacados de una cultura de elite peronista que, si no abundó, tampoco estuvo enteramente ausente.

Pero sin duda, el grueso de los intelectuales y artistas militó en el anti-peronismo. El gobierno evitó que tuvieran voz pública, como lo hizo con las fuerzas políticas de oposición. Era difícil hacer reuniones numerosas y los pocos medios periodísticos que el gobierno no había adquirido —como *La Nación* o *Clarín*— hacían malabares con el lenguaje elíptico. *La Prensa*, que fue más frontal, terminaría siendo expropiada. Pero fuera de eso, no interfirió con el mundo cultural no oficial, que no solo mantuvo su actividad sino que la incrementó. Al menos hasta 1950, cuando el peronismo avanzó en el control y las restricciones.

La industria editorial

Los académicos, intelectuales y artistas privados del apoyo estatal, sumados a los exiliados, sobre todo españoles, pudieron subsistir en la Argentina peronista gracias a la formidable expansión de la industria editorial. Algunos también escribieron en los diarios, como *Crítica* o *La Nación*, que pagaba generosamente a los más prestigiosos. Pero el grueso trabajó como correctores de pruebas, traductores, asesores literarios, directores de colecciones o simplemente autores. En 1955, cuando ya había aca-

bado el esplendor editorial, la caída del régimen peronista reintegró a los intelectuales al presupuesto estatal.

La industria editorial argentina, ya asentada por entonces, creció mucho desde 1936, por la retirada de las editoriales españolas. Las argentinas aprovecharon un mercado local tradicionalmente lector y se proyectaron por toda Hispanoamérica, donde aún hoy son recordados la revista *Billiken* o los libros de Editorial Atlántida⁷. Atlántida era un emporio de libros y revistas. También estaban Kraft y Peuser, así como las españolas Sopena, Espasa Calpe y Rueda, que distribuían y editaban. Con la guerra surgieron nuevos proyectos editoriales –entre 1943 y 1944 el número de casas editoras pasó de 69 a 156, para estabilizarse en 100–, en muchos casos por obra de empresarios editores españoles, como Gonzalo Losada o Antonio López Llausàs, convocado para dirigir Sudamericana. Hubo otros muchos proyectos en los que participaron españoles, como Emecé o Nova, y otros de inversores locales, que, sin saber mucho de libros, encontraban de interés colocar algún capital en un negocio bueno y prestigioso. También jugaron un papel importante los talleres gráficos –Chiesino, López–, que a menudo impulsaban proyectos editoriales no muy rentables –libros o revistas– pero que les permitían materializar sus intereses culturales, y a la vez llenaban los tiempos muertos de sus imprentas. De alguna manera, es el caso de Carmen Gándara, mecenas de *Realidad*, que unió su ilustre apellido –Rodríguez Larreta– con el de alguien con un poco menos de prosapia, pero de fortuna suficiente como para que se diera su nombre a una estación de tren, cercana a sus estancias. El señor Gándara, de origen vasco, era propietario de una importante empresa de productos lácteos, que competía con la de la familia de Adolfo Bioy Casares, beneficiada como todas por la expansión del mercado urbano de consumo.

Es difícil encontrar en este grupo quien no haya trabajado en alguna de las muchas editoriales. Todo joven con alguna calificación que iniciaba su carrera laboral en el mundo editorial lo hacía como corrector de pruebas. Quienes sabían idiomas hacían traducciones. Muchos escribieron libros para colecciones de difusión como las de Atlántida, o entradas para enciclopedias –como hicieron Jorge Lafforgue, Tulio Halperin y tantos otros para un gran proyecto de Quillet–, o hasta editaron revistas de historietas,

como Hugo Cowes en Columba. También había trabajo para los artistas plásticos, como Atilio Rossi, que revolucionó el diseño gráfico, o Luis Seoane, notable tapista. Los más destacados dirigían colecciones o las asesoraban, como hicieron Ayala, Luzuriaga, Francisco Romero y Guillermo de Torre con Losada, o Mallea en Emecé. En suma, vivían de las editoriales; y en torno de ellas, o de las imprentas, se sociabilizaba y se organizaban proyectos, entre ellos de revistas culturales.

Redes

Las revistas culturales fueron uno de los grandes instrumentos de articulación del mundo de los intelectuales antiperonistas. Lugares de expresión, ámbitos de sociabilidad en sus redacciones, solían tener un núcleo coherente y una periferia amplia y variada, que las encadenaba unas con otras.

La más antigua era *Sur*, que resume muchas de las tendencias del grupo: universalismo, defensa de la tradición liberal y apoliticismo, no reñido con la defensa explícita de sus valores⁸. Desde mediados de la década de 1930 *Sur* fue afiliándose al mundo del antifascismo, tomó partido por la República española y acogió a Jacques Maritain; luego lo hizo, más fuertemente, por el bando de los aliados, y posteriormente, de manera menos explícita, en contra del peronismo. Las referencias en este caso solo fueron indirectas: comentarios despectivos sobre la vulgarización cultural, reafirmación de la tradición histórica liberal y reflexiones sobre el papel de las masas en la democracia. Su directora, Victoria Ocampo, estuvo detenida en 1953, junto con otros intelectuales antiperonistas. Un grupo importante de los colaboradores de *Realidad*, incluyendo a Ayala y a Francisco Romero, también participaba activamente en *Sur*.

El resto es un universo vasto y discontinuo, del que solo se señalarán, a través de algunos casos, los cambios de clima en las diferentes coyunturas. Luis Seoane y Lorenzo Varela, destacados exiliados republicanos, con afinidades con el comunismo, animaron tres revistas en las que los exiliados confluyeron con los intelectuales locales⁹. En *De Mar a Mar* (1942-1943) predominaba la reflexión general y la impronta cultural. *Correo Literario*

(1943-1945) asumió un antifascismo militante, propio de esos años; en ella participó un sector amplio de intelectuales, que incluyó a futuros colaboradores de *Realidad* –Martínez Estrada, Mallea, Ayala–, junto con un comunista con notable capacidad para gestar confluencias: Norberto Frontini. En octubre de 1944 editaron un número especial dedicado a la liberación de París, en momentos en que el gobierno militar prohibía las manifestaciones sobre el tema. A mediados de 1945, convencidos de la inminente caída de Franco y el retorno a España, Seoane y Varela decidieron cerrar la revista y hacer las valijas. Poco después, ya con el triunfo de Perón y la supervivencia de Franco a la vista, reincidieron con *Cabalgata* (1946-1948), con un elenco no muy diferente de colaboradores pero con un tono atemperado, tanto en relación a Perón como a Franco. Sin embargo, no pudieron evitar los problemas políticos, con los que se vinculó el exilio en Montevideo de Lorenzo Varela.

Por entonces, el gobierno peronista había modificado completamente el clima de las publicaciones, que aceptaron la consigna tácita de no ocuparse de la política local¹⁰. *Expresión* (1946-1948) fue publicada por intelectuales comunistas, y algunos socialistas. En esos años Leónidas Barletta, un comunista periférico, presidía la Sociedad Argentina de Escritores y centraba su acción en los problemas gremiales. La revista apuntó sobre todo a valorizar a los escritores provinciales y al contenido popular de la literatura regional, un sesgo que la acercó a las preocupaciones nativistas de la cultura del Estado. Héctor Agosti, el más importante intelectual comunista, abogó por la tradición histórica liberal, y el socialista Roberto Giusti, en una sección de actualidad, denunció los diversos atropellos que el gobierno cometía con intelectuales destacados.

Realidad, como es sabido, se publicó entre 1947 y 1949. Este año comenzó a aparecer *Liberalis*, de larga trayectoria, animada por Rodolfo Fitte. Era un socialista que había militado en la antifascista Acción Argentina y que desde 1953 impulsó ASCUA (Asociación Cultural Argentina para la Defensa y Superación de Mayo), una organización definidamente antiperonista, cuyas principales figuras fueron detenidas en 1953. La revista defendió consecuentemente el punto de vista liberal en materia de pensamiento y de gobierno. Desarrolló una de las líneas de *Realidad*, donde también ha-

bían colaborado algunos de sus autores: Carlos Alberto Erro –quien presidió la SADE desde 1948–, José Luis Romero, que lo acompañó en la Comisión Directiva de la SADE, y Bernardo Canal Feijóo. Otra de las líneas de *Realidad* –la preocupación por Occidente, su cultura y su crisis– fue desarrollada por *Imago Mundi* (1953-1956), dirigida por José Luis Romero, dedicada estrictamente a la historia de la cultura y ajena a los temas políticos. En *Imago Mundi* colaboraron algunos miembros de la revista *Contorno* (1954-1959), dirigida por David e Ismael Viñas, inicialmente crítica y “paricida” de la tradición literaria mayor. Óscar Terán ha señalado las diferencias entre ambas revistas, una “comprometida” y otra “en la torre de marfil”. Sin embargo, muchos lazos las unían; baste mencionar la participación compartida de Ramón Alcalde, secretario de redacción de *Imago Mundi*, de Tulio Halperin Donghi o del joven Jorge Lafforgue, así como la muy estrecha relación de José Luis Romero con David Viñas¹¹.

Esta red de revistas se vinculaba naturalmente con otras instituciones y grupos. La más importante fue el Colegio Libre de Estudios Superiores, fundado en 1930¹². La institución dictaba cursos para un público amplio y conocedor, y publicó una revista, *Cursos y Conferencias*. Pionera en promover el debate sobre la economía y la sociedad argentinas –se destacaron Ricardo Ortiz, Gino Germani y Arturo Frondizi–, desde 1943 fue el lugar de acogida de los profesores separados de la universidad. Aunque el Colegio Libre no incursionó en temas referidos al presente local, fue clausurado en 1952. Fueron pocos los profesores e intelectuales que no pasaran por esta institución, que también atrajo a estudiantes universitarios interesados por docentes más capaces que los de la universidad. En otros ámbitos, los psicoanalistas habían fundado su asociación, estrechamente vinculada a la matriz freudiana y absolutamente ajena al Estado, y otros psicólogos armaron espacios menos ortodoxos. Los centros de estudiantes –como La Línea Recta, de Ingeniería, o el de Filosofía y Letras–, así como las asociaciones de graduados, tendieron el puente entre la generación mayor y las nuevas camadas, cuya participación en la militancia antiperonista era más intensa y concreta, y no solo en la universidad.

La solidaridad cultural y política se extendía al campo de las artes. En el terreno musical –no mal atendido por el Estado–, Amigos de la Música, el Mozarteum y el Collegium Musicum se sumaron a la Asociación Wagneriana. La actividad plástica fue muy intensa en las galerías privadas, y los interesados en la crítica se reunieron en *Ver y Estimar*. Floreció el teatro independiente: La Máscara y Los Independientes se sumaron al Teatro del Pueblo de Barletta y a IFT (Idisher Folks Teater), especializado en teatro en lengua *yiddish*. La colectividad judía actuó como canal de encuentro y de mecenazgo para las actividades culturales. Lo mismo hicieron las distintas colectividades españolas, y muy especialmente la activa y estructurada colectividad gallega. Podría decirse que todos se conocían y, de un modo u otro, estaban relacionados¹³.

Sin embargo, no era un mundo homogéneo. El peronismo congeló en un instante de su desarrollo una discusión que venía de antes y seguiría luego de 1955. Pero en esos diez años, cada uno quedó fijado en una posición, acompañado por quienes también habían permanecido allí. En términos políticos, incluía un arco que iba desde el comunismo hasta el conservadorismo liberal y el catolicismo antiperonista, muy poco liberal, como lo expresa Carmen Gándara en *Realidad*. Su centro de equilibrio se hallaba en algún lugar democrático progresista, vagamente socialista pero no marxista. El peronismo atenuaba las diferencias y favorecía los cruces. El anticomunismo que comenzaba a instalarse dificultaba las solidaridades creadas por el antifascismo, pero *Sur* tenía su comunista propia: María Rosa Oliver. Norberto Frontini, quizás más orgánico, compartió varias iniciativas con Eduardo Mallea. Pero ciertamente, no se admitía a ningún peronista, aunque fuera tan talentoso como Marechal, y cada tanto se excluía del círculo a alguien que había “peronizado”.

En cuestiones culturales, el debate era intenso y libre, como en el caso del existencialismo. Recurro a la sociología, otra vez, para mostrar matices y diferencias poco importantes entonces y que más tarde serán muy visibles. La mayoría de quienes se interesaban por la disciplina se adscribían a la gran tradición alemana: Weber, Simmel, Tönnies, Freyer, Mannheim, a quienes se sumaban Durkheim, Gurvitch y Lévy-Bruhl. La monumental tarea de Fondo de Cultura Económica –que tenía una filial en Buenos

Aires—robusteció al grupo, más preocupado por las ideas que por la investigación de campo. Quien sería el gran impulsor de la disciplina luego de 1955, Gino Germani, por entonces también se dedicaba a la edición de libros. En Paidós publicó a Fromm, Karen Horney (ambos con mucho éxito), Margaret Mead, Malinowski o Violet Klein. Desarrolló una línea que combinaba los clásicos del pensamiento sociológico con la antropología, la psicología social y el psicoanálisis. Esas corrientes, no representadas en *Realidad*, sin embargo sustentaban una inquisición sobre temas comunes a todos: las masas y el fascismo.

Tensiones y conflictos

La solidaridad—largamente transitoria, podría decirse—se basaba en una visión básica del peronismo, más fácil de compartir por cuanto no podía ser explicitada y divulgada por escrito—tal era la norma básica de la convivencia con un régimen fuertemente autoritario—y que solo podía manifestarse públicamente en alambicadas alusiones o, lateralmente, en temas de índole general. Es claro que todos los antiperonistas trasladaron al peronismo sus imágenes del fascismo, más o menos comprensivas, y las combinaron con las de las clásicas dictaduras latinoamericanas. Todos discutieron, a propósito del peronismo, el tema de las masas, su dimensión disruptiva y su fácil manipulación, así como el problema de la demagogia, una palabra que precedió al “populismo” hoy en boga. Todos coincidieron en la defensa de las libertades personales y públicas. Las cuestiones eran largamente tratadas en privado, aunque sospecho que la crítica más fácil y superficial al “líder” y a “esa mujer” desplazaba consideraciones más profundas. Lo cierto es que no hubo debates públicos que permitieran refinar las posiciones y, sobre todo, mejorar la comprensión de un proceso que, aunque podía referirse al fascismo, tenía componentes argentinos singulares.

La ausencia de debates no significaba que no hubiera diferencias, pero estas se manifestaban tangencialmente, o en el plano de las prácticas: se discutió hasta dónde el antiperonismo de ideas debía traducirse en acciones. Esos debates se advierten en la Sociedad Argentina de Escritores (SADE). De tradición gremial y no política, la SADE se vio envuelta en la polariza-

ción generada por el antifascismo; en 1941 se definió por la democracia y los aliados, y hasta hubo quien propuso expulsar a los escritores nacionalistas, quienes en 1946 se apartaron y fundaron su propia asociación, poco exitosa, auspiciada por el gobierno. En 1945 la SADE estuvo muy activa y comprometida, pero en 1946 la militancia pública desapareció y su acción se limitó a cuestiones gremiales, que no eran menores. La primera fue reivindicar a Ricardo Rojas, a quien el gobierno privó en 1946 del Gran Premio Nacional, que ya le había sido concedido. Como respuesta, la SADE creó el Gran Premio de Honor, recibido en los años siguientes por algunos de los miembros de *Realidad*: Mallea, Martínez Estrada y Francisco Romero. En 1948 Carlos Alberto Erro, nuevo presidente, incitó a una acción más comprometida de los intelectuales, sin mayor éxito, y en 1950 Jorge Luis Borges y Manuel Mujica Láinez trataron de convertirla en un foro de la vida cultural no oficial. Fue llamativo que en 1953 —señaló Flavia Fiorucci— la SADE no protestara por la detención de socios destacados, como Victoria Ocampo o Francisco Romero¹⁴.

Las diferencias en el campo de los intelectuales antiperonistas pueden adivinarse, sobre todo a partir de su espectacular explosión luego de 1955, aunque no todo lo que se dijo entonces tenía precedentes. Pero es claro que una buena parte centraba su antiperonismo en una reacción contra la vulgaridad y la masificación, en nombre de una cultura de elite, que sus adversarios calificarán no sin alguna razón de aristocratizante y europeizante. Por otro lado, a la Argentina llegó la ola anticomunista, generada por la Guerra Fría y por el creciente conocimiento de los horrores del régimen soviético, que era ampliamente denunciado en el mundo intelectual europeo. Esto hizo difíciles las relaciones con los comunistas —muchos de ellos, por otra parte, estaban reviendo su percepción del peronismo— y también con quienes, compartiendo las críticas, no querían sumarse a la ola del macartismo. El nacionalismo, ya hondamente arraigado en la cultura argentina, también añadió tensiones, pues si bien los sectores nacionalistas más extremos e intolerantes se habían sumado al peronismo, existían otras formas de añorar el “ser nacional” o de alimentar el sueño del “desarrollo nacional”, muy presente por ejemplo en el grupo intransigente de la Unión Cívica Radical. Ello llevó a algunos intelectuales a la crítica al liberalismo, un tópico construido desde los años veinte, tan difuso como activo, en general ajeno al antiperonismo pero no totalmente ausente.

El ángulo de *Realidad*

ESTO nos introduce en la cuestión final: cómo miraba *Realidad* a la Argentina de entonces. La revista se presentó como un “mirador argentino” de la cultura occidental. Estar al tanto de lo que ocurría en Europa, en Estados Unidos y en América Latina, en ese orden, fue la gran preocupación de sus editores. Convocaron a muchas de las figuras más importantes de la discusión cultural del momento —de Bertrand Russell a Toynbee— y se interesaron por figuras destacadas, poco afines a sus orientaciones, pero que concentraban la discusión de la hora, como Heidegger o Sartre. Inclusive convocaron para descifrar a Sartre a Miguel Ángel Virasoro, un filósofo sólido pero ajeno a la línea de la revista¹⁵. Distintos corresponsales escribían “cartas” informando sobre la situación cultural en cada país. Se reseñaban con cuidado las principales revistas culturales, se comentaban los nuevos libros y en la sección “La caravana inmóvil” se seguía el pulso de la vida intelectual del extranjero. En cuanto a estar informados, había una preocupación casi obsesiva, que luego se retomó en *Imago Mundi*. En un país que se cerraba en todo sentido, y que llegó a estar bastante apartado del mundo —como se constató con la explosión modernizadora luego de 1955—, este grupo de intelectuales, argentinos y españoles exiliados, desplegó su voluntad de seguir vinculado con Occidente.

Y algo más que eso. La cultura occidental —se ha señalado muchas veces— es el tema central de *Realidad*¹⁶: sus cualidades, su crisis, su relación con otras culturas, su misión y, también, su necesaria regeneración. Particularmente en un punto: ayudarla a superar los estatismos nacionalistas, que no habían desaparecido con el fin de la guerra y, por el contrario, eran más amenazantes. En esto se asignaba un importante papel y una específica responsabilidad a América y España. Desde ese ángulo, la revista retomó, en clave liberal, una vieja tradición del hispanismo.

Se ha señalado la semejanza de *Realidad* con *Cuadernos Americanos*¹⁷. En esta revista, editada en México, además de las preguntas propias de los intelectuales españoles que la animaban se desarrolló otra, muy común en la época, acerca de la originalidad o especificidad del “pensamiento latinoamericano”. La cuestión —una inflexión del nacionalismo cultural— está ausente de *Realidad*, más allá de lo que de ella evocaran los discípulos de Pedro

Henríquez Ureña. Risieri Frondizi la descalificó rápidamente: la “normalidad filosófica” latinoamericana, que había proclamado Francisco Romero, consistía por entonces en despegarse de los costados políticos o pedagógicos y centrarse en la disciplina. Al final se verá –dice– si la filosofía hecha en América Latina, según las reglas del oficio, tiene un matiz singular.

En cambio, *Realidad* se ocupa de lo que España podría aportar a la regeneración occidental. El tema, que apasiona a los españoles, conduce a la pregunta sobre el ser de España. Américo Castro, cuyo libro se publicó por entonces en Buenos Aires, sostuvo polémicamente que la hispanidad surgía en la Baja Edad Media, como resultado del cruce cultural de musulmanes, cristianos y judíos. Claudio Sánchez-Albornoz, que poco después publicaría su monumental respuesta, ubicó la hispanidad en los comienzos mismos de la historia de la península, enfatizó el papel de la Castilla medieval y entabló con Ayala una polémica sobre la decadencia española. Ayala criticó el esencialismo de ambos historiadores, miró más allá de la Edad Media y señaló una singularidad política española, adecuada para sus preguntas acerca del siglo XX: la espiritualidad universalista, dominante en el siglo XVI y perdida en los estados modernos con el desarrollo de la *realpolitik*. Retomar aquella espiritualidad en la posguerra podría corregir las tendencias nacionalistas dominantes. Si no se conocieran las preocupaciones más universales de Ayala, podría verse en esto otra versión del hispanismo regeneracionista, en clave liberal¹⁸.

José Luis Romero –completamente imbuido por la preocupación de explicar en clave histórica la cultura occidental– propuso ir un poco más lejos, y encontrar “el matiz argentino del espíritu occidental”. Es posible que el tema argentino estuviera en la mente y hasta en las discusiones privadas de sus animadores: muchos de ellos sacaron a relucir sus ideas apenas cayó Perú¹⁹. Pero –ya fuera por censura o por autocensura– los lectores de *Realidad* debían conformarse con alusiones indirectas al “matiz argentino”, sobre todo en sus fases más recientes.

Quienes querían leer entre líneas podían encontrar alusiones frecuentes. Por ejemplo, en la caracterización que hace Bertrand Russell de las ideas estatistas de Hegel y de Platón y su “alegato autoritario”, así como en su paralelo entre las antiguas guerras de religión y las actuales “guerras ideoló-

gicas” (I, 1). Muchos han de haberse sorprendido cuando Cecilia Meireles asocia la decadencia de Brasil con la dictadura populista de Getúlio Vargas, con su casi obvio *mutatis mutandis* argentino (I, 1). Aunque Jesús Prados Arrarte escribió en general sobre la economía del mundo capitalista, lo hizo sobre temas bien conocidos en la Argentina de entonces: empresarios prebendados, sindicatos corporativos, Estado omnipresente. También ha de haber sonado familiar su crítica a las tendencias autárquicas de los estados pequeños, condenados a la decadencia (I, 3 y V, 15). Quizás el texto sobre “La política de la Iglesia”, del especialista vaticano Arturo Carlo Jemolo, haya tranquilizado a los católicos argentinos antiperonistas, desconcertados por la pragmática conducta de sus obispos (III, 7). Francisco Ayala nunca se refería a la Argentina, pero el país estaba muy presente en sus análisis sobre la democracia, entre el liberalismo y la demagogia, las masas, el cesarismo, los medios de comunicación y su manipulación de las voluntades.

Las alusiones indirectas abundan. Las directas, en cambio, son escasas. Poco más de una docena de artículos de *Realidad* se refieren a la Argentina, y de ellos, la mayoría al siglo XIX, y particularmente a la Generación del 37, Echeverría y Sarmiento, implícitamente contrapuestos con Rosas. En un texto singular desde su título, “Los intelectuales argentinos y la realidad actual del país” (II, 6), Carlos Alberto Erro parte de Echeverría para concluir con una admonición a sus colegas: es la hora de comprometerse; no de militar, quizás, pero sí de expresarse y opinar. En un comentario crítico a Eduardo Mallea, Aníbal Sánchez Reulet denuncia la presente “declinación moral, en medio de una existencia fácil y próspera” (“Ficción y realidad de la Argentina”, I, 3: 428), y avizora “un movimiento responsable de verdadera restauración nacional” (429).

En ambos casos se trata casi de un exabrupto, un desliz de la pluma revelador de una crítica apenas contenida. En “Los elementos de la realidad espiritual argentina” (II, 4), José Luis Romero encara la cuestión más explícitamente, sintetizando los principales argumentos de *Las ideas políticas en Argentina*, aparecido el año anterior. Basado en el estudio de las mentalidades sociales, el autor avista con esperanza el momento en el que la “mentalidad universalista” logre encarrilar y dar forma a la emergente “mentalidad aluvial”, a la que, a diferencia de Sánchez Reulet, no descalifica,

pese a que obviamente incluye al peronismo. Sebastián Soler le hace un acurado comentario: lo que está en juego no son mentalidades, demasiado difusas para su manera de entender la cuestión, sino ideologías que luchan en el campo político (“Importancia actual de la política”, II, 6). Razonablemente, la incursión sobre el tema político no podía ir más allá de eso, salvo ocasionalmente, como en una nota breve de Lorenzo Luzuriaga en que se deja constancia de la supresión por el gobierno del Consejo Nacional de Educación y del cese de la autonomía universitaria (“Libertad de enseñanza e intervencionismo de Estado”, II, 4).

El centro de las reflexiones estaba en otro lado: la cuestión del “ser nacional”, un tema que dominaba el imaginario no solo de los peronistas sino de muchos antiperonistas, cultores de un “nacionalismo blando” al decir de Ayala en 1956. Al elogiar una novela de Juan Goyanarte, Carmen Gándara hizo referencia al “argentino esencial” (I, 1); Horacio Rava encontró el “ser santiagueño”, presente en diferentes obras de nativos de esa provincia (IV, 12). Bernardo Canal Feijóo, un ensayista no fácil de descifrar, jugó de distintas maneras con la idea, como cuando contrapuso la legitimidad “extrínseca” del análisis histórico con la “intrínseca”, que era un tópico del revisionismo (“La autenticación de la Historia”, I, 2). En otro lugar, luego de señalar el carácter centralista del Estado nacional, legitimado en un constitucionalismo extrínseco, reclamó una nación integrada e integracionista, que no ignorara a las provincias y su personalidad. Igualmente complejo era el razonamiento de Ezequiel Martínez Estrada sobre *Martín Fierro* de José Hernández. Encontraba en él castizas raíces hispanas, y lo consideraba el fruto tardío de una época ya pasada, desgajada de la auténtica literatura nacional (“Lo gauchesco”, I, 1).

Ayala recordó posteriormente las polémicas en el seno del consejo de redacción, fácilmente imaginables si se considera quiénes lo integraban, o, como decía antes, a quiénes el peronismo había puesto juntos. Si pudieron marchar juntos tanto tiempo es porque los unía un interés y una pasión superiores; quizás “el espanto” borgiano. Esas desavenencias estallaron ásperamente de manera imprevista, cuando Carmen Gándara decidió comentar una nota aparecida en la revista inglesa *Horizon*, glosada en la sección de comentarios (IV, 12). El inglés autor de la nota –relacionada con el conflicto

entre el comunismo y las posiciones liberales— ponía en duda la existencia real de los valores liberales que defendía, pero declaraba asumirlos “como si” (*as if*) existieran. Gándara sostuvo que con “dudadores” como ese escritor no se afrontaba al comunismo, mal supremo; solo desde el cristianismo — una verdad de fe— podía darse un combate del que dependía el futuro de la cultura occidental. Si bien Gándara se distancia retóricamente de las iglesias cristianas realmente existentes, es fácil encontrar en su tono la marca del integrismo regeneracionista del mundo católico de entonces, peronista y antiperonista, pues en ese aspecto monseñor De Andrea, referente de los antiperonistas, no era demasiado distinto de monseñor Caggiano, peronista. La larga y contundente respuesta de Jorge Luzuriaga, desde el liberalismo democrático, puso de manifiesto la existencia de una fisura importante en el frente antiperonista, que no tardaría en manifestarse apenas caído Perón (“Dudadores”, V, 14).

Final abrupto

Esto ocurrió a principios de 1949, y a fines de ese año Luzuriaga y Ayala decidieron cerrar la revista. Ayala nos habla de su cansancio y de la ocasión que se le abrió en Puerto Rico. Razones personales, similares a las del cierre de tantas otras revistas, así como eran personales las esperanzas que animaron a quienes siguieron su camino. La línea de *Realidad* se mantuvo en *Sur* y se continuó, por ejemplo, en *Liberalis* y en *Imago Mundi*, cada una con su singularidad.

Sobre la Argentina en que esto ocurrió, puede apuntarse brevemente que desde 1949 la “fiesta” concluyó y se inició un ajuste económico que culminó en la gran crisis de 1952. Por otro lado, las manifestaciones de oposición fueron más fuertes, primero en el terreno sindical y luego en el militar, y como respuesta, el régimen peronista ingresó más decididamente en el camino de la dictadura totalitaria. Fue más difícil vivir en la Argentina, pero a la vez, el núcleo antiperonista se hizo más compacto, y las posibles disidencias quedaron para otra oportunidad.

Notas

- 1 Félix Luna, *Perón y su tiempo. I: La Argentina era una fiesta*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987; Tulio Halperin Donghi, *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel, 1994. Para el contexto histórico me permito remitir a Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina* (3.ª ed.), Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012.
- 2 Recuérdese que entre la caída de Yrigoyen (1930) y el advenimiento de Perón (1946) hubo dos gobiernos militares (1930-1931 y 1943-1946) y un largo período de democracia con fraude, presidido sucesivamente por Agustín Justo, Roberto Ortiz y Ramón Castillo.
- 3 Un desarrollo de este aspecto en Luis Alberto Romero, “La Guerra Civil española y la polarización ideológica y política: la Argentina, 1936-1946”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 38, 2, julio-diciembre de 2011, pp. 17-37.
- 4 Alejandro Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI de Argentina, 2006.
- 5 Luis A. Escobar, *Francisco Ayala y la Universidad Nacional del Litoral. La construcción de una tradición sociológica*, Granada, Fundación Francisco Ayala y Universidad de Granada, 2011.
- 6 No ocurrió así en *Realidad*, donde, por indicación de Ayala, Julio Cortázar escribió una larga y entusiasta reseña (V, 14).
- 7 Entre 1936 y 1939 se imprimieron en el país 22 millones de ejemplares de libros, y entre 1946 y 1950 llegaron a 146 millones, casi siete veces más, de los que se exportaban aproximadamente 30 millones. Los datos proceden de Leandro de Sagastizábal, *La edición de libros en la Argentina: una empresa cultural*, Buenos Aires, Eudeba, 1995.
- 8 John King, Sur: *Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura (1931-1970)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- 9 Ramón Villares, “José Luis Romero y el exilio republicano en la Argentina”, en José Emilio Burucúa, Fernando J. Devoto y Adrián Gorelik (eds.), *José Luis Romero: vida histórica, ciudad y cultura*, San Martín, UNSAM, 2013, pp. 291-330.
- 10 Flavia Fiorucci, *Intelectuales y peronismo. 1945-1955*, Buenos Aires, Biblos, 2011.

- 11 Óscar Terán, *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.
- 12 Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza, 1998.
- 13 Diana Weschler, “Luis Seoane en las redes de la cultura antifascista”, en Fernando Devoto y Ramón Villares (eds.), *Luis Seoane entre Galicia y la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 2012. Algunos de los amigos más íntimos de José Luis Romero eran el pintor Luis Seoane, el crítico de arte Jorge Romero Brest, el fotógrafo Horacio Coppola y su esposa, Grete Stern, el músico Juan José Castro, con quien trabajó en el exilio montevideano de este; en otro ámbito, el dirigente socialista Alfredo Palacios, vecino de su casa materna. Por la vía de su hermano Francisco la lista se amplía notablemente, aunque no incluía a casi ningún historiador.
- 14 Sobre la Sociedad Argentina de Escritores, véase Flavia Fiorucci, *Intelectuales y peronismo. 1945-1955*, citado (nota 10), pp. 65-88.
- 15 Creo que se trata del único colaborador que era profesor de la Universidad de Buenos Aires. Posteriormente dio más de una prueba de coincidencia con el gobierno peronista.
- 16 Rosana Guber, “Occidente desde la Argentina. *Realidad* y ficción de una oposición constructiva”, en Noemí Girbal-Blacha y Diana Quatrocchi-Woisson, *Cuando opinar es actuar: revistas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999, pp. 363-397. Con más empatía, el tema es analizado en Luis García Montero, “Prólogo” a *Realidad. Revista de Ideas* (edición facsimilar), Sevilla, Renacimiento, 2007.
- 17 Ana González Neira, “*Cuadernos Americanos* y *Realidad*: dos publicaciones más allá del exilio republicano en América”, en *Revista de la SEECI*, 25, julio de 2011, pp. 1-16.
- 18 De manera provocativa, Krauel la compara con la “hispanidad” de Ramiro de Maeztu. Javier Krauel, “El problema de España en el exilio: indagación de una polémica en las páginas de *Realidad* (1947-1949)”, en Manuel Aznar Soler (ed.), *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, Sevilla, Renacimiento, 2006, pp. 931-938.
- 19 En 1956 José Luis Romero agregó un capítulo sobre el peronismo a su libro *Las ideas políticas en Argentina* (1946). Francisco Ayala escribió un artículo agudo y provocativo, “El nacionalismo sano y el otro: la Argentina a la caída de Perón”, que *La Nación* no publicó y apareció en *Sur* (242, 1956).

El campo intelectual y el campo literario de *Realidad*

Raquel Macciuci

(Universidad Nacional de la Plata-IdIHCS/CONICET)

LA descripción del campo intelectual en que se inserta *Realidad. Revista de ideas* requiere trazar el mapa de la red de relaciones nacionales y extranjeras de la que formaba parte, reconstruir la trama intelectual, filosófica, estética e ideológica en que se inscribía y elaborar un repertorio de las colaboraciones de la publicación durante los tres años en que apareció, con periodicidad bimestral.

La tarea insume tiempo y esfuerzo. El presente trabajo busca dar un primer paso: lograr una instantánea del estado del campo en el momento en que aparece el primer número de *Realidad* para examinar las tensiones y correlaciones en juego, el lugar que ocupaban los principales agentes de la revista en el sistema y el modo en que este interactuó con el mundo social en una década especialmente intensa en transformaciones, tanto en el plano internacional como en el escenario cultural y político argentino.

En la medida en que se revele la convergencia y el entrecruzamiento de una serie de vectores clave del campo intelectual será posible comprender cómo llegó a materializarse y mantenerse desde 1947 a 1949 un proyecto cultural que necesitaba de un sólido capital simbólico y de recursos intelectuales y financieros que lo sostuvieran durante tres años sin alterar el ritmo ni la calidad de las contribuciones.

En el conjunto de factores que contribuyeron al surgimiento del proyecto, se verá que aquellos que incumben al campo intelectual se muestran suficientemente nítidos en el entramado de diferentes focos de prestigio y poder. En cambio, otros operaron de modo más subrepticio, y sólo la mirada en perspectiva ha permitido elaborar nuevas hipótesis sobre la gestación

de la revista. Tal sucede con las motivaciones vinculadas al sistema literario y a la consolidación de un nuevo canon en la literatura argentina. Las dos vertientes se abordarán a continuación.

Coordenadas imprescindibles. El mapa intelectual de *Realidad* en 1947

EL relato que vuelca Francisco Ayala en sus memorias es conocido: después de que la acaudalada y novel escritora Carmen Gándara leyera la reseña de su ensayo sobre *Kafka o el pájaro en la jaula*¹ escrita por Ayala para la revista *Sur* a instancias de Eduardo Mallea, alentó a ambos para que emprendieran una publicación de clara orientación intelectual.

El apellido de soltera de la distinguida autora que figura como Carmen R. L. de Gándara en el consejo de redacción de *Realidad* era Rodríguez Larreta, notable estirpe del patriciado argentino, emparentada con la también escritora Helena Muñoz Larreta, sobrina del autor de *La gloria de don Ramiro* y esposa de Eduardo Mallea, animador principal del proyecto².

Confiesa Ayala que aunque Mallea le propuso la función de director, prefirió no ocupar este cargo para evitar los recelos que su condición de extranjero pudiera suscitar en Argentina; en su lugar sugirió el nombre del filósofo Francisco Romero³. Así fue como Ayala y el pedagogo Lorenzo Luzuriaga, que pronto se sumó al proyecto, convencieron al prestigioso filósofo para que aceptara dirigir la revista con la promesa de que lo relevarían de las tareas de redacción. Finalmente, el consejo de redacción quedó constituido por Francisco Romero, director; Amado Alonso, Francisco Ayala, Carlos Alberto Erro, Carmen R. L. de Gándara, Lorenzo Luzuriaga, Eduardo Mallea, Raúl Prebisch, Julio Rey Pastor y Sebastián Soler, consejeros. Ayala y Luzuriaga desempeñaban además la función de secretarios. A partir del número 7, correspondiente a enero de 1948, se incorporaron José Luis Romero y Guillermo de Torre, quienes desde los inicios habían colaborado con frecuencia en la revista.

Un somero repaso a la ficha técnica de *Realidad* proporciona anclajes básicos para situar la publicación en el campo intelectual argentino y valorar los respaldos y las acreditadas referencias con que contó la empresa.

En principio debe recordarse que el mecenazgo de una acaudalada familia del patriciado porteño no era un hecho inusitado en la Argentina de entonces: el modelo paradigmático lo constituye la revista *Sur*, sostenida por el capital de su directora, Victoria Ocampo. En los años cuarenta, casi simultáneamente a *Realidad*, *Los Anales de Buenos Aires*, revista sobre la que volveremos más adelante, fue financiada por Sara Durán de Ortiz Basualdo, y la acreditada Asociación Amigos del Arte (1924-1942) tuvo como principal agente y benefactora a Elena “Bebé” Sansinena de Elizalde.

En este escenario, Eduardo Mallea era más que un miembro del consejo de redacción. Detrás de la iniciativa de poner en contacto a dos figuras necesarias para la creación de la revista –Carmen Gándara y Francisco Ayala– está el escritor, aplaudido por la crítica y el más frecuentado por los lectores cultos de Argentina, que también lo encontraban en las páginas de la más que influyente revista *Sur*, donde ejercía de amigo dilecto e interlocutor de confianza de su directora. Pero, sobre todo, está el gran artífice del campo cultural, que desde el diario *La Nación*, o desde publicaciones periódicas y editoriales, sancionaba el canon literario y promovía nuevas figuras. Su particular incidencia en la aparición de *Realidad* va a requerir un capítulo aparte en este estudio.

Para alentar el proyecto con sabiduría y trabajo, Francisco Ayala gozaba del prestigio de hombre de letras e intelectual lúcido de trayectoria democrata y antifascista que se habían ganado los exiliados republicanos. Desde su arribo a Argentina en 1939, había logrado una sólida reputación en el campo del pensamiento, en especial de la filosofía del derecho, con el mérito añadido de que a la vez practicaba con brillantez tanto la literatura como la crítica literaria. Su formación abarcaba un amplio espectro de las ciencias humanas y sociales y sus ensayos eran tenidos por modelos de densidad y razonamiento. Estaba vinculado a diversos ámbitos de la cultura pero no se inscribía abiertamente en ninguno de ellos, lo que garantizaba una autonomía de criterio especialmente necesaria para el fin planteado⁴.

Lorenzo Luzuriaga había alcanzado un gran reconocimiento en Argentina desde su primer viaje, realizado en 1928, coincidiendo con Ortega y Gasset, con quien había estado relacionado a través de la Liga de Educación Política. Su experiencia en la Institución Libre de Enseñanza como alumno

y como maestro, unida a sus extensos conocimientos en el campo de la pedagogía, le permitió desarrollar una línea de reflexión en torno a la educación y las políticas educativas. *Realidad* le proporcionó una alternativa a su nunca concretado propósito de editar en Argentina una nueva versión de la *Revista de Pedagogía* que había fundado en España en 1922 (Biagini, 1989: 101-104).

Así como Luzuriaga era un representante excepcional de las disciplinas pedagógicas, Amado Alonso lo era de los estudios filológicos, ámbito en el cual, como se detallará más adelante, había llegado a ser la más alta autoridad.

Guillermo de Torre era amigo personal de Eduardo Mallea y durante su primer viaje a Argentina, entre 1927 y 1932, había colaborado en *La Nación*. Entre las actividades destacadas figura además su participación en la revista *Sur*, de la cual fue el primer secretario.

La literatura de pensamiento, de carácter ensayístico, estaba representada por Ezequiel Martínez Estrada, que con su libro *Radiografía de la Pampa* (1933) se había convertido en punto de referencia de una literatura abocada a dilucidar el origen de los conflictos de la nación argentina y de sus habitantes. Aunque proveniente del derecho, Carlos Alberto Erro también está asociado a un ensayismo con cruces con la filosofía y la literatura que indagaba en la identidad de su país y sus gentes. Ambos eran escritores asiduos de la revista de Victoria Ocampo.

En otro ángulo del conocimiento se situaba Julio Rey Pastor, eminencia de las ciencias matemáticas. No pertenecía al grupo del exilio; había emigrado antes de la guerra a Argentina, donde inmediatamente fue incorporado a la universidad gracias a su notorios antecedentes (varias generaciones de estudiantes recuerdan sus libros obligatorios). A pesar de mantener un intercambio continuado con la Península, adonde viajaba cada año a dictar clases, fue un buen receptor de los refugiados de las ciencias puras, a quienes ayudó a encauzarse profesionalmente (Santaló, 1989). Completan el consejo de redacción un economista, Raúl Prebisch, quien acreditaba una brillante trayectoria profesional como docente universitario y funcionario público, y otro hombre de leyes, Sebastián Soler, quien en 1947 tenía en su haber una importante obra publicada.

Puede observarse que las áreas de conocimiento representadas en el consejo de redacción subrayan el propósito de lanzar una publicación que abarcara un amplio espectro del pensamiento, lograr un perfil propio y transitar un camino diferente al de la mayor parte de las revistas culturales.

En el cuerpo de colaboradores sobresalía un grupo medular más estable y activo integrado por el director, los dos secretarios y algunos asesores, unidos por una relación amistosa que habilitaba prolongar las tareas intelectuales en las sobremesas de los asados realizados religiosamente cada sábado, según rememora Ayala: “hacia las dos y media o las tres de la tarde, hambrientos ya, acudíamos un grupo de amigos, del que nunca faltábamos ni Eduardo Mallea, ni Lorenzo Luzuriaga, ni Francisco Romero, ni yo” (Ayala, 2010: 323-324). Las comidas dejan prueba de la existencia de afinidades que trascendían el ámbito de la edición y extendían los vínculos generados en torno a *Realidad* hacia otros espacios de la vida pública y privada. La trama era tan conspicua como compacta y ramificada, los nombres de unos y otros reaparecen en diferentes ámbitos vinculados a distintos núcleos neurálgicos del campo intelectual y de la esfera de la cultura, tal como se verá a lo largo de esta exposición, que ha preferido pecar de redundante con el objetivo de mostrar la extensión y el alcance de las influencias.

La conexión editorial

Junto al capital aportado por la benefactora, que pasó a ser la única mujer en un equipo de reconocidos hombres de la cultura, aportaron financiamiento los muy ilustres sellos editoriales Losada y Sudamericana, además de la emblemática Imprenta López, que se presentaba como “la primera organización creada en Hispano-América dedicada exclusivamente a la impresión de libros”. Si se observan las páginas publicitarias de *Realidad* que abren cada número, se verá que otras empresas del mundo del libro dan brillo a la nueva publicación y contribuyen a reunir un capital simbólico de alto impacto: Fondo de Cultura Económica, Editorial Poseidón, Editorial Atlántida, Editorial Rueda, Revista de Occidente, son algunas de las más importantes.

No se trataba de un simple acompañamiento prestigioso para avalar la seriedad de la revista; por el contrario, varios de los integrantes del consejo

editorial eran decisivos actores de las casas más sobresalientes y mantenían un fluido intercambio con las restantes. Las figuras llamadas a integrar el grupo de referencia de *Realidad* dirigían sendas colecciones en la descollante editorial Losada, en la que habían participado desde su fundación en 1938: Francisco Romero era responsable de Biblioteca Filosófica; Lorenzo Luzuriaga de Biblioteca Pedagógica, La escuela activa y Biblioteca del Maestro, entre otras; Amado Alonso de Biblioteca de Estudios Literarios, y junto con Guillermo de Torre, de Poetas de España y América. El propio Francisco Ayala, que siempre se mostró reticente ante la figura de Gonzalo Losada, tuvo a su cargo la colección Biblioteca Sociológica y, el mismo año de la aparición de *Realidad*, publicó en este sello su renombrado *Tratado de Sociología* en tres tomos (Larraz Elorriaga, 2011: 133 y ss.).

Por su parte, De Torre, quien cultivó siempre con Mallea una estrecha amistad iniciada en su primer viaje a Argentina, había sido animado por este a regresar en 1936 y estuvo junto a Gonzalo Losada en la creación de la editorial cuando ambos se separaron de Espasa-Calpe en 1938, acompañados por Atilio Rossi, Pedro Henríquez Ureña y Francisco Romero. Su labor en Losada es difícil de condensar: editó por primera vez las *Obras completas* de García Lorca, y las colecciones Panoramas, Novelistas de España y América y Prosistas de España y América figuran entre sus labores más notables⁵.

La otra editorial patrocinadora, Sudamericana, se había convertido en una empresa pujante desde que se hiciera cargo Antonio López Llausàs en 1939. En su fundación habían participado Victoria Ocampo y Oliverio Girondo, entre otros representantes del campo de las letras, y algunas familias de negocios como Menéndez Behety. Ocampo y Girondo se retiraron pronto, pero Sudamericana siguió muy ligada a la editorial Sur y en muchas ocasiones compartieron catálogo: por ejemplo, en 1948, cuando Sur editó *El túnel*, de Ernesto Sabato, Sudamericana lo incorporó de inmediato a sus registros (De Diego, 2006: 96).

En tercer lugar debe destacarse el nexa con Emecé, editorial fundada en 1939 por el español Mariano Medina del Río. Contó con importantes socios capitalistas, entre ellos la familia Braun Menéndez. No es esta la ocasión de volcar la historia del acreditado sello que editó a Mallea y a Borges, solo

interesa señalar que Mallea dirigió además varias colecciones; una de ellas, Cuadernos de la Quimera, figura en los catálogos del año 1942. Es decir, que *Realidad*, a través de Mallea, se vinculaba a una firma reconocida por la calidad de sus libros pero también por el perfil empresarial (De Diego, 2006: 96).

La historia de Losada, Sudamericana y Emecé, las tres editoriales descollantes de la llamada “época de oro” de la industria del libro, esto es, el lapso entre 1938 y 1955, ha sido muchas veces narrada, y con especial énfasis, la trayectoria estelar de Gonzalo Losada (Zuleta, 1989 y 1991b; De Sagastizábal, 1991; Pochat, 1991; Schwarzstein, 2001; De Diego, 2006).

Para los objetivos del presente estudio, interesa repasar la acumulación de poder y de valor simbólico de este sector y su relación con el exilio republicano. Alejandrina Falcón apunta que el campo editorial se convirtió en una esfera de sociabilidad intelectual que proporcionó recursos de supervivencia y un sustituto del espacio institucional, que bien a causa de la Guerra Civil, bien debido a las confrontaciones con el peronismo, muchos intelectuales españoles y argentinos habían perdido. Desde luego, este crecimiento simbólico no se puede separar de la consolidación del mercado editorial, que implicó la salida al mercado externo, la unificación con el libro latinoamericano y la creación de organismos específicos para la legitimación y consagración (ferias, premios, etcétera). Otra derivación sustancial fue la constitución de un circuito de regreso para la producción intelectual de los exiliados. Lo cierto es que en la década de 1940, en el campo de la cultura argentina tiene lugar un especial entendimiento entre españoles y rioplatenses. Después de diversos desencuentros ocurridos desde 1810, ligados en parte a la experiencia colonial, la cultura hispánica había cambiado su imagen gracias al desembarco del grupo de intelectuales de brillante trayectoria que había llevado adelante la lucha por las libertades y contra el fascismo durante la Guerra Civil. El avenimiento se dio en el campo de la industria del libro y fue Losada el actor principal del “nuevo meridiano editorial” (Falcón, 2011: 110 y ss.)⁶.

En este contexto, entre los diferentes sellos en que participan de una u otra manera emigrados españoles, Losada es considerado por los distintos especialistas como la única editorial que ejerció de tribuna de los ideales

republicanos, al menos en los primeros años del exilio. Sobre la continuidad de la militancia republicana entre los españoles, Falcón considera, retomando la hipótesis de José Luis Abellán, que el exilio se fue despolitizando a medida que se profesionalizaba.

La idea de la profesionalización del exilio viene a coincidir con las indagaciones de Emilia de Zuleta, quien sostiene que la década del cuarenta se singularizó por “la dominante española”, resultado de la dinámica y elevada comparecencia en medios culturales argentinos de artistas y escritores llegados a causa de la guerra. La intensa actividad desplegada, animada por la confianza en un pronto retorno a España, empieza a diluirse con el curso de los acontecimientos (comienzo de la Guerra Fría e incorporación de España a la causa de Occidente) y se traducirá en los cincuenta en una merma de la actividad cultural y en una creciente asimilación de los exiliados al país receptor (Zuleta, 1991b).

Puede apreciarse entonces que *Realidad* surge en un momento crítico entre el máximo entusiasmo y el comienzo del desánimo del exilio. Gracias a una serie de factores directamente relacionados con el talante y la mirada de sus responsables —en particular Ayala, De Torre y Luzuriaga— sobre la realidad española posterior a la Segunda Guerra Mundial, que auguraba una larga prolongación de la dictadura, la revista supo reencauzar el desaliento del exilio hacia la búsqueda de canales de diálogo con los escritores que permanecían en España y trataban de reconstruir la cultura interior a pesar del franquismo (Zuleta, 1983 y 1991b; García Montero, 2007; Gracia y Ródenas, 2011: 82-94).

La conexión con Losada no solo prestó a *Realidad* su prestigio y su trama cultural. La crítica ha subrayado que la editorial también fue un modelo de esa nueva experiencia de colaboración entre españoles exiliados y argentinos mediante la búsqueda de un justo equilibrio entre las distintas tradiciones culturales (Larraz Elorriaga, 2011: 143). Sin embargo, el encuentro no debe deslindarse de las políticas editoriales, muy ligadas a la coyuntura, como demuestra De Diego, ni desconocer la interacción entre los diferentes agentes de la cultura. En el caso de *Realidad*, se observa fácilmente que la mayoría de los integrantes del consejo de redacción había publicado en Losada y, en menor medida, en la editorial Sur y en Emecé.

La conexión académica

Si el campo editorial constituía un pilar simbólico de alto valor, no lo fue menos el respaldo proveniente de la esfera académica, gracias a la inserción de varios de los consejeros de *Realidad* en los claustros universitarios.

Ya se ha visto que la brillante trayectoria del filósofo Francisco Romero se irradiaba en varios ángulos del campo intelectual, entre ellos el ámbito académico, donde su nombre tenía alcance internacional.

Si la filosofía contaba con una figura de primer nivel, en el área de las letras y la lingüística destaca, como se ha anticipado, Amado Alonso gracias a su influencia decisiva desde el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, cuya dirección ocupó desde 1927 hasta 1946. Su ingente tarea se potenció gracias a un grupo de reconocidos filólogos y ensayistas que lo acompañaron en su trabajo o se formaron con él: Pedro Henríquez Ureña, Enrique Anderson Imbert, Ángel Rosenblat, Raimundo Lida, María Rosa Lida y Marcos A. Morínigo, entre otros⁷. Sus trabajos y reflexiones trascendieron el espacio de la Facultad de Filosofía y Letras y adquirieron un perfil diferenciado, llegando a jugar un importante papel en los debates en torno a las normas y variedades del español, así como en los pleitos entre los centros rectores de la lengua castellana.

Su autoridad tuvo especial peso en las controversias que acompañaron el proceso de “argentinización” de la lengua castellana en la literatura y las instituciones. Las editoriales tuvieron muy presente su opinión al momento de decidir políticas lingüísticas y optar finalmente por la “internacionalización” de la lengua recientemente “argentinizada”. El criterio de tendencia centralizadora de Amado Alonso se adecuaba mejor a las necesidades de la industria del libro lanzada a escala continental (Falcón, 1991: 113).

Asimismo también eran profesores universitarios o habían tenido cargos en la enseñanza superior Lorenzo Luzuriaga (Universidad de Tucumán), Julio Rey Pastor y Raúl Prebisch (Universidad de Buenos Aires), José Luis Romero (Universidad Nacional de La Plata) y Francisco Ayala (Universidad del Litoral).

José Luis Romero merece un renglón aparte debido a su alta participación en un momento en que se consolidaba como historiador con una obra

que sería de cita obligada en el futuro, *Las ideas políticas en Argentina* (1946). Su presencia abre el espectro ideológico de la publicación al socialismo democrático y a una voz contraria al idealismo y a las utopías de prescindencia de los conflictos históricos por la vía del aislamiento y la elevación espiritual⁸.

La conexión Sur

Queda para el final el análisis de los lazos entre *Realidad* y la revista *Sur* por constituir el más directo precedente y ofrecer el campo más idóneo para indagar en los posibles condicionantes y en las motivaciones que, surgidas en el interior del sistema literario, propiciaron el lanzamiento de una nueva publicación.

Algunos contemporáneos vieron en la creación de *Realidad* el propósito no declarado de competir con *Sur*. Ayala niega este supuesto en sus memorias, y es fácil constatar que tanto él como los colaboradores de *Sur* que impulsaron la nueva revista continuaron publicando con regularidad en la revista de Victoria Ocampo⁹. Son igualmente reveladores del entendimiento entre ambas publicaciones los numerosos autores muy asociados a *Sur* que firman artículos en *Realidad*: Rosa Chacel, González Lanuza, Sánchez Reulet, Enrique Pezzoni, entre otros¹⁰.

El núcleo estable y fundacional de *Realidad* tenía un sólido arraigo en *Sur*, sobre todo en la de los cruciales primeros años¹¹. En esa época, los nombres de Guillermo de Torre, Eduardo Mallea, Francisco Romero, Amado Alonso y Carlos Alberto Erro tienen una alta presencia, bien con artículos de su autoría, bien con funciones editoriales clave (De Torre, secretario de redacción; Alonso, Martínez Estrada y Romero, integrantes del consejo de redacción).

Por su parte, Ayala se incorporó al grupo de *Sur*, previo paso por el diario *La Nación*, inmediatamente después de instalarse en Argentina en 1939, siempre gracias a Mallea¹². La revista se había declarado partidaria de la legalidad republicana cuando empezó la Guerra Civil y su directora se mostró generosa con los expatriados que comenzaron a arribar como consecuencia del conflicto¹³. En esta oportunidad, el recién llegado contaba además con

el capital simbólico proveniente de sus antecedentes políticos e intelectuales y con el halo de prestigio que otorgaba haber pertenecido a *Revista de Occidente* y al selecto círculo de Ortega y Gasset, quien, como se sabe, era amigo personal de Victoria Ocampo y había intervenido en las conversaciones sobre la creación de *Sur*¹⁴. Sin duda el auspicio de Mallea, la relación directa con el autor de *La rebelión de las masas* y el perfil de jurista de ideario republicano y liberal favorecieron el ingreso de Ayala en el minoritario entorno de Ocampo y facilitaron que su firma apareciera con frecuencia en la revista, en particular en la primera mitad de la década de 1940.

De *Sur* a *Realidad*: el factor Borges

PARA comprender los movimientos dentro del campo intelectual argentino que gravitaron en el surgimiento de *Realidad*, es preciso hacer un poco de historia y detenerse en las decisivas transformaciones que se sucedieron en la constelación de *Sur* durante estos años. Conocer el perfil de los integrantes de la primera hora de la célebre revista arroja luz sobre las circunstancias que ejercieron su influjo en la publicación fundada en 1947.

Aunque Ocampo nunca dejó de tener la última palabra, durante la primera etapa de *Sur* se apoyó principalmente en Mallea y De Torre; los tres hacían la revista, según relata la propia directora (citado por Zuleta, 1991b: 186). Estaban de acuerdo en privilegiar, en cuanto a la forma, los artículos extensos, de tono ensayístico y reflexivo; en cuanto a los fines últimos, aspiraban a exponer un pensamiento que transmitiera una ética y unos valores al servicio de la elevación espiritual de la humanidad, garantías de la continuidad de la cultura y de la ordenación de la existencia (King, 1989: 15 y ss.).

Muy pronto entre los integrantes más activos se reveló un grupo, liderado por Jorge Luis Borges, que defendía la posición opuesta, actitud que ocasionó algunas fricciones con la directora. El autor de *El Aleph* consideraba que la literatura y el arte no debían regirse por fines morales ni didácticos. Además quería dar a la revista un estilo más ágil y menos circunspeto, restándole peso al ensayismo y abogando por la creación literaria, designio que puso en práctica en la célebre sección “Notas” mediante intervenciones breves y abiertas a las reseñas y a las diversas expresiones de la cultura, entre ellas el cine. A medida que fue conquistando más espacio para la creación

literaria abrió las puertas de *Sur* a críticos jóvenes que exploraban nuevas formas de hacer crítica.

En los años cuarenta la disputa entre los dos grupos se hace más explícita y tenaz. Borges dirige sus ataques, envueltos en la ironía que lo caracteriza, principalmente contra Mallea. En la pugna no solo se dirimía el perfil de la publicación sino que comenzaba a gestarse el cambio más decisivo del sistema literario argentino en el siglo XX, que colocará a Borges en el lugar sobresaliente del canon. Pero las acometidas no solo se originan en debates estéticos: King considera que el artículo “Eduardo Mallea y la Argentina profunda”, escrito por Santiago Montserrat en 1945 (*Sur*, 123), en el cual reprueba el divorcio de Mallea con la historia, pone de manifiesto la fractura con una crítica preocupada por la realidad política y social, anticipando la condena que en los años cincuenta recibirá desde la revista *Centro* y especialmente desde *Contorno*, órgano aglutinador de un núcleo de jóvenes de izquierda que asumirían planteos renovadores en lo político y en lo literario. Mallea sufrirá otra mengua en su prestigio cuando la publicación fundada por Ismael Viñas subvierta el canon literario con la recuperación de Roberto Arlt (Gramuglio, 2004; Prieto, 2006).

Resulta evidente que a mediados de los cuarenta Mallea era atacado en el interior de su propia revista por Borges, por el flanco estético y literario; y por una intelectualidad alternativa todavía emergente, por el flanco de la ideología y el pensamiento (King, 1989: 152-153)¹⁵. Pero el declive de Mallea en *Sur* –significativamente, a partir de 1945 la crítica solo registra dos colaboraciones del hasta entonces influyente allegado a Victoria Ocampo– no se proyectó de inmediato en el canon ni mermó su enorme poder en el campo de la cultura y en el mundo editorial.

Su exquisita formación, el cultivo de una lengua literaria valorizada en la esfera de la alta cultura y una extensa red de relaciones en el campo intelectual le permitían seguir ocupando lugares estratégicos. Su buen hacer le había facilitado convocar a escritores con talento y a la vez prestar auxilio a aquellos que pasaban por dificultades. De Diego (2006: 106-107) lo define como una suerte de agente literario que ejerció su oficio con sabiduría y acertado criterio¹⁶. Además de ocuparse de las páginas de cultura de *La Nación*, de acordar junto con Victoria Ocampo el rumbo de la revista *Sur*

y de colaborar estrechamente con Gonzalo Losada, dirigió en Emecé las colecciones El Navío, Grandes Ensayistas y La Quimera. *Sur*, las editoriales, *La Nación*, le daban una capacidad de decisión y arbitraje única en el campo literario, bien compatibilizada con el cultivo de estrechos lazos con la elite social y financiera porteña.

Sin embargo, la línea invisible que dividió a *Sur* a mitad de los cuarenta continuó pronunciándose y generó una bifurcación. Había señales de que la revista no podía albergar con resultados óptimos la línea renovadora de Borges, que propugnaba más literatura y aligerada de propósitos morales, y la sostenida por el grupo cercano a Victoria Ocampo, que bregaba por artículos de pensamiento y por una literatura orientada a la reflexión y los fines morales, todo en un escenario político y social que lanzaba nuevos interrogantes a la aristocrática república de las letras de la cual *Sur* era el paradigma.

Casi como un crecimiento natural, la coyuntura propiciaba nuevos rumbos y nuevas experiencias que dieran cauce a las diferentes tendencias sin disputar el reducido territorio de *Sur* y sin sufrir la férrea supervisión de la directora, que intentaba renovar la publicación sin resignar su proyecto original ni su autoridad. Sin deserciones ni cismas, los principales agonistas amplían sus zonas de influencia en dos nuevos órganos: en 1946 Borges se hace cargo de *Los Anales de Buenos Aires* y la convierte en una revista de poesía que se publicará hasta 1948; en 1947 aparece el primer número de *Realidad*. “En general, *Anales* puede ser considerado como lo mejor del *Sur* literario en este periodo, así como *Realidad* puede considerarse como lo mejor de *Sur* como revista de ideas” (King, 1989: 202).

En 1944 aproximadamente (si nos guiamos por la fecha de la reseña del libro de *Kafka o el pájaro y la jaula*), Mallea había iniciado la “operación *Realidad*”. Con su aguda percepción de las casillas vacías en el mundo de la cultura, pensó en una nueva publicación sin condicionamientos y convocó a los actores idóneos, si no inmejorables, para emprender el periplo.

Los movimientos que se suceden se explican por las posiciones en el tablero: el poder del escritor bahiense en *Sur* estaba menoscabado por la acometida de Borges desde los márgenes (secciones breves frente a los artículos de fondo), y Carmen Rodríguez Larreta de Gándara estaba animada por

una quizás tardía vocación por las letras y la cultura, tenía méritos para desarrollarla y contaba con los recursos financieros obligados. Entonces Mallea pide a Ayala que reseñe el libro de Carmen Gándara, la autora ve en Ayala la persona ideal para dirigir una revista de pensamiento para “estos tiempos convulsos” y se compromete a financiarla por dos años (que se extenderán a tres); Mallea termina de convencer a Ayala para que asuma el reto, aunque no logra que acepte ser el director¹⁷.

En la revista de Victoria Ocampo había varios colaboradores de peso que si bien no formaban un grupo cohesionado, entendían de forma similar la función de la literatura y del escritor y podrían involucrarse con una publicación de temas graves y filosóficos. No sorprende que el nuevo proyecto haya ejercido una especial atracción sobre el sector de *Sur* menos ligado a la literatura y a la creación no trascendentes de signo borgeano.

Al comienzo de este trabajo se brindó un registro de las figuras prominentes de *Realidad* acompañado de una sinopsis del área profesional e institucional en donde se inscribían. Se vuelve ahora sobre aquellos que tenían un papel destacado en *Sur* para poner de manifiesto que su lugar en el campo intelectual, así como la concepción de la literatura y la escritura que practicaban propiciaban un nuevo agrupamiento. Todos ellos conformaban el plantel más inclinado a la revista de pensamiento con metas espirituales que *Sur* concibió en los comienzos de su andadura, y, de alguna manera, en sus escritos e intervenciones habían preanunciado algunos mimbres de la revista creada en 1947.

Eduardo Mallea fue fundador de *Sur* y estaba en la mesa de las decisiones, acompañando a la directora. Como queda visto, su concepto de la literatura y la querrela con Borges no habrían sido ajenos al proyecto que concibió con gran don de la oportunidad.

Francisco Romero ha sido considerado la pluma que proporcionaba el fundamento filosófico para la orientación ensayística y especulativa de Ocampo y Mallea.

Aunque los artículos publicados en *Sur* por Mallea y Erro, entre otros, tenían una base en la filosofía de la época, eran, ante todo, ensayos de síntesis cultural. Sin embargo, se basaban en una poderosa tradición de

investigación filosófica en Argentina, representada en la revista por Francisco Romero, catedrático de Filosofía en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de La Plata (King, 1989: 113-114).

Acerca de Guillermo de Torre, puede especularse que su participación en *Realidad* era absolutamente predecible. Desde que había regresado a Argentina después de comenzada la Guerra Civil, continuó cercano a Mallea, con quien coincidía en la defensa de los fines éticos en literatura y en la línea que debía seguir *Sur* (Zuleta, 1989 y 1991a)¹⁸.

Amado Alonso tenía un ámbito propio a partir de su línea de trabajo, de corte más científico que literario. Teresa Gramuglio lo sitúa en un espacio diferenciado de *Sur*, con identidad propia pero sin especial predicamento.

El dominio de las cuestiones referidas a la lengua y a la investigación filológica, el conocimiento de los clásicos y de las literaturas extranjeras y el interés por la latinoamericana hicieron que los trabajos de estos estudiosos adquirieran un relieve propio, aunque no llegaron a imponer una tendencia crítica hegemónica en la revista (Gramuglio, 2004: 113).

Por su parte, la presencia de Ezequiel Martínez Estrada en el consejo editorial de *Realidad* se explica desde el giro que se estaba produciendo en el sistema literario. En *Sur* era considerado afín a Mallea por su inclinación al ensayo y porque en su obra buscaba los orígenes de los conflictos de identidad de los argentinos a partir de un buceo melancólico y escéptico en la geografía y el paisaje. La historiografía literaria sitúa al autor de *Radiografía de la Pampa* en la genealogía de los escritores abrumados por las preguntas sobre las esencias envueltas en un pensamiento nacionalista moderado, aunque no llegó a sufrir los ataques que más tarde recibiría Mallea.

En la dirección del ensayo filosófico, los artículos de Carlos Alberto Erro muestran una preocupación por desentrañar los problemas del presente con el fin de reforzar la libertad y la democracia, pero advirtiendo sobre el creciente debilitamiento de los valores espirituales.

En cuanto a Francisco Ayala, sus colaboraciones abarcaban un amplio espectro de las ciencias humanas y sociales desde donde abordaba temas de

actualidad apoyados en una sólida cultura de plena vigencia. Si bien estaba cerca del grupo *Sur*, se mantenía distante de las reuniones sociales y del espíritu gregario que caracterizaba al colectivo y había sabido resguardarse de ciertas veleidades atribuidas a la directora. Abogaba por una literatura con fines éticos pero había comenzado a explorar nuevos rumbos literarios en varios cuentos publicados en *Sur*, y *El hechizado*, un relato largo aparecido en 1944 en Emecé, colección Cuadernos de la Quimera, había merecido una elogiosa reseña de Borges (*Sur*, 122, diciembre de 1944).

Por último, debe apuntarse que el grupo de intelectuales de *Sur* que participó de *Realidad* representaba una línea prestigiada por una estela orteguiana innegable. Aunque no suelen mencionar explícitamente al filósofo como referente de la publicación, Francisco Romero, Guillermo de Torre, Francisco Ayala, junto con Luzuriaga, habían estado vinculados al autor de *La rebelión de las masas*. Y pese a los avatares de las últimas décadas, *Revista de Occidente* continuaba siendo un modelo de publicación periódica de pensamiento y cultura¹⁹, y su discurso pervivió, revitalizado, marcando una línea de continuidad y un parentesco claro con *Sur*. “La revista nos recuerda en su línea de pensamiento a *Revista de Occidente*, y no es extraño que Ayala y Luzuriaga copiaran este modelo que tan bien conocían y que seguramente añoraban” (Rodríguez Cela, 1998: 126).

Campo intelectual y peronismo

Si se trata de conocer con cierto detalle el campo intelectual de *Realidad*, la descripción en las páginas precedentes no deja de ser una fotografía del sector hegemónico de la cultura argentina en el que se producen reacomodamientos y mudanzas sin que se altere básicamente el lugar central que detentaba: los animadores de *Realidad* provienen de la misma fracción representante de la cultura según la elite dominante. Con el transcurso del tiempo y el cambio de circunstancias el sector había recibido otras aportaciones, como la de un segmento del exilio español representado por la intelectualidad liberal republicana —que, es oportuno consignarlo, quizás realizó un intercambio más eficaz con las instituciones culturales que con el sistema literario—.

Por fuera de este gravitante núcleo del campo intelectual existían otros sectores que provenían, con excepciones, de ámbitos menos exclusivos desde el punto de vista de la pertenencia social e institucional. Es imprescindible ampliar la focalización y tener presente otro tipo de tensiones que aunque aparentemente no alteraron el reparto de las zonas privilegiadas del campo intelectual en los tres años en que se publicó *Realidad*, iniciaron derivas que se delinearían con fuerza en la década siguiente.

La historiografía ha dejado claro que el ascenso del peronismo en la década de 1940 cambió definitivamente todos los planos de la vida argentina (Brown, 2009). El tema es complejo y compete a los historiadores estudiarlo en perspectiva y con los métodos adecuados. Sin embargo, la gran transformación que produjo la entrada en el escenario político de las clases populares tuvo también incidencia en el campo intelectual. Como es notorio y verificado, el peronismo fue la llave para la dignificación de una clase social que al tiempo que revertía un menoscabo histórico aprendía a defender sus derechos. Por primera vez los sectores humildes accedieron a ciertos beneficios materiales y simbólicos privativos de los estamentos medios y altos, los cuales se sintieron ultrajados y se negaron sistemáticamente a dar legitimidad al partido gobernante²⁰. También es sabido que las políticas que favorecieron este proceso y acompañaron el ascenso de las masas desconocieron las normas que reglaban las instituciones, lo cual afectó en particular a los sectores ilustrados, con alta incidencia en el estamento universitario. Los integrantes del consejo de redacción de *Realidad* que eran docentes universitarios, o bien habían sido destituidos o bien habían preferido alejarse de los claustros por solidaridad (Terán, 2008: 258 y ss.)²¹.

El acceso de nuevos sectores a la cultura alentado por el peronismo se acompañó de la expansión de los medios de comunicación de masas y de un notable crecimiento de la producción cultural en el teatro, el cine, la radio y, como se ha visto, en la industria editorial. Algunas investigaciones señalan que, paradójicamente, la llamada época de oro de la edición se vio beneficiada por el trabajo de intelectuales antiperonistas en los oficios subsidiarios de la edición: fueron correctores, asesores, traductores, libreros, etcétera²².

En este contexto altamente beligerante, el campo intelectual reprodujo la escisión que separaba a la sociedad; la regla general fue que el antiperonismo postergó sus discrepancias para aglutinarse formando un polo po-

deroso y cohesionado contra el gobierno. Recién después del golpe de estado que destituyó al presidente Perón comenzaron a dirimirse las diferencias entre las ideologías que operaban en el sector antigubernamental. El fragmento que se identificó con el peronismo o que simplemente no se opuso en forma tajante era más reducido: Leopoldo Marechal, Elías Castelnuovo, Nicolás Olivari, Enrique Santos Discépolo, Homero Manzi, Jorge Abelardo Ramos son algunos de los nombres de cita obligada, aunque en ese momento no todos eran artistas o escritores legitimados por las instituciones ni gozaban del mismo reconocimiento.

En la singladura de *Realidad* el rechazo al partido en el poder es un telón de fondo –posiblemente aludido en los “tiempos convulsos” que preocupaban a Carmen Gándara– hasta la negativa de Francisco Ayala a afrontar un nuevo período de tres años, cansado de que el contexto político atentara contra la independencia de criterios (Ayala, 2010: 375). Emilia de Zuleta encuentra dos motivaciones básicas en los orígenes de la revista: “la honda crisis de la posguerra y los problemas derivados del primer peronismo” (1983: 231). Estudios más recientes la colocan entre las publicaciones que presentaron una alternativa de más alta calidad al discurso peronista²³, pero sería reduccionista convertir el antiperonismo en el motor principal. Una breve mirada al índice evidencia que sus cometidos y alcances fueron más vastos y que, con una enorme capacidad para convocar colaboradores de primera línea argentinos y extranjeros, españoles exiliados y españoles residentes en la Península. Si bien abordó “la conciencia del estado de la cultura de Occidente, su crisis y sus problemas y las bases de un humanismo actual asentado en los valores del espíritu” (Zuleta, 1983: 234); fue también una revista de crítica literaria y un proyecto de integración de la cultura del exilio con la que continuaba produciéndose en España.

Del proyecto de Mallea a la *Realidad* de Romero, Ayala y Luzuriaga

LA propuesta que Mallea hizo a Ayala para fundar la revista sin duda constituía un desafío digno de asumir. Recordemos lo dicho acerca de que *Realidad* partía de una posición sumamente privilegiada en el campo intelectual que le otorgaba un capital simbólico de primer rango, con vínculos sólidos con los sectores clave de la cultura argentina: la universidad y, dentro

de ella, el Instituto de Filología, el mundo editorial a través de los sellos más notables (Losada, Sudamericana, Emecé), la revista *Sur* y el diario *La Nación*, árbitros del canon literario argentino y de los gustos y las tendencias literarias. Contaba además con la aportación del grupo de intelectuales republicanos que había desarrollado vínculos más sólidos con las instituciones culturales argentinas.

Por otro lado, el proyecto ofrecía a Ayala la posibilidad de construir un espacio para una publicación dedicada al pensamiento, con “un sesgo marcadamente ensayístico y crítico, excluyendo de sus páginas los textos de pura invención poética, verso o prosa, que predominaban en las páginas de *Sur*”, a pesar de que era otra la idea de Mallea, “quien a todo trance deseaba abrir la revista a la literatura de invención imaginaria” (Ayala, 2010: 373)²⁴.

A partir de la génesis de *Realidad* que se ha descrito, no es aventurado afirmar que, de manera programada o no, una revista como la concebida por Mallea en medio de la decisiva pugna con el proyecto creador de Borges hubiera sido una réplica de la de Victoria Ocampo y de sus querellas –o inevitablemente se hubiera leído así– con resultados fáciles de imaginar²⁵.

Si la literatura argentina se debe felicitar porque en la pugna de Borges con Mallea se impuso el proyecto renovador del primero, el campo de la cultura debe igualmente congratularse porque la idea de la revista compacta de pensamiento que quería Ayala se terminara imponiendo –con negociaciones– sobre la revista abierta a la creación que prefería el escritor bahiense. Los elogios que sigue mereciendo de quienes se acercan a estudiar la cultura argentina del período lo certifican: “con el último número de *Realidad*, desapareció una de las más ricas empresas que hayamos emprendido los argentinos en el plano de la inteligencia. Su ejemplo no ha vuelto a repetirse” (Lafleur, Provenzano y Alonso, 2006: 208).

La extraordinaria capacidad de trabajo y la sabiduría de los responsables para coordinar y cohesionar un conjunto de colaboradores descolantes en sus respectivos ámbitos hicieron posible una publicación que tuvo la capacidad de recoger la producción filosófica, pero también la crítica literaria y cultural, surgidas de una prominente tradición ilustrada y liberal de vertiente universalista, con raíces argentinas, españolas y europeas.

Notas

- 1 Francisco Ayala, "Carmen Gándara. *Kafka o el pájaro y la jaula*" (reseña), *Sur*, 116, junio de 1944, pp. 84-86.
- 2 Como suele ocurrir, la pertenencia a la alta sociedad argentina y la atmósfera refinada que la rodeaba se han superpuesto a su figura de escritora. Carmen Gándara, como finalmente trascendió en la historia de la literatura, fue autora de las novelas *El lugar del diablo* (1948) y *Los espejos* (1951) y del volumen de cuentos *La figura del mundo* (1958). En la línea de Eduardo Mallea y de Ezequiel Martínez Estrada, después de transitar por un camino de antinomias entre la Argentina real y la de las apariencias, sus personajes encuentran la solución en la huida hacia espacios primigenios y no contaminados por la civilización (la Pampa, la Patagonia) (Rocco-Cuzzi y Stratta, 1982). María Elena Walsh (1998) recuerda en sus memorias una tertulia en su aristocrática casa y hace mención a su singular belleza, rodeada de leyendas. En el Museo de Arte Español Enrique Larreta se puede contemplar un retrato que corrobora esa fama.
- 3 En rigor de verdad, Francisco Romero había nacido en España, pero siendo niño su familia se trasladó a Argentina y a los efectos de su formación y trayectoria era un argentino más. Respecto de los testimonios que encierran las memorias, es preciso puntualizar que aunque aportan información de sumo interés, no dejan de ostentar el estatuto inestable de los géneros autobiográficos.
- 4 Acerca de la inserción de Francisco Ayala en el campo cultural argentino, véase Macciuci, 2010.
- 5 Véase su trayectoria completa en Zuleta, 1991a.
- 6 Quizás es excesivo restringir el fenómeno al campo editorial, así como centrarlo en los grandes sellos. La afirmación debería contrastarse no solo con las editoriales descollantes sino con las más pequeñas. Como sea, el proceso es más complejo y las hipótesis sobre el auge y el declinar del ímpetu de los emigrados deberían considerar otras variables, como la crisis de los grandes paradigmas ideológicos de la *intelligentsia* que se produce a partir de la década de 1950.
- 7 Véase un panorama abarcador de la tarea desarrollada en Barrenechea y Lois, 1989.
- 8 En 1937, desde las mismas páginas de *Sur* (33, junio, pp. 5-77) advierte que las posiciones sustentadas por Jules Romains o Jacques Maritain ante la

Guerra Civil española llevaban el riesgo de “quedar fuera de la vida política y de no significar en ellas nada” al pretender trasladar a la vida política y a las urgencias de la acción “irrealizables sueños de aislamiento, de soluciones utópicas o de concordias evangélicas”; véase Macciuci, 2005.

- 9 Efectivamente, la participación de Ayala en *Sur* no se interrumpe, pero se hace menos frecuente, lo que no es de extrañar en una persona que tenía la responsabilidad de editar una revista bimensual. Un rápido examen del repertorio de sus colaboraciones permite comprobar que la mayor parte de los artículos y notas se publicó entre 1939 y 1945; luego comienzan a decrecer y entre 1947 y 1950 su nombre solo aparece en cuatro ocasiones (exceptuadas las reseñas de *Los usurpadores* y *La cabeza del cordero*). Proporciono un listado completo de las colaboraciones de Ayala en *Sur* durante el período 1939-1950 en Macciuci, 2011.
- 10 John King sostiene que “*Sur* consideró esta revista como un complemento, y no como una amenaza”, y para fundamentar su juicio añade: “y publicó un largo elogio [de *Realidad*], obra de Francisco Ayala, en su número de septiembre de 1951” (1989: 201).
- 11 *Sur* había ido afirmando su hegemonía indiscutida en el campo de las letras desde su aparición en 1931 hasta por lo menos mediados de los años cincuenta, en que deja de ocupar el lugar preeminente.
- 12 Desarrollo con más detenimiento la inserción de Ayala en los primeros años del exilio argentino en Macciuci, 2006 y 2011.
- 13 El apoyo tuvo matices y variaciones que trato en Macciuci, 2005.
- 14 En el momento de exiliarse Ayala acreditaba una intensa vida intelectual: era autor de varias obras de creación y había colaborado asiduamente en *El Sol* y *La Gaceta Literaria*. En 1929 la Universidad le concedió una beca por un año para estudiar en Alemania y a su regreso obtuvo el título de doctor en Derecho. En 1935 ganó la cátedra de Derecho Político en la Universidad de La Laguna, aunque prefirió continuar en el cargo de profesor ayudante de Derecho Político en Madrid que desempeñaba desde 1927. Interrumpió su labor literaria y académica para desempeñar la misión que le encomendó el gobierno de la República una vez iniciada la guerra.
- 15 Dicha intelectualidad de izquierdas una década después se desmarcará por igual de Mallea y de Borges, pero mientras el primero era objeto de burlas, Borges concitó álgidas y densas polémicas (King). Agradezco al profesor Luis

Alberto Romero los oportunos comentarios sobre esta cuestión realizados tras la lectura de este trabajo. Anteriormente, hacia finales de los cuarenta, la revista de izquierda ortodoxa *Expresión* había apuntado contra Mallea y a su divorcio con el pueblo, pero la crítica fue de bajo tono porque preferían mantener la armonía del frente común antiperonista (King, 1989: 202).

- 16 Algunas anécdotas dan fe de su ojo avizor, de su independencia intelectual y de su generosidad: invitó a Witold Gombrowicz (quien también mereció atención por parte de *Realidad*) a escribir en *La Nación* mientras era rechazado sin miramientos en *Sur*; en 1936 animó a Guillermo de Torre a trasladarse de París a Buenos Aires y luego le consiguió, entre otras ayudas, un contrato para escribir en *El Hogar*. El autor nacido en Bahía Blanca debió de ser una persona honrada que despertaba confianza y agradecimiento. María Elena Walsh (1998) traza una semblanza que coincide con otras apreciaciones sobre su persona: “Sobre Florida estaba el edificio del diario *La Nación*, basílica sombría donde tras recorrer un laberinto una esperaba acceder al pope en contraluz, Eduardo Mallea, con quien las pausas incómodas se dilataban como intervalo trapense. Era un tímido solemne, modelo de integridad intelectual por la que le perdonábamos sus veleidades aristocratizantes y su estilo alambicado, tan leído como discutido por los parricidas que aspiraban a acólitos del Suplemento Literario”.
- 17 Ayala cuenta en sus memorias que tenía la firme convicción de que Mallea y Carmen Gándara habían llegado a un acuerdo antes de formularle el pedido: “La de lanzar una nueva revista en Buenos Aires fue idea de Eduardo Mallea, quien –con todos los circunloquios, reservas, precauciones y reticencias propios de su carácter– me la brindó a mí; y sospecho que esa idea se había cocido originalmente en el seno de su amistad con una señora copetuda, doña Carmen Gándara (la Nena Gándara para sus próximos), que, bien pasados ya sus años juveniles, había comenzado a hacer ciertos pinitos literarios muy estimables” (Ayala, 2010: 371-372; las cursivas son mías). Véase nota 3.
- 18 Si se juzga a partir de los *Recuerdos y olvidos* de Ayala, que no traslucen una gran simpatía hacia el cuñado de Borges, es más probable que De Torre haya sido incorporado a *Realidad* a instancias de Mallea y no por voluntad del granadino.
- 19 Probablemente el filósofo no se invoca abiertamente porque su actitud respecto del franquismo a partir de 1936 y su regreso a España en 1942 habían decepcionado al republicanismo.

- 20 Uno de los índices más significativos lo proporciona el acceso a la educación: “una de las características más salientes de estos años fue la formidable expansión de la matrícula en la enseñanza media y la no menos notable expansión de la universitaria” (Romero, 2001: 117). “La universidad se democratizó en su acceso en 1946 como nunca lo había hecho en la historia del país. La gratuidad de la educación a través del decreto 29.337 del año 1949 y el ingreso irrestricto encontrarían su origen en este período y, por eso, serían suprimidos todos los aranceles y los exámenes de ingreso...” (Recalde, 2007: 39).
- 21 Incluso Norberto Galasso (2007), reconocido historiador partidario del peronismo, reconoce que el líder del movimiento no tuvo una política adecuada para la universidad, y recuerda que pensadores cercanos a Perón, como Arturo Jauretche, recomendaron a Perón mejorar el diálogo con este ámbito. Véase en Recalde (2007) una perspectiva actual desde los planteamientos del revisionismo histórico.
- 22 El proceso de profesionalización y jerarquización de funciones había empezado antes; quizás se intensificó por el notable incremento de la producción editorial, que alcanzó su cenit entre 1943 y 1947, año que registra una cifra de 24.280.000 libros (Rivera, 1986: 625).
- 23 “[...] otras publicaciones daban densidad al campo intelectual: desde las surgidas en la segunda mitad de los años cuarenta (*Davar, Expresión, Los Anales de Buenos Aires, Realidad y Sexto Continente*) hasta *Poesía Buenos Aires* (1950-1960) e *Imago Mundi* (1953-1966)” (Gramuglio, 2004: 112). Óscar Terán consigna que los escritores y artistas de la oposición “encontraron espacios de resistencia y producción cultural desde donde se editaron revistas como *Realidad, Imago Mundi* o *Ver y Estimar...*” (Terán, 2008: 263).
- 24 En otra ocasión afirma Ayala: “Yo quise que *Realidad* fuese una revista de ideas. Aunque, finalmente, por la insistencia de algunos, como Eduardo Mallea, se publicaron cosas de imaginación. Eduardo insistió mucho en que se incluyera un relato mío (reunido después en *La cabeza del cordero*) solo para que también entrara uno suyo: era una coartada” (Demicheli, 1998: 20).
- 25 Probablemente Mallea insistiera en su propósito, pues Emilia de Zuleta recoge que al cumplirse un año de la aparición de *Realidad*, se hace un balance (número 47) y se anuncian tres futuras líneas de acción, entre las cuales la segunda prometía “la publicación de escritos de pura creación” (1983: 233).

Bibliografía

AYALA, Francisco (2010): *Autobiografía(s)*, vol. 2 de las *Obras completas*, edición de Carolyn Richmond, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.

BARRENECHEA, Ana, y Élica Lois (1989): “El exilio y la investigación lingüística en la Argentina”, en *Cuadernos Hispanoamericanos. El exilio español en Hispanoamérica*, 473-474, nov.-dic., pp. 80-91.

BIAGINI, Hugo E. (1989): “Tres paradigmas de ‘conterrados’ en la Argentina”, en *Cuadernos Hispanoamericanos. El exilio español en Hispanoamérica*, 473-474, nov.-dic., pp. 101-112.

BROWN, Jonathan (2009): *Breve historia de la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo.

DE DIEGO, José Luis (2006): “1938-1955. La ‘época de oro’ de la industria editorial”, en José Luis de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, México, FCE, pp. 91-123.

DEMICHELI, Tulio H. (1998): “Francisco Ayala. ‘La gente se agarra a cualquier cosa con tal de odiar al vecino’”, en *ABC Cultural*, 22 de octubre, pp. 18-20.

DE SAGASTIZÁBAL, Leandro (1991): “Editores españoles en el Río de la Plata”, en Hebe Clementi (coord.), *Inmigración española en Argentina (Seminario 1990)*, Buenos Aires, Oficina Cultural de la Embajada de España, pp. 258-273.

FALCÓN, Alejandrina (2011): “¿Un meridiano que fue exilio? Presencia española en el campo cultural argentino (1939-1953)”, en Andrea Pagni (ed.), *El exilio republicano español en México y Argentina: historia cultural, instituciones literarias, medios*, Madrid [etc.], Iberoamericana [etc.], pp.107-128.

GALASSO, Norberto (2007): “Prólogo” a Aritz e Iciar Recalde, *Universidad y liberación nacional. Un estudio de la Universidad de Buenos Aires durante las tres gestiones peronistas: 1946-1952, 1952-1955 y 1973-1975*, Buenos Aires, Nuevos tiempos, pp. 11-16.

GARCÍA MONTERO, Luis (2007): “La aventura de pensar el mundo. Prólogo”, en *Realidad. Revista de ideas*, edición facsimilar, Sevilla, Renacimiento, pp. XIX-LXXV.

GRACIA, Jordi, y Domingo Ródenas (2011): *Historia de la literatura española*, vol. 7, *Derrota y restitución de la modernidad 1939-2010*, José Carlos Mainer (dir.), Barcelona, Crítica.

GRAMUGLIO, María Teresa (2004): “Posiciones de *Sur* en el espacio literario. Una política de la cultura”, en Noé Jitrik (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 9 (dirigido por Sylvia Sáitza), Buenos Aires, Emecé, pp. 93-122.

KING, John (1986): *Sur. A study of the Argentine literary journal and its role in the development of a culture, 1931-1970*, Cambridge, Cambridge University Press. Se cita por la trad. de Juan José Utrilla (1989): *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura. 1931-1970*, México, FCE.

LAFLEUR, Héctor René, Sergio D. Provenzano y Fernando Pedro Alonso (2006): *Las revistas literarias argentinas (1893-1960)*, Buenos Aires, El 8vo. Loco.

LARRAZ ELORRIAGA, Fernando (2011): “Los exiliados y las colecciones editoriales en Argentina (1938-1954)”, en Andrea Pagni (ed.), *El exilio republicano español en México y Argentina: historia cultural, instituciones literarias, medios*, Madrid [etc.], Iberoamericana [etc.], pp.129-144.

MACCIUCI, Raquel (2005): “La Guerra Civil española en la revista *Sur*”, *Sociohistórica. Cuadernos del CHIS*, 15/16, Centro de Investigaciones Sociohistóricas, Universidad Nacional de La Plata, pp. 123-145.

— (2006): *Final de plata amargo. De la vanguardia al exilio. Ramón Gómez de la Serna, Francisco Ayala y Rafael Alberti*, La Plata, Al Margen.

— (2010): “Entrelíneas: memorias y exilio argentino de Francisco Ayala. Lo que pudo haber sido y no fue”, en Miguel Cabañas Bravo, Dolores Fernández Martínez, Noemí de Haro García e Idoia Murga Castro (coords.), *Analogías en el arte, la literatura y el pensamiento del exilio español de 1939*, Madrid, CSIC, pp. 261-272.

— (2011): “Intelectuales españoles en el campo cultural argentino: Francisco Ayala, de *Sur* a *Realidad* (1939-1950)”, en Andrea Pagni (ed.), *El exilio republicano español en México y Argentina: historia cultural, instituciones literarias, medios*, Madrid [etc.], Iberoamericana [etc.], pp. 159-188.

PIÑERA LLERA, Humberto (1951): “Vida y obra de Francisco Romero”, en *Revista Cubana de Filosofía*, La Habana, vol. II, 9, julio-diciembre, pp. 5-14. <http://www.filosofia.org/hem/dep/rcf/n09p005.htm> (última consulta: 30 de enero de 2013).

POCHAT, María Teresa (1991): “Editores y editoriales”, en Nicolás Sánchez Albornoz (comp.), *El destierro español en América. Un trasvase cultural*, Madrid, ICI, pp.163-176.

PRIETO, Martín (2006): *Breve historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Taurus.

RECALDE, Aritz e Iciar (2007): *Universidad y liberación nacional. Un estudio de la Universidad de Buenos Aires durante las tres gestiones peronistas: 1946-1952, 1952-1955 y 1973-1975*, Buenos Aires, Nuevos tiempos.

RIVERA, Jorge B. (1986): “Apogeo y crisis de la industria del libro: 1955-1970”, en Susana Zanetti (dir.), *Historia de la literatura argentina*, vol. 4, *Los proyectos de la vanguardia*, Buenos Aires, CEAL, pp. 625-648.

ROCCO-CUZZI, Renata, e Isabel Stratta (1982): “Las escritoras. 1940-1970”, en Susana Zanetti (dir.), *Historia de la literatura argentina*, vol. 5, *Los contemporáneos*, Buenos Aires, CEAL, pp. 505-528.

RODRÍGUEZ CELA, Julia (1998): “El exilio de Francisco Ayala en Buenos Aires (1939-1950)”, en Manuel Aznar Soler (ed.), *El exilio literario español de 1939. Actas del Primer Congreso Internacional (Bellaterra, 27 de noviembre-1 de diciembre de 1995)*, vol. 1, Barcelona, Gexel, pp. 123-130.

ROMERO, Luis Alberto (2001): *Breve historia contemporánea de la Argentina*, 2.^a ed. ampliada, Buenos Aires, FCE.

SANTALÓ, Luis A. (1989): “La matemática en el exilio argentino”, en *Cuadernos Hispanoamericanos. El exilio español en Hispanoamérica*, 473-474, nov.-dic., pp. 75-79.

SCHWARZSTEIN, Dora (2001): *Entre Franco y Perón. Memoria del exilio republicano español en Argentina*, Barcelona, Crítica.

TERÁN, Óscar (2008): *Historia de las ideas en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.

WALSH, María Elena (1998): “Escenas de la vida literaria”, en *La Nación* digital, <http://www.lanacion.com.ar/215102-escenas-de-la-vida-literaria> (última consulta: 30 de enero de 2013).

ZULETA, Emilia de (1983): *Relaciones literarias entre España y la Argentina*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana.

— (1989): “El autoexilio de Guillermo de Torre”, en *Cuadernos Hispanoamericanos. El exilio español en Hispanoamérica*, 473-474, nov.-dic., pp. 121-133.

— (1991a): *Guillermo de Torre entre España y América*, Mendoza, Ediciones de la Universidad Nacional de Cuyo.

— (1991b): “Los exiliados españoles en revistas literarias argentinas”, en Nicolás Sánchez Albornoz (comp.), *El destierro español en América. Un trasvase cultural*, Madrid, ICI, pp. 183-198.

Realidad y el contexto político de la posguerra mundial

Sebastián Martín

(Universidad de Sevilla)

El final de un ciclo histórico decisivo

REALIDAD se publicó desde 1947 hasta 1949. Se trató de un trienio clave, colocado al final del ciclo de la segunda posguerra mundial. Dicho tracto se inició en 1943, con la simbólica derrota del ejército alemán en la batalla de Stalingrado y el desembarco de las tropas aliadas en Sicilia para liberar Italia. Desde aquel año comenzaron a celebrarse encuentros internacionales para preparar la paz y diseñar el nuevo orden político y económico mundial.

En la conferencia de Moscú, de octubre de 1943, representantes de Gran Bretaña, Estados Unidos, la URSS y China proclamaron la “necesidad de establecer cuanto antes una organización general internacional [...] para el mantenimiento de la paz y seguridad internacionales”. Al mes siguiente se celebró la conferencia de Teherán, donde se acordó la invasión de Francia y la delimitación territorial de Polonia. El primero de julio de 1944 tuvo lugar la famosa conferencia de Bretton Woods, en la que se fijaron las bases institucionales del futuro orden económico. El 21 de agosto de ese año, en Dumbarton Oaks, los plenipotenciarios de la Unión Soviética, Estados Unidos, Gran Bretaña y China pactaban ya abiertamente la sustitución de la Sociedad de Naciones por la ONU. En octubre, Churchill y Stalin acordaban secretamente en Moscú distribuirse esferas de influencia: Grecia para Gran Bretaña y Europa oriental para la URSS. Contradiciendo tales acuerdos secretos, en la decisiva conferencia de Yalta de febrero de 1945, Roosevelt, Churchill y Stalin prometían libertad y democracia para los pueblos liberados del nazismo¹.

Tras la capitulación alemana de mayo de 1945 sucedieron acontecimientos que conmocionarían al mundo. A principios de agosto, el presidente Harry S. Truman, que había sucedido en abril a Roosevelt tras su repentino fallecimiento, ordenó lanzar la bomba atómica sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki. Poco antes, el 26 de junio, se había firmado en San Francisco la Carta de la Organización de las Naciones Unidas. El Tribunal de Núremberg iniciaba en noviembre de ese mismo año el juicio contra la dirigencia nacionalsocialista. La vía de la Europa del Este hacia el comunismo, bajo la tutela impositiva del estalinismo y a través de la institución de las “democracias populares” de Albania, Hungría y Bulgaria, comenzó entonces a recorrerse. Y las independencias de algunas colonias europeas tuvieron lugar también en la inmediata posguerra.

Al arranque de *Realidad*, varias eran las líneas del desarrollo histórico-político ya activadas: la configuración de la Europa del Este y la división de la geopolítica mundial en bloques confrontados, la institucionalización del orden internacional con vistas a salvaguardar la paz y las independencias de algunas colonias. Durante los tres años en que *Realidad* se publicó, de 1947 a 1949, estas líneas continuaron desplegándose, hasta llegar en algunos casos a su culminación.

La expansión del comunismo recorrió Polonia, Rumanía y Checoslovaquia, y llegó a China con la victoria de Mao Zedong. Se consumó la neta división del mundo en bloques enfrentados. Si en marzo de 1947 Truman pronunciaba ante el Congreso el famoso discurso que después citaremos, en septiembre del mismo año se formaba el *Cominform*, oficina de información que agrupaba a los partidos comunistas que gobernaban en el Este. Por otro lado, a principios de 1949 se creaba el Consejo de Ayuda Mutua Económica que, a excepción de Yugoslavia, reunía a todos los países socialistas. Seguidamente se fundaba en Washington la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

El proceso de reconstitución europea se produjo también en el trienio de *Realidad*. Tras suprimirse a iniciativa norteamericana la Administración para la Asistencia y Rehabilitación de la ONU, cuya ayuda llegaba también a la Europa del Este, el Secretario de Estado estadounidense, George C. Marshall, anunciaba en junio de 1947 su millonario plan para la recons-

trucción y recuperación económica de Europa, del que se autoexcluyó la URSS y el entero bloque soviético. Algunos de los países de la Europa occidental, a veces también bajo tutela estadounidense, se dotaron de nuevas constituciones. Lo hicieron Francia en 1946, Italia en 1947 y las dos Alemanias en 1949.

Y en el plano internacional se agolparon también sucesos fundamentales. De aquellos años datan las independencias de India y Pakistán, la creación del Estado judío de Israel, la Declaración Universal de los Derechos Humanos o la fundación de la Organización de los Estados Americanos.

La revista recorrió así un intervalo histórico, cuya brevedad no resta un ápice a su carácter políticamente crucial.

Realidad y la posguerra, la posguerra en Realidad

EL tiempo de la segunda posguerra estuvo atravesado por un anhelo restaurador de la normalidad a la vez que por proyectos constituyentes, planes revolucionarios y tambores de guerra. *Realidad* intentó ser una ventana por la que asomarse y contemplar reflexivamente un panorama complejo y repleto de contrastes. Su propósito de “discutir con altura y objetividad [...] los diferentes problemas que abruman al mundo” (“Nota”, II, 6: 462) nos permite hoy apreciar, con perspectiva histórica, cómo el contexto internacional penetró en ella proponiendo problemas, sugiriendo debates, señalando disyuntivas.

Aparte de una deliberada invitación a la lectura de sus textos más valiosos, el objeto de mi estudio consistirá precisamente en poner en relación las contribuciones e ideas recogidas en *Realidad* con su escenario político internacional. Procuraré dar cuenta de cómo la actualidad política del momento se hizo un hueco en ella, pero también de cuáles fueron los diagnósticos que sobre aquel trance histórico resultaron formulados en sus páginas.

Para facilitar esta labor de contextualización dividiré mi exposición en varias instantáneas. En primer lugar, trataré de razonar la posición filosófico-política que ocupó la revista. Abordaré después el diagnóstico global que sobre el periodo de posguerra palpitaba en muchas de sus páginas. Y,

por último, intentaré documentar cuatro nudos problemáticos, distintivos cada uno de ellos de aspectos fundamentales de *Realidad* y del contexto de posguerra: a) la Guerra Fría; b) el tema de la identidad de Occidente, sus relaciones con Oriente y con la incipiente globalización; c) el asunto de las implicaciones de la técnica, con especial hincapié en el papel de la industria cultural; y d) el debate político-económico sobre el rumbo que había de tomar Europa y el mundo occidental.

Un proyecto ilustrado y liberal

PARA identificar la posición general que ocupó *Realidad* hay que partir de una premisa, a saber: que una publicación colectiva es susceptible de ubicarse en el entrecruce de corrientes filosófico-políticas de su tiempo. Tal posibilidad se explica porque las revistas suelen entrañar un proyecto intelectual, de análisis e intervención en la realidad, que cuenta con identidad propia. Esclarecer esa identidad es, de hecho, el objeto fundamental del estudioso que investiga una revista.

En términos filosóficos, la perspectiva adoptada por *Realidad* fue la propia de la Ilustración racionalista, creyente en valores universales aplicables a la entera humanidad, pero acuñados por la entonces descompuesta constelación europea y occidental. El editorial con que se abría su primer número, sin suscribir pero seguramente redactado por Francisco Ayala, resulta en este sentido bien elocuente. Como aseveraban sus transparentes declaraciones, *Realidad* se sumaba a “la lucha por [los] valores universales” que habían definido la “cultura de Occidente” en el convencimiento de que esta, pese a estar sumida en grave crisis, podía “asumir plenamente el carácter y la función de cultura universal”.

No se trataba de un propósito imperialista, pues se registraba la necesidad de que Occidente se abriese “a una comprensión más generosa y cabal de las otras culturas, para respetar en ellas su derecho” e “incorporar aquellos de sus valores que resulten admisibles”. Pero, en cualquier caso, se partía de la pretensión de convertir la civilización occidental en “civilización ecuménica” tornando aceptables sus fundamentos éticos y políticos. Y para lograrlo era indispensable “alzar la voz” contra las “tendencias negativas”, “en

verdad demoníacas”, que pugnaban por “la disolución de todo principio espiritual y aun de toda cultura” (I, 1: 1-4).

Nuestra publicación partía de postulados políticos precisos. Algunos venían dados por el muy peculiar contexto argentino, que nos describe la revista –según la provechosa contribución de Luis Alberto Romero al presente volumen– como iniciativa cultural de intelectuales antiperonistas, punto que torna comprensible la aglutinación de direcciones políticas contrapuestas propia de *Realidad*.

Tal pluralismo ideológico se justificaba también por un motivo más general: su inclinación liberal, entendida como la transigencia ante ánimos políticos dispares nacida de la constatación del carácter complejo y pluralista de la sociedad política. *Realidad* fue, efectivamente, una revista liberal, abierta a casi todo el espectro político, desde el catolicismo integrista hasta el socialismo democrático, pasando por el *liberismo* economicista, el conservadurismo tradicional, el cristianismo demócrata y la izquierda liberal. Pero tal profesión de liberalismo no solo inspiró su apertura política; también cerró las puertas a aquellas “tendencias negativas” que se proponía debelar, que no eran otras que los fascismos ya periclitados, las manifestaciones más fanáticas del nacionalismo y el rampante comunismo estalinista.

Su pluralismo político procedía igualmente del afán de rigor intelectual que la recorría. Descender al terreno en que se desenvolvían las concepciones totalitarias estaba descartado desde un comienzo. “Supondría –según afirmaba el citado editorial– haber perdido ya la gran batalla”. Ahora bien, combatir tales posiciones sin perder de vista la propia obligaba “a actitudes que más de una vez” podían parecer “dudosas a los simplistas”. Esas suspicacias las pudo despertar, de hecho, la “Carta sobre el humanismo” de Martin Heidegger debido a su pasada adhesión al nazismo. Así lo creyeron los redactores de *Realidad*, que vieron la coincidencia de las firmas de Heidegger y del historiador Arnold Toynbee en un mismo volumen como aplicación de su programa, volcado en la lucha contra el totalitarismo, pero comprometido asimismo con el análisis riguroso de los dilemas que acuciaban al mundo (“Nota”, III, 9: 419-420).

Más que la presencia de Heidegger, al lector contemporáneo le puede chocar, en una revista de signo liberal, la presencia del catolicismo integrista recién mencionado. Se explica por la inclinación política de la escritora argentina Carmen Gándara, donante de una parte del capital necesario para que *Realidad* comenzase a funcionar. Su influjo hizo que la revista adoleciese de una cierta disociación política y cultural, debida al contraste entre las creencias reaccionarias y las preferencias nacionalistas de Carmen Gándara y las creencias liberales y las preferencias cosmopolitas de sus dos principales artífices, los secretarios Francisco Ayala y Lorenzo Luzuriaga.

Sobre las tensiones y disputas que esta dualidad produjo dio buena cuenta el propio Ayala en sus memorias², y el ensayo de Carolina Castillo Ferrer recogido en estas páginas permite hoy conocer nuevos matices, sobre todo en relación al tipo de revista querido por Gándara. El caso es que tal discrepancia existió y definió en cierta medida algunos contenidos de la publicación. Pero también debió de existir un espacio de confluencia más allá de la común oposición al peronismo.

Acaso este ámbito de encuentro lo definiese la propia Carmen Gándara cuando, en su vulgar respuesta a un artículo de Jean-Paul Sartre, se refirió a un público formado por “*personas conscientes del peligro que amenaza a la persona como tal* [en cursiva en el original]” (“La otra libertad”, III, 8: 252). Pensaba concretamente en aquellos que no tenían “partido”, ni “bando”, que no contaban con quien los representase y que se distinguían por “*no poder estar* con el comunismo, ni con el socialismo (por cauto que sea), ni con fascismo alguno [...] ni con el liberalismo escéptico e inconfesablemente ligado al más extremo capitalismo” (253). No es de extrañar que, al recrear esta “minoría sin voz, desparramada por el mundo”, la escritora estuviese abocetando el público al que idealmente quería dirigirse la revista que financiaba y con el que podían identificarse, sin excesivas reservas, tanto Luzuriaga como Ayala.

Pero si hubo este posible espacio de convergencia, lo cierto es que discrepancia tan fundamental no pudo menos que saltar a las páginas de la revista. Lo hizo cuando Gándara, trayendo por los pelos un comentario editorial de la revista londinense *Horizon*, proclamó que, ante el desafío del comunismo, de nada servía ya la postura neutral del liberalismo dubitativo;

quedaba solo una elección posible: “*Cristiano o Comunista* [en cursiva en el original]” (“Vándalos y dudadores”, IV, 12: 336).

Jorge Luzuriaga, hijo de uno de los secretarios de *Realidad*, respondió sin contemplaciones a la “investiva literaria” de Gándara. Alegó que lo verdaderamente definitorio del liberalismo no era el escepticismo, sino su firme convicción de que “la dignidad de los hombres” se halla “por encima de sus diferencias” ideológicas. Y le recordó a la mecenas que, lejos de experimentar su irreversible ocaso, el liberalismo había rejuvenecido tras la guerra y había vuelto a convertirse en la guía fundamental para la reconstitución de Europa. Las palabras aguerridas y sectarias de Gándara solo traían a Luzuriaga “remembranzas de otra época”, justo aquella en la que, por ir formándose bloques cada vez más indispuestos, se condenó al mundo a la guerra. Así, frente a la disyuntiva radical planteada por la poetisa entre cristianismo y comunismo, el autor de la réplica lanzaba un dilema alternativo, sin “solución intermedia: o se es tolerante, liberal, o se es intransigente y se siembra el mundo de campos de exterminio” (“Dudadores”, V, 14: 221).

No debió de agradar tan terminante respuesta a Carmen Gándara, pero ¿pudo el desencuentro ideológico acabar con *Realidad*? La aparición en 1948 de una sección editorial de la revista³, o algún postrero anuncio de próximas contribuciones⁴, hacen pensar que todavía en el verano de 1949 no se contemplaba la perspectiva de su terminación. A pesar de las “dificultades materiales” que atravesaba, las “ofertas de nuevo capital” recibidas hubieran permitido su continuidad⁵. La crisis económica creciente, la política comercial peronista⁶ y el evidente contraste entre las urgencias políticas argentinas y el tono universalista adoptado por buena parte de los estudios pudieron contribuir a su cierre. Pero no resulta aventurado pensar que “los detalles íntimos” de su final abrupto⁷ correspondiesen a las “tonterías” y “tendencias nacionalistas” de Carmen Gándara y sus acólitos⁸, a esa discrepancia fundamental que, en definitiva, fue también motor y condición de *Realidad*.

La aurora de un nuevo mundo

ESTA tensión de fondo signó tanto la posición política de la revista como su diagnóstico del momento. Aun de modo colateral, el aspecto más dra-

mático y convulso del contexto de posguerra se hizo presente en algunas ocasiones. Los desplazamientos forzosos, la limpieza étnica, las guerras civiles, el restablecimiento de regímenes autoritarios en la Europa del Este y las hambrunas que padeció Europa⁹ hicieron en ocasiones acto de presencia. Analizando los grandes éxodos que asolaban el continente, Corpus Barga señalaba cómo “los ciudadanos de las ciudades más civilizadas” se habían visto “obligados a constituirse en sociedades errantes, cavernarias” (“El europeo, la muerte y el diablo”, I, 1: 74). Para George Pendle, puntual corresponsal británico de *Realidad*, era el tiempo “de los gobiernos socialistas con maneras totalitarias, del déficit de materiales esenciales [...] de las religiones perdidas, de las morales quebrantadas, de los mercados negros”, pero también “de inmensa buena voluntad... y esperanza” (“Ideas y letras de hoy en Inglaterra: I. La novela”, I, 2: 281).

Con respecto a la ponderación del momento histórico, dos fueron las constantes presentes en *Realidad*: el temor ante la inminencia de una nueva guerra mundial y la repulsa de las divisiones sociales provocadas por diferencias ideológicas. Para el sociólogo italiano exiliado en Nueva York Max Ascoli “antes de la guerra, la paz no era paz”, pero “después de la guerra”, había “victoria, pero no paz” (“La guerra civil mundial”, I, 3: 341). El escritor inglés Patrick Dudgeon, asiduo de *Realidad*, lamentaba el comienzo de “otra paz armada”, de muy precaria condición, visto cómo “la humanidad se hallaba resbalando hacia una nueva época de terror y fanatismo nacionalista” (“Sobre ciencia, libertad y paz”, I, 1: 115). Llegaban a asomarse a las páginas de *Realidad*, a través de noticias bibliográficas, quienes creían, como el trotskista devenido conservador James Burnham, que la “3.^a Guerra Mundial ha[bía] comenzado ya” (II, 4: 139). Mientras, intelectuales progresistas difundían manifiestos contra la eventualidad de otra contienda de los que se hacía eco nuestra revista (III, 8: 277-279).

Si existía un indicio general que anunciaba conflagración no era otro que la división social por razones políticas. Para la poetisa brasileña Cecilia Meireles, en su país, durante el régimen de Getúlio Vargas, se había fraguado “un compromiso de odio” que había escindido “la opinión en campos antagónicos” (“Carta del Brasil”, I, 1: 98 y 102). El economista liberal Jesús Prados Arrarte, condicionado por el contexto peronista, pero formu-

lando juicios de validez general, veía el nuevo tiempo condenado a una “guerra de grupos” e intereses corporativos que solo “el gran Leviathan” del Estado podría neutralizar (“Sobre el espíritu de la actividad económica del presente”, I, 3: 393). Sin tener en cuenta que aquellos acuerdos se restringían al campo intelectual, pues ya existían hondas discordias, Guillermo de Torre echaba de menos los “felices tiempos” decimonónicos en que “hasta a los rivales más enconados les era dable dialogar amistosamente por encima de las troneras” (“Escritores españoles siglo XIX”, II, 4: 105). Lorenzo Luzuriaga, contemplando un “mundo tan radicalmente dividido”, proponía “la educación” como única vía para “vencer los antagonismos sociales” (“Nuevas formas de educación”, III, 8: 224). Risieri Frondizi se lamentaba de que los filósofos fuesen juzgados, antes que por su obra, por sus ideas políticas, de que interesase ante todo saber si a quien se leía era “comunista o no” (“Décimo Congreso Internacional de Filosofía”, IV, 12: 350). Y el jurista Sebastián Soler, que abordó el asunto de forma monográfica, estaba convencido de que lo que entonces “conm[ovía] y divid[ía] a los hombres” eran las razones ideológicas, la política misma (“Importancia actual de la política”, II, 6: 382).

La efectiva convulsión social que padecían las repúblicas americanas, el clima de polarización vivido en la Argentina peronista, los temores provocados por la Guerra Fría y el sector profesional y económico al que pertenecían los autores de *Realidad* explican en buena parte este diagnóstico pesimista. Su valoración, sin embargo, no se ajustaba del todo a la realidad europea, marcada al menos hasta la primavera de 1947 por la “cooperación” mucho más que por la confrontación¹⁰. Así lo dejaba ver el ensayo de Max Ascoli, donde el autor celebraba que “partidos políticos radicalmente opuestos se [vieran] forzados a cooperar en todas partes bajo condiciones en las que no exist[ían] tradiciones constitucionales” (I, 3: 348).

La segunda posguerra conoció asimismo otra derrota diferente a la de los fascismos: el fracaso de la resistencia antifascista y su programa de transformación y refundación social. Un clima de pesimismo se cernió de hecho sobre Europa occidental cuando se renunció a depurar del todo al enemigo nazi y se prefirió contar con la cooperación de “las élites económicas, financieras e industriales” de los países vencidos¹¹. Fue una constante que no

tuvo en Francia su excepción. Ciertamente era, como señalaba el mismo Sartre en *Realidad*, que los resistentes incorporados dos años después de la fundación del régimen de Vichy abandonaron a Pétain porque “habían comprendido que debían luchar contra el ocupante en nombre del nacionalismo burgués y la “democracia burguesa” (“¿Qué es la literatura? Entre burguesía y proletariado”, II, 6: 350). Pero la mayoría de los resistentes procedía de la izquierda antifascista, muy especialmente de la comunista. Y la política de Stalin para la Europa occidental, que excluía la variable revolucionaria, y la habilidad estratégica de Charles de Gaulle, que entendía la liberación como “una restauración”, extirparon cualquier horizonte de subversión, o incluso de reforma profunda, protagonizado por quienes habían combatido cuerpo a cuerpo la ocupación nazi¹².

Menor, aunque significativo, fue el hueco cedido por nuestra revista a esta sensibilidad derrotada. Lo abrió el valioso mirador al mundo que suponía la sección titulada “La caravana inmóvil”¹³. En ella se hicieron eco de los interrogantes planteados por la revista de Emmanuel Mounier, la católica *Esprit*, cuando su redactor se preguntaba qué se había hecho para desnazificar Alemania, pues “mientras los nazis destronados y los militaristas en[contraban] apoyo inmediatamente se hac[ía] la vida dura a los antifascistas consecuentes y honrados” (III, 7: 140-141). Y en *Les Temps Modernes*, también reseñada y transcrita en la sección, se daban a conocer las opiniones de uno de esos antifascistas, el escritor Ignazio Silone, quien ya en la guerra había profetizado el fracaso del programa de la resistencia por dudar entonces de que “la solidaridad establecida entre la causa democrática y la de ciertas potencias fuera absoluta y duradera” (III, 7: 141).

Compartida era, de cualquier modo, la sensación de que aquel momento se caracterizaba por cerrar un ciclo y abrir un nuevo –pero todavía incierto– periodo en la historia de la humanidad. Esta constatación de ruptura se realizó en numerosas ocasiones desde el catastrofismo. Se reseñaban las hiperbólicas consideraciones de Herbert G. Wells, para quien “la historia humana” misma había “llegado a su fin” (“La caravana inmóvil”, II, 6: 457). Otros, como Alberto Wagner de Reyna, creían estar presenciando el término de la misma era occidental (“Fin de era”, I, 2: 229). Apartando abruptos, quedaba la corroboración de una cesura y de la necesidad de

reconstituir un mundo deshecho en jirones. “En casi todos los aspectos el mundo es increíblemente diferente de aquel al que estábamos acostumbrados”, señalaba Ascoli (I, 3: 348). En un interesante análisis del público lector neoyorquino, Ferrater Mora apreciaba cómo los años de la guerra “parecían haber pasado ya definitivamente a la ‘historia’”, ocupando “la mente pública”, sobre todo, “el futuro” (“Carta de Nueva York”, III, 8: 236). Pendle certificaba una evidencia: “el nuevo mundo de post-guerra no estaba aún establecido” (I, 2: 281). Y, por mucha confrontación política que hubiese, existía un anhelo compartido de “paz, orden y seguridad”, según interpretaba Corpus Barga (“Carta de París”, II, 6: 397). La posguerra parecía vivirse como un auténtico cambio de época, dato que el historiador de hoy no puede soslayar.

Contra Stalin

ESTE nuevo tiempo nació bajo el signo del enfrentamiento entre los Estados Unidos y la URSS. Ya en el último año de la guerra, Churchill preparaba una posible acción militar contra Rusia. El lanzamiento de la bomba atómica y el propósito norteamericano de custodiarla “en nombre de toda la humanidad”, como Truman había manifestado, reforzó los planes de seguridad soviéticos. En febrero de 1946, en un discurso pronunciado en el teatro Bolshói de Moscú, Stalin anunciaba “la inevitabilidad” de una colisión entre los mundos capitalista y comunista. En ese mismo mes, el diplomático estadounidense George Kennan recomendaba en un conocido memorial el despliegue de una política de contención territorial de la URSS. Obligaba a ello el irresistible afán de expansión hegemónica que, a su juicio, exhibía el gobierno ruso. Tras haber conversado largamente con Truman sobre la conveniencia de una coalición militar atlantista, el 5 de marzo, Churchill pronunciaba su notorio discurso de la Universidad de Fulton, Missouri, en el que aludió al *telón de acero* que separaba Europa y encareció un pacto entre británicos y norteamericanos para oponerse a la tiranía soviética. En septiembre, el consejero de Truman, Clark Clifford, entregaba al presidente un memorando donde se alertaba de los propósitos de “dominación mundial” de la URSS. En esas mismas fechas, el embajador soviético en los Estados Unidos, Nikolai Novikov, redactaba un informe en el que ponía

de relieve el giro de la política exterior norteamericana desde la llegada de Truman. La consideraba de “naturaleza ofensiva” y orientada ya a la “hegemonía mundial”. El 12 de marzo de 1947, empujado por el auxilio militar británico al gobierno anticomunista griego, y ante un Congreso de mayoría republicana, Truman pronunció un discurso en el que ofreció auxilio a los gobiernos que combatiesen a las milicias comunistas. La primera e importante aplicación de esta *doctrina Truman* tuvo lugar de inmediato, con la financiación y el auxilio militar de los gobiernos de Grecia y Turquía en su lucha armada contra el comunismo¹⁴.

Al salir a la luz el primer número de *Realidad* la llamada Guerra Fría ya se había desencadenado. Esta batalla no dejó de marcar a la revista ni la revista dejó de tomar partido en ella. *Realidad* fue, en tal sentido, no una publicación vulgarmente anticomunista, con las tachas que el apelativo pueda tener a partir de McCarthy, sino una publicación abiertamente antiestalinista, lo que le llevó a silenciar tanto los excesos de parte norteamericana como los logros de la URSS en el Este.

Hubo alguna excepción a esta toma general de posición. La más evidente la encarnó el sociólogo estadounidense Luther Lee Bernard. En “La crisis espiritual en los Estados Unidos” (IV, 11: 163-164) censuró las tácticas sectarias del anticomunismo, calificó el discurso de Churchill en Missouri como “reto imperialista a Rusia” y condenó la intervención de Truman en Grecia y Turquía. Bernard entendía la política exterior de su país como un desafío a la Unión Soviética “para la dominación mundial” que había obtenido, como era de esperar, una respuesta reactiva por la parte que se sentía amenazada.

El comunismo, la ideología en que se apoyaba y las transformaciones radicales que promovía fueron asuntos tratados con frecuencia en *Realidad* desde todas las perspectivas que en ella tuvieron entrada, incluida la católica y reaccionaria representada por Carmen Gándara. Este tipo de inclinación detectaba una peligrosa deriva comunista en toda política mínimamente social. Cecilia Meireles, por ejemplo, recurría a los tópicos del conservadurismo más primario para ponderar las pretensiones socialistas en su país: “Queríase la reivindicación de los derechos. El voto femenino. El divorcio. La limitación de los hijos. La libertad sexual. Todos somos iguales. Todos

debemos ser alimentados, vestidos, educados, y todos debemos gozar de los mismos privilegios. Derechos, sí. Deberes, no” (I, 1: 96). Para el economista Prados Arrarte, la conquista del seguro de desempleo equivalía a haberse vendido por “un plato de lentejas” (I, 3: 396). Carmen Gándara censuraba una intervención claramente antiestalinista de Sartre mediante argumentos nominales de baja estofa: le bastaba que “el señor Sartre [fuese] socialista, es decir, marxista cauto, y además, francés”, para que sus opiniones perdiesen a sus ojos todo valor (III, 8: 251). Consciente del público en cuyas manos podía reposar *Realidad*, el redactor de “La caravana inmóvil” se veía obligado a precisar, cuando presentaba el citado manifiesto progresista contra una posible guerra mundial, que entre los “firmantes no figuraba ningún nombre comunista” (III, 8: 279).

Bien cierto es que tales deslices, infrecuentes e impropios de una revista del tono de *Realidad*, no afectan al tratamiento habitual dispensado al asunto de la Guerra Fría. A este tema dedicó un lúcido análisis Ferrater Mora. Convencido de que los acontecimientos futuros se hallarían determinados “por la lucha” entre las “grandes potencias” —la URSS y los Estados Unidos— con el fin de dominar un mundo cada vez más unificado, el joven filósofo catalán no pensaba que la situación estuviese abocada a una “guerra a muerte”, tal y como solía pensarse. Creía más bien, con todo acierto, que la geopolítica mundial futura se caracterizaría por la búsqueda por parte de las potencias de espacios vitales en los que fundamentar su hegemonía (“Digresión sobre las grandes potencias”, I, 3).

En un sentido paralelo, pero más sesgado, se colocaba el singular estudio de Hans Kohn. Subrayaba en esas líneas las dificultades con que tropezaba el sueño ilustrado de “una sociedad internacional” a causa de los “movimientos totalitarios modernos”, basados en el fanatismo ideológico e identificados con “una nación poderosa” (“¿Un mundo?”, I, 1: 55). Por el lado más conservador, el exiliado moscovita Semión Franck calificaba el “maximalismo ruso” de herejía, al concebirlo como otra muestra más de una recurrente y vana pretensión histórica: la de convertir al hombre en creador del paraíso. Y, como ya ocurrió con el Terror jacobino, la herejía estaba otra vez condenada a resolverse en sangre y dolor con la experiencia soviética (“La herejía del utopismo”, V, 15).

Desde una perspectiva más contenida, destacaba la crítica del filósofo Guido de Ruggiero al marxismo. Le reconocía el “mérito histórico” de haber hecho que “la clase obrera” alcanzase a su través “conciencia de su fuerza”, lo cual le permitió conquistar una “vida más libre y humana”. Sin embargo, pensaba que la doctrina marxista, nacida en el contexto socioeconómico del siglo XIX, no podía ser sublimada en dogma para aplicarse a “una situación mudada”. El desmentido histórico de sus axiomas principales –determinismo histórico, materialismo dialéctico, lucha de clases– y su inequívoca tendencia totalitaria, al “rechazar todo compromiso y colaboración” con otras fuerzas y tener como horizonte “el aniquilamiento del adversario”, la inhabilitaban como doctrina útil para inspirar la acción política en la posguerra (“Tras un siglo de marxismo”, IV, 10).

Abundaron los análisis más particulares o de carácter colateral. La ponderada exposición de Arturo Carlo Jemolo sobre la política internacional de la Santa Sede dejaba claro que, si la posición de la Iglesia era por regla neutral –aun cabiendo reprocharle su contemporización con los fascismos y con la España nacionalcatólica–, lo cierto era que no podía dejar de exhibir su “constante aversión a Rusia”, sobre todo tras la apropiación soviética de Polonia (“La política de la Iglesia: en la guerra y en la postguerra”, III, 7: 84-85). El jurista y sociólogo Renato Treves examinaba la difícil posición en que la Iglesia había dejado a la izquierda cristiana tras su excomulgación de los comunistas (“El movimiento de la izquierda cristiana en Italia”, VI, 16). Harold Nicolson, reseñado en *Realidad*, impelía a “las potencias liberales” a demostrar que podían “ofrecer un modo de vida infinitamente más humano y agradable, y no menos seguro, que el modo de vida que predicaba el comunismo”, gesto y necesidad que dieron nacimiento al mismo Estado del bienestar (“Revista de revistas”, II, 4: 141). George Pendle señalaba que en Gran Bretaña no cundía el anticomunismo, pero “las clases prósperas” tendían a identificar “el ‘imperialismo’ del Kremlin” con el propio comunismo (“Ideas y letras en la Inglaterra de hoy: VII. Gran Bretaña y Europa”, IV, 11: 226 y 229). Muchos temían la “sovietización completa de Europa”. Por eso, no faltó quien llamase a librar la guerra definitiva contra Rusia con el fin de sustraerle todos sus armamentos, según se hizo saber en la revista (“La caravana inmóvil”, IV, 10: 123).

Aunque menor, también tuvo cabida en *Realidad* la oposición de la izquierda socialista y liberal al estalinismo. Naturalmente, ya la había, sobre todo después de conocerse, como el propio Francisco Ayala recordaba, que “los revolucionarios que impulsaron el cambio de régimen, en su mayoría, ha[bían] sido ya desplazados del poder, vilipendiados y, en gran parte, *eliminados* [cursiva en el original]” (“Dos documentos políticos”, I, 1: 140). Además, en febrero de 1948, en pleno desarrollo de *Realidad*, tuvo lugar el golpe soviético en Praga que alejó a muchos socialistas e izquierdistas occidentales del estalinismo¹⁵.

Las críticas a la URSS desde la izquierda se centraban en “la evolución soviética hacia el nacionalismo”, en su persecución obsesiva de una “mayor eficiencia industrial y militar” y en la contrarrevolución disfrazada de anti-trotskyismo, como formulaba Arthur Koestler, según la reseña que dedicó Patricio Canto (I, 1: 144-145) a su libro *El yogi y el comisario* (Buenos Aires, Alda, 1946). Podía afirmarse, como lo hacía el mismo Ayala, que tras treinta años y la vuelta al “comunismo de guerra”¹⁶ por parte de Stalin, la revolución rusa no había logrado “cuajar un renovado sentido de la vida humana capaz de configurar el futuro histórico” (I, 1: 140).

Aun ceñida al ámbito literario, la crítica izquierdista al estalinismo tuvo su mejor expresión en la contribución a *Realidad* de Sartre. En ella examinaba la imposible posición del escritor dentro de las organizaciones comunistas, condenado como estaba a una inquisición permanente. Para Sartre, la misma literatura devenía imposible bajo el comunismo soviético, pues la “política estaliniana”, al grado de degeneración que había alcanzado, era bien consciente de que “un retrato era ya impugnación”; por eso repugnaba cualquier tipo de creación independiente. A su juicio, el compromiso del escritor con la “clase obrera”, si pretendía ser socialmente productivo, había, pues, de discurrir a las afueras de los partidos comunistas (II, 6: 354-357).

Elocuentes muestras de lo que denunciaba Sartre en su artículo resultaron plasmadas en “La caravana inmóvil”. El lector de *Realidad* pudo por medio de ella conocer la polémica entre Jean Paulhan y el Comité National des Écrivains (CNE). Paulhan, por inspiración patriótica, pedía a la institución comunista que abandonase su práctica de excluir a escritores colaboracionistas mediante “listas negras”. Si el redactor de “La caravana

inmóvil” encontraba comprensible la reacción del escritor francés, también resistente desde 1940, era por “la conducta autoritaria, lanzadora de órdenes, consignas y excomuniones, con vistas al caciquismo y monopolio de la vida intelectual francesa” que ejercían algunos literatos “congregados en el CNE” (III, 9: 412). En esas mismas páginas se daba noticia del hábil retrato que, en defensa de Albert Camus, hizo Thierry Maulnier sobre el “escritor proletario”, aquel que se concebía como “instrumento de guerra al servicio del proletariado” y reducía su posible talento a la condición de arma revolucionaria (413-414). Líneas más adelante, el lector de la revista podía conocer el sagaz intento de deslinde entre los campos de la “política” y la “cultura” que llevó a cabo el escritor comunista Elio Vittorini, movido por el afán de preservar la libertad creativa de los juicios y persecuciones que pudieran proceder de la acción política (414-415).

Ahora bien, lo que los comentarios y transcripciones de “La caravana inmóvil” revelaban era, ante todo, la barbarie estalinista en el ámbito de la política cultural. El lector de *Realidad* podía saber que en la URSS habían sido proscritos, por decadentes, Picasso y Matisse (418), y retiradas las composiciones de Shostakovich, Prokofiev y Khachaturian por considerarse excesivamente “formalistas” (IV, 10: 122). Podía asimismo acceder al examen de Alexander Rasumovsky sobre la “purga literaria soviética”, depuración que afectaba a todo tipo de escritores, desde los supuestamente influidos por la mentalidad occidental o poco nacionalistas, a los poetas abstractos, a los satíricos con el gobierno o a los considerados pesimistas. A juicio del crítico, con tal persecución se conseguía colocar en el centro de la cultura nacional a escritores mediocres, inscritos en el aparato del partido y hábiles en la propaganda de la “ideología oficial”, resumida en aquellos años en dos divisas: “patriotismo” y “orgullo nacional” (III, 9: 415-418).

El choque entre potencias mundiales fue además contemplado en otro registro: el de la relación entre civilizaciones. Como ahora se verá, el autor más distinguido a este respecto era el historiador atlantista Arnold Toynbee. En una alocución pronunciada en Canadá y reseñada en *Realidad*, Toynbee daba otro punto de vista sobre la confrontación entre los Estados Unidos y la URSS. A la idea habitual en Occidente de que Rusia era “el agresor”, el historiador recordaba que “a los ojos de Rusia, las apariencias [eran] justa-

mente las contrarias”: allí se consideraban “víctimas perpetuas de la agresión de Occidente”, perspectiva corroborada además por los acontecimientos históricos (George Pendle, “Gran Bretaña y Rusia”, II, 6: 402-403).

Lo decisivo es que la Guerra Fría resultaba trasladada de este modo al plano del choque de civilizaciones. Como apuntaba el filósofo reaccionario Wagner de Reyna, el desafío de la URSS consistía, ante todo, en “una nueva invasión del Este”, ya que “allí donde venc[ía] el marxismo ortodoxo” se veían suprimidas “la libertad espiritual y la económica”, uno de los signos distintivos de la cultura occidental (I, 2: 236).

Choque de civilizaciones

LA reflexión acerca de la condición genuina del Occidente fue uno de los asuntos más recurrentes de *Realidad*. Recuérdese que su programa planteaba la necesidad de restaurar los valores de la civilización occidental con el fin de convertirlos en canon ético para un mundo unificado. El escenario de las contribuciones dedicadas a este particular venía dado, junto a la amenazante presencia de la URSS, por las reivindicaciones nacionalistas contrarias a la gobernación colonial europea, su frecuente y cruenta represión, los consiguientes conflictos armados y las independencias, conquistadas o interesadamente cedidas, de Camboya, Indonesia, India, Pakistán, Birmania y Ceilán. Tales independencias empezaron a resquebrajar los imperios europeos, dieron el aldabonazo al proceso de descolonización, pusieron en evidencia las profundas discordias religiosas y étnicas que separaban a sus poblaciones, muchas provocadas por los anteriores poderes metropolitanos, y comenzaron a otorgar visibilidad a lo que desde principios de los cincuenta comenzó a llamarse “Tercer Mundo”. También de aquellas fechas data la creación de la Liga Árabe (marzo de 1945) y la guerra de sus miembros contra el recién constituido Estado de Israel. Y el desenvolvimiento de la Guerra Civil en China, y la fundación en 1949 de la República Popular tras la victoria de Mao Zedong, fue igualmente un acontecimiento decisivo¹⁷.

La convicción de partida, expresada por el mismo Ayala, era que “Occidente fue y seguir[ía] siendo una unidad cultural, una comunidad de vida y destino” (II, 4: 122). Tal premisa redoblabla su importancia en un momento

en el que se cerraba “el periodo de las nacionalidades”, como señalaba Ayala, y se consideraba consumada “la *efectiva* unificación planetaria”, según indicaba Ferrater Mora (I, 3: 361).

Partiendo de este diagnóstico, se sucedieron en *Realidad* estudios sobre la condición distintiva del Occidente, a la busca, en definitiva, de aquel molde civilizatorio que le cabía “proponer” al mundo entero. José Rovira Armengol buscó sus “orígenes” en la Alta Edad Media (IV, 11). El famoso psicólogo Eduard Spranger quiso identificar la enfermedad que acaso padecía la cultura occidental (IV, 12). Y, sobre todo, hubo intentos de identificación y definición de eso mismo: lo “occidental”. En este particular, destacó el propio director de la revista, el filósofo Francisco Romero, quien veía su seña de identidad en “la individualidad humana como persona y la comunidad como el consorcio de las personas libres e iguales”. A diferencia de la cultura india, que daba prioridad a “la totalidad cósmica”, y de la cultura china, que hacía lo propio con la “totalidad social”, la civilización occidental se distinguía por “haberse decidido por el espíritu en cuanto instancia individual”. Mientras que su epicentro estaba constituido por la esfera de intereses del sujeto (el *individuo*) y por su dimensión espiritual (la *persona*), imponiendo tal circunstancia determinadas formas y muy concretos límites a la organización social y al poder, China y la India se caracterizaban por colocar el centro de gravedad de su cultura en una totalidad que, “con su poder de absorción y de sojuzgamiento”, no permitía que prosperasen las dimensiones individual y personal del hombre (“Meditación del Occidente”, III, 7: 35 y 37).

Romero identificaba así la tradición occidental en pleno con una de sus fases y corrientes, la propia de la constelación ilustrada y liberal, dejando atrás toda la civilización premoderna, caracterizada precisamente por el organicismo y por la colocación subordinada del individuo en un cosmos de procedencia divina que le trascendía. De hecho, su misma doctrina acerca de la *persona*, inspirada en las ideas cristianas de Jacques Maritain, aunque resultaba un soporte consistente para el discurso occidentalizado e individualista de los derechos humanos, contaba asimismo con claras reminiscencias premodernas, al considerar fundamental para el desenvolvimiento del individuo su inscripción en los grupos que venían a dotarle de perso-

alidad. Romero también orillaba un aspecto frecuentemente recordado en las páginas de su propia revista: el hecho de que la civilización occidental, en su fase de capitalismo avanzado y monopolista, inscribía a los individuos en procesos productivos que le trascendían y lo alienaban. Y, en definitiva, bajo el discurso de Romero subyacía una clara jerarquización de culturas, condición de posibilidad para el ejercicio y despliegue del colonialismo. El dato es que tal jerarquización se apoyaba en clichés culturales abstractos sobre la identidad de Oriente, más que en un estudio realista y empírico sobre sus diversas culturas¹⁸. E igual acontecía con el concepto de “Occidente” manejado por entonces, que no dejaba de ser mera “ideología” útil a la “propaganda política del ‘bloque occidental’”, según Juan Adolfo Vázquez denunciaba en las propias páginas de *Realidad* (“Occidente, el tiempo y la eternidad”, V, 13: 4 y 13).

De hecho, justo en estas exposiciones sobre la identidad de Occidente en contraposición a la oriental, nuestra publicación perdía pie con la realidad para convertirse en exclusiva en una *revista de ideas*. Eso sucedía de forma muy notable en el estudio de Filmer S. C. Northrop sobre la crisis de la civilización occidental (I, 2) y en su difundida obra *The Meeting of East and West*, ampliamente reseñada por Francisco Miró Quesada (“El encuentro de Oriente y Occidente”, III, 7). Northrop distinguía Occidente por su epistemología racionalista, a diferencia del intuicionismo característico de la civilización oriental, y sostenía que la misma “civilización occidental” se hallaba en peligro precisamente porque lo más característico de “la doctrina oriental”, a saber, que “no hay más realidad que la dada por intuición”, se estaba infiltrando en suelo europeo y americano a través de la fenomenología, la filosofía de Heidegger y el existencialismo francés.

No faltó tampoco una comprensión premoderna de la esencia occidental. Fue el discípulo peruano de Heidegger, Alberto Wagner de Reyna, su defensor. Afirmaba Wagner que el sentido propio de Occidente se cifraba en “la Cristiandad”, un atributo en vías de desaparición debido tanto a la irrupción de las masas como al capitalismo deshumanizado y el comunismo sectario. Así, la unidad antropológica del cristianismo, “la *persona*, ligada a la tierra, la familia, la casta, el oficio”, iba disolviéndose por obra del individualismo capitalista, del colectivismo estaliniano y de la masificación.

Ahora bien, la cultura cristiana occidental, si podía perder su posición de supremacía mundial, seguiría en todo caso siendo “insuperable” como ideal en contraste con otras civilizaciones (I, 2: 229 y 243).

Los análisis de la cultura occidental tendían, pues, a resolverse en una jerarquía de culturas de clara consecuencia colonialista. Solo había que franquear un paso para que esta diferenciación jerárquica se convirtiese en choque de civilizaciones. Ese paso lo dieron algunos autores solo reseñados en *Realidad*. Así, en “La caravana inmóvil” se daba a conocer el libro de Walter Schubart sobre *Europa y el alma del Oriente*, en el cual el comunismo era representado como “la punta de lanza con que Oriente est[aba] penetrando en el corazón de Europa” y alojando en él a su figura más típica, el “*homo religiosus*”, llamado a dominar el mundo por “las próximas centurias” (II, 6: 457). También en esa misma entrega de “La caravana” se comentaba un artículo de Toynbee titulado precisamente —años antes de la obra de Huntington— “El choque de las civilizaciones”. El autor inglés subrayaba “el impacto de la cultura occidental sobre las demás civilizaciones” y la consiguiente “ofensiva anti-occidental” que esto había provocado; una reacción que si bien estaba encabezada por el comunismo soviético, sería proseguida, de forma mucho más peligrosa y definitiva, por la respuesta de “las civilizaciones de China e India” (456).

Como se ha indicado, el propio Toynbee escribió en *Realidad*. Se trataba de un autor decisivo en aquellos años, hasta el punto de que, como Ferrater Mora ironizaba, se había acuñado un “nuevo término”, el “toynbianismo”, para designar la expansiva adscripción a sus interpretaciones sobre la historia occidental (III, 8: 238). En su artículo “La civilización puesta a prueba”, verdadera anticipación de la *Global History* actual, Toynbee auguraba, con cierto cinismo, escasa duración al “ascendiente occidental sobre el mundo”. Solo en el caso de que el futuro escenario mundial estuviese marcado por la paz podía continuar expandiéndose la cultura del “Viejo Mundo” y de “la isla de Norteamérica”, pero en la probable eventualidad de una catástrofe atómica, entonces la raza humana solo podría perpetuarse “en los tibetanos y los esquimales” o en “los ‘negritos’ africanos”. Pese a las frívolas apariencias, no hay duda de que su apuesta era la del atlantismo (III, 9: 297 y 300).

Realidad contaba asimismo con espacio para los discursos propositivos, a mi juicio más valiosos, que por entonces se lanzaban para remontar el clima de confrontación mundial. Ferrater tocaba de pasada la propuesta de la “cultura atlántica” y valoraba con escepticismo la necesidad de unos “Estados Unidos de Europa” que hiciesen de contrapoder frente a la colisión bipolar (I, 3: 362 y 365), algo tratado en otros textos de la revista, aun desde la perspectiva literaria y cultural, como el de Vladimir Veidle (“La unidad de las letras europeas”, VI, 16). Por su parte, Max Ascoli confiaba en que la ONU, reproduciendo a escala internacional la lógica de los gobiernos de coalición, sirviese de mecanismo institucional para convertir la concurrencia entre potencias en cooperación y paz, también en beneficio de las “naciones más débiles” (I, 3: 350). Algunos apostaban por el federalismo como posible “paragolpe” ante la amenaza de una nueva guerra (“La caravana inmóvil”, III, 8: 285)¹⁹. Y el historiador Pere Bosch Gimpera llamaba a retomar la senda del progreso liberal comenzado en las revoluciones de finales del siglo XVIII, “completando la democracia civil y política en una democracia social y económica”. Para ello debía lograrse “una organización de paz y de justicia” que partiese de “la verdadera dignidad del hombre” sin distinción de razas y culturas, y con precedencia a “toda forma estatal”, exigencia solo factible mediante “una Constitución orgánica de la humanidad” (“La *Historia de Europa* de Fischer”, III, 8: 223)²⁰.

Estos mismos ideales humanistas, que consideraban el mundo unificado precisamente por la unidad de la condición humana, que predicaban de los hombres una dignidad incompatible con cualquier discurso colonialista, tuvieron así entrada en *Realidad*. Su presencia demuestra hoy que la oposición al colonialismo imperialista y la reivindicación de los derechos colectivos, siendo por entonces minoritaria²¹, distaba de ser inexistente.

Convencido de que “en el mundo no hay nada exactamente extranjero”, Juan Ramón Jiménez condenaba el “colonialismo arbitrario histórico” (“La razón heroica”, IV, 11: 134-135). “Cuánto salvaje civilizado supera al inocente salvaje en salvajismo” (140), exclamaba. Teniendo muy presente la significación histórica de la rebelión india y de su líder Mahatma Gandhi, consideraba que el “tiempo nuevo” abierto en la posguerra debía suponer “el borre del imperialismo” y “la formación de una conciencia colectiva”

de fundamento humanista, no ceñida a “los países de supuesta cultura”, sino con decidida inclusión de aquellos de “incultura supuesta” (135 y 149). Para Corpus Barga, no era la racionalidad, la libertad individual, la capacidad de abstracción o la religión cristiana lo que distinguía a la Europa occidental. Sus credenciales consistían más bien en el escepticismo y la duda permanente, lo cual comunicaba fragilidad a los valores sobre los que se asentaba su cultura. Y como “en ausencia de valores fijos, el índice de valoraciones recae en la potencia grosera, en las dominaciones militares”, por eso no había de extrañar que el gen europeo y occidental, desde hacía ya décadas, no fuese otro que el “imperialismo” colonialista (I, 1: 68-69).

El testimonio de quienes se enfrentaban al colonialismo también quedó registrado en la sección “Revista de revistas”, cuando, comentando la última entrega de *Les Temps Modernes*, se hizo eco del “vibrante artículo editorial” en que se condenaba vivamente la guerra de Francia en Indochina: “somos allá alemanes sin Gestapo”, se sentenciaba en él (I, 2: 320).

De todos modos, no fue este tipo de crítica a la cara oscura de Occidente el que predominó en *Realidad*. Las objeciones discurrieron por otros cauces más intelectualizados. Por ejemplo, se atendió con frecuencia a las consecuencias negativas de la entrada de las masas en el campo político, a la que se llegó a imputar, en palabras de Wagner de Reyna, “la desintegración del verdadero Occidente” (I, 2: 235). La valoración más centrada de Ferrater Mora vinculaba la presencia decisiva de las masas a un futuro “más ‘social’ que ‘político’”, en el que serían el “poder” y la “organización” las dimensiones preponderantes del vivir colectivo, por encima de la tradicional preocupación en torno a la “libertad” (“Técnica y civilización”, II, 6: 371). Ayala pensaba que, aun estando indiscutiblemente llamadas a “ejercer el mando” en la sociedad, su propia fisonomía impedía un acertado desempeño del mismo (“El hombre al día”, IV, 10: 35). Tampoco faltaron apreciaciones menos elitistas, como la de Eduardo Nicol, quien tras los movimientos de masas, más que imitación inconsciente, detectaba la rebelión racional y ética del individuo (“La rebelión del individuo”, III, 9).

Ambivalencias de la técnica

EN el plano de la autocrítica sobre Occidente, mayores esfuerzos se concentraron en analizar las implicaciones de la técnica. La importancia concedida al asunto procedía, entre otras cosas, de una evidencia, de constante aparición en la revista: la capacidad que la humanidad tenía para aniquilarse con la bomba atómica. La presencia de esta arma letal ejemplificaba el carácter autodestructivo del proceso ilustrado: cómo los avances debidos a la razón, amén de desencantar el mundo, positivizar la ciencia y disolver los valores por obra del escepticismo relativista, suponían también aumentos netos de la capacidad destructora del hombre y del aumento de su alienación. Al fin y al cabo, nuestra revista vio la luz el mismo año que Max Horkheimer publicó *Eclipse of Reason* (1947).

En *Realidad* se tenía desde luego presente la valencia liberadora de los avances técnicos. Era otra vez Ferrater Mora quien señalaba las posibilidades de “liberación” inherentes al “maquinismo”, capaz con sus avances tecnológicos de emancipar al hombre de la explotación (II, 6: 369). Con mayor escepticismo, y considerando su programa político inaplicable en los tiempos de posguerra, el mismo Ayala recordaba que un aspecto básico de la “democracia social” había sido creer que “las altas condiciones técnicas de vida” ya alcanzadas “prometían manumitir pronto a la humanidad esclava del trabajo” (IV, 10: 32-33).

Lo habitual, no obstante, era considerar la técnica en su dimensión opresiva, pero desde una perspectiva ilustrada, atenta a la preservación de la libertad individual²². Se dio buena cuenta del libro *Freedom and Civilisation*, suscrito por Bronislaw Malinowski, en el que se alertaba de que “cuanto más racionalizada” estuviese la sociedad, mucho “más grandes” eran “las posibilidades de una tiranía” (“La caravana inmóvil”, IV, 10: 123). Para Ferrater, la “función de la técnica en la vida humana” había “experimentado un trastorno radical”, provocando la “cosificación de la existencia” (II, 6: 368). Según anotaba Patrick Dudgeon, Aldous Huxley denunciaba en aquellos años cómo las ciencias aplicadas habían estado al servicio de la planificación industrial y de la centralización del poder, algo que había contribuido a “la declinación progresiva de la libertad” propia del mundo capitalista y burocratizado (I, 1: 116). Ayala dejaba constancia de su concepción realista y desencantada del poder estatal —“técnica aplicada a la dominación del

hombre por el hombre” – y señalaba cómo las relaciones entre los hombres se habían convertido en “meras relaciones instrumentales regidas por módulos abstractos” (IV, 10: 31 y 37). En una ejemplar respuesta a las tesis de Sartre sobre la condición judía, Ernesto Sabato explicaba con singular eficacia cómo el cálculo racional y los procesos técnicos propios de la economía eran peculiares de “la civilización capitalista” y occidental (“Capitalismo, racionalismo, judaísmo”, V, 13: 50). Y en otra de las joyas escondidas de *Realidad*, Cortázar ponía de relieve cómo la razón tecnificada de Occidente se había puesto al servicio de las peores pulsiones en los sistemas totalitarios (“Irracionalismo y eficacia”, VI, 17 y 18).

Algunas críticas a las consecuencias alienantes de la técnica se formularon desde el catastrofismo apocalíptico y otras desde una perspectiva premoderna. En el primer caso, Jesús Prados Arrarte veía en los descubrimientos de la cibernética el ocaso de la política (“La máquina de gobierno”, V, 14)²³. A la segunda clase pertenecían los lamentos de la poetisa brasileña Cecilia Meireles ante la “americanización” del Brasil, que había provocado la disolución de “leyes y tradiciones, costumbres, familia, religión, moral, autoridad” (I, 1: 96). Aun de mayor complejidad y elaboración, de índole afín eran las consideraciones que sobre el particular formuló Heidegger en su “Carta sobre el humanismo” (III, 7 y 9). El hermetismo del filósofo alemán quedó además descifrado por su discípulo y traductor Alberto Wagner, con su llamada de alerta ante cómo la tecnificación de la vida aniquilaba la “tradición viva” de una comunidad, la “vivencia de la Divinidad” y valores como la caridad, suplida en los nuevos regímenes de posguerra por los fríos y burocratizados seguros sociales (I, 2: 237-240).

Ilustrados y reaccionarios coincidían en creer que los males de la técnica se tornaban particularmente peligrosos en el campo de la propaganda. Empleada con fruición por los sistemas autoritarios, su condición de posibilidad no eran sino los avances tecnológicos de la prensa, la radio o el cinematógrafo. Abundaron las referencias sobre el particular en *Realidad*. Se anunciaban obras como la *Filosofía de la propaganda* de Fabregat Cúneo. Patricio Canto examinaba con suspicacia las consecuencias morales del cine (I, 1). Se denunciaba la manufactura de “opinión pública” en los Estados Unidos con la finalidad de perpetuar el sistema capitalista (IV, 11: 152). Y Ayala revelaba la hiriente paradoja de la sociedad del espectáculo: cómo la

omnipresencia de los medios de prensa envolvía al ciudadano y lo incorporaba virtualmente de lleno a “la vida pública”, pero como espectador pasivo, exonerándole de toda participación real (IV, 10: 37).

Liberalismo o planificación

POR último, *Realidad* fue también un excepcional observatorio crítico del debate político de la época. Y no fue un debate cualquiera, pues se trató de un periodo decisivo, marcado por la urgente necesidad de reconstituir la sociedad política de modo tal que se evitase el riesgo de su autodisolución (Ferrater Mora, II, 6: 376). En sus páginas, Jean Pierre Perrin examinó el existencialismo, el marxismo y el cristianismo, principales corrientes filosófico-políticas de la Francia del momento (V, 13: 102). Renato Treves reconstruyó la trayectoria de una dirección minoritaria, pero significativa, en la vida política italiana: la “izquierda cristiana”, nacida del intento de conciliar comunismo y cristianismo (VI, 16). En su completo ensayo, Arturo Carlo Jemolo repasó las diversas posiciones políticas ocupadas por los sectores católicos (III, 7). Con ironía y finura, Bertrand Russell identificó los fundamentos filosóficos de la autocracia, del liberalismo y del socialismo democrático (I, 1). Aparte de describir con viveza las decepciones que provocaba el bipartidismo en los Estados Unidos, y de denunciar la relevancia que “los nuevos financieros de Wall Street” habían cobrado en el gobierno Truman, Luther Lee Bernard describía las diversas corrientes políticas de su país y analizaba el hoy casi ignoto Partido Progresista de Henry Wallace (IV, 11: 169). Renato Treves expuso los pormenores de una querrela interpuesta contra el editor Einaudi por publicar la obra de Sartre *Le Mur*, anécdota que expresaba con nitidez la destacada presencia de las posiciones retrógradas en la sociedad italiana de posguerra (II, 6). Y hubo quien abogó por una de las partes en liza, como Guido de Ruggiero con su defensa de “una concepción socialista desvinculada del marxismo”, adherida a la “competencia política de los partidos” y defensora sin más de “la libertad humana” (IV, 10: 63).

George Pendle definió la controversia política en su dimensión internacional con términos precisos. La entendía como el choque entre dos concepciones contrapuestas de “democracia”: la “oriental”, centrada en denunciar

el carácter ilusorio de la democracia “si existen en la comunidad desigualdades sociales y económicas”, y la “occidental”, consciente de sus imperfecciones, pero convencida de que solo a través del régimen parlamentario, la independencia judicial y la “libertad de expresión” podía garantizarse una vida digna (III, 7: 228).

En su circunscripción europea y occidental, el debate político del momento estuvo marcado por el “consenso keynesiano”²⁴. Todos estaban de acuerdo en que debían abandonarse los excesos del capitalismo individualista, causantes en última instancia de los fascismos, y remplazarse por la política de la “planificación” económica²⁵. Se creía, incluso en el seno de la Iglesia católica, que “el liberalismo económico” había declinado “en la conciencia de los pueblos sin posibilidad de repunte” (Jemolo, III, 7: 87). No obstante, aun siendo minoritarios, “ciertos círculos conservadores, aristocráticos”, mostraban ya su frontal rechazo a esta tendencia y abogaron por un retorno total a las prácticas decimonónicas del *laissez faire* (Luzuriaga, IV, 12: 340). En *Realidad* encontraron reflejo algunos aspectos decisivos de la construcción europea del Estado social y se dio buena cuenta del debate entre keynesianos y ultraliberales.

Lorenzo Luzuriaga, en sus impresiones del viaje que realizó a Europa en 1949, llamaba la atención sobre los elevadísimos impuestos vigentes en Inglaterra y sobre su contrapartida, la generalización de los seguros y las prestaciones sociales (VI, 16: 90). Y George Pendle, describiendo la significación del *Welfare State* que se estaba fundando en su país, mencionaba una valiosa opinión de Henry Wallace, el líder del recién citado Partido Progresista: el “experimento económico-social” del Estado del bienestar representaba a su entender la “única esperanza de salvación del mundo” porque planteaba una sólida alternativa a los “modos de vida contrapuestos” de la URSS y los Estados Unidos (II, 4: 99).

Fue Jesús Prados Arrarte quien encarnó en la revista las posiciones del liberalismo individualista. En su crítica del capitalismo monopolista, del intervencionismo burocrático en la dinámica empresarial y de la política sindical corporativa se hacían presentes, en efecto, los augurios que por entonces lanzaba Friedrich Hayek en *The Road to Serfdom* (1944). Para Prados Arrarte, la economía mundial del momento se caracterizaba por el tránsito

del individualismo pequeñoburgués al corporativismo de los grandes *trust* y de los sindicatos masivos. Del “amoral ‘homo oeconomicus’, conducido por la ‘mano invisible’ en ventaja de todos”, se había pasado al “‘homo corporativus’, conducido por una mano bien visible al daño de la colectividad”. Semejante transformación era inherente a la socialización de la economía provocada por el “deseo de seguridad”. El peligro estribaba, a su juicio, en que “la seguridad económica” solo podía lograrse “a través del totalitarismo”, de modo que una comprensible “demanda de seguridad” estaba abocada a “privar al hombre de su libre albedrío” (I, 3: 391, 395, 397 y 401).

Hubo algún autor más que denunció la supuesta pendiente autoritaria de los principios de la “libertad social”, como José Juan Bruera en sus críticas a Gioele Solari y Renato Treves (I, 3: 464). Pero también se dio cierta proyección a quienes, como Augusto Livi, pensaban que los “derechos de la ‘persona humana’” solo podían sustentarse en una concepción social de la libertad (“La caravana inmóvil”, II, 6: 456). El propio secretario de la revista, el pedagogo Luzuriaga, defendió en sus páginas uno de los pilares fundamentales del Estado del bienestar, “la necesidad de atender educativamente a los miembros de todas las clases sociales” (II, 4: 110).

En lo que concierne al debate político-económico, la parte keynesiana estuvo representada ante todo por Camilo Viterbo, que propugnaba “una moderada y bien estudiada intervención del Estado en la economía” para aumentar la producción, elevar el nivel medio de vida y propiciar “una mejor distribución de la riqueza” (III, 7: 53-54). El lado más incisivo de la polémica se ubicó en una extensa recensión de Pablo Roice a un estudio sobre la “planificación”. Respondiendo a la citada obra del austriaco Hayek, Roice distinguía netamente entre una “planificación totalitaria”, la propia de las experiencias fascistas, y otra “liberal o democrática”, de la que eran expresión el *New Deal* o los incipientes Estados sociales europeos. Lo que caracterizaba a esta última era su intervención en la esfera económica con el fin de mitigar “los males” provocados por el “liberalismo incontrolado”. Su propósito, pues, no era “atentar contra la libertad individual”, sino crear las condiciones materiales que permitían garantizarla, “asegurando así un mejor y más amplio ejercicio de la democracia integral”. Con tal distinción, Roice destapaba la debilidad de la exposición de Hayek. El economista liberal ni se detenía a analizar las causas económicas del nazismo ni tomaba

en consideración las contradicciones del liberalismo decimonónico, a las que sencillamente calificaba de elementos extraños a su fisonomía genuina. Así, con esta argucia, podía defender que habría bastado con respetar el “desenvolvimiento ‘natural’ de la economía del siglo XIX” para disipar todos los males de la cuestión social y los fascismos (I, 3: 456-458).

Si Viterbo y Roice explicitaron el programa keynesiano y su censura del liberalismo más fanático, y con ello ilustraron un aspecto crucial del debate político-económico del momento, no fue sino el propio Prados Arrarte el que más certeramente vislumbró el “mundo del futuro” en su dimensión económica. Lo hizo examinando las intenciones del Plan Marshall y las piezas maestras del acuerdo sellado en Bretton Woods, gracias al cual se perfilaba en el horizonte un nuevo “sistema económico liberal internacional”, de corte atlantista y proyección colonial, que de momento incluía a la Europa occidental y a los Estados Unidos (V, 15: 276, 278 y 280).

Conclusión

REALIDAD dio buena cuenta a sus lectores de la excepcionalidad de los tiempos en que se publicó. En un contexto de tensa confrontación mundial, tomó partido por uno de los bandos en liza, pero permaneció abierta a la pluralidad. Su proyecto de restauración de los valores ilustrados, liberales y democráticos explica su posición y su apertura. Se desarrolló en el plano del pensamiento y “la cultura” en la convicción, subrayada por Eduardo Mallea, de que esta era fundamento de “la acción” y fuente de concordia (I, 1: 4-5). El momento desautorizaba los vagos idealismos desenvueltos de espaldas a la acuciante realidad, según anotaba Norberto Bobbio (II, 4: 58-59). Tras la derrota del nazismo y el fascismo, durante los cuales “la voz del espíritu” no tuvo “auditorio” (Juan Adolfo Vázquez, I, 3: 446), la figura del intelectual parecía recobrar su “potencia”. Pero se era bien consciente de que, para ser determinante en el curso de los acontecimientos, el intelectual debía plegarse a la realidad. No se trataba de un mero acto de “subordinación” pasiva, sino de un reconocimiento irónico, consciente de su esencial contingencia, de la posibilidad permanente de transformarla, tal y como argumentaba Ferrater Mora (II, 6: 373). Partiendo de estas premisas, la revista

quiso intervenir desde el pensamiento en su contexto. Así, con el registro analítico y crítico de la realidad y con cabida también para la “idealidad que es ansia y prefiguración del futuro”, *Realidad* permite al lector de hoy comprender mejor un periodo histórico decisivo.

Decisivo porque entonces se fundó un mundo que, derrumbado en buena parte tras la caída del Muro de Berlín, sobrevive a día de hoy, ya en situación de irremisible crisis. Y sirve para entenderlo más cabalmente porque lo desmitifica. Su logro indiscutible fue instituir en la Europa occidental una forma impecable de organización política, la del Estado constitucional. Pero el contexto de aquella fundación dista de ser idílico. Como sugería Ferrater Mora, aquel fue un tiempo en que “casi solo se habla[ba] del derecho sin dejar de emplearse la fuerza” (I, 3: 358). El gran logro del Estado social pudo suponer así una concesión forzada y estratégica, destinada a evitar “la perspectiva de cambio radical”²⁶. En efecto, la Guerra Fría y la impronta del “anticomunismo” viraron el rumbo constituyente y democratizador de la Europa occidental en un sentido más conservador²⁷. Las debilidades del modelo social europeo, bien notorias en la actualidad, puede entonces que hundan sus raíces en aquellas debilidades pretéritas. La lectura de *Realidad* nos permite tomar conciencia de ellas, contribuyendo a una mejor comprensión de nuestro atribulado presente.

Notas

- 1 Véanse Mark Mazower, *Governing the World. The History of an Idea*, Nueva York, The Penguin Press, 2012, pp. 203-208; Josep Fontana, *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Barcelona, Pasado & Presente, 2011, pp. 36-39; Marcello Flores, *Il secolo-mondo. Storia del Novecento*, Bolonia, Il Mulino, 2002, p. 295.
- 2 Francisco Ayala, *Autobiografía(s)*, vol. 2 de las *Obras completas*, edición de Carolyn Richmond, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2010, pp. 371-375.
- 3 En el penúltimo número se anunciaban, como “los dos primeros títulos” de ediciones Realidad, las obras de Eduard Spranger, *La experiencia de la vida*, y Alex Comfort, *La novela y nuestro tiempo*.
- 4 Así, Lorenzo Luzuriaga, en su nota “Europa, 1949 (Impresiones de viaje)”, suscrita en julio de ese año, anunciaba un nuevo texto sobre “la vida y la cultura europeas” (VI, 16: 88).
- 5 Sobre tales “dificultades”, véase “A nuestros lectores” (VI, 17-18). Sobre las ofertas de financiación, véase Francisco Ayala, *Autobiografía(s)*, citado (nota 2), pp. 378-379.
- 6 Abundan las notas en tal sentido: aludían a los “costos crecientes” que sustraían *Realidad* “a muchas manos dentro del país” y a los “inconvenientes burocráticos y financieros” que le impedían “pasar sus fronteras” (III, 9: 420). Y a comienzos de 1949, en un “Aviso a nuestros lectores”, se explicaba cómo las “circunstancias económicas” habían incrementado enormemente los costos de producción y obligaban a subir el importe de la suscripción (IV, 12: 380).
- 7 A los que Ayala hizo referencia en una carta a Ferrater Mora transcrita aquí por Carolina Castillo.
- 8 Véase Francisco Ayala, *Autobiografía(s)*, citado (nota 2), p. 378.
- 9 Semejante cuadro lo expone hoy sistemáticamente Keith Lowe en *Continente salvaje. Europa después de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012.
- 10 La tónica política de la Europa de posguerra fue la de los gobiernos de coalición, aunque, a partir de aquella primavera, los partidos comunistas dejaron

de estar presentes en ellos: Tony Judt, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2009, pp. 141-142. Mark Mazower también lo señala y resalta el alto grado de consenso conseguido en la posguerra: *La Europa negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2001, pp. 235, 257, 277.

- 11 Por ello se pagó el precio del “cinismo político” y “el brusco desvanecimiento de las ilusiones” despertadas por la liberación: Tony Judt, *Postguerra*, citado (nota anterior), p. 90. En la Europa oriental, incluida la República Democrática Alemana, el alcance de la desnazificación fue más profundo: Mark Mazower, *La Europa negra*, citado (nota anterior), pp. 263, 267 y ss.
- 12 Antony Beevor y Artemis Cooper, *París. Después de la liberación: 1944-1949*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 89 y ss.; Tony Judt recuerda que las ideas y propuestas de reforma de la resistencia no fueron tampoco “muy revolucionarias”, en *Pasado Imperfecto. Los intelectuales franceses, 1944-1956*, Madrid, Taurus, 2007, p. 51.
- 13 En sus cuatro primeros números, *Realidad* contó con una sección de “Revista de revistas”, que no iba firmada. A esa sección la reemplazó “La caravana inmóvil”.
- 14 Extraigo los datos mencionados de Mark Mazower, *Governing the World*, citado (nota 1), pp. 223-228; Josep Fontana, *Por el bien del imperio*, ob. cit. (nota 1), pp. 45-51 y 56-68; Marcello Flores, *Il secolo-mondo*, citado (nota 1), pp. 298-301.
- 15 Tony Judt, *Postguerra*, citado (nota 10), p. 215.
- 16 Así lo denomina Michal Reiman en *El nacimiento del estalinismo*, Barcelona, Crítica, 1982.
- 17 Mark Mazower, *Governing the World*, citado (nota 1), pp. 250-253; Josep Fontana, *Por el bien del imperio*, citado (nota 1), pp. 136 y ss.
- 18 Se basaban “en una ignorancia compleja”, según la conocida interpretación de Edward W. Said, *Orientalismo*, Barcelona, Debate, 2002, p. 88.
- 19 La posguerra conoció, en efecto, un resurgir de las doctrinas federalistas, emblemáticamente representadas por la Unión Mundial de Federalistas constituida en aquel entonces; véase Mark Mazower, *Governing the World*, citado (nota 1), pp. 230 y ss.
- 20 No se piense que la de Bosch Gimpera era voz aislada: desde Einstein, que reclamaba una “Constitución Federal del Mundo”, hasta destacados intelectuales

- tales norteamericanos, que llegaron a elaborar un proyecto de constitución del gobierno mundial, se inscribían en esa misma línea; véase Mark Mazower, *Governing the World*, citado (nota 1), pp. 232-233.
- 21 Mazower señala la “inconsecuencia” en la que incurren “la mayoría de los europeos” de propugnar la defensa de los derechos individuales y admitir simultáneamente “el gobierno imperialista en ultramar” (véase *La Europa negra*, citado [nota 10], p. 222). El mismo autor destaca también el contraste entre el discurso triunfante en la ONU de los derechos humanos y el silencio sobre los derechos colectivos de las minorías, atendido, sin embargo, aun con sus limitaciones, por su antecesora la Liga de las Naciones; *Governing the World*, citado (nota 1), p. 212.
- 22 Subraya este aspecto Luis García Montero en su completa introducción a la edición facsimilar de *Realidad*, titulada “La aventura de pensar el mundo”, Sevilla, Renacimiento, 2007, vol. I, pp. XXIX-LXXV, especialmente pp. LI y ss.
- 23 Véanse los comentarios sobre la cibernética de Ferrater Mora en “Dos digresiones sarcásticas” (VI, 17 y 18).
- 24 Véanse Tony Judt, *Ill Fares the Land*, Nueva York, The Penguin Press, 2010, pp. 44 y ss.; Mark Mazower, *La Europa negra*, citado (nota 10), pp. 211 y ss.
- 25 Tony Judt, *Postguerra*, citado (nota 10), p. 110.
- 26 *Ibidem*, p. 26.
- 27 Mark Mazower, *La Europa negra*, citado (nota 10), p. 276.

La sociedad abierta: el registro internacional de Realidad

Julián Jiménez Heffernan

(Universidad de Córdoba)

EN su *Breve historia de la Inquisición en España*, Joseph Pérez afirma que “cuando leemos *Le Zéro et l’infini* de Arthur Koestler [...] no podemos dejar de sorprendernos por las analogías que existen entre un proceso de inquisición y un proceso estalinista”¹. Al emplear esta perspectiva, el historiador francés contribuye a proporcionar un contexto internacional, y en consecuencia, un potencial horizonte de analogía explicativa, a la pretendida anomalía hispana, a la singular truculencia de nuestra historia, eso que Francisco Ayala, en el “Proemio” a *La cabeza del cordero*, llama “nuestra todavía oblicua, enrevesada, intrincada y ambigua” participación, como pueblo, en la “grande y violenta mutación histórica a que está sometido el mundo”². Dicha contribución, la dotación de contextos amplios que si no eliminan al menos amortiguan la excepcionalidad de lo español, suele ser un privilegio reservado a la mirada extranjera. Solo a Paul Preston, por ejemplo, se le permite, cuando se le permite, hablar de un *holocausto* español. Teniendo en cuenta este régimen de limitaciones forzadas e inhibiciones contraídas, cabe decir que una de las proezas de Francisco Ayala fue construirse una mirada exterior desde el interior. Y no me refiero solo a su exilio forzado, sino a su capacidad innata para distanciarse intelectualmente de su propia naturaleza histórica con el fin de regresar a ella desde todas las perspectivas posibles. La revista *Realidad* constituye, entre otras muchas cosas, la concreción visible de dicho proyecto de distanciamiento crítico. No deja de ser sintomático que el escritor húngaro Arthur Koestler fuese uno de los primeros autores europeos reseñados en *Realidad* (I, 1). Y es que quien dice Stalin dice, claro, Torquemada o Francisco Franco.

Realidad será el cuarto de espejos en el que estas analogías se aplican, complican, multiplican. En la reseña sobre el libro de ensayos de Koestler

titulado *El yogi y el comisario*, Patricio Canto señala que el ensayista demuestra “cierta hostilidad hacia los intelectuales que inevitablemente tienen una actitud distanciada de la realidad en que les ha tocado vivir” (I, 1: 143), y concluye: “La cuestión más grave del momento no es el conflicto entre capitalismo y trabajo –piensa Koestler– sino la posibilidad de que desaparezcan totalmente la libertad y la cultura individuales” (145). Lo que aquí se denomina “la cuestión más grave del momento” es, en dicción orteguiana, el *tema de nuestro tiempo*, y el tiempo de Koestler y Ayala no es otro que el de la crisis social y espiritual que sucedió a la Segunda Guerra Mundial, una crisis que exige, para ambos, la eliminación radical de la distancia que hay entre el intelectual y la realidad que le ha tocado vivir. En la “Introducción” original a *Razón del mundo*, redactada en 1940, Ayala aseguraba, de nuevo en dicción orteguiana, que “la gran cuestión de nuestro tiempo” no es otra que la determinación de “los principios mismos de nuestra civilización, la esencia de nuestra cultura, donde arraiga y recibe orientación nuestra vida”³. Solo de ese modo, supone Patricio Canto y confirma Ayala, podrán salvaguardarse “la libertad y la cultura individuales”. Esta última frase de la reseña encierra algunos problemas. Tenemos tres términos –*libertad, cultura e individuo*–, y sus posibles combinaciones exhiben las paradojas ideológicas del momento: ¿es la cultura una condición de la libertad? ¿Acaso, al revés, supone la libertad una condición de la cultura? ¿Libertad implica individualismo, o exige comunidad, o acaso colectivismo? ¿Conduce el liberalismo individualista a la cultura? *Realidad* no resuelve estas cuestiones, pero las asedia desde perspectivas múltiples, históricas, psicológicas, filosóficas, antropológicas, sociológicas, filológicas, estéticas o sencillamente creativas.

Pese a esta pluralidad de miradas, los temas son recurrentes, y están obsesivamente polarizados en torno a los campos léxicos relacionados de cinco conceptos medulares: *civilización, cultura, humanismo, Occidente y educación*. Estas cinco nociones articulan el mapa dialéctico y narrativo que orienta la mayor parte de los ensayos publicados en la revista. Cada una de estas nociones proporciona una inflexión diversa, pero todas están vinculadas. La trama que las enlaza dice así: es propio de lo humano alcanzar un determinado estadio de civilización, y si la condición de dicho alcance es la cultura en su versión formativa (educativa), la concreción de su posibilidad

se ha dado en los territorios de lo que denominamos Occidente, por mucho que ahora (1946) se vea amenazada. En su versión más cruda, todas estas nociones giran en torno a la oposición entre humanismo e inhumanismo. Que el tema de nuestro tiempo, para los fundadores de *Realidad*, brota en la interacción de estos términos lo confirma el propio Ayala, en el párrafo final de su prólogo a *La cabeza del cordero*, en un fragmento que reproduce Jorge Luzuriaga en la reseña que sobre dicho libro hace en un número de *Realidad* (V, 17-18):

No menos que los pueblos que soportaron después bombardeos, invasiones, ocupación militar, exterminios y demás horrores durante la segunda, reciente guerra mundial, nos ha tocado a nosotros sondar el fondo de lo humano y contemplar los abismos de lo inhumano, desprendernos así de engaños, de falacias ideológicas, purgar el corazón, limpiarnos los ojos, y mirar al mundo con una mirada que, si no expulsa y suprime todos los habituales prestigios del mal, los pone al descubierto y, de este modo sutil, con solo su simple verdad, los aniquila⁴.

El párrafo, redactado en abril de 1949, es poderosísimo. Parte de su magnetismo reside en el hecho de que la interpelación del destino a la que alude Ayala —ese “nos ha tocado a nosotros”— debe situarse inevitablemente en el marco, tanto cronológico como intelectual, del proyecto *Realidad*. Pues resulta evidente que para sondar el fondo de lo humano y contemplar los abismos de lo inhumano, para eliminar falacias ideológicas y construirse una mirada que permita poner al descubierto los habituales prestigios del mal, tanto Ayala como los otros de *su* nosotros han requerido una incitación intelectual de ámbito internacional. Y conviene subrayar que muchas de las comunidades intelectuales que prosperaron en las ruinas de la Segunda Guerra Mundial con el objetivo de reconstruir un humanismo saneado desde la confrontación realista y desmitificada del inhumanismo más desolador no siempre lograron abandonar el recinto seductor de lo inhumano, no siempre consiguieron eludir eso que Ayala denomina certeramente “los habituales prestigios del mal”. Evidentemente, la tarea que Ayala describe constituye un ejercicio de desmitificación y desencantamiento que asociamos a los tres pilares de la filosofía de la sospecha sobre los que se asienta nuestra reciente modernidad, a saber, el desmantelamiento de la

racionalidad psíquica por parte de Freud, la inversión de la racionalidad metafísica por parte de Nietzsche y la denuncia del consuelo ideológico por parte de Marx. Pues bien, lo fascinante de la posición de Ayala y, en cierta medida, de la posición-*Realidad*, es precisamente el modo en que se pretende una confrontación con lo inhumano que retenga la potencia demolidora y destructora del proyecto moderno sin por ello hacer naufragar totalmente ni el signo de lo humano ni la vigencia de la razón. Esto se entiende mejor de manera contrastiva. En los años treinta y cuarenta prosperaron comunidades intelectuales potencialmente equivalentes a la reunida en torno a *Realidad*. Dos ejemplos claros son, por un lado, la revista *Acéphale*, medio de difusión de algunos miembros y simpatizantes del Collège de Sociologie de París, como Roger Caillois, Pierre Klossowski, Michel Leiris y Georges Bataille, y por otro, la escuela de Frankfurt, cuyas figuras más señeras fueron Theodor Adorno y Max Horkheimer, autores de la *Dialéctica de la Ilustración*, publicada originalmente en 1947, el mismo año de la botadura de *Realidad*.

Una comparación exhaustiva entre estas tres comunidades intelectuales resultaría, me parece, tan pertinente como productiva. Por una parte, no se ha destacado suficientemente lo enigmático que resulta el silencio de Ayala respecto de los miembros de la escuela de Frankfurt, incluyendo en esa categoría a Benjamin. Por muchos motivos, lo normal habría sido que Ayala mostrase una actitud más receptiva hacia un movimiento que nace del horizonte intelectual alemán que conocía de primera mano; un movimiento, por demás, obsesionado con motivos eminentemente ayalianos, como la raíz racional del irracionalismo, la psicología de las actitudes totalitarias, la expansión de la industria cultural en la sociedad de masas, el prestigio global de la técnica y la razón instrumental, y el escarnio de todo tipo de esencialismo de vía ancha, ya fuera idealista (Hegel) u ontológico (Heidegger)⁵. Ahora bien, existe un elemento que distancia sensiblemente la posición de Ayala y la posición-*Realidad* del quehacer analítico de Horkheimer y Adorno, y no es otro que la confianza que ambos pensadores alemanes depositaban en las virtudes explicativas del marxismo y el psicoanálisis. Igualmente, cabría decir que el apoyo entusiasmado de Caillois y Bataille en Nietzsche constituye un motivo más que suficiente para que los promotores de *Realidad* sintiesen desapego hacia este tipo de posiciones

—el erotismo, la mística, el sacrificio— conniventes con los “habituales prestigios del mal”. Como en muchas otras cosas, la perspectiva racionalista de Ayala anticipa notablemente el signo de la respuesta que Habermas dará, en 1985, al “desafío que representa la crítica neoestructuralista a la razón” en un estudio célebre en el que Nietzsche oficia de “plataforma giratoria” que atrapa por igual a Horkheimer, Adorno y Bataille, encadenándolos al escepticismo antirracional o el misticismo⁶.

Bastaría con mencionar, como síntoma lateral de la posición intelectual a la que aludo, la manifiesta hostilidad de Guillermo de Torre en las páginas de la revista hacia el homoerotismo de los textos y la personalidad de André Gide (III, 7). Asimismo, resulta curioso que diez años antes de que Ayala, Castro, Bataillon, Harry Levin y el resto cerraran su homenaje a Cervantes en las páginas de *Realidad*, un volumen que ampara unas singulares páginas de Francisco Romero en las que se defiende la “afirmación pareja” de Cervantes y Fichte “de la autarquía del principio espiritual; como un símbolo doble y supremo de la soberanía y libertad del alma” (II, 5: 233), Georges Bataille, parapetado en la revista *Acéphale*, esté paralelamente conjurando la soberanía absoluta del sujeto cervantino, esta vez al hilo del suicidio sacrificial que cierra la *Numancia*⁷. En su ensayo sobre Cervantes en dicho volumen, Ayala defiende una tesis bien distinta, en la que lo censurable es precisamente “la existencia clausurada en pura agonía interna” propia de la comunidad española bajo la Contrarreforma, que da lugar a un “heroísmo” resuelto en “grotescos descabros” (II, 5: 189). Nada más antirromántico, más anti-nietzscheano o más antifreudiano que este Quijote de Ayala, quintaesencia del racionalismo irónico y, por ello mismo, del humanismo más viable, saneado y recuperable que produjeron nuestros siglos áureos.

Pero volvamos a los conceptos de partida (civilización, cultura, Occidente, educación y humanismo), pues ellos delimitan, como decía, el terreno dialéctico de las mejores contribuciones a la revista. En este sentido, cabe afirmar que el proyecto intelectual de *Realidad* se inscribe plenamente en el horizonte de vigencia de eso que Lyotard llamara las *grandes narrativas*. Es evidente que la tragedia de la guerra mundial proporciona un prestigio insospechado a estas categorías explicativas, que gozaron de escaso favor durante las vanguardias previas a la Primera Guerra Mundial, obsesionadas

con el irracionalismo y el primitivismo, y que habrán de caer en descrédito hacia fines de la década de los setenta, cuando la llamada posmodernidad ridiculiza el humanismo, desaloja a Occidente de su presunto centralismo planetario y le pone un cirio a la Cultura con mayúsculas. Pero en 1946 todavía era posible, todavía era necesario, escenificar profesiones de fe en la cultura, la educación, el humanismo y la civilización occidental. Profesiones de fe, todas ellas, eminentemente loables, especialmente desde nuestra perspectiva actual hastiada de gaseosa posmoderna.

Pese a ello, cabe formular una imputación de *hegelianismo latente* a la posición-*Realidad*. La reivindicación de los términos antes mencionados implica una más o menos tácita complicidad con el totalitarismo idealista hegeliano, un horizonte casi inesquivable para todo proyecto empeñado en subrayar el progreso providencial o teleológico de la sustancia-hombre a lo largo de la historia. Por mucho que el historicismo ortodoxo que vertebra la revista (el de Ranke, Mommsen, Burckhardt, Aron o Toynbee) se presente en muchos casos como una corrección positivista del idealismo hegeliano, lo cierto es que las narrativas resultantes contienen rasgos vinculables a la herencia hegeliana, como la confianza en la corrección espiritual de (casi) toda contingencia, la totalización de los tiempos históricos y el gradualismo de las periodizaciones. Es indudable que Ayala se pasó la vida combatiendo muchos supuestos hegelianos. Bastaría con citar las páginas de su “Ensayo sobre la libertad” en las que arremete contra el “sofisma” de la “idea vulgar del progreso de la libertad en la historia”⁸. Pero no es menos cierto que Ayala acomoda su propia vida a un marco imaginario en el que la microfísica de su existencia, marcada por el tránsito trágico desde el oasis democrático-liberal de la segunda República hacia la diáspora forzada tras el advenimiento de la barbarie, replica, a mínima escala, la logomaquia espiritual de Occidente. En ese tránsito, un cuerpo social plenificado se desinfla y desmorona, y los miembros de dicho cuerpo son forzados a exiliarse. Esa manera de narrar las cosas, caracterizada por el énfasis en conceptos como plenitud y decadencia, ascenso y derrumbe, propia de los ilustrados escoceses (Ferguson, Smith, Robertson, Hume) y de Edward Gibbon, resultó luego característicamente hegeliana, por mucho que se adornase de elementos de la teodicea cristiana. Así pues, el espectro de Hegel está detrás de muchas actitudes registradas tanto en el Ayala de los años cuarenta como

en los colaboradores de *Realidad*, y la tensión del exorcismo resultante proporciona un sabor singular a muchos de los textos. Resulta así destacable que Francisco Romero, el director nominal de *Realidad*, califique las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* del pensador alemán, cuya primera edición argentina, de 1946, reseña, como “uno de los grandes hitos de la interpretación de la historia y del hombre”, pues proporciona “un total despliegue de la explicitación integral de la esencia humana” (I, 3: 475). Sospecho que a Ayala no debió de agradar esa frase, pues para él la esencia humana no es más que un producto contingente, nunca la causa necesaria, de la mudable estructuración sociohistórica del hombre. Pero el caso es que ahí está Hegel, emitiendo su interferencia, importunando, con su lodo inevitable de esencialismo y totalidad, el cristalino discurrir de exigencias liberales que *Realidad* pretende ser. En 1944 Ayala afirmaba que la “libertad” constituye “el principio radical de la historia”, una frase sencillamente incomprendible sin el horizonte de comprensión que Rousseau, Kant, Schiller y –sobre todo– Hegel impusieron en menos de cincuenta años. Más adelante regresaré a esta interferencia. Quede, por lo pronto, constancia de que *Realidad* se construye en el momento mismo en que las *grandes narrativas*, incluida la narrativa-madre, la hegeliana, comienzan a expirar, viéndose reemplazadas por más o menos irrelevantes neohumanismos fenomenológicos, existencialistas, neovitalistas, pero justo antes, una década más o menos, de que el estructuralismo y su reverso, el situacionismo sesentayochista, se impongan como horizontes de comprensión y construcción intelectual. Esta condición liminal proporciona, retrospectivamente, vértigo y crédito, en dosis iguales, a todo cuanto en *Realidad* se dice.

Junto al hegelianismo, el otro gran elemento de confrontación constante en *Realidad* es el nacionalismo. La tarea era hercúlea: ¿cómo defender la cultura de la civilización occidental, su humanismo educativo, sin incurrir en compromisos hegelianos ni ceder a la tentación nacionalista? Ni espíritu universal ni patria chica. Pero entonces, ¿qué exactamente? Pues *exactamente* nada, pero aproximadamente, como veremos, algunas cosas. Los nombres más relevantes que acuden a las páginas de *Realidad*, en calidad de genios tutelares, autores de obras reseñadas, o colaboradores ocasionales, invitados a realizar dicha aproximación son, entre otros, Leopold von Ranke, Theodor Mommsen, Raymond Aron, Arnold Toynbee, Franz Boas, Ernst

Cassirer, Martin Heidegger, Ludwig Wittgenstein, Werner Jaeger, Norberto Bobbio, Antonio Gramsci, Benjamin Farrington, George Santayana, John Dewey, André Gide, Henri Brémond, Jean-Paul Sartre, Witold Gombrowicz, T. S. Eliot, Bertrand Russell o Aldous Huxley.

Tras Burckhardt y Ranke, cuyas personalidades intelectuales se elogian efusivamente (VI, 16), si no el más relevante, el más emblemático de todos ellos, debido a su enraizamiento en el historicismo filológico y la historiografía filosófica, sea Werner Jaeger, el autor de *Paideia*, un monumental estudio sobre el concepto de educación en la Grecia clásica. Tanto su estudio sobre *Aristóteles* como *Paideia* son reseñados en las páginas de *Realidad*. Sobre el segundo, dice Luzuriaga que permite actualizar el problema de “la cultura y la educación griegas” en gran medida porque los presupuestos pedagógicos de la cultura helena proporcionan, asegura Luzuriaga, “los antecedentes remotos, pero manifiestos” tanto de los ideales “totalitario y democrático liberal” (I, 2: 307). Nos mantenemos, como vemos, en los márgenes amplios de la cultura occidental, y la mirada es cómplice del historicismo en la medida en que, como aseguraba Benedetto Croce, “toda historia es historia contemporánea”. Sintomática es también la reseña de una antología de ensayos de Theodor Mommsen, el gran historiador alemán del período romano. El reseñista ensalza “la grandeza de la concepción” historiográfica de Mommsen, volcada en restituir a los ámbitos periféricos del imperio romano su papel en la construcción de la “romanidad”, noción clave para “el cuerpo mismo de la Europa medieval, de la Europa moderna, de la Europa de hoy” (I, 1: 147). De nuevo la relevancia presente del pasado, aunque ahora un paso más allá de Grecia hacia la segunda civilización determinante en la constitución de Occidente como unidad cultural. Quizás convenga señalar que Mommsen es el pensador con el que Ortega abría, en 1920, el primer ensayo de *España invertebrada*. La diferencia es que, en la mente de Ortega, Mommsen figuraba como arquitecto de una interpretación de la vida orgánica de las naciones, concebidas como “vastos sistemas de incorporación”, y no tanto como morfológo de una estructura de civilización o cultura¹⁰. Por decirlo de forma más clara: como denuncia Ayala en *Razón del mundo*, Ortega está todavía apesado en un (para él) falso debate nacionalista¹¹.

Todavía en el horizonte de las civilizaciones se presentan las reseñas de una obra de Raymond Aron, la *Introducción a la Filosofía de la Historia*, y el ensayo de Northrop titulado “La posición precaria de la civilización occidental”. Este último ensayo constituye una airada protesta contra el devenir intuicionista y existencialista de la intelectualidad occidental. Para Northrop, los amigos de la civilización occidental son los promotores de la ciencia empírica, y sus enemigos declarados son Bergson, Kierkegaard, Jaspers, Heidegger y Sartre. Resulta altamente sintomático que estos constituyan también una eximia nómina de recalcitrantes antihegelianos. Que el teleologismo maniqueísta hegeliano está activo en Northrop podría en parte verificarse por el simple hecho de que es citado como autoridad por el malquisto Samuel Huntington en su célebre *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, un libro que en ocasiones maneja un concepto de civilización no muy distinto del de un diseñador de videojuegos¹². En la reseña del libro de Raymond Aron se nos habla, en cambio, de una evasión consciente de “la influencia de Hegel” y de un intento de reconciliarse con los intuicionismos, neovitalismos y existencialismos de la fenomenología en sentido amplio. Se menciona, por cierto, “el raciovitalismo de Ortega” (II, 4: 127). En cualquier caso, el texto más determinante de esta tradición historiográfica publicado en *Realidad* es el titulado “La civilización puesta a prueba”, que firma nada menos que Arnold Toynbee. El ensayo, rico y provocador, defiende el efecto revitalizador sobre el presente que tiene el horizonte expandido de la historiografía, volcada sobre las grandes civilizaciones del pasado –judía, griega y romana–. Dicho presente se describe en términos casi de globalización –Toynbee dice que “todo el mundo habitable está unificado ahora en una sola gran sociedad” (III, 9: 296)–, en un gesto analítico que recuerda otros similares de Ayala. El texto ensalza la holgura hermenéutica que una civilización como la “cristiandad occidental” (292) proporciona, reivindicando de este modo un tercer estadio civilizador tras el judío, el griego y el romano. Lo importante de esta reclamación es que se yergue conscientemente en contra de la estrechez vital y explicativa que proporciona todo nacionalismo. Toynbee asegura que “las historias nacionales son ininteligibles dentro de sus propios límites de tiempo y espacio” (291) y añade que “tenemos que realizar el necesario esfuerzo de imaginación y de voluntad para salir de los muros de prisión de las historias locales

y de vida breve de nuestros propios países y de nuestras propias culturas, y tenemos que acostumbrarnos a adoptar una visión sinóptica de la historia en su conjunto” (297). Historias de *vida breve*: que se lo digan a Lorca, el mejor discípulo de Falla¹³.

No es posible, en estas breves pinceladas, recoger los múltiples ecos de este debate conceptual entre espíritu, civilización y nación, tal como se registra en las páginas de *Realidad*. Los escritores no hispanos invitados a esta fiesta dialéctica fueron muchos, y en casi todos los casos el sentido de su presencia resulta previsible. Por ceñirme puntualmente al caso de la literatura angloamericana, no es difícil adivinar el papel que *Realidad* asigna a figuras como George Orwell, Robert Graves o Graham Greene. De *Animal Farm*, por ejemplo, se destaca la capacidad de consignar “el miedo colectivo, estimulado por sospechas y decires imprecisos”, así como “el proceso de los presuntos traidores” (V, 13: 123), dos asuntos de orden inquisitorial que obsesionaban a Arthur Koestler y Francisco Ayala. En una reseña de *The Heart of the Matter*, un joven Julio Cortázar censura parcialmente la inejemplaridad del caso descrito, aunque salva a un Greene cuyo “moralismo” excéntrico bien pudiera ser el refugio de un humanista, cosmopolita y curtido, desencantado de todos los mesianismos seculares de la historia (V, 13: 110).

El novelista y ensayista Aldous Huxley es una presencia notable en las páginas de la revista. Se le dedica no solo una reseña¹⁴, y alusiones esparcidas en ensayos de reconstrucción global, sino también un largo ensayo firmado por Concha Zardoya (V, 14). Ello se explica si tenemos en cuenta la posición de liderazgo o mandarinato que el escritor británico supo conquistar y mantener, pese a la caducidad de muchas de sus poses intelectuales. Conviene recordar que si los cachorros del 68 parisino se dejaron parcialmente guiar por Sartre, muy prominente en *Realidad*, los cachorros del 68 californiano buscaron el amparo constante de Huxley, junto al de otros intelectuales como Erich Fromm, también reseñado en *Realidad* (III, 9). Me limito a consignar un paralelismo generacional y propongo una conjetura contrafactual: de haber muerto Franco a comienzos de los sesenta, ¿habría ocupado un regresado Francisco Ayala una posición similar de estridente liderazgo revolucionario? Quizás García Calvo, quizás Tierno Galván. Pero

Ayala, casi con seguridad, no. La revista *Realidad*, en cualquier caso, proporciona una comunidad temporal a energías intelectuales transitoriamente homologables, energías, no obstante, que el decurso histórico habría drásticamente de distanciar. Aunque esa distancia, y aquí está la clave, estaba ya en el origen. Huxley tenía poco que ver con el racionalismo liberal del cenáculo-*Realidad*. En su acertado artículo, Concha Zardoya lamenta su “rebelión contra la razón y el asentimiento a la sirena que se llama superracionalismo y la glorificación de lo inconsciente” (V, 14: 154). En efecto, el vitalismo místico de Huxley, fascinante en muchos sentidos, es, en la realidad de *Realidad*, algo así como una errata del liberalismo. Pero no es la única.

Otra errata singular de la tradición liberal está presente en el arranque mismo del proyecto, registrada en el primer ensayo de *Realidad*, que firma Bertrand Russell. La presencia de Russell ya en sí misma resulta problemática, dada su animadversión hacia toda forma de especulación de origen continental, la base de la sociología teórica que sustenta el pensamiento de Ayala, por muy anglosajonas que sean las raíces que invoca. Russell abre *Realidad* con un ensayo titulado “Filosofía y política”, dirigido contra los que llama “sistemas dogmáticos sin fundamento empírico, tales como los de la teología escolástica, el marxismo y el fascismo” (I, 1: 26), y defiende en su lugar una suerte de alianza entre “liberalismo empírico” con origen en Locke y “socialismo democrático” (27)¹⁵. Quizás convenga recordar que Russell, conocido sobre todo por sus contribuciones a la filosofía analítica y su militancia pacifista y agnóstica, debutó académicamente con un estudio en 1896 sobre *La socialdemocracia alemana*, y que su primera docencia se orientó hacia la “ciencia política”. En cualquier caso, del ensayo de Russell me quedo con la siguiente perla: “La filosofía de Hegel es tan extraña que nadie hubiera esperado de él que fuera capaz de conquistar a hombres cuerdos para aceptarla, pero los conquistó. La revistió de tanta oscuridad que la gente pensó que tenía que ser profunda. Puede con mucha facilidad ser expuesta lúcidamente en palabras de una sílaba, pero entonces se hace evidente su carácter absurdo”(16)¹⁶. Subrayo este pasaje porque la tradición de Ayala es eminentemente una tradición germánica, más o menos hegeliana, más o menos neokantiana, ciertamente una tradición que aspira a levantarse con palabras de más de una sílaba. Recuerdo una frase del breve

texto editorial que abre el primer número de *Realidad*, el texto, por cierto, que coyunturalmente prologa la diatriba de Russell: “El Occidente debe alcanzar conciencia de sí, de sus raíces y fundamentos, de lo que en él es accidente y de lo que es esencia, de su médula viva, de sus limitaciones y de sus posibilidades” (I, 1: 1). Y esto es ya hegelianismo intravenoso, por mucho que la “médula viva” concite ecos racio-vitalistas. Abrir con Russell supone, retrospectivamente, una interesante provocación, lo cual exhibe en parte la apertura de miras de quienes procedían a la botadura del nuevo proyecto. Pero la errata del liberalismo racionalista que es Russell contiene en sí otra más interesante aún. Russell fue considerado por Karl Popper el filósofo más importante después de Kant, y Russell le dedica a Popper, en este ensayo, un piropo encendido. El filósofo inglés utiliza como apoyo en su ataque contra Hegel el reciente libro de Popper, *The Open Society and its Enemies*, publicado originalmente en 1945. Ciertamente, *La sociedad abierta* constituía el esfuerzo más lúcido y sistemático a la fecha por proporcionar una defensa liberal de la democracia que no estuviera hipotecada por las profecías del historicismo idealista, los delirios utópicos de la sociedad perfecta, de origen platónico, hegeliano o marxista. La crítica a Hegel contenida en el libro de Popper es devastadora, pero también lo es, y quiero poner el acento en ello, el ataque que despliega contra el irracionalismo de Arnold Toynbee¹⁷. Dudo que el racionalismo de Ayala alcanzase este umbral de sospecha. En cualquier caso, y hablando de erratas del liberalismo, quede constancia que el primer libro concreto citado en la revista *Realidad*, en la primera nota a pie de página, del primer ensayo, es el libro de Popper, *La sociedad abierta*, una etiqueta idónea para designar a Romero, Luzuriaga y Ayala. Curiosamente, la nota contiene una interesante errata: el título de Popper que aparece es *The Open Society and its Economics*, cuando debiera ser “*and its Enemies*”. Es como si esta errata reflejara la ambigüedad de las credenciales liberales de un proyecto que se pretende plataforma desde la cual “elevar la voz de la razón” pero que, en la medida en que asume asimismo “la validez suprema del espíritu” (3), activa simultáneamente un notable potencial de irracionalidad metafísica. Así, la sociedad abierta de *Realidad* acoge también las voces de la sinrazón, erratas muy notables de la tradición liberal, y quizás las tres más destacables sean Jorge Luis Borges, Martin Heidegger y T. S. Eliot, tres de los modernistas o tardomodernistas

(*late modernists*, en el sentido que da Fredric Jameson al término¹⁸) más influyentes de la tradición occidental.

El caso de Borges es excepcional, debido a la vecindad intelectual y física con el proyecto *Realidad*, y debido, asimismo, a la escasez de su contribución a la revista, escasez de palabras pero también de contenidos. Su ensayito en el homenaje a Cervantes, de una irrelevancia notable, no es evidentemente lo mejor que Borges ha escrito sobre el *Quijote*. Contiene, además, una impertinente recusación de la potencial naturaleza castiza del *Quijote*, conscientemente formulada, o eso parece, con el objeto de contrarrestar el supuesto nacionalismo cultural de los promotores del proyecto. No entraré en este asunto, pero vale la pena recordar que el Borges cosmopolita que aprende inglés antiguo y memoriza a Proust es también un sujeto melancólicamente apresado en Martín Fierro y el heroísmo épico de sus antepasados en Junín.

Pero vayamos a Martin Heidegger y T. S. Eliot. Del primero convendría señalar lo enigmática que resulta la poco explorada interacción entre la obra global de Ayala y la obra de Heidegger. Dejando a un lado a filósofos profesionales como Ortega, Marías, Ferrater Mora o Zubiri, pocos intelectuales españoles habrían sido tan susceptibles como Ayala de incurrir, en su obra, en una deuda con Heidegger. Ciertamente es que algunos críticos como Nelson Orringer han arrimado intuiciones heideggerianas a la exégesis de los textos narrativos de Ayala¹⁹, pero queda mucho por hacer. Y lo que pueda hacerse en este campo estará siempre amenazado por el silencio de esfinge que Ayala ha dedicado al filósofo alemán. Apenas lo cita, solo menciona su nombre fugazmente, sin entrar a emitir una valoración. Esto es crucial, porque consignar un juicio sobre Heidegger suponía casi una obligación para todo profesional volcado a la filosofía política y la sociología entre 1940 y 1970. Recordemos que Heidegger, en su posición forzada de apestado francotirador, se erigió en un feroz detractor de las ciencias sociales y psicológicas, por no hablar de la filosofía profesional o académica. Y no hace falta recordar que tras 1945 Heidegger constituía, a los ojos de la *intelligentsia* liberal, el ejemplo perfecto de intelectual que, embargado por el opio del nacionalismo, traiciona los supuestos de racionalidad del proyecto occidental. En cualquier caso, resulta sorprendente y profundamente sintomático que

Realidad decidiese publicar la versión española de la “Carta del humanismo”, como hizo, en dos entregas sucesivas. Ciertamente es que la carta contiene argumentos que Ayala no dudaría en suscribir, como la censura de la creciente objetivación técnica del mundo o la crítica de la tiranía de la publicidad, responsable de la configuración de una espuria privacidad subjetiva. En este particular, todos –Borges, Eliot, Heidegger y Ayala– están de acuerdo: el *filisteísmo* de la pequenoburguesía comercial europea fomenta un positivismo de vía estrecha incapaz de redimir espiritualmente a las nuevas masas. Solo que Heidegger propone una solución escasamente compatible con los presupuestos liberales y racionales de Ayala. La “Carta del humanismo” pretende responder a la pregunta “*Comment redonner un sens au mot humanisme?*”, pero constituye realmente una gélida desconstrucción de todo proyecto humanista, ya sea el tradicional, el griego, vinculado a la *paideia*, el cristiano, delimitado frente a la *Deitas*, o el romano, el humanismo propio de corte universalista, donde la *virtus* incorpora la *paideia* (III, 7: 7-8). El humanismo tradicional, según Heidegger, estaría erróneamente anclado en supuestos metafísicos, es decir, entregado al ente y ciego al ser. También rechaza el humanismo moderno, en su versión más popular, la del existencialismo sartreano. Para Heidegger, la prioridad sartreana de la existencia sobre la esencia es una falacia metafísica, por cuanto el concepto de existencia que maneja deriva del vocabulario escolástico, en el que *existencia* es *actualidad* frente a la *potencialidad* de la esencia (13). Frente a estos humanismos extraviados, el humanismo que preconiza Heidegger se apoyaría, en cambio, en un concepto renovado y presocrático de *ec-sistencia* como porvenir esencial y condición destinal del hombre en su apertura permanente a la verdad del ser. Existir, para Heidegger, es dejarse interpelar por la verdad del ser, y ningún humanismo prefabricado proporciona las condiciones para dicha interpelación. De ahí el extravío e inherente “apatridad” (*Heimatlosigkeit*) del hombre metafísico, del cual el sujeto moderno de la técnica supone la más exitosa materialización (23-24)²⁰. Frente a esta apatridad, Heidegger propone una patria o morada de regreso, en sintonía con el poema “Heimkunft”, de Hölderlin. Pero a diferencia de Hölderlin, esa patria no es ya necesariamente la cultura griega, algo que Jaeger, Burckhardt y quizás hasta Toynbee estarían dispuestos a admitir. Esa patria es para Heidegger, en 1945, una morada hermenéutico-existencial, un ám-

bito de inquisición originaria, si bien durante los años del auge del nazismo, como bien demostrara Víctor Farías, esa morada coincidía sospechosamente con el pueblo y suelo alemanes²¹. Alemania era una segunda Grecia: la per-versión final de algo que entrevió Goethe y profetizó Hölderlin. Pero los promotores de *Realidad* no estaban dispuestos a pervertir tan gravemente el espíritu neoclásico y didáctico de Goethe: los dos artículos que el último número de *Realidad* dedica a Goethe, firmados por Lorenzo Luzuriaga (“Goethe, educador de nuestro tiempo”) y Guillermo de Torre (“Goethe y la literatura universal”), pueden leerse como una némesis, correctivo o vacuna retrasada a la impertinente e incontemporánea “Carta” de Heidegger. Así, todavía en la carta de 1945, y en un espíritu de anticosmopolitismo, antiuniversalismo, que no conviene desvincular del antisemitismo pequeñoburgués, Heidegger podía poner bajo sospecha nociones como “civilización” y “cultura”. Según el filósofo alemán, un humanismo renovado “podría acontecer para honra del ser y en beneficio del existir [...] pero no con miras al hombre para que con sus obras alcance valía la civilización y la cultura” (III, 7: 16). ¿Qué tiene esto que ver con la posición-*Realidad*? ¿Se habían asociado Romero, Luzuriaga y Ayala “para honrar al ser”? ¿O más bien lo habían hecho con el fin de defender “la civilización y la cultura”? La pregunta es más que retórica. Me interesa solo consignar la generosidad intelectual de estos tres socios, a quienes el texto de Heidegger debió de dejar razonablemente perplejos.

Análoga estupefacción provoca a Ferrater Mora la filosofía de Wittgenstein, en cuyo horizonte el “humanismo” queda reducido a un mero juego de lenguaje, desesemantizado y despotenciado, regulado por un acuerdo de mínimos, las soluciones justas para las preguntas justas: “Estaremos, pues, todavía en el terreno del ‘humanismo’. Aunque incomparablemente reducido el ámbito del hombre, todavía habrá algo a lo cual podamos llamar sin desazón lo humano. El hombre manipulará cosas y forjará sistemas deductivos, jugará al ajedrez con el universo. No es mucho” (V, 13: 135). Para Ferrater Mora, la filosofía de Wittgenstein, pese a su apariencia sistemática y sus originales credenciales analíticas, no es una filosofía, sino una “extraña cura de almas”, una “aniquiladora actividad” (137) de *destrucción*. Traigo a colación este ensayo de Ferrater Mora porque según Habermas, y conviene creerle, Wittgenstein y Heidegger son los representantes máximos de la

solución “hermenéutica” que durante el siglo XX alcanza a ofrecer una alternativa viable a la otra solución hegemónica, la “analítica”, presente en *Realidad* en el nombre de Russell²². Habermas enlaza, pues, a ambos pensadores en la categoría de “historicismo de segundo nivel”, frente a un historicismo de primer nivel que, presumiblemente, confía tanto en la superficial bondad semántica de los documentos históricos como en la validez hermenéutica del tiempo histórico. Entiendo, una vez más, que el proyecto-*Realidad*, aunque no lo acepta, coquetea con el régimen de sospecha y hermetismo que caracteriza a este historicismo de segundo nivel. Las exégesis que Ayala hizo de textos de Antonio Pérez y Saavedra Fajardo nos ofrecen a un analista pegado a la letra, alerta a los múltiples sentidos de la letra, consciente del modo en que la letra del pasado se confisca y desvirtúa desde el presente, pero nunca empeñado en quebrar la corteza de la letra para escrutar latencias emboscadas o prevaricaciones retóricas. Esa misión fue encomendada a otra filología, escasamente representada, por cierto, en suelo peninsular.

De primer nivel fue también el historicismo filológico de T. S. Eliot, el tercero de los tardomodernistas mencionados. Nadie más consciente que Eliot de la necesidad de confiar en la racionalidad (la *propiedad*, diría Eliot, siguiendo a Swift y a Johnson) de lenguajes literarios en los que cristaliza la identidad misma de las naciones. Pese al cosmopolitismo escénico de muchos de sus gestos críticos (sus lecturas de Dante o Baudelaire), y pese a su compromiso constante con la memoria cultural de una Europa transnacional con sede genética en la Roma católica, Eliot es prisionero voluntario de un estrecho nacionalismo cultural que en Inglaterra contaba con muchos adeptos, pero que encontró en sus escritos una privilegiada antena de retransmisión. Tanto más insólito por cuanto Eliot era, después de todo, un americano de provincias, un sureño, empeñado en reformarse, primero, en sujeto occidental genérico, tras su paso por Harvard, pero luego hechizado por una suerte de genuina identidad inglesa solo rastreable en el organicismo teocrático anterior a la Reforma. La presencia de Eliot en la revista *Realidad* es muy prominente. Se reseña su obra, se glosan con detalle las contribuciones a congresos sobre su figura, se encomia, en suma, tanto su aportación creativa como poeta y dramaturgo como su condición de crítico²³. Como en el caso de Huxley o Sartre, esto no puede sorprender, pues

el carácter icónico de su personalidad intelectual era aceptado por las élites culturales de todas las naciones occidentales que buscaban sintonizar la frecuencia de la alta cultura. Pero pudieron asimismo obrar motivos de interés personal por parte de Ayala. Miembro de una generación anterior, Eliot dibuja una trayectoria intelectual similar en algunos aspectos a la de Ayala: ambos atraviesan una suerte de prehistoria creativa vanguardista, ambos eligen el camino del exilio, ambos disciplinan su creatividad con los rigores del academicismo sociológico y crítico-literario, más *amateur* en el caso de Eliot, ambos, por demás, orientan su mirada crítica hacia el barroco, y en ambos el nacionalismo cultural compite con las exigencias del humanismo racionalista y el universalismo. Ayala cita en varias ocasiones el libro de Eliot *Notes Towards a Definition of Culture (Notas para una definición de la cultura, 1948)* y llega incluso a escribir una reseña sobre este importante ensayo para el periódico *La Nación* en noviembre de 1949²⁴. Destaca, en dicho comentario, la distancia que Ayala toma del organicismo esencialista de la posición de Eliot, así como de su elitismo recalcitrante. Aunque comparte la alarma del poeta inglés respecto de los efectos que la “atomización” democrática pueda tener en “el orden de la cultura, lo que es decir de la vida humana en su plenitud”, Ayala acusa a Eliot de “conservadurismo” preventivo, evidente en la defensa que hace de una “*graded society*” (sociedad graduada o estamental) –Ayala la califica acertadamente de “utopía medievalista de un orden estático”– como garantía de la supervivencia cultural²⁵. Ayala trata de hallar en este nuevo libro de Eliot alguna novedad con relación al anterior de crítica sociocultural, el titulado *The Idea of a Christian Society*, publicado en 1939. Pero difícilmente la encuentra. Si en aquel libro Eliot profetizaba la agonía del liberalismo y la necesidad de hallar una alternativa firme al nuevo régimen de “democracia totalitaria” que se imponía en Occidente, esta nueva obra sigue postulando un concepto arnoldiano de cultura nacional vinculada a una religión establecida²⁶. Curiosamente, el libro que sirve de apoyo a Eliot es un ensayo clásico de Karl Mannheim, *Mensch un Gesellschaft im Zeitalter des Umbaus*, un texto que Ayala conoce íntimamente pues lo había traducido al castellano como *El hombre y la sociedad en la época de crisis* un año después de su publicación original en 1935²⁷. Quizás no esté de más mencionar que dicho libro es objeto de una crítica demoledora por parte de Karl Popper en su libro de 1936 *The Poverty*

of Historicism: Popper lo selecciona como ejemplo del infundado holismo predictivo propio del historicismo del siglo XX²⁸.

El ensayo de Eliot que abre el número diez de *Realidad* se titula “Milton”. Constituye, en rigor, la segunda entrega de un análisis crítico elaborado once años antes, en 1936. El ensayo es eminentemente filológico, y en él se acusa a Milton de expresarse en un idioma poético inerte y artificial caracterizado por una ofuscada sonoridad laberíntica. Dicho idioma es el efecto de disposiciones personales del poeta, como su ceguera o su pasión por la sintaxis latina, pero constituye asimismo, asegura Eliot, una suerte de culminación de un deterioro estilístico que ya afectaba a la poesía inglesa anterior, y que Eliot atribuye a una “disociación de la sensibilidad”, una suerte de perversión retórica que separa el intelecto de la sensibilidad empírica, generando una retórica crecientemente evacuada de contenidos vivos²⁹. Pensemos, en el caso español, en las supuestas perversiones culterana y conceptista. Pero para Eliot, esta anomalía tropológica supone algo más que un acontecimiento estilístico, pues tiene serios efectos espirituales: con Milton, algo irreparable le sucede a la identidad poética de Inglaterra. La recuperación es lenta y laboriosa. No hace falta ser un lince para detectar bajo este diagnóstico de Eliot una motivación palpable de hostilidad ideológica. Milton es un poeta rabiosamente protestante, apresado en un nacionalismo de carácter republicano, latino, y, por lo tanto, escasamente excluyente. La escritura de Milton traiciona la singularidad orgánica de la originaria identidad teocrática inglesa, monárquica y católica. Dicha identidad tendría en la retórica sacramental o eucarística de determinada poesía inglesa –rastreada en cierto Shakespeare y en Donne– su mecanismo de expresión más logrado. Parte de la memoria poética europea quedaría idénticamente vertebrada por esa retórica sacramental: son los casos, equivalentes para Eliot, de maestros del simbolismo y el alegorismo como Dante o Baudelaire. Pero en Inglaterra las cosas se torcieron demasiado pronto. Y la razón no es otra que la Guerra Civil de 1642:

Si una disociación tal tuvo realmente lugar, sospecho que las causas son demasiado complejas y demasiado profundas como para justificar nuestra explicación de ese cambio, desde el punto de vista de la crítica literaria. Todo lo que podemos decir es que algo semejante a esto sucedió

en efecto; que ello tenía alguna relación con la Guerra Civil; que no sería prudente afirmar que la causa fuese la Guerra Civil, pero sí que es consecuencia de las mismas causas que produjeron la Guerra Civil; que esas causas las hemos de buscar en Europa y no en Inglaterra solamente; y que para averiguar cuáles eran estas causas, hemos de ahondar y ahondar hasta una profundidad en la cual nos fallan las palabras y los conceptos (IV, 10: 9-10).

Hoy, después de los sesudos estudios de Christopher Hill y J. G. A. Pocock, sabemos que las causas de la Guerra Civil inglesa fueron estrictamente inglesas. Eliot echa balones fuera, pero juega en una liga solamente inglesa. El pasaje es poderosísimo: pocas veces se queda Eliot sin palabras y conceptos. Al comienzo del ensayo afirmaba algo si cabe más radical: “El hecho es, simplemente, que la guerra civil del siglo XVII, en la cual Milton hacía el papel de figura simbólica, no ha concluido aún. Yo pregunto si alguna guerra civil sería ha concluido jamás” (IV, 10: 4). Imaginemos a Francisco Ayala, el autor de los relatos de *La cabeza del cordero*, que verían la imprenta en 1949, leyendo esta frase de Eliot en la primavera de 1948. Puede que, en las antípodas del psicoanálisis, a la terapia de un traumatismo convenga un carácter genérico –llamémoslo *hombre, civilización o cultura*–, pero parece innegable que ciertos traumatismos tienen el contorno particular que asignamos a esa herida compartida que algunos llaman *patria*. Pero señalemos las diferencias. Mientras resulta poco verosímil que a Eliot le doliese Inglaterra, es indudable que a Francisco Ayala le dolía España. Esto no lo hace ni moral ni intelectualmente superior a Eliot, pero ciertamente lo exime de insidiosas servidumbres intelectuales como el nacionalismo: cuando la patria es el problema, difícilmente será la solución. Quizás eso, y no otra cosa, trataba Ayala de explicar a Sánchez-Albornoz y de insinuar a Américo Castro. En ambos casos, lamentablemente, sin éxito visible. La solución para Ayala fue siempre la fidelidad a la realidad, es decir, al fluir contingente y cambiante a lo largo de “distintas épocas históricas” de “realidades captadas por un mismo concepto sociológico.”³⁰ Reducir España, Inglaterra o Alemania a mero concepto sociológico es una proeza al alcance de pocos. Realidades captadas, realidades cambiantes; *Realidad*: la realidad.

Notas

- 1 Joseph Pérez, *Breve historia de la Inquisición en España*, Madrid, Austral, 2009, p. 198.
- 2 Francisco Ayala, *Los usurpadores. La cabeza del cordero*, edición de Andrés Amorós, Madrid, Espasa Calpe, 1978, pp. 184-85.
- 3 Francisco Ayala, *Ensayos políticos y sociológicos*, vol. 5 de las *Obras completas*, edición de Carolyn Richmond, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2009, p. 299.
- 4 Francisco Ayala, «Prólogo» a *Los usurpadores. La cabeza del cordero*, citado (nota 2), p. 185.
- 5 Ciertamente es que Ayala nunca fue tan lejos como para acusar globalmente a la Ilustración de ser “totalitaria como ningún sistema”. Theodor Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración* (1947), Madrid, Trotta, 2001, p. 78.
- 6 Jürgen Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad* (1985), Madrid, Taurus, 1989, pp. 9, 135-62, 255-84.
- 7 Puede leerse una reconstrucción crítica de este interesante episodio cultural en Roberto Esposito, *Categorie dell'impolitico*, Bolonia, Il Mulino, 1988, pp. 245-312; véase también Federico Ferrari, *La comunità errante: Georges Bataille e l'esperienza comunitaria*, Milán, Lanfranchi, 1997, pp. 62-67.
- 8 Francisco Ayala, *Ensayos políticos y sociológicos*, citado (nota 3), p. 87.
- 9 *Ibidem*, p. 77.
- 10 José Ortega y Gasset, *España invertebrada* (1921), Madrid, Espasa-Calpe, 2011, p. 46.
- 11 Francisco Ayala, *Ensayos políticos y sociológicos*, citado (nota 3), pp. 284-93.
- 12 Samuel P. Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order* (1996), Nueva York, Simon & Schuster, 2003, p. 323, nota 9.
- 13 Aprovecho la sugerente reflexión en torno a las implicaciones para Lorca de la *Vida breve* que hace Juan Carlos Rodríguez en *Lorca y el sentido. Un inconsciente para una historia*, Madrid, Akal, 1994, pp. 69-82.
- 14 Se reseñan sus ensayos de *The Perennial Philosophy in Reality* (I, 2).

- 15 Una versión temprana de lo que Russell entendía por liberalismo empírico puede hallarse en su reflexión sobre la “Good Life” en *What I Believe* (1925), Londres, Routledge, 2004, pp. 9-31.
- 16 El sarampión hegeliano le duró a Russell un par de años, cuando estudiaba en Cambridge. Según narra en su autobiografía, fue G. E. Moore quien le abrió los ojos sobre la necesidad de abandonar el marco hegeliano: Bertrand Russell, *Autobiography* (1967), Londres, Routledge, 1998, pp. 60-61.
- 17 La crítica a Toynbee se encuentra en Karl Popper, *The Open Society and its Enemies* (1945), Londres, Routledge, 1994, pp. 454-60.
- 18 Fredric Jameson, *A Singular Modernity: Essay on the Ontology of the Present*, Londres, Verso, 2002, pp. 12-13.
- 19 Nelson R. Orringer, “Introducción” a Francisco Ayala, *El fondo del vaso*, Madrid, Cátedra, 1995; véase especialmente pp. 19-20.
- 20 Martin Heidegger, “Briefe über den ‘Humanismus’”, en *Wegmarken. Gesamtausgabe* 9, Frankfurt am Main, Vittorio Klostermann, 1976, p. 338.
- 21 Véase especialmente la “Introducción” de Farías a Martin Heidegger, *Lógica: Lecciones de M. Heidegger (semestre verano 1934)*, Barcelona, Anthropos, 1991. Es en estas lecciones de 1936 donde Heidegger se deja embargar por una retórica neorromántica de consecuencias nefastas: “La voluntad del estado es, empero, la voluntad de dominio de un pueblo sobre sí mismo. Nosotros estamos en el ser del pueblo. Nuestro ser nosotros mismos el pueblo” (17).
- 22 Jürgen Habermas, *Verdad y justificación* (1999), Madrid, Trotta, 2007, p. 84.
- 23 Está presente en casi todos los ensayos sobre el estado de la literatura inglesa que firma George Pendle, en el ensayo de E. L. Revol “Críticos ingleses contemporáneos” (IV, 10) y también en Patrick O. Dudgeon, “Un simposium sobre T. S. Eliot” (V, 13).
- 24 Francisco Ayala, “Un poeta define la cultura”, *La Nación*, 15 de noviembre de 1949.
- 25 T. S. Eliot, *Notes Towards a Definition of Culture* (1948), Londres, Faber & Faber, 1962, p. 48.
- 26 T. S. Eliot, *Selected Prose of T. S. Eliot*, edición de Frank Kermode, Londres, Faber & Faber, 1975, pp. 285-88.

- 27 Francisco Ayala, *Autobiografía(s)*, vol. 2 de las *Obras completas*, edición de Carolyn Richmond, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2010, p. 203.
- 28 Karl Popper, *The Poverty of Historicism* (1936; 1957), Londres, Routledge, 2002, pp. 62-94.
- 29 El concepto de “disociación de la sensibilidad” lo introduce en su ensayo “The Metaphysical Poets”, *Selected Prose of T. S. Eliot*, citado (nota 26), p. 64.
- 30 Francisco Ayala, “Un poeta define la cultura”, citado (nota 24).

El puente en sus primeros años: la sección "Carta de España" en sus contextos y consecuencias

Olga Glondys

(Universidad Carlos III-GEXEL)

RÍOS de tinta se han vertido, hasta la fecha, acerca de la perfecta integración de los exiliados españoles más ilustres en los medios culturales de sus respectivos destinos, así como sobre la clara ventaja que el éxodo republicano supuso para los panoramas culturales e intelectuales de los países latinoamericanos. Uno de estos casos, verdaderamente significativo, es, sin duda, el de Francisco Ayala.

Amigo personal, desde los inicios de los años treinta, de algunos de los intelectuales más prestigiosos de la ciudad, llegó a Buenos Aires en 1939 y pasó a formar parte del elitista círculo vinculado a la prestigiosa revista *Sur*, dirigida por Victoria Ocampo, en la que Ayala colaboró asiduamente y en cuya editorial llegó a publicar tres libros: *El escritor en la sociedad de masas* (1958), *El as de Bastos* (1963) y *España, a la fecha* (1965).

Es innegable que las relaciones personales trabadas entre diversos miembros de la intelectualidad liberal, tanto exiliados españoles como naturales del país, se constituyeron en un factor absolutamente clave para el surgimiento de varios proyectos culturales que, desde Argentina, irradiarían a toda la comunidad americana. Entre ellos, destaca el nacimiento, en Buenos Aires, de la "revista de ideas" *Realidad*. La publicación se enmarcaba en el contexto concreto de una nación cuyo panorama intelectual, tras la elección de Perón en febrero de 1946, precisaba de una estimulación vinculada a la promoción de los valores de una democracia occidental de corte avanzado. Dirigida oficialmente por Francisco Romero, bien que, en la práctica, por Francisco Ayala y el pedagogo republicano Lorenzo Luzuriaga, *Realidad*, con su enfoque universalista y panamericanista –siempre, empero, en clave occidental–, cumplía una doble función: constituirse en taller de ideas para

contribuir a superar la mayor crisis histórica de la civilización humana, a la vez que en órgano de contundente proclamación de la superioridad de la cultura occidental sobre todas las demás, en el nuevo contexto de la Guerra Fría.

Catalizado por este preciso ideario político-cultural, el diálogo interior-exilio, promovido por *Realidad* entre ambas orillas de la intelectualidad antifranquista, nació a partir de una comunidad de objetivos e intereses basada en íntimas amistades, razón por la cual el factor personal fue, en todo momento, decisivo para el afianzamiento de esta corriente democrática, una de las más relevantes de la posguerra intelectual española. Merece la pena aproximarnos a los años pioneros de dicho fenómeno y a los esfuerzos de un grupo de intelectuales, del exilio y del interior, para tender puentes, en nombre de algunos valores compartidos, por encima de la brecha creada por el Atlántico y el franquismo.

Origen de la sección “Carta de España”

CON el vacío producido por el desastre de la Guerra Civil y el éxodo de 1939, el panorama cultural e intelectual de España devino desolador. No en vano, los mejores investigadores de dicho periodo hablan del “terrible silencio” (Mangini, 1987: 16) al que fue reducida una cultura amordazada por la violencia, bajo la constante amenaza contra la integridad física y moral de los disidentes. Con todo, en la primera década tras la Victoria –escrita con mayúscula, tal como le gusta remarcar al historiador Ángel Viñas–, en una atmósfera de opresión generalizada, la labor de la revista madrileña *Ínsula* supuso, recordémoslo, una gloriosa excepción, una auténtica isla en el mar del embrutecedor, grotesco y vociferante franquismo.

Al grupo liberal del que formaba parte Ayala en Buenos Aires no le pasó desapercibido el valiente quehacer de la publicación, fundada en 1946 por Enrique Canito y José Luis Cano, ambos de orientación republicana. Por el contrario, los esfuerzos del núcleo de *Ínsula* lo revelaron, de forma inmediata, como digno interlocutor del anhelado diálogo humano e intelectual. Fruto de ello fue la aparición del artículo “Carta de España” en la revista *Sur*, órgano no oficial del grupo –concretamente, en su número 143, de

septiembre de 1946—, firmado por un joven y osado crítico, Ricardo Gullón, uno de los pilares de la revista madrileña¹. El artículo, escrito en una prosa fluida, llena de humor, “garra” e ironía, retrataba palmariamente aquel nefasto y desolador mundo de la cultura en el interior, en el que, sin embargo, era capaz de proyectar algunos atisbos de esperanza, representados por ciertas tímidas disidencias de nuevos escritores como Julián Marías y Pedro Laín Entralgo. Ciertamente, a Gullón no le temblaba la mano al dispensar severas censuras al vacío cultural y literario en materia de narrativa, teatro o crítica literaria, reinante en el panorama patrio, aunque mencionaba también *Ínsula* —el único periódico literario donde, “con escasos medios materiales”, Enrique Canito y José Luis Cano realizaban “una utilísima labor de información y crítica bibliográfica”²—. Se trataba, en suma, de ofrecer una pionera panorámica de todos los frentes intelectuales y culturales de calidad que pudieran despertar interés fuera de las propias fronteras. El escrito, con sus alusiones claras al exilio —concluía que la realidad del interior presentaba “varias vacantes difíciles de cubrir”—, debió de impresionar vivamente al círculo intelectual al que pertenecía Francisco Ayala y devino el núcleo de la sección, de homónimo título, que vería la luz, muy poco después, en la revista *Realidad*.

Intelectual pragmático donde los hubiera, así como “astuto” y “persuasivo” (Gracia, 2004: 257), la apuesta personal de Ayala por incluir en *Realidad* la sección “Carta de España” partía, con toda seguridad, como sostiene Luis García Montero, de su voluntad de “superación de cualquier nostalgia paralizadora” —tan fácil de contraer en el exilio—, al tiempo que de su convicción de que, aun bajo el franquismo, “la historia no podía paralizarse”. Sin embargo, cabe cuestionarse que, ya en aquellas fechas tan tempranas, Ayala fuera realmente consciente, como también asevera Montero, de que “la España de la II República había desaparecido para siempre” y estuviera dispuesto a “buscar para el futuro nuevas alternativas democráticas que no se basasen en una idea nostálgica de restauración”, ganado por el convencimiento de que “sólo la dinámica interior permitiría el surgimiento del nuevo país democrático al que pudiesen regresar los exiliados” (García Montero, 2006: 2). A este respecto, si leemos su “Testimonio a la distancia”, publicado en *Ínsula* en enero de 1986, podemos ver que, a la vez que Ayala recordaba, con admiración, “los esfuerzos

realizados aquí por un puñado de entonces jóvenes escritores para asomarse al mundo y abrir una rendija de luz, [que] bien merecen el calificativo, no ya de tenaces y denodados, sino incluso de heroicos”, el escritor afirmaba que, en aquel remoto año de 1947, las cosas aún distaban mucho de estar claras: “Desde fuera, no es que los viésemos nosotros como una esperanza –a tanto no hubiera podido llegar por aquellas fechas el optimismo de nadie– pero sí, desde luego, como aliento de vida espiritual e intelectual con el que podíamos entablar siquiera una tenue corriente de solidaridad”. Finalmente, y sobre la base de los numerosos esfuerzos desplegados a lo largo de las décadas siguientes, tanto por parte de Ayala como de dichos grupos del interior, aquellos “lazos, débiles y precarios sin duda, pero tanto más estimables en aquellas circunstancias difíciles”, constituirían un puente pionero entre la disidencia del interior y el mundo, y se convertirían en fiables y fuertes vínculos de sólida amistad personal.

En definitiva, cabe sospechar razonablemente que la creación de la sección “Carta de España”, en la revista *Realidad*, obedecía a dos prioridades hondamente sentidas por Francisco Ayala. La primera, asociada a la necesidad personal de dejar en suspenso –desde una actitud de personalismo ambicioso, pero también de universalismo privado de cualquier atisbo de nostalgia particularista– la propia condición de exiliado, que, para Ayala, estaba asociada, sobre todo, a la amenaza de la esterilidad práctica y pragmática de su obra (Faber, 2006). No se olvide, a este respecto, que, por aquellas mismas fechas, en su famoso ensayo “Para quién escribimos nosotros” (1948), proclamaba la exigencia de que los intelectuales exiliados salieran del “paréntesis” al que habían sido relegados por los acuerdos tácitos y expresos de las democracias occidentales con el dictador Franco, y lucharan por sobreponerse a su propia circunstancia vital, impuesta por su verdugo. En conformidad con ello, tras la decisión de publicar la sección, no hallaríamos desdén hacia el presuntamente limitado mundo del exilio –es bien sabido que cualquier tema es válido como base de una obra intelectual de ambición universal y lo particular (si bueno) deviene global fácilmente–, sino afán por construir el deseado puente a través de la revista *Realidad*, denuedo por ligar la circunstancia concreta de ciertas vidas exiliadas, sus *yoes* y sus *circunstancias* vitales respectivas, con una tarea útil, para el exilio mismo y, sobre todo, para los disidentes de la España del interior. De esta

manera, la otra necesidad vital imperativa de la apuesta de Ayala y de su amigo Lorenzo Luzuriaga, a la hora de impulsar la sección que nos ocupa, se debía a su convicción de que tanto el destierro como la cautividad en la España del interior obedecían a la misma e idéntica condición funesta del franquismo y, puesto que el verdugo era el mismo, cabía entablar comunicación entre las "víctimas de un mismo destino" (Mainer, 1998a: 50). Así, pues, más allá de una precisión personal (o vital) de un puñado de exiliados, la creación de la sección obedecía a una decisión de elemental justicia hacia los reductos de la libertad que tan difícilmente podían defenderse durante la primera etapa de la dictadura franquista, a su "estímulo" y aliento desde el exterior.

El primer "puente" cultural antifranquista

LA sección apareció en un total de siete entregas, firmada expresamente por Ricardo Gullón y, de forma anónima, por el director de *Ínsula*, José Luis Cano, aunque es posible que la primera colaboración también fuera firmada, de forma anónima, por Gullón. Entre las repetidas denuncias del vacío cultural vivido en el interior –en la novela y la poesía, el teatro, el mundo de la crítica literaria y el ámbito editorial–, se percibe un esfuerzo –a menudo, frustrado– por buscar cualquier tipo de señal esperanzadora, con el ánimo de alentar y animar tendencias de creación más libre. Es particularmente representativa de dicha recurrente tendencia crítica la sexta carta, subtitulada significativamente "Literatura a la deriva" (IV, 12), en la que Ricardo Gullón destaca la "perplejidad" y "desorientación" de los escritores españoles, ignorantes de los caminos a seguir, así como de las actitudes a adoptar frente al problema de la creación artística. Les reprocha el haber dejado de plantearse problemas candentes y vivir, pura y sencillamente, de la imitación y cómoda repetición de "dos o tres fórmulas estéticas tiempo ha periclitadas". La referencia a la "deriva" de la literatura patria alude a un vacío casi absoluto de creaciones que susciten o nazcan provocadas por la "inquietud espiritual", el "afán de renovación" o la "voluntad de abordar en la obra –ya sea novela, teatro, ensayo o poesía– las dramáticas cuestiones de lo presente". Gullón deja patente la ausencia, en los escritores españoles, del "deseo de vivir dentro de las grandes corrientes contemporáneas del

pensamiento y de la cultura”. Destaca su “indiferencia” y “enajenamiento” en particular en el área de la novela, porque precisamente dicho género exige una profunda dosis de verismo, una honda conexión con el *Zeitgeist*, es decir, con las “esperanzas, sueños y angustias” de una época, a la vez que recrear fielmente “sus formas de vida”, sus “ambientes precisos”, “figuras bien asentadas en la realidad”³...

Las causas eran la falta de libertad expresiva y la ausencia de “la posibilidad de discutirlo todo y principalmente los temas fundamentales de nuestro tiempo”, afirmaciones presentadas en otra carta (“Dos novelas recientes”, IV, 10), bien que de manera suavizada, ya que el crítico las aplicaba a una dimensión universal, global⁴... A modo de contrapunto de tan triste panorama, se evocan, como un ideal sin continuidad, las bellas narraciones de los ausentes, que, veinte años atrás, habían nacido de la pluma de los ahora exiliados Jarnés, Espina, Ayala o Salinas, abandonadas en nombre de la “bobalicona vanidad aldeana o por prurito y alarde de cerrilismo casticista” (“Literatura a la deriva”, IV, 12). Más adelante, Gullón reclamará, con contundencia, una profunda renovación de la literatura que permita “escribir sobre los conflictos eternos desde el punto de vista del hombre de hoy” o, en otras palabras, que “la obra de arte tenga un contenido, [que] no sea puro verbalismo desconectado de la realidad”, y recalcará: “¿Cuál es la visión del mundo de nuestros escritores? Costaría trabajo averiguarlo. Vueltos de espaldas a él, se niegan a contemplarlo según es y está, y nada quieren saber de cuanto ocurre fuera del limitadísimo círculo de sus pequeñas miserias y vanidades” (IV, 12: 346).

En suma, a excepción de algún finalista o ganador del premio Nadal –tema de la carta “Premios literarios” (III, 7), firmada por Gullón, que mencionaba también el premio Adonáis, de poesía–, la absoluta “nada” en la novela española es denunciada explícita, inequívoca y repetidamente en varias colaboraciones (“Perfil de un nuevo novelista”, I, 3; “Dos novelas recientes”, IV, 10; “La crisis de la crítica”, V, 14). De ellas, destaca la primera, por estar consagrada íntegramente a Camilo José Cela, en la que la crítica acerba de ayer, por gozar el escritor de un gran apoyo oficial, se desvanece, tan pronto como a la altura de ese año, 1947, al señalar su presunta y actual “feroz” independencia: “Hoy ha perdido todo apoyo oficial, por el tono

desgarrado y libre de su literatura". Lo cierto es que en la perspectiva que nos proporcionan el tiempo y las nuevas investigaciones⁵, más bien cabe definir la postura de Cela como marcada, durante toda su vida, por un preponderante deseo de "ganar", en unas circunstancias naturalmente muy cambiantes que exigían evolucionar⁶. Sea como fuere, es preciso subrayar que la evidente promoción de la figura del escritor gallego no evita que el corresponsal humille una parte de su producción literaria, al parangonar su tuberculoso *Pabellón de reposo* (1943) con *La montaña mágica*, de Thomas Mann –"una humilde gotita de agua comparada con un poderoso océano"–, a la vez que califica sus poesías de "trasnochadas" y sus cuentos de "muy baja calidad" y causantes de "un efecto desconsolador". Con toda seguridad, al condenar el pasado de Cela, el corresponsal anónimo de *Realidad* pretendía salvar el futuro de aquel y, concretamente, preparar la buena recepción de su nueva novela, *La colmena*, que, publicada por causas políticas en Buenos Aires, anunciaba la recuperación de la "narración bronca y desgarrada de un palpitante interés" sobre un tema de primera magnitud, "la guerra civil española o sus prolegómenos".

Para Gullón, en definitiva, el gran pecado de la literatura española de aquellos años –punto destacado de su arrolladora crítica contenida en la "Literatura a la deriva" (IV, 12)– era que representaba "una evasión" sustentada ya no en el rechazo a la tradición, sino en algo muchísimo peor: la indiferencia con la misma, el *impasse* absoluto... De hecho, en el ámbito del teatro, juzgaba la situación tan miserable que se negó abiertamente a hablar de aquel "espectro" para pasar, sin más, al terreno del ensayo, donde también diagnosticó una profunda crisis, al hallarse este en tierra baldía, con la honrosa excepción de figuras como Dámaso Alonso, Enrique Lafuente Ferrari y José Antonio Maravall (IV, 12), así como Ildefonso Manuel Gil y Julián Marías (V, 14). Ya en el dominio de la poesía, Gullón expone su estado como representativo de la misma perplejidad y desorientación reinantes, en general, en la literatura –solo salva de la quema al mejor Vicente Aleixandre de aquellos años–, especialmente críticas entre los jóvenes, de los cuales "los mejores permanecen en silencio" (IV, 12: 345). Este género obtiene su monográfico en la tercera entrega, en la que el mismo Gullón presenta a los ganadores del premio Adonáis: José Hierro, tomado por la "angustia que en la actual encrucijada del tiempo padecen las almas sensi-

bles”, y, con cierta mofa, Julio Maruri, quien, no obstante su excelencia técnica, crea una poesía falta de riqueza temática, puesto que, en realidad, son “pocas [las] cosas que de verdad le interesa decir”. Entre otros jóvenes poetas, “más importantes aquí y ahora”, mencionará positivamente a José María Valverde, Carlos Bousoño y Eugenio de Nora (III, 7). Bien al contrario, la moda de los juegos florales le merece un comentario irónicamente malicioso en la “Carta de España: literatura a la deriva” (IV, 12). Dos son los peligros que, a su juicio, estos entrañan: el engaño concerniente a la calidad literaria de lo ofrecido, con lo que se incurre “en los pecados de confusionismo y chabacanería, especialmente graves en este país donde todos somos y nos miramos como iguales, sea en ciencia política como en arte poética”, y la humillación de los buenos poetas que —por dificultades económicas— sucumben a presentarse a dichos actos, dados a premiar “las flatulencias sentimentales favorecidas por los jurados de merceros, boticarios y honorables burócratas ‘aficionados a las letras’, que gobiernan tales competiciones” (IV, 12: 345).

Para completar el panorama del desastre generalizado descrito en su “Literatura a la deriva”, pasa Gullón a reseñar el mundo editorial, cuyos vuelos califica, escueta y contundentemente, de “gallináceos”. Le reprocha su escasa voluntad de publicar a autores noveles españoles, al tiempo que diagnostica que a la crisis extendida del sector contribuye, asimismo, la falta de revistas literarias, únicos órganos capaces de impulsar la renovación y un debate ambicioso en el terreno de las letras, además de promover el renacimiento de la novela.

Es destacable que, como contrapunto a la cultura mediocre de la oficialidad burocrática franquista reinante, los corresponsales elogian a los propios lectores españoles, quienes, aunque pocos, son inteligentes y “no se dejan embaucar por la propaganda ni por el apoyo oficial” (I, 3), que abarca no solo a las propias obras de creación literaria, sino también a una crítica corrompida, nepotista y manipulada. De hecho, el problema concreto de “la crisis de la crítica” se convierte en otro monográfico (V, 14), en el que Gullón interpreta la penosa situación del sector libresco como causada, principalmente, por la falta de una buena crítica literaria, “militante” y ejercida, con libertad y asiduidad, en los medios de prensa cotidianos. Teniendo

en cuenta –prosigue– que los libros se escriben para un millar de personas, de las que una considerable mayoría son también escritores, su publicación despierta algunos fenómenos positivos –apoyos entre colegas– y toda clase de negativos –nepotismos, servilismos, autocensuras–, verdaderamente contraproducentes para la práctica de una buena crítica literaria. Así, las enemistades y amistades personales devendrían decisivas a la hora de juzgar obras de creación, mientras que la ejecución de una crítica literaria independiente, vocacional y sincera requeriría poco menos que la “renuncia a vivir en sociedad”, e, incluso así, supondría una auténtica conminación al aislamiento y la esterilidad del esfuerzo de tan abnegado crítico. De este modo, el hiato entre los escritores y su público no cesaría de agravarse, puesto que este último se daría perfecta cuenta de que todo está amañado y que no puede fiarse de un sector corrompido por el clientelismo, el favoritismo político, los servilismos y, aún peor, “la conspiración de los mediocres para atacar por elevación a los mejores”. En este sentido –se añade–, la mayor prueba de que los lectores españoles han aprendido a leer entre líneas el discurso cultural ofrecido por el régimen es que *Nada*, de Laforet, se haya desarrollado, precisamente, como efecto del boca a boca, totalmente al margen de su promoción por la crítica, la cual, cuando se produjo, más la perjudicó que la ayudó.

A tenor de estas amargas reflexiones, Gullón reprochaba, bien que de manera delicada, el abandono de la sociedad lectora por parte de algunos excelentes críticos –el puñado de los que aún lo eran–, que habrían dejado la crítica militante para refugiarse en la histórica, ámbito totalmente ajeno a la contemporánea, tan necesitada. En la misma línea, el autor afirmaba no atreverse ya a pedir “un Larra”, pero sí la presencia, “discreta y benévola”, de un “orientador de buena fe, dotado de ciertas condiciones de gusto y de cultura, amigo de poner un poco de orden en el revuelto mundillo de nuestra literatura”... Finalizaba su colaboración haciendo mención expresa de la reciente iniciativa de un grupo de buenos críticos –José Luis Cano, Manuel Muñoz Cortés y Rafael Vázquez Zamora–, “honestos y capacitados”, para formar un Club de Críticos, empresa que juzgaba que prosperaría con tal de que logran mantenerse independientes y “salvar los escollos de más bulto” –se refería, probablemente, a la censura–, así como cumplir con su otro fin, “fomentar la edición y difusión del libro de ensayos, que

[...] encuentra grandes resistencias, si no declarada hostilidad, en los editores”, como punto de partida para abarcar todos los demás géneros.

Aludido explícitamente por Gullón, también José Luis Cano ahondaba, por su parte, en las páginas de *Realidad*, en aquella catastrófica situación marcada por la falta de comunicación entre escritores, editores y lectores; agravada, asimismo, por la ausencia de revistas literarias. Así, la quinta entrega de esta sección, anónima, se subtitula “Vida y muerte de unas revistas (1939-1948)” (IV, 11) y destaca la desaparición, calamitosa para los ánimos de quienes permanecían en el interior, de publicaciones como *Revista de Occidente* y *Cruz y Raya*. Es muy remarcable que las referencias efectuadas a la Guerra Civil y al desierto cultural que esta supuso conlleven, esta vez sí, comentarios explícitos del éxodo padecido por los mejores intelectuales de España:

El fin de la guerra tenía que ir acompañado de dolorosos desgarramientos, y hubo uno de capital importancia para nuestras letras: la emigración en masa de muchos de nuestros intelectuales, poetas y escritores. Con esta emigración quedaba roto y mutilado el cuerpo literario de nuestro país, y se hacía poco menos que imposible por el momento la creación de nuevas revistas literarias que vinieran a sustituir a las desaparecidas (IV, 11: 213-214).

En calidad de sucesoras, aunque muy sui géneris, de las publicaciones desaparecidas, el correspondiente señala revistas como *Escorial*—y su continuación, *Vida Española*, cortada, de raíz, por la Dirección de Prensa— o *Cuadernos de Literatura*, al tiempo que establece una comparación entre la fracasada *Santo y Seña* y la exiliada *Romance*. Cita también a *El Español*, *La Estafeta Literaria* y *Fantasia*—ninguna de las cuales es juzgada, sin embargo, de gran calidad—, a cuya labor contraponen la independencia de la barcelonesa *Destino*, dotada de una sólida base financiera que, hasta el momento, le había permitido no solo sobreponerse al hostigamiento y los duros golpes recibidos por parte de la Dirección General de Prensa, sino incluso crear una editorial propia y el premio Nadal de novela. Recuerda también una efímera y ambiciosa revista barcelonesa, *Leonardo*, que coteja con la desaparecida *Cruz y Raya*, al tiempo que ensalza la belleza de la publicación,

igualmente catalana, *Ariel*, realizada por un grupo de literatos del país animados por los poetas Carles Riba y Josep Maria de Sagarra. Cano menciona, asimismo, recientes apariciones de calidad, como *Finisterre* –cabecera recordada también por Gullón, junto con un apunte dedicado a la heroica lucha de *Ínsula* y un lamento por las desaparecidas *Escorial*, *Leonardo* y *Revista de Occidente*–, que, provistas de una base económica firme, podían mantenerse independientes, de forma muy diferente a las revistas oficiales *Arbor*, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y *Cuadernos Hispanoamericanos*, dirigida por Laín Entralgo desde el Instituto de Cultura Hispánica. A la postre, José Luis Cano menciona su propia publicación, “quizá hoy la revista de libros que goza de un mayor prestigio en España, en parte a causa de su posición independiente, y en parte por haber sido la primera en reflejar en sus páginas los movimientos literarios del extranjero, que el público español desconocía debido al aislamiento cultural del país que sucedió a nuestra guerra” (216). Y termina su crónica con un párrafo hartos significativo, por cuanto revela su preocupación por las obras de sus hermanos espirituales exiliados:

Algo falta a mi crónica de hoy para que sea completa: un índice de las revistas literarias publicadas por los escritores españoles emigrados desde 1939. Pero por muchas razones, la principal de ellas la falta casi total de información, no soy yo quien puede escribir ese índice. Ni siquiera sé si está ya publicado. En todo caso, hay un gran cronista literario que podría darnos un panorama fiel de esas revistas: Guillermo de Torre. A él me dirijo, en nombre de muchos amigos, para que no demore el ofrecérselo (217).

Uno de los mejores críticos literarios del exilio, Guillermo de Torre –evocado aquí fraternalmente por este representante del republicanismo *soterrado* en la Península–, poco tiempo después, a principios de los años cincuenta, tomaría su pluma para contribuir a un sonado episodio del debate intelectual entre el interior y el exilio, que, investigado en un pionero artículo de Manuel Aznar Soler (1997), se constituyó en una larga e interesante polémica en la que participaron hispanistas estadounidenses, escritores del interior (Julián Marías, José Luis Aranguren) y del exilio (Arturo Barea, Jerónimo Mallo, Segundo Serrano Poncela y Ramón J. Sender, entre

otros, además del propio De Torre). Por lo que a Francisco Ayala se refiere, desempeñó un destacado papel en el mismo, en calidad de uno de sus principales promotores, mediante su nuevo cargo de editor de la revista de la Universidad de Puerto Rico, *La Torre*. Fue una sólida manera de contribuir a esa corriente de diálogo cultural e intelectual que, a partir del impulso dado por *Realidad*, había prosperado entre relevantes sectores antifranquistas de la Península y la mayoría de los exponentes del exilio republicano⁷. Por lo demás, cabe añadir que, indudablemente, en parte gracias a los precoces esfuerzos de la revista bonaerense, el exilio cultural acogió, por lo general, con simpatía las primeras voces abiertas de disidencia en España, aunque hubo quienes reaccionaron con justificada sorpresa e indignación ante algunas de sus ideas, que resultaban más que discutibles⁸.

Más tarde, revistas como *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, órgano en lengua española del Congreso por la Libertad de la Cultura [CLC], de idéntica orientación liberal, anticomunista y occidental-centrista, en materia de política cultural, que la argentina *Realidad* (Nallim, 2012), apostarían fuertemente por la continuidad del diálogo entre los españoles del interior y los exiliados (Glondys, 2011). Por su parte, Ayala publicó, en *Cuadernos*, un artículo especialmente relevante desde nuestra perspectiva, “De la preocupación de España (los puntos sobre las íes)” (junio de 1961), dedicado a combatir ciertas simplificaciones acerca de las sonadas conversiones al liberalismo de falangistas como Dionisio Ridruejo (Glondys, 2012: 227). Hay que destacar, asimismo, que precisamente de los ambientes del CLC procedía la idea de crear la revista *El Puente* —el propio Guillermo de Torre, secretario de relaciones de la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura, había intentado fundarla en 1958 (Mainer, 1998b)—, iniciativa que fue recogida por el director de *Cuadernos*, Julián Gorkin, quien pretendió, aunque sin éxito, llevarla a cabo, desde el CLC, en 1961 (Glondys, 2012: 198). Otro notable proyecto, que igualmente se quedó en el papel, fue la revista *Diálogo Español*, planificada para ser editada en el interior con el fin de velar por la reconciliación histórica de los españoles, tentativa sobre la cual, en el verano de 1957, Gorkin intercambió numerosas cartas con la cúpula del PSOE en el exilio.

A mediados de la década de los años cincuenta y comienzos de los sesenta, las palabras “puente” y “diálogo” se sucederían, al hilo de la aparición

de nuevas revistas, como la mexicana *Diálogo de las Españas*, cuyo propósito era establecer un intercambio intelectual y político entre el interior y el exilio en el cuadro de un proceso general de paulatina homogeneización de la oposición antifranquista. Esta etapa conoció eventos culturales tales como el emocionante homenaje a Antonio Machado de los intelectuales del interior y del exilio, en Collioure, en 1959; los monográficos españoles de *Atlantic Monthly* y *Texas Quarterly* –este último coordinado por Gullón–; en el ámbito editorial, la famosa colección “El puente” (1963-1967), dirigida por el ya mencionado Guillermo de Torre, y finalmente, en el plano político, la reunión de Múnich de 1962, momento cumbre y final del antifranquismo entendido desde el anticomunismo (Juliá, 1997: 376), que reunió, en una asamblea política prácticamente sin precedentes, a notables antifranquistas del interior y el exilio.

Los desahogos en amistad, o sobre el regreso a España de Francisco Ayala

POR lo que respecta al puente real del propio Francisco Ayala hacia su patria, es decir, a su regreso, debemos recordar que, en un texto escrito dos años después de la muerte de Franco, precisamente José Luis Cano presentaba su caso como una oportunidad para reflexionar sobre el que, para numerosos exiliados, fue su principal dilema: volver, o no, a su tierra (Cano, 1977). Según su amigo, la principal motivación del escritor granadino para viajar a España era su deseo de vincular, de nuevo, su destino personal con el fluir real y vivo de la España democrática que había sobrevivido soterrada bajo el caparazón del franquismo, así como tratar de reconectar su experiencia vital y su creación con su público natural. Pese a todo ello, Cano apuntaba que, desde el mismo año 1958, el proceso registraba, de un lado, intensas ansias de retorno, a la vez que, del otro, “no pocas reservas” del escritor, fruto de la sensación de desconcierto y decepción que le producía la nueva España. Su extrañeza ante una realidad que decía no entender, ni encontrar a nadie que lograra explicársela, se acentuaba, aún más, ante casos como la reacción nula, “sencillamente, ninguna”, que sufrían sus libros más capaces de causar una sonada repercusión; por ejemplo, la “discordante” *Historia de macacos*, editada, a pesar de tantos problemas, y con tanto empeño de su autor y, también, del mismo Ricardo Gullón, en el propio país...

Sin embargo, según testimonia el director de *Ínsula*, la decisión sobre el regreso fue tomada en firme por Ayala tan pronto como en septiembre de 1958, y, desde entonces, su vuelta a España estaba llamada a ocurrir “en cualquier momento” (Cano, 1977: 276-277). Finalmente, en 1960, Ayala pisaba tierra española, por primera vez desde su salida forzada en 1939, destinado a convertirse en uno de los intelectuales exiliados más venerados y con más amplio margen de maniobra a la hora de normalizar sus relaciones con el país (Villacañas Berlanga, 2004: 2). Así, ya en 1977, Cano celebraba la reincorporación absoluta de Francisco Ayala –tratado siempre como un poderoso símbolo de la reconciliación (Faber, 2006: 25)– a las corrientes liberales y democráticas que habían subsistido bajo la losa del franquismo. Con todo, y no obstante la idea del director de *Ínsula* de que el regreso del exilio era, realmente, posible –pensamiento que constituyó un consuelo para Cano y sus esfuerzos democratizadores desplegados a lo largo de toda su vida–, la correspondencia mantenida por el insigne escritor granadino con otro de los pilares de *Ínsula*, Ricardo Gullón, permite observar que, tan solo diez años atrás, Ayala demostraba no únicamente considerarse un observador externo y crítico de la nueva España, sino, además, sentir más de una desilusión con la misma.

A este propósito, no cabe duda de que la lectura de estas fraternales cartas permite arrojar más luz sobre aquellos procesos intelectuales profundamente enrevesados y afirmar que la reintegración de Ayala en España estuvo marcada, decisivamente, por el clima espiritual, intelectual y político del tardofranquismo; resultado de un largo proceso jalonado por toda una serie de no pocos conflictos, irritaciones, desengaños y frustraciones. La existencia de dichas emociones enfrentadas no sería prueba, empero, a nuestro juicio, de que Ayala fuese víctima de un “conflicto de campos culturales” entre el exilio y el interior (Larraz, 2007: 71), puesto que, en realidad, dicho hiato ya había sido superado, al menos en parte, por los años de mutuos contactos, negociaciones, encuentros y publicaciones. Lo que, en cambio, en nuestra opinión, sí reflejaba la complejidad de tales emociones era la existencia de una constante negociación –necesariamente personalista, irreverente y crítica– con su medio externo y su época, a la que, como buen escritor, el exiliado español Francisco Ayala se sentía abocado. Guiado por su habitual discreción, Ayala eligió no exponer esos sentimientos en público, proba-

blemente porque no quería que su caso personal, de recién llegado, viniera a obstaculizar o alterar los movimientos espontáneos de fermentación del consenso transversal en el interior posteriormente plasmados en la transición. Pero, por supuesto, esto no quiere decir que, desde la atalaya proporcionada por las investigaciones actuales, no estemos obligados a conocerlos, ni a darles expresión en nuestros estudios⁹.

Así, el 21 de julio de 1966, Ayala escribía lo siguiente a su buen amigo Ricardo Gullón:

Las cosas de España me resultaron muy interesantes, y al mismo tiempo (uno difícilmente puede asumir la actitud del mero espectador), irritantes en gran medida. Desde enero hasta junio, el cambio es notable. Funciona la libertad de expresión (libertad condicionada, por supuesto) en medida apreciable, pero inferior a lo que hubiera sido de esperar, pues la gente no se anima a hacer uso de las posibilidades existentes, no sé si porque nada tiene que decir, o porque la corrupción que el régimen ha producido hace que se sientan incómodos y molestos quienes han estado quejándose de él año tras año y ahora carecen de pretexto para guardar silencio. Por supuesto, despotricar en los cafés y decir chistes es fácil, y no compromete demasiado, mientras que la expresión pública de opiniones concretas comporta una responsabilidad. El hecho es que hasta ahora solo se ha creído en el caso el gobierno de denunciar y recoger publicaciones eclesíásticas: la única oposición real parece ser la de los curas. Por otro lado, resulta que, con las nuevas posibilidades de expresión, el grupito monárquico del que es portavoz *ABC* ha empezado a actuar muy enérgicamente. Por supuesto, basta ver los nombres, y basta ver lo que el susodicho órgano dice (si no bastara conocerlo de antiguo) para darse cuenta de que esa es una oposición reaccionaria, a la derecha del régimen tal cual hoy es este. O sea que se trata de una oposición integrada por los terratenientes resentidos al ver su posición disminuida a efectos del desarrollo económico, amas de casa a quienes la criada les sale respondona, cara y abusiva, cavernícolas que ya no pueden volver la mirada a Roma puesto que el Papa se les ha hecho cripto-comunista, y residuos sociales por el estilo, todos nostálgicos de una monarquía imposible. Y lo absurdo del caso es que nuestros amigos liberales, antifranquistas, ex-republicanos y hasta ex-exiliados están haciendo el juego a ese grupo en la vana esperanza de que la monarquía

les lleve el gato al agua, los muy ilusos. Piensan que la implantación de este régimen es ineluctable (y lo será, si no se crean alternativas, cuando Dios llame al Caudillo a su seno), y que con él ellos van a mangonear. Viendo lo extendido de ese mito llego a pensar que el equivocado debo de ser yo, pero enseguida, discutiendo con los amigos me doy cuenta de que no han pensado más allá de sus narices, pues son incapaces de responder a una segunda pregunta que se les haga; de modo que –concluyo– lo que pasa es que la gente se ha desentrenado por completo, y viven dentro de los planteamientos ofrecidos por el régimen, sin la menor iniciativa propia.

En otra carta, de 14 de junio de 1967, Ayala contaba a Gullón lo siguiente:

Una de las cosas que me han ocupado y cabreado en las semanas pasadas fue el asunto de mi edición de *Obras narrativas* en Aguilar. Este poderoso editor, como todos, sin excluir al comunistoide Barral, presentan los originales a la consulta voluntaria, y esta, claro está, cumple su oficio, desaconsejando una cosa u otra. En mi caso vetaron *La cabeza del cordero*, aceptando todo el resto, es decir, muchas cosas que antes habían eliminado, y al parecer dando fórmulas tales para dividir en dos volúmenes la publicación y dejar la obra objetada para un segundo, que ya no tendría dificultad. Los editores prefieren (dado que yo, naturalmente, me niego a cambiar una coma en los textos, que era otra de las “sugestiones”) imprimir el libro en México, como va a hacerse. Y yo contaré esto, o diré cuál es la situación, tanto en un prólogo a la edición del susodicho libro que hace Prentice-Hall como en una *interview* que le he dado a *Mundo Nuevo*. Lo que me fastidia de todo es que la culpa ya no es de las autoridades oficiales, sino de la gente, en este caso los editores, en quienes los muchos años de régimen han puesto mataduras y burujones que ahora, al levantarse un tanto los aparejos de la censura, quedan bien al descubierto. Y da asco la cobardía y la obsecuencia con que proceden, con un miedo infundado, pues les pasa como a la modistilla que dio el mal paso en el poema de Almafuerde: “y lo que es más grave, sin necesidad”. Bueno, ya me he desahogado un poco; a otra cosa.

En vista de tales “desahogos” en amistad, no extraña que, en su exposición en Wesleyan, Ayala señalara la enorme complejidad de la vida intelectual.

tual impuesta por el franquismo, con engaños y autoengaños, conscientes o no, de ciertas elites culturales del país, de las que no excluía a algunos exiliados: "Las perspectivas personales difieren infinitamente; son innumerables y muy temibles las trampas, engaños y autoengaños que la situación envuelve; y tan pronto como se ha renunciado a la comodidad de los posicionamientos extremos —abstención o entrega—, empiezan a surgir perplejidades frente a un cuadro cuya complejidad se hace más grande" (Ayala, 1972: 235).

También en su prólogo a este último libro citado, en el marco de unas reflexiones harto reveladoras acerca de su regreso, Ayala ponía el acento en la desconexión del exiliado de la realidad de su patria, a la vez que, preguntado por un entrevistador en 1967 por la impresión que le había producido la sociedad española, contestaba que esta constituía "un espectáculo fascinante", con "tantos dobleces y pliegues mentales" de su muy complicada psicología colectiva. Más adelante, añadía: "Mis contactos, a lo largo de estos años, con los jóvenes me han mostrado algo de aquella complejidad mental. Algunos tienen una ideología muy radical pero observan una conducta muy cautelosa y práctica. Claro que solo son algunos, no los mejores, y siempre hay excepciones" (Amorós, 2006: 33-34).

Pues bien, no cabe duda de que, para Francisco Ayala, entre "los mejores", además de los más brillantes y valientes se contaban aquellos dos pilares de la revista antifranquista *Ínsula* que fueron José Luis Cano y Ricardo Gullón. No en vano, con motivo de su muerte dedicó, al primero de ellos, un artículo (*El País*, 17 de febrero de 1999) en el que rendía homenaje a la importantísima labor cultural que Cano había desplegado durante la posguerra más dura, a la vez que lamentaba la parca compensación que sus esfuerzos democráticos, llevados a cabo durante tantos años en el campo de la cultura, le habían reportado: "Ahora ha desaparecido José Luis sin que, en medio de la marabunta de tantos farsantes, gritones, arribistas y desaprensivos, se le haya apenas recompensado por lo mucho que con callado sacrificio hizo a lo largo de toda su vida en pro del decoro y dignidad de las letras españolas" (Ayala, 1999). Sobre Gullón, Ayala ya había escrito, en su momento, en una "Carta a Enrique Canito", publicada en el número 295 de *Ínsula* (junio de 1971), otra especie de homenaje en el que confesaba su "hondo afecto" por él y agregaba: "La amistad, incluyendo como incluye

dentro de su ámbito la estimación intelectual —y una estimación muy alta, por cierto—, la rebasa y recubre con otras estimaciones no susceptibles de expresión razonada” (Ayala, 1971). Aludía Ayala a Gullón como a un “hombre bueno” y un “amigo leal”, y a “esa calidad suya, superior e insustituible, que viene a ser de Ricardo como un equivalente en todas las otras esferas del ser de aquella sensibilidad inteligente que nuestro crítico-poeta aplica a sus escritos”. No debiera extrañarnos, pues, que Ayala fuese uno de los tres académicos, junto a Pedro Laín Entralgo y Emilio Alarcos, que en 1989 propusieran a Ricardo Gullón para ocupar un sillón correspondiente en la Real Academia Española.

En suma, el estudio de la relación, tan fructífera para la cultura española, de Ricardo Gullón y José Luis Cano con Francisco Ayala demuestra que dicha amistad personal, basada en la fe compartida en los valores del diálogo y la libertad, resultó decisiva para el afianzamiento de una de las corrientes intelectuales más relevantes de la posguerra. Al mismo tiempo, el caso del “puente” transatlántico en la cultura antifranquista viene a confirmar, una vez más, que las amistades personales constituyen un poderoso factor en la construcción de las historias colectivas. Desde los orígenes de la civilización, en las relaciones entre intelectuales —sustentadas en conversaciones, encuentros personales y cartas— se encuentran elementos preciosos para comprender las elecciones históricas de cada época y los caminos que colectividades concretas han ido labrando a lo largo del tiempo y la circunstancia. El diálogo cultural entre el interior y el exilio antifranquistas constituye un claro ejemplo de cómo la cultura y el mundo de las ideas proporcionan discursos concretos para las teorías y prácticas sociales, políticas e ideológicas que se aplican a la propia realidad, en un proceso en el que lo particular deviene público, y lo público vuelve a retroalimentar, a su vez, los complejos universos personales de los grandes intelectuales.

Notas

- 1 Los artículos de Ricardo Gullón, sin contar las reseñas literarias, alcanzaron casi la cifra de ochenta en los años 1946-1956.
- 2 Cabe destacar que el número 20 de *Ínsula* (agosto de 1947, p. 7) informaba, asimismo, sobre la revista *Realidad* y que, a partir de entonces, la publicación madrileña recogería sus sumarios en la sección "Revistas recibidas".
- 3 De esta crisis, salvaba tan solo cuatro obras recientes ("Dos novelas recientes", IV, 10): *La familia de Pascual Duarte*, de Camilo José Cela; *Nada*, de Carmen Laforet –alabada también en "Premios literarios" (III, 7) y en "Literatura a la deriva" (IV, 12)–; *Cinco sombras*, de Eulalia Galvarriato, y *Mariona Rebull*, de Ignacio Agustí, además de *Hospital general*, de Manuel Pombo Angulo, o *La sombra del ciprés es alargada*, de Miguel Delibes.
- 4 En cualquier caso, hasta qué punto llegaba la censura en aquellos momentos queda puesto en evidencia con la anécdota sobre la retirada de las librerías, por imposición eclesiástica, del libro *La fiel infantería*, galardonado con el Premio Nacional de Literatura, del escritor adepto al régimen Rafael García Serrano (II, 6).
- 5 En particular, el dato proporcionado por Pere Ysas (2004: 52-53), según el cual, aún en 1963, Cela aconsejaba al régimen sobre cómo tratar de recuperar a intelectuales disidentes.
- 6 Me refiero a la obra de Ian Gibson, *Cela, el hombre que quiso ganar* (2003), en la que se describe su postura de esta forma: "La importancia de ganar. De resistir hasta ganar. De resistir hasta el final. De no ser un derrotado. De poner una voluntad férrea al servicio del éxito en la vida", p. 259.
- 7 José Carlos Mainer profundiza en la presencia de las letras del exilio en las revistas literarias –no solo en *Ínsula*, sino también en *Índice y Papeles*– en su temprano artículo "El lento regreso..." (1998b). Un libro que explora el tema monográficamente es el de Fernando Larraz (2009).
- 8 Fue, por ejemplo, el caso de la defensa de la existencia real de la libertad intelectual en la Península, promovida por Julián Marías, quien se olvidaba, aparentemente, de que esta era imposible en un entorno dominado por diversas formas de censura, así como por la represión y la violencia ejercidas por el Estado autoritario (Aznar Soler, 1997: 287).
- 9 Se transcriben a continuación fragmentos de dos cartas del "Archivo personal de Ricardo Gullón", Harry Ransom Humanities Center, University of Texas (Austin), Series I, container 6.3.

Bibliografía

ABELLÁN, Manuel (1985): “Los diez primeros años de *Ínsula* (1946-1956)”, *Sistema*, 66, mayo, pp. 105-114.

AMORÓS, Andrés (2006): “Conversación con Francisco Ayala”, *Revista de Occidente*, 307, pp. 9-35.

AYALA, Francisco (1961): “De la preocupación de España (los puntos sobre las íes)”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, XLIX, junio, pp. 52-64.

— (1971): “Carta a Enrique Canito”, *Ínsula*, 295, junio, p. 31.

— (1972): “Respuesta al temario del II Symposium de la Wesleyan University sobre La Emigración española ante sí misma. Historia y Literatura” [1969], en Francisco Ayala, *Confrontaciones*, Barcelona, Seix Barral, pp. 231-236.

— (1986): “Testimonio a la distancia”, *Ínsula*, 470-471, enero, p. 11.

— (1999): “José Luis Cano”, *El País*, 17 de febrero.

AZNAR SOLER, Manuel (1997): “‘El puente imposible’: el lugar de Sender en la polémica sobre el exilio español de 1939”, en *El lugar de Sender. Actas del I Congreso sobre Ramón J. Sender, Huesca / Zaragoza*, Instituto de Estudios Altoaragoneses / Institución Fernando el Católico, edición de Juan Carlos Ara Torralba y Fermín Gil Encabo, pp. 279-294.

CANO, José Luis [Atribuido a] (1947): “Carta de España: perfil de un nuevo novelista”, *Realidad*, vol. I, 3, mayo-junio, pp. 435-438.

— [Atribuido a] (1947): “Carta de España”, *Realidad*, vol. II, 6, noviembre-diciembre, pp. 405-409.

— [Atribuido a] (1948): “Carta de España: vida y muerte de unas revistas (1939-1948)”, *Realidad*, vol. IV, 11, septiembre-octubre, pp. 213-217.

— (1972): “Francisco Ayala”, *Ínsula*, 302, enero, p. 2.

— (1977): “Francisco Ayala”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 329-330, noviembre-diciembre, pp. 276-280.

CELA, Julia (1996): “Reflexiones de Francisco Ayala sobre el exilio intelectual español”, *Revista de Indias*, vol. 56, 207, pp. 451-473.

EMILIOZZI, Irma (2009): "Victoria Ocampo y Francisco Ayala: una amistad duradera", *Revista de Occidente*, 341, octubre, pp. 77-104.

FABER, Sebastiaan (2006): "The Privilege of Pain: The Exile as Ethical Model in Max Aub, Francisco Ayala, and Edward Said", *Journal of Interdisciplinary Crossroads* 3.1, pp. 11-32. <http://hdl.handle.net/2374.OBE/1504> (última consulta: 31 de marzo de 2013).

GARCÍA MONTERO, Luis (2006): "Francisco Ayala en *Ínsula*", *Ínsula*, 718, octubre, p. 2.

GIBSON, Ian (2003): *Cela, el hombre que quiso ganar*, Madrid, Aguilar.

GLONDYS, Olga (2011): "La política del puente planeada desde la revista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*", en *El exilio republicano de 1939 y la segunda generación*, edición de Manuel Aznar Soler y José Ramón López García, Sevilla, Renacimiento (Biblioteca del Exilio), pp. 939-949.

— (2012): *La guerra fría cultural y el exilio republicano español: "Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura"*, prólogo de José Carlos Mainer, Madrid, CSIC.

GRACIA, Jordi (2004): *La resistencia silenciosa: fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama.

GULLÓN, Ricardo (1946): "Carta de España: actualidad literaria en la Península", *Sur*, 143, septiembre, pp. 53-60.

— (1948): "Carta de España: premios literarios", *Realidad*, vol. III, 7, enero-febrero, pp. 96-100.

— (1948): "Carta de España: dos novelas recientes", *Realidad*, vol. IV, 10, julio-agosto, pp. 75-80.

— (1948): "Carta de España: literatura a la deriva", *Realidad*, vol. IV, 12, noviembre-diciembre, pp. 343-349.

— (1949): "Carta de España: la crisis de la crítica", *Realidad*, vol. V, 14, marzo-abril, pp. 184-189.

JULIÁ, Santos (1992): "Francisco Ayala: los intelectuales y la política", *Claves de Razón Práctica*, 26, octubre, pp. 44-53.

— (1997): *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Madrid, Taurus.

LARRAZ, Fernando (2007): “Francisco Ayala, el exilio y la literatura del exilio”, *Laberintos*, 8-9, pp. 54-73.

—— (2009): *El monopolio de la palabra. El exilio intelectual en la España franquista*, Madrid, Biblioteca Nueva.

MAINER, José Carlos (1998a): “La imaginación moral de Francisco Ayala”, en *Francisco Ayala: el escritor en su siglo*, Manuel Ángel Vázquez Medel (coord.), Sevilla, Alfar, pp. 47-69.

—— (1998b): “El lento regreso: textos y contextos de la colección ‘El puente’ (1963-1968)”, en *El exilio literario español de 1939: Actas del Primer Congreso Internacional (Bellaterra, 27 de noviembre-1 de diciembre de 1995)*, vol. 2, edición de Manuel Aznar Soler, Sant Cugat del Vallès, GEXEL, pp. 395-418.

MANGINI, Shirley (1987): *Rojos y rebeldes: la cultura de la disidencia durante el Franquismo*, Barcelona, Anthropos.

NALLIM, Jorge (2012): “Redes transnacionales, antiperonismo y Guerra Fría: los orígenes de la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura”, *Prismas*, vol. 16, 1, pp. 121-141. www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1852-04992012000100006&script=sci_arttext# (última consulta: 31 de marzo de 2013).

VILLACAÑAS, José Luis (2004): “Abandonando toda apariencia de equipo. Acerca de un episodio de la correspondencia entre Max Aub y F. Ayala”, *República Hispana*, Biblioteca Virtual Saavedra Fajardo de Pensamiento Político Hispánico. <http://saavedrafajardo.um.es/WEB/archivos/república/hispana/documento29.pdf> (última consulta: 31 de marzo de 2013).

YSAS, Pere (2004): *Disidencia y subversión. La lucha del Régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica.

Un maestro tambaleante: Ortega al fondo

Jordi Gracia

(Universidad de Barcelona)

ORTEGA cruza de punta a cabo la colección de *Realidad*. Está en el primer número y literalmente cierra el último. Sin embargo este o aquel artículo quiebran parte del retrato inmaculado y prefiguran un crédito más inestable de lo que parece. Si el enfoque se amplía hasta la percepción que otros escritores tienen de él en esos años cuarenta, el título de este artículo perderá su sesgo insidiosamente denigratorio para ser nada más que descriptivo. El Ortega de esos dos o tres años es incluso para los más fieles (eso significa Juan Ramón Jiménez, José Gaos o Alfonso Reyes) un maestro tambaleante. No insinúo que se abra por entonces ninguna veda porque no la hubo nunca; sí sugiero que Ortega cometió algunos errores de cálculo en la siempre calculadísima administración de su gestualidad pública, y que muchos de sus lectores y amigos sintieron desfallecer la confianza en el maestro histórico como maestro vigente.

Apenas nada de eso sin embargo se percibe en las pulquérrimas páginas de *Realidad*. O asoma solo de forma indirecta, lejos de la crudeza que a menudo emplearán los corresponsales en sus mensajes privados sobre Ortega. Sin embargo, hay dos momentos muy señalados en esa primera posguerra: uno es bien conocido, y no me detendré demasiado: 1942; el otro lo es mucho menos, 1947, pero fue decisivo para acelerar un desengaño que hasta entonces había sido básicamente preventivo.

Hacia febrero de 1942 Ortega llegaba a Lisboa desde Buenos Aires para desconcierto y reprobación mayoritaria del exilio. El portavoz de aquella decepción fue Guillermo de Torre en un artículo publicado en la cuarta entrega de *Cuadernos Americanos*, del verano de 1942. El título, “Sobre una deserción”, expresaba el desengaño por reconocer en Ortega al inesperado *desertor*, alguien que abandonaba *el* exilio tanto como *al* exilio. Además,

regresaba a una Europa en plena guerra y, a esas alturas, todavía netamente inclinada hacia las fuerzas fascistas. Guillermo de Torre señalaba en su carta abierta a Alfonso Reyes, que era como se titulaba el artículo, que Lisboa era nada más que una “primera escala” en el regreso porque la “meta prevista, y pseudoconfesada” eran Berlín o Madrid, lo que podía sonar abiertamente ofensivo. La documentación, al menos a día de hoy, no permite suscribirlo (y además me parece extremadamente improbable). En el fondo daba igual porque la herida verdadera procedía del abandono, del desamparo del exilio al perder al maestro, y ese era “un hecho definitivamente más grave, un acto definitivo e irrevocable”. La solemnidad de Guillermo de Torre explica que el artículo fuese concebido como una carta pública a quien encarnaba la más firme y cálida acogida sentimental y profesional del exilio no solo en México sino en toda Latinoamérica, Alfonso Reyes. Cinco años después, Ortega devolvió el golpe.

Hasta que se interrumpe en 1941, sospecho que por desavenencias ideológicas, la correspondencia con su estrecho colaborador Lorenzo Luzuriaga ha sido abundante y precisa, incluso con encargos bibliográficos, pero también con alguna discusión sobre el perfil político de Luzuriaga y del mismo entorno personal en que se mueve. Como hizo tantas veces con tantos, Ortega le ha consultado sobre la conveniencia de acudir o no a México en 1941 y Luzuriaga apoya ese viaje. Cree que conserva amigos y discípulos pero, sobre todo, cree que la actitud del exilio hacia él es favorable “precisamente por no haber ido a España” (4 de octubre de 1941). Pero eso es justamente lo que va a hacer apenas dos meses después de esa carta y es lo que no esperaba que sucediese el entorno de Alfonso Reyes ni el exilio político y derrotado en cualquier otra parte. Por eso Reyes mismo no oculta por carta a Guillermo de Torre el “golpe en el corazón” que significa aquel viaje de Ortega a la Península¹.

La realidad, sin embargo, era algo más complicada y no del todo fácil de exponer a toda prisa: Ortega no se sintió querido en un Buenos Aires pletórico o no se sintió querido a la altura de sus exigencias, pese a la resonancia y el éxito de sus conferencias de noviembre de 1939, recién llegado a Argentina. La decisión de regresar a Europa había ido madurándose lentamente a lo largo de 1941 y a medida que era evidente la insuficiencia de

las ofertas docentes en la Facultad de Filosofía y Letras. Quizá también a medida que se recluía en un círculo de relaciones y amistades cada vez más estrecho y cada vez más alejado del grueso del exilio derrotado. Una breve carta de su viejísima amiga *Bebé* Sansinena de Elizalde de enero de 1947 se hacía cargo del posible resentimiento de Ortega por la desprotección que sintió en Buenos Aires años atrás y se limita a respetar “el aparente olvido de usted”, que experimenta también Ramón Gómez de la Serna, según ella.

Posiblemente fuese verdad lo que, “desde el seno de la confianza absoluta que nos une a usted y a mí”, le transmitió desde Tucumán en agosto de 1937 Manuel García Morente. En esas fechas le parece que a Alberini y a Francisco Romero “en el fondo no les importa gran cosa que usted vaya o no vaya a la Argentina o, mejor dicho, que si usted no va, eso no les causará mayormente pena ni disgusto”. La realidad debía ser crudelísima porque García Morente no era hombre de comunicaciones directas, y esta lo es mucho y afecta al centro de la susceptibilidad de Ortega: su crédito público. Y sin embargo quienes primero habían acudido en su ayuda en 1936 pertenecían precisamente al círculo devoto bonaerense de la alta sociedad, incluida *Bebé* o la misma Victoria Ocampo, pese a la distancia inmediata que los separará. De nuevo Amigos del Arte acudía en auxilio de Ortega y le programaban para el verano de 1936 un curso de conferencias a mil dólares la conferencia, anunciadas ya en *La Nación*, pero Ortega no puede viajar entonces y deben aplazarlo al año siguiente. Será todavía un poco más tarde, pero en todo caso “con la cantidad que le ofrecen podrá llevar una vida muy confortable” porque “la vida material es muy barata” y, además, ella ha hablado ya con Alberini y le transmite una tranquilidad un tanto inexacta ya que “me ha dicho que usted puede disfrutar de la facultad como de la propia”.

Lo que sabe José Gaos con más certeza, mientras escribe a Francisco Romero en enero de 1940, es que Ortega se mantiene en un “encierro metido dentro de un mínimo círculo de relaciones aristocráticas y reaccionarias”². Pero la depresión intermitente de Ortega en esos meses tiene más motivos y lo predisponen a una suerte de irritabilidad que no fue extraña en el escritor, aunque sí fue inhabitual el rastro patente de esa irritabilidad. Al final de la conferencia “Meditación del pueblo joven”, en La Plata, en

noviembre de 1939, Ortega atipla la voz para decir que “yo sé muy poco, muy poco, mucho menos, claro está, que los jóvenes sabios de aquí, los que han leído cuatro libros alemanes y se permiten hacerme mohínes, a mí que soy actualmente el escritor de pensamiento que se vende más en Alemania desde hace años” (*Obras completas*, IX, 276). Ese tramo no respira igual que el inicio de la charla, cuando se ha dejado llevar por el ensueño: “si yo continúo algún tiempo en la Argentina y si en la Argentina interesan de verdad las exploraciones insospechadas del puro pensamiento intacto de política [...] yo expondría en Buenos Aires, por primera vez, lo que creo haber hallado sobre este asunto [el lenguaje y las palabras], ideas que pudieran ser de gran velamen y constituyen nada menos que los principios de una nueva filología” (*Obras completas*, IX, 264)³.

Pero además se había quedado ya solo en Buenos Aires con Rosa Spottorno. Su hija Soledad había regresado a España, y allí estaban también sus hijos Miguel y José, reanudando las tareas de *Revista de Occidente* como editorial y sin ninguna dificultad grave de integración en el nuevo régimen, dados los contactos de alto nivel que mantienen como excombatientes del lado franquista. Y aunque sea sin duda una exageración, en la decisión de volver cuenta también la capacidad de administrar mejor su propia imagen, cosa que siempre fue obsesiva en Ortega. Algunos años después, en marzo de 1949, y en un repente de franqueza campechana, le explica a Manuel Halcón otra razón más para volver a la Península: “No le digo más sino que el encontrarme un buen día leyendo *La Nación* de Buenos Aires, nombrado consejero de la Hispanidad, me obligó inmediatamente a liar el petate y venirme a Europa”.

Por supuesto también es solo una verdad menor, pero no es del todo desechable como testimonio de una voluntad de restitución de sí mismo a España como pensador y primera autoridad intelectual. Eso es seguro, aunque haya que armar la prueba con indicios y pistas equívocas. Ortega ha negociado con las autoridades franquistas el paso franco de la frontera desde Portugal para entrar en España en los primeros días de agosto de 1945 a bordo de un Packard descapotable. El primer destino es Madrid, después el Coto de Castilleja, donde reside su hija Soledad con su marido, Javier Varela, y finalmente a Zumaya como habitual lugar de veraneo antes de la guerra,

y siempre sin perder el carácter de “viaje de incógnito”, como lo llama él mismo por carta. A su hijo Miguel le transmite por escrito en 1945 la certidumbre de que las cosas van a cambiar en España y podrá volver a escribir.

Y en Zumaya recibe efectivamente esperanzadoras llamadas y cartas de bienvenida de las autoridades del régimen, de Juan Aparicio a Joaquín Ruiz-Giménez o el ministro Gabriel Arias Salgado, además de peticiones de entrevistas. Empieza por entonces a urdirse la posibilidad de que inaugure en unos pocos meses la nueva etapa del Ateneo de la calle Prado con una conferencia, como efectivamente sucederá en abril de 1946 ante la plana mayor político-intelectual del régimen (empezando por activos propagandistas como Pedro Rocamora y acabando por políticos retirados de la actividad directa como Ramón Serrano Súñer).

Pero Ortega va más allá. No se trata solo de ensayar un regreso triunfal, en la medida de lo posible, sino también de buscar un canal visible de influencia intelectual y operativa. Y por eso entre abril y mayo de 1946 mantiene una vivaz correspondencia para negociar una colaboración regular en la prensa. Trata con *La Vanguardia Española*, que dirige Luis de Galinsoga, que además es pariente suyo, y con *España* de Tánger y su muy viejo amigo Fernando Vela. Le pide detalles sobre las condiciones reales de ese periódico singular en el que trabaja, exento de censura a pesar de que circula por la Península. Las tiradas son bajas: un total de 50.000 ejemplares y apenas mil para cada una de las dos capitales a las que llega, Madrid y Barcelona, aunque desde luego se aumentaría la distribución en caso de que Ortega iniciase una colaboración regular (que será solo muy episódica).

Pero todavía hay un factor más en el ánimo de Ortega. Su nombre figura en una lista un tanto fantasiosa que el entorno de Serrano Súñer está moviendo en aquellos momentos para remozar el gobierno de Franco y promover una renovación interior del régimen. Entre las figuras que debieran dignificarlo están Francesc Cambó (que morirá en seguida) y sobre todo dos ilustres intelectuales como Ortega y Marañón. Franco escuchó la propuesta formulada por Ridruejo, que fue el encargado de defender el proyecto en enero de 1946 (no de 1947, como suele creerse por error del propio Ridruejo); y naturalmente Franco no hizo el menor caso.

Nada salió como debía y las frustraciones empiezan a agobiar a Ortega. Pasadas las euforias de la primavera, regresa el desánimo profundo durante el verano de 1946, que es según escribe a una amiga portuguesa “lisa y llanamente el más terrible de mi vida”, presionado por un “estado de fuerte depresión nerviosa” y una “situación de las cosas extremadamente desfavorable: muy difícil contingencia económica, calor insoportable, deficientes comunicaciones, dispersión de amigos”. No oculta que buena parte del problema es haber permanecido veinte días en el Coto de Castilleja, a pocos kilómetros del pueblo más cercano, Mayorga (Valladolid), y sin coche, lo que “es desesperante”. A pesar del tratamiento que le administra Marañón, solo se repone de su decaimiento con paseos al aire libre. En diciembre todavía no ha llegado al “punto de absoluto restablecimiento” para trabajar a gusto, pero sí se siente seguro de la decisión tomada con respecto a fijar su residencia fuera de España: “confirмо ahora el acierto que fue resolverme a vivir ahí [Lisboa] estos años. Cuando el tono de la vida aquí cambie será otra cosa pero ahora no tiene sentido que esté aquí –salvo, como al presente, estando enfermo y abrigado por mis hijos–”.

Sin embargo, las noticias sobre su conferencia en el Ateneo han circulado ya en el exilio sin que haya sido para bien o, mejor, han circulado para mal, incluida la desesperación de personas tan fieles a él como María Zambrano. En junio de 1946 escribe a Guillermo de Torre para expresarle el “doloroso estupor” con que ha visto esa noticia: “No lo hubiera creído y he pensado muchas cosas, es decir, me he torturado mucho. No conozco el texto de su conferencia. ¿Ha llegado a usted? ¿Habría ido con la idea de ayudar a un cambio?... Esto del cambio, es decir, de la situación de España es ya una pesadilla, pues parece increíble que a más de un año de la Victoria [la del 45, evidentemente] nuestra patria permanezca inalterable en la ver-güenza”⁴.

De haberla visto hubiese sido peor, y sobre todo hubiese sido angustioso conocer de primera mano el diagnóstico de Ortega sobre la “indecente salud” de la sociedad española, por mucho que lo necesario fuese garantizar esa salud de cara al futuro con el “garbo” que (inopinadamente) le faltaba a España. Y no me cabe mucha duda de que Ortega se sentía en condiciones de contribuir a esa vía de reforma interior del franquismo con la que cuen-

tan muchos, excepto el propio Franco. En numerosas cartas expresa la sensación de vivir el momento más pletórico de su vida en esa primavera, que será cortísima, de 1946.

Sin embargo, casi nada de esta información reservada era accesible para la inmensa mayoría, por no decir la totalidad de quienes podían estar interesados en Ortega desde fuera de la Península. Lo que se supo de él fue mucho peor: a pesar de las reservas y del riguroso control de su propia imagen, Ortega se prestó inesperadamente a una entrevista que llegaría a publicarse precisamente en México, y al año siguiente aparecía como uno de los capítulos del libro *Misión de prensa en España* (1948), del director de *El Universal Gráfico*, Armando Chávez Camacho. En España, Ortega había logrado que saliesen solo algunos breves, casi siempre en *ABC* o en *La Vanguardia Española*, con información escueta o alguna fotografía sobre sus pasos. Incluso era imposible no coincidir con viejas amistades por las calles de San Sebastián. Pero no había declaraciones de Ortega a la prensa ni concedía entrevistas –desde luego nunca de tema político– y apenas accedía a contar algunas de sus actividades intelectuales.

La propia revista *Realidad*, en el número último de 1947, se hace eco en su sección “Irrealidad” de algunas de estas escasísimas noticias, tomadas “de donde menos se piensa”, como dice un anónimo redactor con las trazas de Guillermo de Torre. Ese lugar es el primer número de 1947 del *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, de Santander, donde se da noticia de los proyectos actuales de Ortega: “no solo promete abundantemente –y deseamos que cumpla– sino que vaticina como siempre” (II, 6: 452). El artículo firmado por Isidoro Montiel en el *Boletín* santanderino es una reseña de la edición de *Obras completas* de Ortega. En la práctica, es primero una breve cala en la biografía del propio Montiel –alumno en 1932 de Ortega– y es después el anuncio sintético del estado de “madurez prolífica de su inteligencia, más joven que ayer”. Ortega se “dispone a dar a la imprenta una nutrida serie de libros fundamentales”, anunciados ya, dice Montiel, a principios del verano del año anterior (cuando aún Ortega mantenía las vibraciones altas). En sus planes está plantar “radicalmente la batalla a todo el pasado y presente filosófico, atacando de frente al existencialismo de Heidegger”. Se propone Ortega, por lo visto, “ir más allá de la decrepita y

anquilosada idea del ser, y por tanto, más allá de la ontología”, entre otras cosas porque también la filosofía es “una forma histórica, como todo lo humano, que nació un día –allá hacia 490 antes de Jesucristo– y que acaso ahora fenece y será sustituida por otra cosa mejor” (*BMMP*, 1947/1, 120-121, consultable en línea).

Era verdad que esos proyectos son “merecedores de más amplia difusión”, como cree el redactor de *Realidad* y cree seguramente también el propio Ortega, contra su sistemática consigna de silencio a todo corresponsal o interlocutor. Esta vez, por tanto, decidió atender el recado que dejó el periodista Armando Chávez Camacho en su casa próxima a San Sebastián, Villa Furu, en agosto o principios de septiembre de 1947. Devolvió la llamada telefónica y aceptó imprevistamente mantener una charla sobre sus actividades y, por supuesto, con condiciones, porque Ortega “no quería hablar con nadie, de nada, pero menos aún de política”.

Sin embargo, es más que probable que no se tratase de una flaqueza de la vanidad ni de una excepción casual sino más bien de una decisión planificada. Chávez Camacho había visitado primero Portugal y había entrevistado a Oliveira Salazar, y durante varias semanas recabaría información sobre el estado general de España, dentro y fuera. Sus artículos seriadados se publicaron entre 1947 y 1948 en *El Universal* y *El Universal Gráfico* y comportaron un repaso sistemático a las distintas áreas de la realidad sociopolítica. Reunidos en *Misión de prensa en España*, impreso en junio de 1948, aspiraban a ser un balance ecuánime del nuevo país pero eran un recorrido a ratos adulador y a menudo obsequioso sobre el nuevo régimen, y, en el fondo, funcionaba como pura propaganda escudada en un catolicismo ferviente. Uno de los objetivos confesos del libro es desmentir los infundios que el exilio disemina incansablemente sobre la saturación de presos políticos en las cárceles y sus pésimas condiciones de vida. Las visita, cree él, prácticamente todas, y en todas documenta un trato de respeto y dignidad suficiente dentro de las modestas condiciones de la posguerra (y hasta menciona al juez que no era juez, Eymar...).

Si el libro acaba en un relamido encuentro con Pío XII en Roma, la crónica propiamente de España se remata con una entrevista a Franco, hombre “inteligente, cultivado y de amplia visión”. Ha pasado ya por casi todos los

despachos de las primeras autoridades, acompañado a menudo por Joaquín Ruiz-Giménez. Se entrevista con la jerarquía eclesiástica (Pla y Deniel, Eijo y Garay), con los ministros Girón de Velasco o Martín Artajo, con Ramón Serrano Súñer (que le chiva el nombre del ejecutor de Lorca y una vez publicado se desmiente a sí mismo por carta de rectificación en el mismo periódico), el presidente del Tribunal Supremo, don Juan, en Estoril, o las autoridades de la República en París (Martínez Barrio, Rodolfo Llopis o un cortante Julio Álvarez del Vayo).

El capítulo cultural se abre expresamente con la entrevista a Ortega, muy probablemente avisado del plan por Marañón (que ha sido también entrevistado y cuida sus dolencias físicas), y sigue por la previsible nómina de ilustres: Pemán, Menéndez Pidal, el director de *Arriba*, Javier de Echarri, etcétera. De esos contactos y esas redes clientelares obtiene la evidencia incontestable que le transmiten informantes anónimos: los exiliados no se han llevado la inteligencia porque son nombres, con alguna rara excepción, “de segunda o tercera fila”, y hay otros, como Recasens Siches, de quien “nadie se acuerda”. Y a cambio está la lista de quienes siguen “en España y con España”, y el primer nombre no es Ortega porque es el segundo. El primero es Marañón.

Puede que a Ortega no se le calentase la boca sin más; puede más bien que fuese lo contrario. Mientras Menéndez Pidal ha preguntado al periodista, “con vivo interés, por el estado de salud de Alfonso Reyes”, a Ortega no parece inquietarle especialmente ese punto. Explica que el gobierno no le “molesta” y que además “vivo en Lisboa”, porque sigue razonablemente suspicaz sobre su instalación en España. Según él, en 1936, debía huir a la fuerza porque si no “los rojos me matan... o me matan los blancos. Aún no sé quiénes me hubieran matado, pero de lo que estoy seguro es de que si me quedo, me matan”⁵.

Pero junto a sus declaraciones sobre esto y aquello, al periodista mexicano le interesaba saber si tenía amigos en México y su respuesta fueron un par de desabridos comentarios denigratorios contra el mismo Reyes pero, en realidad y sobre todo, contra el exilio. Ortega está muy relajado, ríe ruidosamente, hace juegos de palabras y bromea con el periodista, pero mantiene lo mismo que pensaba durante la guerra, es decir, que en Inglaterra

“hay gran confusión mental en sus cabezas pensadoras”. Lo dice por Bertrand Russell y sobre todo por Einstein, con quien mantuvo alguna reticente amistad veinte años atrás, pero la ha perdido ya, como asegura haberlas perdido todas también en México. Es verdad que Reyes fue amigo suyo pero ya no lo es, aunque no por “nada concreto ni personal” sino por algo más difuso todavía: porque “ha hecho tal porción de tonterías” que basta un mero “ademán de disgusto y desprecio”, según el periodista, para entender la miseria de que se trata: “gestecillos de aldea”. A pesar del montón de exiliados establecidos en México y de la insistencia del periodista, a Ortega no le viene un solo nombre de amigo más en México⁶.

Pero el efecto más grave para el crédito de Ortega fue político, que era lo que había querido evitar a toda costa y en lo que en cambio se metió de lleno creyendo que se limitaba a su habitual displicencia. Esta vez se equivocó porque prestó la munición que no había prestado su viaje a Lisboa en 1942 y que estaba en su conferencia del Ateneo pero no en forma de ataque y desprecio al exilio. Esta vez había equivocado el tiro al deplorar o reprobar implícitamente las razones humanitarias y hasta éticas que convirtieron a Reyes en el refugio vital de tantos intelectuales y profesores en el Colegio de México. Las consecuencias fueron mucho más letales porque desactivaron las prevenciones para enjuiciar la supuesta neutralidad política de Ortega, esa falsa equidistancia basada en el silencio o la inactividad pública. Hasta entonces podía mantenerse la confianza en esa neutralidad porque no había indicios rotundos de lo contrario, a excepción (no muy explícita) del “Epílogo para ingleses” de 1938 que pospuso a la traducción británica de *La rebelión de las masas*⁷.

José Gaos será el más expresivo en una carta pública conmovedora, publicada en *El Nacional* de México, para expresar su repulsa por esas declaraciones de Ortega desde San Sebastián. Hacía menos de seis meses que Gaos había acabado de publicar las tres partes de un meticuloso, sesudo y respetuosísimo examen de “La profecía en Ortega”, seriado en *Cuadernos Americanos*, sin rastro de ensañamiento ante el contingente abrumador de profecías incumplidas que Ortega había ido diseminando en su obra. Al revés: el artículo era propio de un devoto estudioso de su maestro, y de ahí el dolor aumentado que transmite la carta en defensa de Reyes. El propio

Reyes escribió en sus diarios íntimos (e inéditos en su inmensa mayor parte) que “en el estilo mismo se advierte la tortura de Gaos, el pobre, al alejarse de su maestro”⁸.

Y era verdad ese estilo retorcido, sumado al retorcimiento habitual del estilo de Gaos: “qué hondo y sincero pesar encontrarnos empujados hacia la pérdida de un respeto que creíamos necesario”, cuando todos llevaban a cuentas tantos esfuerzos en defensa del “silencio de Ortega en años anteriores, aduciendo razones que nos parecían las suyas mismas: que cuando los hombres están lo bastante locos para no querer oír, el intelectual no tiene nada que hacer, porque su hacer es decir”⁹.

Ortega se tambaleaba, quizá sí, pero ni lo habían arrumbado como pensador ni lo desautorizaban sin más, pese a las equivocidades que la distancia y la mala información propician. En enero de 1947 Lorenzo Luzuriaga reclamaba para Ortega una autoridad desatendida –“el destino de la República acaso hubiera sido otro si se hubiese prestado atención a sus advertencias en su momento” (I, 1: 133)–, pero fue Juan Ramón Jiménez quien puso las cosas en su sitio, precisamente en 1948 y precisamente en Buenos Aires. *Realidad* anuncia la conferencia en agosto de 1948 pero no cuenta nada de ella (IV, 10: 125). Se trata de un texto redactado en 1937 o 1938 pero reescrito y revisado en 1948 para ese acto en Buenos Aires. Se titula “Aristocracia inmanente” e inevitablemente tenía que salir Ortega como ideólogo de las dichosas minorías egregias. Juan Ramón es ecuánime pero nada adulador, porque su diagnóstico deja no diré que tambaleante pero sí algo descolocado a Ortega: aunque “tiene en su fondo bueno la verdadera aristocracia, con bastante corteza, ha rondado siempre la otra, por coquetería o moda; y esto explica acaso la volubilidad de sus ideas y de su vida”¹⁰.

No sigue por ahí Juan Ramón, con lo fácil que le hubiese sido, sino todo lo contrario. La valoración más positiva la reservó para una espléndida semblanza publicada en una revista española, oficial, y dirigida por Javier Conde, *Clavileño*, para conmemorar los 70 años de Ortega, en 1953. Allí Juan Ramón le reprocha con tino haber malhablado de América con broma más injuriosa que ingeniosa –“un continente sin contenido”, había dicho un Ortega resentido–, pero sobre todo lo separa del comportamiento sumiso que tuvieron otros liberales mucho más flexibles que él. Ortega nunca

hizo de Marañón, ni de Pérez de Ayala, ni tan siquiera hizo de Azorín ni en guerra ni después de la guerra. Por eso escribe con signos de admiración que pone el propio Juan Ramón: “¡Qué diferente su espinazo al de tantos otros tan mal diagnosticados por algún galeno contemporizador!”. La bulla venía de antiguo, pero el resultado vuelve a ser la distinta categoría ética e intelectual de Ortega frente a los otros¹¹.

A la revista ha llegado la noticia de los sucesivos ataques que Ortega recibe de la prensa más reaccionaria y católica en España y también las iniciativas en su defensa, como las emprendidas por algunos colaboradores de *Ínsula* y el mismo Julián Marías en un folleto. De ahí que *Realidad* aproveche la noticia del curso que ha montado Ortega en el nuevo Instituto de Humanidades en torno a Toynbee para armar otra defensa del pensador, en línea con lo que cree la mayoría del exilio, haga lo que haga Ortega, y en línea con lo que cree la misma *Realidad*¹². En marzo y abril de 1949, cuando Ortega ya ha hablado sobre Toynbee, la revista propone un balance muy medido firmado con unas iniciales que no sé identificar, G.-D., para reprobar los “denuestos” que le valió “su actitud dudosa, reticente, sus pocas y ambiguas manifestaciones, su silencio mismo”. No fue público en ningún caso que Ortega figuraba entre quienes deseaban –y celebraron– la victoria de Franco en la guerra, más allá de la hipoteca familiar de que sus hijos fueran combatientes franquistas. Sin embargo, continúa la nota, “hoy, con la perspectiva de su proceder ulterior, acaso puedan conjeturarse ya con verosimilitud las razones –nobles, en todo caso– que le motivaron: situarse con el mínimo compromiso en posición que le permitiera ejercer de nuevo influencia espiritual sobre el país, podía ser el más fecundo sacrificio a ofrecerle”. Sobre todo, después de haber aceptado “recluirse en el silencio” tras los ecos “tan indecentes” que suscitó su conferencia en el Ateneo sobre un tema “deliberadamente anodino” (V, 14: 226-228) pese al preámbulo semiimprovisado. De hecho, este es el argumento que aduciré, mejor elaborado, Corpus Barga cuando medite con calma sobre Ortega en 1956, en uno de los artículos más luminosos publicados tras su muerte.

En 1949 Segundo Serrano Poncela reflexiona sobre el significado y la utilidad de la teoría de las generaciones (VI, 16), pero a cambio Eduardo Nicol expresa tácitamente alguna distancia del maestro al sostener que el

fenómeno característico del presente no es la rebelión de la masa sino la rebelión del individuo (III, 9). El propio Guillermo de Torre ha escrito a propósito de la *Antología de ensayos* de Ángel del Río y Maír José Benardete de 1946 un análisis sintético de Ortega para celebrar la “concepción como obra de arte” del ensayo en los tomitos tempranos de *El Espectador*, frente a aquellas otras ocasiones en que “la intención trascendente, el afán de influir, demasiado visibles, gravan su libre vuelo” (I, 3: 409). En el fondo, el tono general lo había dado ya Luzuriaga en el primer número para advertir “los anticipos de muchas ideas hoy corrientes en el mundo”, como tantas veces ha de reclamar Ortega, y ratificaba el “respeto y gratitud” que merecía (I, 1: 133).

No está de más señalar, sin embargo, que los debates filosóficos que la revista propone, situados en el nivel más alto y con colaboraciones de Heidegger o Toynbee, profesores y expertos en la materia como Northrop, Francisco Romero y José Ferrater Mora, o curiosos cultos e informados como el mismo Corpus Barga, jamás incluyen a Ortega como objeto de discusión en el ámbito filosófico. Da la impresión de que la ilusión de ser un filósofo con pensamiento propio hubiese de quedar para la posteridad de unas publicaciones todavía inéditas o demasiado fragmentadas en series de artículos dispersas, y durante mucho tiempo en fase de escritura y reescritura. Casi diría que el anuncio que hace al periodista mexicano de *El Universal* es un modo de llamar la atención sobre sí mismo y una muestra más de la impaciente irritación de Ortega ante su escasa repercusión e influencia filosóficas. Para acabar con esa etapa de su obra “irremediabilmente circunstancial”, dice él mismo, la publicación inmediata va a ser un tomo de seiscientas páginas sobre Leibniz, luego seguramente otro libro sobre la Universidad y en todo caso no le desalientan las malas interpretaciones de que a menudo es víctima porque “el filósofo, el pensador, siempre va delante avizorando el panorama del futuro” y por eso es normal que se le malinterprete. Tan caudalosa abundancia puede incluso obligarle a emplear un seudónimo tan expresivo, dice humorísticamente, como el de “Mississippi porque voy a producir como un torrente”.

Quizá de este modo dejará de ser un nombre ausente en los debates filosóficos de la actualidad, abusivamente dominados ya no solo por

Heidegger sino, lo que es mucho peor, por Jean-Paul Sartre, omnipresente en *Realidad* como dramaturgo, polemista y autor de *El Ser y la Nada*. Es cierto que Ortega ha sido estudiado en el libro de Raymond Aron traducido en Losada en 1946 en torno a la filosofía de la historia, y es verdad también que Francisco Ayala aborda sus ideas sobre sociedad en su *Tratado de Sociología* de aquellos años. Pero eso mismo es parte del problema. A Ortega le urge escapar de debates demasiados circunscritos y menores, casi de barriada o patio de escalera.

Y ese ha sido el Ortega más visible en *Realidad*, aunque no haya sido culpa suya exactamente sino del debate sobre historia de España que han mantenido Claudio Sánchez-Albornoz y Francisco Ayala. Varios números de *Realidad* se prestaron a exponer sus diferencias a partir de las críticas del historiador a algunas páginas de *Razón del mundo*. La réplica de Ayala llega con alguna acritud en “Un destino controvertido”, de 1947 (I, 2), y la de Sánchez-Albornoz en los números siguientes (y en tipografía diminuta y apretada). La cuestión verdadera no pivota en torno a cada uno de ellos sino en torno a Ortega y su influyente interpretación sobre el mal esencial de los españoles expuesta en los artículos de *España invertebrada*, presentados como “ensayo de ensayo” y precavidamente escudados tras una confesión de incompetencia historiográfica. Sin embargo, el tono del libro es categórico y la intención definitoria, lo cual hubo de irritar soberanamente a profesionales de la historia con alguna aspiración científica, incluidos los medievalistas, un tanto perplejos ante la “ligereza”, como la llama Sánchez-Albornoz, con la que Ortega emite sus hipótesis.

Ayala ha reprochado al historiador estar “ideológicamente informado por el ya insostenible nacionalismo de mediados del siglo XIX”, aunque al final de su artículo la denigración es menos abstracta y Ayala lo asocia a una sobrecarga enfadosa de “faramalla patrioter”. Pero no estoy seguro de que baste con eso. Sánchez-Albornoz va por otro lado. Su argumentación no solo no es floja sino que revela una libertad de lectura muy inusual de los ensayos de Ortega, empezando por el error de que *España invertebrada* se convirtiera en el “catecismo” de las generaciones más jóvenes (incluido, por tanto, Ayala). El problema sin embargo es que el diagnóstico de Ortega –España no ha tenido decadencia porque no ha habido lugar alguno del

que decaer— fue más bien el “fruto amargo de alguna crisis psicológica que un día habrá de ser investigada” (II, 4: 117). Y sin dejar de tratar con todo respeto a Ortega, añade aún una observación atrevida y perspicaz: “se dejó arrastrar por la cólera y con la osadía esencial e insobornable de todo español, se aventuró a formular una teoría del pasado nacional seductora por su novedad pero sin base histórica firme” (119).

Dicho sea un tanto al paso, no deja de ser chocante la sintonía con el análisis que proponía en esos mismos años Arturo Barea como colaborador habitual de la sección hispánica de la BBC y otras publicaciones. En 1947 Barea reprueba los análisis de Ortega en un libro que ha tenido edición reciente en Gran Bretaña, *La rebelión de las masas*, con el famoso epílogo redactado en plena Guerra Civil, en 1938, y concebido en el marco de su decidida contribución a la propaganda política franquista. Tanto Sánchez-Albornoz como Arturo Barea aluden, en palabras de este último, al “trasfondo claramente personal” en el análisis del fracaso y la destrucción de las minorías selectas a manos de la insumisas masas. Pero sobre todo el reproche señala la deficiente fundamentación material del análisis orteguiano, ya que “en su campo de visión no entraba el análisis económico o social”. A Barea y a muchos otros lectores de Ortega pudo inquietarles “la indiferencia idealista de Ortega hacia los factores económicos” y su renuncia a “investigar el engranaje económico o social de ese estado de ‘masas’ del que se lamenta”¹³.

Pero regreso a Sánchez-Albornoz porque su irritación se activó ante la tesis orteguiana de que “los godos llegaron a la península alcoholizados de romanismo” y fueron, por tanto, fundadores de un pueblo, en esencia, débil y subsidiario, decadente. Por eso cree que tanto los hombres del 98 como Ortega son “dos corrientes ideológicas” distintas pero “nacidas de los mismos manantiales” (II, 4: 120). Por eso se pregunta también en seguida y con dosis de sorna si la crisis española es, al parecer, “obra de misteriosas fuerzas corrosivas —¿cuáles?— que desde dentro empujaron a España en su pendiente” y fueron causa “de la paralización de la voluntad de los hispanos”. Sánchez-Albornoz reclama prudencia antes de lanzarse a la “aventura de la hipótesis” porque mejor que al “zahorí del pasado”, en evidentísima parodia contra Ortega, el presente reclama al “hombre de ciencia”.

Los términos esencialistas del análisis de Ortega debieron sublevar con razón a Sánchez-Albornoz, más allá de la descalificación de la profesión entera que Ortega despachó sin el menor reparo en sus artículos de aquellos años. Ayala contesta en la misma revista pero llamativamente reduce su línea de defensa al reproche de que el viejo medievalista está anticuado y empeñado en justificar la crisis con una “interpretación ‘en primer término económica’ –y, en definitiva, materialista–”, lo cual descalifica a Sánchez-Albornoz para la menor posibilidad de “discusión fecunda” (II, 6: 425). Por ahí rebrinca quizá una lealtad orteguiana que Ayala acentúa más allá de lo que su propia profesión de sociólogo y racionalista frío le permitiría. Tiene mucho más de síntoma, ese ataque de Ayala, que de convicción metodológica sobre la historia.

Por lo demás, Ortega no había quedado nunca a salvo del debate y la discusión de ideas, ni antes ni después de la guerra. Lo nuevo ha sido en 1947 su reubicación explícita en el mapa geopolítico de la actualidad, porque ha mostrado contra Reyes (e implícitamente contra el exilio) una hostilidad insólita en declaraciones públicas. Lo ha hecho justo cuando una parte exigua del exilio (con Ayala, con Corpus Barga, con Ferrater Mora) empieza los contactos con otro exiguo sector del interior, todavía muy inmaduro. Las confidencias privadas de Ortega a sus amigos y colaboradores habían sido, desde la misma guerra, notablemente agresivas con buena parte del exilio, y no había callado ni la desconfianza ni el escaso crédito ético o intelectual que tantos de ellos le merecían. A lo que todavía no había llegado era al ataque infundado y casi caprichoso, como si de veras esa espontaneidad jovial que trasluce la entrevista de Chávez Camacho fuese la máscara de un desdén hecho a medias de resentimiento y frustración.

Dos cartas de Alfonso Reyes a José Ortega y Gasset

1

[Carta mecanografiada en papel sin membrete; firma autógrafa]

México D. F., 17 de septiembre de 1947
Sr. don José Ortega y Gasset
Villa Furu, Ategorrieta (Guipúzcoa), España

José:

Vea usted lo que ha publicado ese corresponsal que ha ido a sorprenderle a usted. Él mismo declara que usted puso, para recibirlo, la condición de no hablar de ciertas cosas; que él meditó y fijó por escrito sus preguntas calculadamente; que no tomaba notas para que usted no suspendiera la entrevista, y que ¿qué iría usted a pensar si se figurara que él iba a contar cuanto usted le decía?

Por eso, y por la incalificable injusticia de las palabras que sobre mí le atribuye, no quiero tomarlas en cuenta. No quiero, aun cuando a usted se le hayan podido escapar en su actual estación de amargura.

¡Buena preparación le ha hecho a usted ese entrevistante, entre la gente culta y decente de este país, entre los compatriotas de usted en general (no todos mansos), y entre sus muchos amigos y discípulos aquí recogidos ahora, a quienes lastima la injusticia! Excuso decirle el pretexto que encuentran aquí para morderlo los otros, los perros rabiosos, que siempre abundan, y los demagogos dueños del campo en esta “aldea”.

Mi único delito consiste en haber procurado un techo para aquellos compañeros que usted mismo educó y embarcó en la aventura, pues solo me he ocupado en los que pertenecían a nuestra familia; no en los profesionales de la pasión pública, que se han hartado de echármelo en cara. ¿No lo sabía usted? Yo estoy seguro de que usted está mal informado a mi respecto, y que de otra suerte, sería el primero en aprobarme. Mire bien hacia los horizontes, por sobre las bardas de la “aldea”.

Si acaso creí en ciertas esperanzas españolas, bien sabe usted que en usted lo aprendí. Que nos las hayan torcido los violentos no es culpa de usted ni mía.

Desde mi regreso, he sido víctima de los ataques de ambos extremos. Es nuestro destino común. Creí que usted, desde allá, lo percibía. Jamás se me ha injuriado más en la vida, y callé para mejor proteger -sin hacer polémicas que hubieran enturbiado mi acción- el acomodo entre nosotros de mis hermanos de otro tiempo; de aquel tiempo en que yo, sin causa universal que me respaldara, sin nadie que me conociera, demasiado joven e incauto todavía, fui también a dar por allá, en busca de un asilo, víctima de cosas semejantes. No quise que ellos sufrieran lo que yo había sufrido, ellos que un día compartieron allá conmigo sus escasos recursos.

Respecto a usted, no me confunda en el montón de los que han aprovechado el momento para atacarlo a mansalva. He respetado su dolor en silencio, no he permitido a nadie que lo desacate en mi presencia, he encontrado por suerte -entre sus antiguas mesnadas- a más de uno que compartía mi estado de ánimo.

Por más que usted se esfuerce, no podrá usted borrarle de su conciencia. Una sola palabra de usted, de rectificación o esclarecimiento, a parte de hacerme a mí un bien inmenso, le devolverá a usted la alegría de ver que mi recuerdo, cuando se le aparezca y lo visite, le sonrío como en los tiempos mejores. ¿Será posible que un hombre de su talla desoiga este reclamación?

[Firma ilegible]

Alfonso.

Av. Industria 122.

P. S. Una sola noticia buena: que está usted en plena labor. ¡Cuánto me contenta! Le deseo, de veras, todo bien. Mando esta en doble ejemplar: uno certificado y otro ordinario, a ver cuál le llega, pues temo que usted haya regresado ya a Portugal.

AR/jat

2

[Carta mecanografiada en papel sin membrete; firma autógrafa]

México D. F., 31 de julio de 1950
Sr. don José Ortega y Gasset
Madrid (España)

José:

Nuestra prensa suele ser malévola, y un día cierto periodista desaprensivo le atribuyó a usted algunas palabras que significaban un distanciamiento en nuestra amistad, a causa de mis “gestecillos aldeanos”.

Entonces le envié a usted la carta que ahora le acompaño en copia. La envié por dos caminos distintos y, naturalmente, no dije nada de esto a los periódicos. Me dejé maltraer en silencio por algunos gacetilleros, pues nuestra amistad, que no me resigno a dar por acabada, no puede andar en lenguas.

Temo que no le haya llegado esa carta. O no quiso usted contestarla. Usted sabrá ver en ella una manifestación de admiración y de afecto. ¡Me hubiera hecho tanto bien una sola palabra de usted, comprensiva y afectuosa, aun sin necesidad de rectificación alguna! Si en esa carta encuentra usted alguna expresión vivaz, sea generoso, pásela por alto, atribúyala al escozor del ataque inmerecido.

Ha pasado el tiempo. Mi herida ha cicatrizado, y cada vez me convido más, cuando lo releo a usted, cuando lo recuerdo, de que algo superior a las tristes contingencias de nuestra época me tiene atado a su simpatía. Dígame usted que la corresponde, o -siendo usted quien entenderé que desesperar de los hombres. Yo no le hago a usted ninguna falta, pero usted a mí -no tengo el menor empacho en declarárselo- me hace falta como parte del conjunto armonioso, del orbe de ideas y emociones en que aliento.

¡A ver, José, una palabra, una palabra suya que nos ponga a ambos por encima de tanto error, de tanta miseria como nos circunda!

Alfonso Reyes
Av. Industria 122,
México 11, D. F.

Notas

- 1 Alfonso Reyes, Guillermo de Torre, *Las letras y la amistad. Correspondencia (1920-1958)*, edición de Carlos García, Valencia, Pre-Textos, 2005, p. 196.
- 2 Puede consultarse la carta en José Gaos, *Epistolario y papeles privados*, t. XIX de *Obras completas*, edición de Ángel Rangel Guerra, México, UNAM, 1999.
- 3 Cito las *Obras completas* por el tomo y la página de la riquísima edición de Taurus en diez volúmenes bajo la dirección de Juan Pablo Fusi.
- 4 Debo esta y algunas otras cartas relacionadas con Guillermo de Torre a la generosidad de Domingo Ródenas, futuro editor de un epistolario del escritor.
- 5 Armando Chávez Camacho, *Misión de prensa en España*, México, Editorial JUS, 1948, p. 236.
- 6 La entrevista se publicó en *El Universal*, de México, el 15 de septiembre de 1947, pero cotejo el texto con su reproducción en el citado libro *Misión de prensa en España*, pp. 231-240, y la copia mecanografiada que Alfonso Reyes adjuntó a la carta dirigida a Ortega dos días después, el 17, suplicándole la confirmación de un malentendido, esa “sola palabra de usted, de rectificación o de esclarecimiento” que nunca ofreció Ortega porque no había malentendido alguno.
- 7 Me detuve con alguna extensión sobre eso en *La resistencia silenciosa*, Barcelona, Anagrama, 2004.
- 8 Véase José Gaos, *Epistolario y papeles privados*, citado (nota 2), p. 236.
- 9 *Itinerarios filosóficos. Correspondencia José Gaos/Alfonso Reyes, 1939-1959*, edición de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio de México, 1999, p. 144. Las dos cartas de Reyes se hallan en el Archivo de la Fundación Ortega-Marañón, así como las restantes cartas citadas en este artículo sin otra referencia bibliográfica.
- 10 Juan Ramón Jiménez, *Guerra en España: prosa y verso (1936-1954)*, edición de Soledad González Ródenas, Sevilla, Point de Lunettes, 2009, p. 525.
- 11 *Ibidem*, pp. 613-614. También en *La resistencia silenciosa* traté por extenso las razones de esta irritabilidad de Juan Ramón.
- 12 Gracias a la documentadísima contribución de Carolina Castillo Ferrer en el presente libro sabemos que la revista pidió colaboración también a Ortega.
- 13 Cito el artículo por la edición de Nigel Townson de *Palabras recobradas. Textos inéditos*, de Arturo Barea, en Madrid, Debate, 2000, pp. 559-560.

Filosofía y crisis de la modernidad en *Realidad*

Francisco José Martín

(Universidad de Turín)

LA presencia de la filosofía en la revista *Realidad* no es un añadido más entre otros muchos, algo que se añade a otro algo que ya está perfectamente conformado y definido y que puede, por tanto, ser susceptible de estar o no estar sin menoscabo del espíritu de la revista, sino que, al contrario, es parte esencial constitutiva del horizonte de acción de la revista. No es un detalle más entre otros, sino su mismo fundamento. No el único, desde luego, pero sí uno de ellos, uno de los pilares que la sustentan, en el doble sentido de sostener y de alimentar. *Realidad* es inequívocamente una revista de marcado carácter intelectual: de hecho, el subtítulo declara explícitamente que se trata de una *Revista de Ideas*, es decir, que las “ideas” van a ejercer en ella de protagonistas indiscutidas (la revista es plataforma de discusión y en ella las ideas se discuten, claro está, como ponen de manifiesto algunas polémicas que se desarrollaron en su seno, pero lo que no se discute es precisamente el carácter intrínsecamente intelectual de la revista, la preeminencia de la reflexión y del pensamiento, el privilegio de las ideas en el marco del rigor conceptual de las formas argumentativas). Este protagonismo de las ideas confiere a la revista el carácter eminentemente intelectual que la caracteriza y distingue y todos le reconocen. Y las ideas, aunque intervengan en el más general campo de la cultura, o en el más específico campo intelectual, y son estos, indudablemente, los campos hacia donde apunta la acción de *Realidad*, son también patrimonio de la filosofía, pues su nacimiento es siempre un momento filosófico *stricto sensu*, donde quedarán marcados su significación y sentido primigenios. Un patrimonio no exclusivo, desde luego, pero sí suficiente como para que no pueda obviarse en este volumen hablar de esas ideas que la estructura de la revista lanza en vuelo con relación al general contexto del desarrollo filosófico contemporáneo, y también, más específicamente, aunque no menos impor-

tante, con relación a algunos intentos de definición de un posible modo hispánico de pensar. Porque lo cierto es que esas ideas no alzan su vuelo aisladamente, sino que lo hacen dentro de la estructura relacional de una revista atravesada de principio a fin por una indiscutible preocupación filosófica¹.

Francisco Ayala ha dado en sus memorias una explicación sociológica de ese marcado carácter intelectual de la revista: era un modo de establecer una “distancia” y una “diferencia” con lo que era y representaba en el inmediato contexto argentino la revista *Sur*. Dice Ayala:

A su aparición (y supongo que desde mucho antes, desde que empezara a barruntarse la existencia del proyecto [se refiere al proyecto de la revista *Realidad*]) hubo revuelo de alarma y sospechas en los cuarteles generales de *Sur*, temiéndose que éste [es decir, el proyecto de la nueva revista] fuera encaminado a erigirse en rival de la veterana publicación fundada, costeadada y orientada por Victoria Ocampo. Si propósitos tales existieron de parte de Carmen Gándara, no lo sé [y que Ayala, tan discreto siempre, lo diga de este modo hace pensar que algo pudo haber de ello]; pero sé muy bien que ninguno de los participantes abrigaba intenciones hostiles contra aquella admirable empresa en la que habíamos colaborado y seguíamos colaborando con nuestros escritos. Pensábamos que el lanzamiento de otra revista, en lugar de perjudicar a *Sur* ni amenazar su hegemonía literaria, enriquecía el panorama intelectual del país; y por esta razón tuve yo decidido empeño en darle a *Realidad*, como *revista de ideas*, un sesgo marcadamente ensayístico y crítico, excluyendo de sus páginas los textos de pura invención poética, verso o prosa, que predominaban en las páginas de *Sur* —un empeño que habría de obligarme a una continua pugna, sobre todo con Mallea, quien a todo trance deseaba abrir la revista a la literatura de invención imaginaria. Como en tales batallas suele ocurrir, tuve que replegarme en un momento dado y ceder algo para, hechas limitadas concesiones, impedir que irrumpiera la previsible avalancha de “originales” literarios incontrolados y quizá incontrolables. Al autor de un escrito discursivo hay base objetiva, si llega el caso, para convencerle de su inconsistencia; pero ¿quién convence a un poeta de que su musa le ha dictado quizá una sarta de incongruentes necesidades?²

Es una cita larga, pero importante y sustanciosa. ¿Acaso quiere decir Ayala que el carácter distintivo de *Realidad* nace de la voluntad de desmarcarse de *Sur*? En modo alguno. Nótese que Ayala habla de un decidido empeño suyo en dar a la revista un corte de clara significación intelectual y, paralelamente, como si fuera el envés de la misma medalla, de una igualmente decidida voluntad excluyente en relación a los escritos de pura creación literaria. A mi modo de ver, la “vecindad” de *Sur*, la consciencia, por parte del grupo fundador de *Realidad*, de esa cercanía y la consiguiente voluntad de querer desmarcarse de ella, de querer evitar todo conflicto o confusión con ella, conllevó una natural acentuación de sus señas de identidad, un reforzamiento de sus caracteres distintivos. Pero nada más. Se trató de una acentuación y de un reforzamiento pragmáticos de algo que ya había sido concebido de un modo preciso, de algo que ya era o estaba a punto de ser. Desde su mismo nacimiento, y aun antes, en el proceso de gestación del proyecto, *Realidad* profesó siempre una decidida vocación intelectual. *Sur* también la tenía, pero en ella era mero detalle que podía estar como podía también no estar sin que pasara nada, mientras que *Realidad* era precisamente esa vocación intelectual, ese comercio irrenunciable con las ideas, entre la realidad y las ideas, hasta el punto que, sin ellas, sin las ideas, no era nada, simplemente porque no hubiera sido.

Claro está que una revista es una plataforma de convergencias en cuyo seno pueden manifestarse incluso diversos modos de entender el proyecto mismo de la revista. Esto es a lo que alude Ayala en relación con Eduardo Mallea, quien, según dice, empujaba en la dirección de una mayor presencia de la literatura de imaginación en la revista. Ayala se refiere a Mallea, pero no sería el único, y quizá quien más empujara en tal sentido fuera Carmen Gándara, cuyo mecenazgo daba a su voz más peso del que intelectualmente le correspondería. Con todo, bien creo que pueda decirse que el núcleo duro de la revista, es decir, el triángulo formado por el director y los dos secretarios, Francisco Romero, Lorenzo Luzuriaga y Francisco Ayala, apostó siempre por el carácter marcadamente intelectual de *Realidad*, por el privilegio de las ideas y del rigor de las argumentaciones discursivas, pues las ideas no vuelan libres en *Realidad*, aunque la libertad sea uno de los valores que defiende, sino que están sujetas a un ejercicio del pensamiento que perseguía el esclarecimiento de la realidad contemporánea y buscaba hacer luz

entre las opacidades del mundo circunstante (nótese que estamos hablando de los años de la inmediata posguerra, y si la guerra, a la sazón mundial, había sido la gran noche del mundo, en la posguerra que siguió el alba despuntaba tímida y cercada de sombras). Y aunque no pueda decirse que la comprensión de la realidad sea cosa de poco, lo cierto es que la revista *Realidad* no acometía esa comprensión del presente como algo válido en sí, es decir, que no era para quedarse en ella, o con ella, sino para, desde ella, llevar a cabo una eficaz crítica del presente en aras de un futuro mejor. Donde *mejor* quiere decir más justo y más libre, cosa que la revista declinaba en estrecha vinculación a los valores de la cultura occidental, de los que hará decidida defensa en un horizonte de renovación del liberalismo que buscaba abrirse paso entre los bloques ideológicos que crecían de las ruinas de la guerra. En la cita de antes, Ayala había sintetizado todo esto en dos palabras, dos conceptos básicos que iban a convertirse en bandera implícita de la revista: “ensayismo y crítica”. En su interrelación y convergencia iba a quedar configurado el horizonte de acción de *Realidad*. Ayala habla, en efecto, de su “decidido empeño” por darle a la revista “un sesgo marcadamente ensayístico y crítico”.

Pues bien, el ensayo y la crítica han constituido dos vectores principales de la renovación filosófica del siglo XX. El “criticismo” es signo identitario de la filosofía occidental desde Kant en adelante: la crítica lo es antes que nada de las condiciones de posibilidad del conocimiento, y solo desde ahí, desde esa revisión a fondo de los mecanismos y de los postulados del saber humano, se podrá hacer crítica del estado de cosas que se constituye como estructura de la realidad. Y en relación al ensayo, Benjamin y Adorno han dejado escritas páginas magistrales bien conocidas de todos, páginas que ponen de manifiesto cómo las formas sistemáticas de fijación del pensamiento en la escritura eran inadecuadas a la hora de poder dar cuenta de la nueva situación de crisis en que se encontraba el hombre del siglo XX. A la fragmentación del mundo que siguió al derrumbamiento del orbe positivista se ajustaba más y mejor la elasticidad de las formas ensayísticas que la rigidez geométrica del decir sistemático consolidado como filosofía dominante por la tradición. He nombrado a Benjamin y a Adorno precisamente en relación al dominio de la filosofía, a la hegemonía dentro de ese dominio, al canon, en fin, de la filosofía, que no debe ser confundido nunca –aunque

se haga— con la filosofía. Pero lo cierto es que también hubiera podido nombrar a Ortega o D’Ors, o a Unamuno o Azorín, o a Rodó o Reyes, e incluso a los dos Franciscos de la revista *Realidad*, Francisco Romero y Francisco Ayala, egregios ensayistas y finos pensadores ambos, y, por lo tanto, filósofos, representantes de una filosofía que hemos tardado en ver y comprender como tal, que sigue teniendo amplias resistencias, sobre todo en el orden universitario, pero que lo es. Sé que la inferencia que acabo de hacer, ese “y por tanto filósofos ambos”, no crea problemas en el caso de Romero, pero quizá sí en el de Ayala y estoy seguro de que más de uno contestará esta apreciación. Después volveré sobre ello y diré en qué sentido considero que Ayala ha hecho filosofía, que muchos de sus escritos deben ser inscritos dentro del desarrollo filosófico del siglo XX, del general y del hispánico, pues no son coincidentes, que la suya es una filosofía práctica, política sería su calificación más apropiada, pero una filosofía política que no piensa desde principios generales y abstractos, sino desde la experiencia, desde la *empeiria*. A mi modo de ver, el marbete de sociólogo que suele aplicársele, y que sin duda le corresponde, oculta la verdadera naturaleza de su teoría sociológica, que nace desde un claro impulso de la filosofía política, como en Habermas, por ejemplo, aunque entre uno y otro, entre Habermas y Ayala, haya diferencias considerables sobre todo en lo que se refiere al modo de llevar a cabo la filosofía. A Ayala lo colocaría yo en la misma línea de Norberto Bobbio, por ejemplo, un pensador muy influyente, sin duda, pero poco tenido en cuenta como filósofo político en el canon de la filosofía hasta tiempos recientes.

Pero vuelvo al ensayo porque hay más, o porque lo dicho hasta aquí no agota toda su pregnancia significativa con relación a *Realidad*. Y es que el ensayo, aparte de haberse convertido en el siglo XX en forma expresiva propia de la filosofía dominante (ya han salido los nombres de Benjamin y Adorno, pero incluso un autor como Heidegger, tan ligado al rigor sistemático en *Ser y tiempo*, también habría de dar el paso hacia el ensayo, y *Realidad*, desde su indudable interés ensayístico, será testigo consciente de ese paso al publicar su importante “Carta sobre el humanismo”), ha sido también forma propia de un “modo de pensar” muy arraigado históricamente en la tradición hispánica (si bien hay que decir que este modo hispánico de pensar ha sido marginal con relación al dominio filosófico de la

modernidad). Sobre este punto, cuyo adecuado tratamiento nos desviaría ahora de nuestro camino, me permito remitir a un trabajo precedente en el que he pretendido mostrar precisamente esto que acabo de decir: que el ensayo no es una filosofía menor o de segundo orden, sino un modo de pensar distinto de las formas hegemónicas del dominio de la filosofía, y también que este distinto modo de pensar y de llevar a cabo el ejercicio filosófico hunde poderosamente sus raíces en la tradición cultural española (o hispánica, si me permiten)³. Entendámonos: el ensayo no es solo filosofía, sino un modo de ejercer y entender la filosofía que se da envuelta con la literatura, un modo de buscar la verdad sin renunciar ni al bien ni a la belleza, o viceversa, y ello porque, en el fondo, el ensayo moderno se constituye en una manifiesta anterioridad con respecto a las escisiones fundantes del discurso moderno (la separación de los tres órdenes de la metafísica, la ética y la estética): bien, verdad y belleza son un todo inescindible en el ensayo. De todos modos, ese moverse en tierra de nadie del ensayo, ese irrenunciable comercio que es el ensayo entre la literatura y la filosofía, aunque de soslayo, queda puesto de manifiesto, por ejemplo, en las muchas dificultades que salen al paso en la reseña que Guillermo de Torre publica en *Realidad* sobre la antología de ensayos de Ángel del Río y Maír José Benardete⁴, con lo cual, por si no estaba claro, que lo estaba, como volveremos a ver en seguida, se pone de manifiesto que *Realidad* se comprende y se configura desde la centralidad del ensayo. O de otro modo: que el ensayo es la forma de su compromiso intelectual.

Este compromiso, que *Realidad*, sin duda, lleva muy adelante, tiene una innegable derivación orteguiana⁵. Con ello quiero señalar una deuda intelectual que me parece indiscutible y sobre la que conviene hacer luz, sin que ello signifique en modo alguno ningún intento de disminuir o de relativizar el valor intrínseco de la revista. Un valor, en verdad, muy alto: no me cansaré de repetir que considero a *Realidad* como una de las mejores revistas del exilio republicano español, precisamente, como veremos más adelante, porque no quiso serlo. En propiedad, la deuda de *Realidad* no es con Ortega, sino con *Revista de Occidente*, con la que mantiene un evidente parecido de familia, un mismo aire o espíritu familiares. Con Ortega, con su pensamiento y con su obra, están en vario modo vincula-

dos los tres integrantes de lo que aquí he llamado el núcleo duro de la revista: Romero, Luzuriaga y Ayala, quienes, cada cual a su modo, reconocían o habían reconocido su magisterio (y esto con independencia de las relaciones personales, cambiantes, que cada uno de ellos mantuvo a lo largo del tiempo con Ortega). Es más, creo que es esta común derivación orteguiana, implícita en todos ellos, la que posibilita su constitución como elemento nuclear de la revista. La huella orteguiana es bien visible en Francisco Romero: a Ortega iba a dedicar en sus últimos años uno de sus trabajos mayores, *Ortega y el problema de la jefatura espiritual* (Buenos Aires, Losada, 1960), pero lo que aquí más nos interesa es señalar que su pensamiento es –y él mismo así lo consideraba– un desarrollo del raciovitalismo orteguiano. No una repetición del mismo en forma de glosa o comentario divulgativo, sino una continuación auténticamente creativa: Romero, en efecto, pertenece a ese nutrido y variopinto grupo de autores que, en el pleno ejercicio de una filosofía que se comprendía en términos orteguianos, lleva el orteguismo más allá de donde lo había dejado el maestro⁶. Su *Filosofía de la persona* (Buenos Aires, 1938; segunda edición ampliada: Buenos Aires, Losada, 1944), sin duda su obra más importante, es eso, una reelaboración en términos orteguianos del concepto de persona, algo que, de otro modo, también hará María Zambrano pocos años después en *Persona y democracia*, lo que indica que tanto uno como otra estaban trabajando en las órbitas del orteguismo y ampliando su radio de acción. Y otro tanto podría decirse de *El hombre y la cultura* (Buenos Aires, Espasa Calpe, 1951), en cuyos ensayos (algunos de ellos publicados antes en *Realidad*) resuenan las ideas de Ortega sobre la crisis de la cultura, o de la modernidad, elaboradas en el arco que va de *El tema de nuestro tiempo* a *La rebelión de las masas*, y donde, además, se escucha el eco de las conferencias sobre la “razón histórica” que Ortega impartió en Buenos Aires en 1940. Pero hay más, porque la deuda de Romero no se refiere solo a los contenidos del pensamiento, sino a la misma forma del pensamiento, que era, no se olvide, la forma de una filosofía que se abría paso desde el ensayo (nótese también, a propósito, el uso que hace del concepto orteguiano de “meditación” para titular algunos de sus trabajos: uno de los más importantes de los publicados en *Realidad* se titula precisamente “Meditación del Occidente” [III, 7]).

Por lo que respecta a Luzuriaga, la vinculación con Ortega es aún más evidente. A Luzuriaga lo encontramos entre los miembros fundadores de la Liga de Educación Política Española, aquella suerte de partido de los intelectuales –permítaseme esta impropiedad– a cuya cabeza se puso Ortega en 1914. Me parece digno de destacar aquí que el nombre de Generación del 14 se debe precisamente a Luzuriaga, quien lo lanzó desde las páginas del primer número de *Realidad*, concretamente en la reseña que hizo del primer tomo de las *Obras completas* de Ortega que había empezado a publicar el año antes la editorial Revista de Occidente (I, 1). De esa generación, que iba a cargar sobre sus hombros el peso de la reforma de España, Ortega iba a ser, sin duda, el líder y el filósofo de referencia, pero en lo que hace a la pedagogía era Luzuriaga la cabeza más visible y mejor preparada, es decir, que ocupaba un papel de primer orden dentro del movimiento intelectual de aquellos años. Su relación con Ortega fue siempre estrecha, primero como colaborador de la revista *España* y, más tarde, de *Revista de Occidente*, a cuya tertulia asistía con regularidad y en cuyo seno conoció al joven Francisco Ayala, como cuenta el propio Ayala en sus memorias⁷.

Tanto Romero como Luzuriaga eran coetáneos de Ortega, mientras que Ayala era bastantes años más joven (de Ortega 23, de Luzuriaga 17, de Romero 15). Es decir, que en estricta terminología orteguiana les separaba una generación, como en efecto acontecía. Y quizá sea esta diferencia de edad un rasgo característico que iba a quedar siempre marcado en la relación entre Ortega y Ayala, pues Ayala hablará en todo momento de Ortega desde el respeto debido a un maestro. Porque tal fue Ortega para Ayala, aunque *sui generis*, desde luego, primero como aprendiz de intelectual en la tertulia de *Revista de Occidente*, adonde llegó de la mano de Benjamín Jarnés, en esa tertulia elitista cuyo centro era su voz, la de Ortega, una voz que iba a seguir escuchando fuera, en las páginas de *El Sol*, en aquellos artículos cotidianos capaces de encender una esperanza fundada en el uso de la inteligencia, o en sus libros de aquellos años, *España invertebrada* y *El tema de nuestro tiempo* principalmente, y después como escritor en ciernes, en su giro hacia una vanguardia que iba a reconocerse en *La deshumanización del arte*, un libro con el que Ortega dijo querer filiar el arte nuevo, pero que los jóvenes artistas, al menos aquellos que se movían a su alrededor, iban a leer con un cierto carácter normativo. Entre ellos Ayala, y yo creo que ese recuerdo no se le borró nunca, o mejor, nunca quiso que se le borrara, acaso

porque en él quedaba cifrado el triste destino que dio al traste con todo ello, aquel “cementerio de promesas” al que iba a referirse en el prólogo de *La cabeza del cordero*.

Desconozco por qué falta la firma de Ortega en *Realidad*, pero no dudo de que la buscaron, y que lo hicieron pasando por alto razones de oportunidad, incluso aquella que pesó en el exilio como un anatema contra Ortega, la de su retorno a España. Pero, como decía, la *deuda* de *Realidad* no es con Ortega sino con *Revista de Occidente*. He hablado antes de un aire o parecido de familia porque creo que es lo que mejor define la relación entre ambas revistas: cada una de ellas tiene su identidad, claro está, pero hay algo en *Realidad* en que se reconoce la huella de *Revista de Occidente*, y es un reconocimiento que en nada limita ni la grandeza ni la autonomía de una u otra, de la misma manera que el parecido de familia ni quita ni pone al valor individual de cada cual. *Revista de Occidente* es, a mi modo de ver, una suerte de modelo de *Realidad*. De hecho, no creo que pudiera haber sido de otro modo, sobre todo porque cuando se piensa en un proyecto es natural volver la vista hacia experiencias similares, y Ayala y Luzuriaga tenían bien presente la experiencia de *Revista de Occidente*, la significación que tuvo en la España de su tiempo, sus logros, y también, claro está, sus límites y sus fracasos. El aire o parecido de familia se refleja incluso en su estructura, aunque la orteguiana era más ligera, no solo en relación al volumen, sino en su mismo espíritu, y es que los tiempos habían cambiado y en la posguerra se imponía la gravedad del momento. Pero donde más se nota el parecido es precisamente en el ensayismo que promueve, que es, como ya queda dicho, un tipo de ensayismo del que Ortega fue un verdadero maestro, un ensayismo que se ofrece como filosofía, como respuesta filosófica a la crisis de la modernidad —que no es solo crisis de contenidos, sino acaso principalmente de formas—. Nótese, además, que *Realidad* aparece cuando *Revista de Occidente* hacía años que había desaparecido, y nada hacía pensar entonces, además, teniendo en cuenta la situación política española, que pudiera volver a la vida cultural (reaparecería en los años sesenta inaugurando su segunda fase), y esto, este hecho, aquella clausura de la revista creo que también hubo de pesar en el ánimo y en el reconocimiento de tres hombres que lograron lo que difícilmente se logra en estos casos: la excelencia. Porque *Realidad* es, en efecto, una revista excelente.

No es una revista del exilio, por más que se levante desde algunas experiencias a él muy vinculadas. Pero no es *del* exilio, ni *para* el exilio, porque no se encierra en él, en su experiencia y en su dolencia, sino que desde ellas se lanza a pensar el mundo contemporáneo que había sobrevenido a la más atroz de las guerras, a pensarlo para entenderlo y dar una respuesta a sus problemas. En este rasgo tan característico de la revista creo que se refleja la posición del propio Ayala frente al exilio, su firme voluntad de no quedar atrapado entre sus redes, como solía acontecer, su decidido empeño por integrarse e incorporarse a la nueva realidad vital y cultural que le se ofrecía. En más de una ocasión dejó claro este punto, algo que le valió alguna que otra incompreensión por quienes eran sus compañeros de desventura: “Yo no me hacía ilusiones ningunas acerca del futuro. Sabía que había salido de España para muchísimo tiempo, quizá para siempre, y sin querer engañarme con falsas esperanzas, me dispuse a rehacer mi vida al otro lado del océano”⁸; “Si durante el tiempo de mi permanencia en Argentina me mantuve en contacto con aquellos españoles, compañeros de exilio, [...] procuré desde el comienzo mismo –o, mejor, no es que lo procurase, sino que ello se produjo espontáneamente– integrarme en el país donde mi vida iba a desenvolverse”⁹. Nótese que habla de rehacer su vida, de integración y de incorporación¹⁰, lo que comporta una mirada puesta decididamente hacia delante, hacia el futuro, y no hacia atrás, hacia una España que ya no existía. Esto es algo que quedó muy claro en el artículo que publicó en *Cuadernos Americanos* en 1949, “Para quién escribimos nosotros”, sin duda el punto de arranque de un diálogo entre la España de fuera y la de dentro, entre el exilio y la disidencia interior del franquismo (suele atribuirse a Aranguren este mérito, cuando lo cierto es que Ayala anticipó claramente su artículo de 1953 en *Cuadernos Hispanoamericanos*, “La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración”).

Pero no es que *Realidad* se desentienda del exilio, sino que, más bien, hace de su experiencia una perspectiva para mirar hacia delante y construir el futuro, una más entre otras, sin duda, pero privilegiada, como prueban las numerosas colaboraciones de nuestros exiliados, en las que debe advertirse que apenas hay ese sentido conmisericordioso hacia el pasado perdido que había en otras publicaciones del exilio. El exilio es acuciante realidad para mirar hacia delante y desentrañar las opacidades del mundo contemporá-

neo¹¹. Esto es algo que se ve de inmediato, casi nada más abrir el primer número, y luego se mantiene en todos los que le siguieron. Predomina, acaso podría decirse que atraviesa la entera revista de cabo a fin, una constante preocupación por la situación de crisis que vive el mundo, y lo que va ofreciendo la revista es una articulada reflexión por las distintas facetas o aspectos de esa crisis de la modernidad en que ha venido a dar el destino de Occidente. El editorial que abre el primer número es bien elocuente.

Nuestra cultura –la vieja e ilustre cultura de Occidente– ha llegado hoy a una situación excepcional. Por una parte, atraviesa formidable crisis; por la otra, se halla en la obligación de proporcionar al mundo entero [...] un programa completo de vida y de pensamiento [...]. Este es el hecho gigantesco que debe afrontar el hombre occidental: su cultura, quebrantada por una crisis gravísima, tiene que asumir plenamente el carácter y la función de cultura universal (I, 1: 1).

Se trata de un editorial importante, en cuya escritura veo las manos de Romero y de Ayala, más la de Ayala, pues algunos giros me parecen suyos, propios de su estilo, incluso cuando el editorial rechaza el estilo brillante (“la hora no tolera el juego brillante, la amable superficialidad, el entretenimiento de lo episódico”) y se impone el deber de la calidad (“si algún límite nos hemos de imponer, se referirá, más que a los temas, a la calidad de los enfoques”).

En efecto, el editorial traza con buena precisión las coordenadas en las que iba a moverse la revista: la comprensión de la crisis y la búsqueda de una salida. Pero no se trata de dos aspectos distintos, sino de dos momentos de una misma actitud intelectual. Frente al hecho incuestionable de la crisis, la revista se impone el compromiso de unas obligaciones que son, a la vez, intelectuales y morales:

El Occidente debe alcanzar conciencia de sí, de sus raíces y fundamentos, de lo que en él es accidente y de lo que es esencia, de su médula viva, de sus limitaciones y de sus posibilidades. Debe también abarcar su crisis, entenderla, juzgarla, arbitrar los medios para salir de ella. Esto, en cuanto a lo que pudiera llamarse el aspecto interno. En cuanto a lo externo, debe examinar la nueva situación, abrirse a una comprensión

más generosa y cabal de las otras culturas, para respetar en ellas su derecho, para incorporar aquellos de sus valores que resulten admisibles sin desmedro de la peculiaridad propia, para corregir lo que, acá y allá, hubiera de angosto y unilateral. Una cultura no se impone a quienes no la tengan por propia; únicamente es legítimo proponerla (I, 1: 1-2).

Algunas de estas palabras nos muerden aún con su actualidad. Podrían valer también para hoy, tal es su extrema lucidez, pero eran una propuesta que se hacía entre el desconcierto y las ruinas de la Segunda Guerra Mundial. El mundo había quedado dividido en dos grandes bloques ideológicos y se encaminaba con paso seguro hacia la Guerra Fría. Y *Realidad* toma partido contra todo ello, contra esa deriva en la que iba el mundo (José Ferrater Mora, “Digresión sobre las grandes potencias”, I, 3), y lo hace desde la afirmación y defensa del valor de Occidente, de los principios y valores occidentales. No hay en ello ninguna forma de tradicionalismo, más bien todo lo contrario, pues el Occidente que defiende la revista es un Occidente renovado que tiene que tomar conciencia de sí y aprender de sus propios errores, un Occidente que tiene que aprender a serlo, a ser de verdad Occidente. *Realidad* es una revista de ideas que va a defender la “voz de la razón” contra los “impulsos destructores” que amenazan al mundo, pero también es una revista de fe, de fe y de confianza en Occidente. No una fe ciega y una confianza gratuita, sino fundadas en la razón. Una razón que había engendrado monstruos, sin duda, y *Realidad* fue bien consciente de ello, tanto que fue una de las primeras publicaciones que habló de los campos de exterminio (Alberto Wagner de Reyna, “Civitas diavoli”, III, 7), quizá en ámbito hispánico la primera, pero también, junto a los monstruos, esa misma razón había engendrado los valores de libertad y de justicia que, junto a los de tolerancia, democracia, etcétera, constituían la tabla de valores de la cultura occidental. Esa fe manifiesta en Occidente es la que alberga la esperanza declarada de que acabe por convertirse en “civilización ecuménica”. Esto, dicho así, suena muy fuerte, pero debe tenerse en cuenta que no está dicho para hoy, sino a la altura de 1947.

Esta defensa de Occidente, tan ostentosa en el editorial, y tan cultivada a lo largo de los distintos números de la revista (aunque no falten críticas radicales, como la de Heidegger en “Carta sobre el humanismo”, III, 7 y 9),

a mi modo de ver, al menos en lo que hace al editorial, tiene que ser puesta en relación con las tensiones que atravesaron el campo de la cultura española en los años antecedentes a la Guerra Civil. Ayala y Luzuriaga debían tener un recuerdo muy vivo de ello, sobre todo de las funestas consecuencias a las que contribuyeron. Recordarían, sin duda, cómo, a un cierto punto, hacia el final de la dictadura de Primo de Rivera, aquel Occidente que representaba en España *Revista de Occidente* había empezado a ser puesto en tela de juicio, cómo el acoso fue creciente, hasta el punto que la tertulia orteguiana acabó por romperse y separarse, no tanto de Ortega, cuanto entre sus jóvenes discípulos y allegados. Y así, unos se fueron radicalizando en las vecindades del fascismo, y otros, casi de manera simétrica, lo hicieron vi- rando hacia la izquierda maximalista. Y el detonante llegaría de un fiel discípulo de Ortega, José Díaz Fernández, quien con su *El nuevo romanticismo* barría de un plumazo el vanguardismo comprendido en los términos de *La deshumanización del arte*. En ese clima nacieron y crecieron algunas revistas y editoriales que no dudaban en atacar el proyecto reformista de la Generación del 14 (la revista *Nueva España* se oponía de manera evidente a la que había sido el órgano oficial del grupo del 14, la revista *España*) y el horizonte intelectual orteguiano (Ediciones Oriente era también un no menos evidente ataque al Occidente que representaban la revista y la editorial orteguianas). Aquel Occidente español, que había sido el centro de la cultura en los años veinte, fue poco a poco, en los treinta, perdiendo peso, casi hasta quedar identificado con lo viejo y caduco de un sistema que se quería cambiar a toda prisa. En medio de aquel doble fuego quedaron Ortega, Jarnés y Vela. Ayala no, pero lo cierto es que ni él ni Luzuriaga se radicalizaron hacia posiciones maximalistas, y quizá, tiempo después, recordaron con aprensión cómo en aquella España que se encaminaba hacia la guerra hubo un momento en que nadie, o casi nadie, se sintió en la obligación de defender los valores de la cultura occidental. La lección de la historia había sido contundente y el editorial da fe de ello: “No cabe retroceder; solo nos es dado trabajar en la tarea inevitable, procurar que nuestra civilización, depurada y robustecida, se convierta en civilización ecuménica” (I, 1: 2). Nótese que dice depurada y robustecida. Y a renglón seguido va a hablar de América, como si la depuración y el robustecimiento de Occidente

hubiera de cumplirse, tras la guerra mundial, en América. Lo cual es, ciertamente, muy significativo, sobre todo porque da idea de un Occidente que no está anclado en el pasado, sino al que se van abriendo las vías del futuro. Para ello nada mejor que la convergencia y el juego dialéctico que abren el título y el subtítulo de la revista entre la realidad y las ideas:

Realidad se llama esta publicación, porque intenta atender [...] a la vasta realidad contemporánea, a la que somos nosotros, a la total en la que deseamos insertar cada vez más nuestra presencia patente y operante. Le hemos puesto como subtítulo *Revista de Ideas*, porque en cuanto pensamiento y por el pensamiento interviene en lo real el escritor. [...] Hechos e ideas componen la maraña de lo real, sin excluir la idealidad que es ansia y prefiguración de lo futuro. [...] En este amplio sentido ponemos en nuestra portada *realidad* –síntesis del hecho y de la idea–, e *ideas* –suma del pensamiento y del ideal (4).

Occidente, sus valores, su crisis, entendida como crisis de la modernidad, constituye el centro de los intereses de *Realidad*. La sucesión de sus distintos números así lo atestiguan, y pone de manifiesto, además, que la vigilancia del equipo de dirección de la revista fue en este aspecto muy estrecha, pues esa centralidad se manifiesta incluso en los libros seleccionados y en las reseñas de los mismos. Varios son los artículos que abordan la cuestión directamente: “¿Un mundo?”, de Hans Kohn (I, 1); “El positivismo y la crisis”, de Francisco Romero, y “Fin de era”, de Alberto Wagner Reyna (ambos en I, 2); “La guerra civil mundial”, de Max Ascoli (I, 3); “Técnica y civilización”, de Ferrater Mora (II, 6); “Carta sobre el humanismo”, de Martin Heidegger (III, 7 y 9); “Meditación del Occidente”, de Francisco Romero, y “El encuentro de Oriente y Occidente”, de Francisco Miró Quesada (ambos en III, 7); “El humanista en la encrucijada”, de Karl Kerényi (III, 8); “La civilización puesta a prueba”, de Arnold Toynbee, y “La rebelión del individuo”, de Eduardo Nicol (ambos en III, 9); “El hombre al día”, de Francisco Ayala (IV, 10); “El problema de los orígenes de Occidente”, de José Rovira Armengol (IV, 11); “¿Patología cultural?”, de Eduard Spranger (IV, 12); “Occidente, el tiempo y la eternidad”, de Juan Adolfo Vázquez (V, 13), etcétera. Habría más, sin duda, y habría también

artículos que sin acometer el asunto directamente dejan en propósito un breve destello iluminante, prueba de esa centralidad de la que venimos hablando. Número tras número, *Realidad* iba creando un singular tejido de reflexión alrededor del desafío intelectual de la crisis. Porque *Realidad* es, antes que otra cosa, respuesta a ese desafío. De los artículos citados cabe destacar “Meditación del Occidente”, de Francisco Romero, pues creo que es el que mejor representa el espíritu de la revista. Un artículo, este de Romero, que debería ser leído en paralelo con otro de Francisco Ayala de algunos años después: me refiero a “Defensa de Occidente”, publicado en 1961 en los parisinos *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*. “Meditación del Occidente” reenvía al ensayismo orteguiano, a la forma orteguiana de hacer filosofía, de responder filosóficamente al reto que suponía la crisis de la modernidad. Allí dice Romero, por ejemplo, que Occidente es una conquista, que los valores de la cultura occidental no son un punto de llegada, algo que se posee, sino algo que posibilita –y en ello residiría su fuerza– ir más allá de sí mismos: “no he sostenido que la historia de Occidente sea un viaje de recreo hacia el ideal, un placentero desfile con la ciudad soñada al fondo del horizonte. Ha sido y es una lucha, una larguísima batalla” (III, 7: 41). Lo que no dice Romero, por obvio, es que en esa batalla estaba decididamente empeñada la revista *Realidad*. Para Romero, “la crisis de nuestra época se deja interpretar como la de los tres rasgos o principios peculiares y fundamentales del Occidente [intelectualismo, activismo e individualismo], esto es, como una crisis de fondo del Occidente mismo. Pero a poco que se ahonde en la cuestión, se advierte que esa crisis no significa el fracaso de esos principios, sino más bien de las maneras y direcciones en que funcionaron en la última etapa, y la necesidad de reajustarlos en vista de las nuevas circunstancias históricas” (45).

La crisis, pues, no barre –no debería barrer– ni los principios ni los valores propios de la cultura occidental. Ahí siguen, o pueden seguir, en permanente disposición para que su aplicación práctica pueda tener mejores resultados. Necesitan solo, dice, de un reajuste en función de la nueva situación, de una reconversión capaz de hacerles dar lo mejor de sí en esa batalla sin final que es el destino de Occidente.

Como occidentales, nos corresponde meditar sobre el Occidente y su crisis, como asuntos nuestros que son debemos examinar y comprender la cuestión en todas sus maneras y dimensiones, en vez de entregarnos a los sentimientos suscitados por una situación que es habitualmente incómoda y con frecuencia dramática. Y para confirmarnos en la adhesión a la esencia y módulos de nuestra cultura, nada mejor que reconocer como su origen y fundamento la altiva resolución del hombre de no dimitir, de no renunciar, de no entregarse; la concepción de la vida como obligación y tarea; la interpretación del alma como un infinito en potencia cuya actualización es el máximo deber y el sentido de la existencia humana y de la historia (46).

Occidente debía, pues, ser refundado; no por la quiebra de sus valores y principios, sino por el fallo de su aplicación en la historia. A esa refundación miraba *Realidad*, y lo hacía, según las palabras de su director, desde una concepción de la vida de clara raigambre orteguiana: la vida como “obligación” y como “tarea”, dice Romero, donde por tarea Ortega decía “quehacer” y “faena”, y también “tarea”, y por obligación decía “misión” (*El libro de las misiones* es el título de un libro suyo publicado en Argentina en 1940). Occidente era, y es, en efecto, una misión: no algo dado de manera cerrada y definitiva, sino un camino, algo por hacer, es decir, un quehacer radicalmente asumido por el hombre occidental en aras de la construcción del futuro. De un futuro mejor, más justo y más libre, más auténtico y verdadero. La refundación de Occidente, o su defensa, según el título citado de Ayala, pasaba necesariamente por la asunción de la lección de la historia, por el necesario aprendizaje de la experiencia. En los primeros años de la posguerra, que son los de *Realidad*, aparecían claras las responsabilidades de la cultura occidental en todo lo que había pasado. Las ruinas de la guerra estaban bien presentes. Y eran ruinas físicas y espirituales. Frente a ello era mucho más fácil, y sin duda intelectualmente más cómodo, hacer una suerte de enmienda a la totalidad y declarar fallido el destino de Occidente. Es, en cierto modo, la vía que indica Heidegger en “Carta sobre el humanismo”. Por ese camino, al que no niego ni importancia ni interés, se iba derecho a la situación intelectual desde la que el propio Heidegger declaró, en su última entrevista, aquello de “solo un Dios puede salvarnos”. Pero conviene

notar que *Realidad* está en otra onda. Que *Realidad* publique el texto de Heidegger, en lo que fue su primera traducción al español, inmediata a la publicación original, da muestra de la importante red de contactos que tenía la revista desplegados por el mundo, capaces de notar y valorar, casi en tiempo real, la importancia de las novedades que iban apareciendo en el panorama internacional¹². Da muestra igualmente de la valentía de la revista y también de su intrínseca libertad, porque, por un lado, hubiera podido plegarse a la oportunidad de los lugares comunes condenatorios de Heidegger por su vinculación al nazismo y no lo hizo, mostrando un coraje inusitado (no sé si vale la pena recordar que el nombre de Heidegger, sin duda uno de los más grandes filósofos del siglo XX, no era fácilmente pronunciable en los años que siguieron a la guerra), y, por otro, porque el texto de Heidegger suponía un ataque directo contra la línea de flotación de la revista. En este sentido, sin embargo, es muy significativo que la revista haga seguir la “Carta sobre el humanismo” de la “Meditación del Occidente” de Romero. Era una respuesta clara, aunque ni en el texto ni en ningún otro lugar de la revista se explicita o se insinúa nada parecido. Pero lo era. Y en esa respuesta quedaba cifrada la apuesta de *Realidad* por los principios y valores occidentales. Porque leídos en sucesión los textos de Heidegger y de Romero se percibe en el de este último el sentido de una “resistencia”, del valor de una resistencia radicada en Occidente contra la deriva del mundo contemporáneo. Occidente requería una refundación, es cierto, pero era además una forma de resistencia. *Realidad* también es eso: una forma de resistencia. Sabe —por lo menos lo saben Ayala y Luzuriaga— que la resistencia no era un capítulo de la Segunda Guerra Mundial, que lo fue, sin duda, sino que seguía abierta, y no solo como fue durante los años de la guerra, resistencia contra el fascismo, o contra los fascismos, sino que ahora debía refundarse como resistencia contra el totalitarismo, contra todos los totalitarismos sin distinción, y no solo contra los políticos, sino también contra el dominio tecnológico que iba a roturar —que ya estaba roturando— el mundo en la nueva era. Y este detalle, a mi modo de ver, es de una importancia capital: la refundación de Occidente debía hacerse desde la resistencia de sus valores y principios. Esta resistencia constituye la dimensión moral del compromiso de *Realidad*. O de otro modo: el lugar donde el compromiso intelectual de la revista se hace también moral.

Dejo consignado como apéndice, sin desarrollo y simplemente anunciado, un tema que me parece del mayor interés. Acaso pueda parecer marginal, pero no lo es. Y es que la refundación de Occidente que intenta promover la revista, o el reajuste, como lo llama Romero, conlleva una paralela refundación de lo hispánico, un reajuste de las bases constitutivas de una posible cultura hispánica, una necesaria redefinición de la consistencia del ser hispánico¹³. En este horizonte se inscriben las notas de “preocupación” por España y por lo español, una preocupación que muy pocas veces aparece en la revista como preocupación en sí, pues suele comprenderse como parte de una más general preocupación por los destinos de Occidente.

En ese mismo horizonte se inscriben, por ejemplo, la polémica entre Ayala y Sánchez-Albornoz, o el eco que llega a la revista de la que fuera de ella mantuvieron con dureza Sánchez-Albornoz y Américo Castro, y también los artículos que se interrogan por la existencia o no de una filosofía hispanoamericana, o iberoamericana, o por una eventual cultura latinoamericana¹⁴. El trabajo de Ayala sobre “La perspectiva hispánica”, incluido en la primera edición de *Razón del mundo*, me parece fundamental para entender todo esto y creo que es ese texto de Ayala el que implícitamente sirve de fundamento a este aspecto del horizonte de la revista. Creo que ese texto de Ayala, que considero de la mayor importancia, debería ser puesto en conexión con el concepto de “diferencia hispánica” desarrollado por Américo Castro en su pensamiento del exilio. Ayala explica allí las razones de la marginalidad de la cultura española en el concierto de la modernidad europea, el peso de la historia en la conformación de lo hispánico como margen de lo europeo. Es margen porque el modo de vida hispánico se afirma con diferencia respecto al europeo moderno (Ayala y Castro dan de esto dos explicaciones que, siendo distintas, pueden ser convergentes).

El modo de vida hispánico, la “vividura” en terminología castrista, lleva asociadas una comprensión del mundo y una forma de pensamiento. Y en este punto fatal de la historia de Occidente, en el momento extremo de su crisis, que no es, en propiedad, crisis de Occidente, sino crisis de un modo de entenderlo, del modo moderno de comprender lo occidental, del modo dominante de la modernidad, en ese punto de crisis, con las ruinas bien a la vista de ese mundo moderno, Ayala tiene el valor de proponer la “pers-

pectiva hispánica” como salida de esa magna crisis, precisamente porque por su marginación y marginalidad no ha contribuido a ella, y, por lo mismo, porque la bondad de lo que podría dar de sí no ha sido experimentada y bien valdría la pena poder hacerlo, sobre todo porque la vía de lo que ha dominado la modernidad ya ha sido puesta en práctica y a los ojos de todos estaba el resultado. Hay un “pensar en español” que bien valdría la pena rescatar del olvido, una “tradición velada”, hispánica y latina, que podría hacerse operativa para dar forma a la nueva era. A todos hoy nos es obvio que la propuesta no prosperó, pero ello no empece para que le reconozcamos su mérito, entre otras cosas porque quizá estemos aún a tiempo, porque el tiempo de esa “tradición velada” acaso también dependa de nosotros. De cómo nos coloquemos frente a *Realidad*, de cómo nos coloquemos nosotros, aquí y ahora, frente a esta revista, si como simples estudiosos del pasado que hacen filología del documento, o como herederos de su legado intelectual y moral.

Notas

- 1 Para la comprensión del “modo hispánico de pensar” que subyace al desarrollo de este trabajo me permito remitir a mi estudio *La tradición velada. Ortega y el pensamiento humanista*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999. Por lo mismo, quizá convenga aclarar que el término “filosofía” que aparece en el título de este trabajo no quiere hacer referencia a la efectiva presencia de las distintas corrientes del pensamiento contemporáneo que en vario modo se dieron cita en *Realidad*, algo bien evidente y para cuya apreciación de bulto basta echar una rápida ojeada a los índices de la revista, sino, en propiedad, a algo que no tiene que ver solo con los contenidos de la filosofía, sino también con la misma forma filosófica desplegada y promovida desde la estructura relacional de la revista. De manera paralela, el concepto de “crisis de la modernidad” se abre paso, sea como contenido de la filosofía, sea también como necesario re-pensamiento de las formas dominantes del decir filosófico.
- 2 Francisco Ayala, *Autobiografía(s)*, vol. 2 de las *Obras completas*, edición de Carolyn Richmond, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2010, p. 373. Acerca de la significación de *Sur*, pueden verse Rosalie Sitman, *Victoria Ocampo y Sur. Entre Europa y América*, Buenos Aires, Lumière, 2003; y John King, *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura (1931-1970)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- 3 Francisco José Martín, “Pensar por ensayos. El ensayo en la España del siglo XX”, en *La Torre del Virrey. Revista de Estudios Culturales*, serie 9 de *Libros*, 2011/2. Disponible en: www.latorredelvirrey.es/libros/libros_2011_9/pdf/360.pdf (último acceso: 1 de abril de 2013).
- 4 Ángel del Río y Maír José Benardete, *El concepto contemporáneo de España. Antología de ensayos (1895-1931)*, Buenos Aires, Losada, 1946; la reseña de Guillermo de Torre apareció con el título de “Sumas y restas a una antología de ensayos” y se publicó en *Realidad* (I, 3).
- 5 Carolyn Richmond ha llamado la atención sobre la necesidad de “leer entre líneas” a la hora de aquilatar la relación entre Ayala y Ortega. Tiene razón, y esa misma prevención cabría ampliarla también a Romero y a Luzuriaga, y, en general, a buena parte de los exiliados españoles residentes en Argentina en la época de *Realidad* (recuérdese que Ortega había residido en Buenos Aires entre 1939 y 1942, y que su sucesiva marcha a Portugal causó un hondo malestar en las filas del exilio; en este mismo libro Jordi Gracia se ocupa de

este asunto; respecto a la solicitud de colaboración a Ortega, véase la nota 58 del ensayo de Carolina Castillo en el presente volumen). Aquí vamos a distinguir, como intento de higiene intelectual, entre lo que es Ortega y lo que es el orteguismo, que entiendo como una suerte de *koinè* intelectual y filosófica en la que Ortega es un agente principal, desde luego, pero no el único. En esa *koinè* trabajan todos los discípulos de Ortega, y también otros muchos que, no siéndolo, como en propiedad no lo era Francisco Romero, por ejemplo, se reconocen —o pueden hacerlo— en una derivación orteguiana. Si se me permite la imagen, sería algo así como una serie de órbitas que giran de maneras muy distintas alrededor de un centro (Ortega), pero que con el tiempo llegarían a ser órbitas descentradas (el ejemplo más fácilmente reconocible sería el de María Zambrano y la “razón poética”).

- 6 Tzvi Medin, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- 7 Son muy dignas de nota las dos semblanzas que traza Ayala de Romero y de Luzuriaga en sus memorias: Francisco Ayala, *Autobiografía(s)*, citado (nota 2), pp. 322-326 y 378-379.
- 8 *Ibídem*, pp. 267-268.
- 9 *Ibídem*, p. 315.
- 10 *Ibídem*, p. 316.
- 11 Véase “La perspectiva hispánica”, de Francisco Ayala, incluido ya en la primera edición de *Razón del mundo*, Buenos Aires, Losada, 1944.
- 12 De esto trata Carolina Castillo Ferrer en su ensayo incluido en el presente volumen.
- 13 A este propósito véanse los artículos de Carolina Castillo Ferrer, “La conciencia hispánica de Francisco Ayala”, y Milena Rodríguez Gutiérrez, “Un intelectual español e hispanoamericano: sobre el concepto de hispanidad en los ensayos de Francisco Ayala”, ambos en *De este mundo y los otros. Estudios sobre Francisco Ayala*, edición de Luis García Montero y Milena Rodríguez Gutiérrez, Madrid, Visor, 2011, pp. 155-176 y 277-294 respectivamente.
- 14 Véanse, por ejemplo, los artículos de José Luis Romero, “Pedro Henríquez Ureña y la cultura hispanoamericana”, Risieri Frondizi, “¿Hay una filosofía iberoamericana?”, y Aníbal Sánchez Reulet, “Filosofía interamericana”, en III, 7 el primero y en III, 8 los otros dos.

Razones poéticas en la revista *Realidad*

Laura Scarano

(Universidad de Mar del Plata-CONICET)

A Isaías Lerner, in memoriam

No hay que olvidar nunca el precepto del Inca, el buen americano:
“Si levantas el puño es que se te ha acabado la razón”

Juan Ramón Jiménez, “La razón heroica”

NO cabe duda de que una de las empresas intelectuales más fructíferas del exilio argentino de Francisco Ayala fue la fundación en 1947 de la “Revista de ideas” *Realidad*. Su calidad estaba garantizada por las mentes y voluntades que se unieron en la empresa: Ayala y Lorenzo Luzuriaga como sus verdaderos artífices, el entusiasta apoyo de Eduardo Mallea, la dirección formal de Francisco Romero, el mecenazgo económico de Carmen Rodríguez Larreta de Gándara, el pequeño capital aportado por Losada y Sudamericana, y las míticas prensas de la imprenta López en la calle Perú 666 de Buenos Aires. Sabemos que nació para complementar el desafío literario de la revista *Sur* (fundada por Victoria Ocampo), al proponer un espacio conjunto de debate cultural. Con dieciocho números de vida, convocó en su comité a destacados intelectuales con la ilusión de construir un espacio cultural hispánico, que aunaría ambas orillas del idioma. El apoyo de plumas internacionales de la talla de Bertrand Russell, Jean-Paul Sartre, Martin Heidegger, Spender, Toynbee o T. S. Eliot no hizo más que consolidar en esos escasos tres años un lugar de renombre y legitimidad para la revista argentina.

Sin duda, constituyó un descomunal esfuerzo de voluntad intelectual y entereza moral, que se sobrepuso a la precariedad de medios materiales y a

la incertidumbre política endémica que brindaba, a pesar de su hospitalidad y cosmopolitismo, la inquieta Buenos Aires. Luis García Montero, uno de los más lúcidos intérpretes de la obra y la empresa ayaliana toda, en su perspicaz prólogo a la edición de la revista, captura la envergadura de este ambicioso proyecto con estas palabras: “desde su pequeña oficina, situada en el número 119 de la calle Defensa, con un balcón a la Plaza de Mayo, la revista *Realidad* estaba dispuesta a convertirse en el observatorio de un mundo en movimiento, más allá de las presiones del nacionalismo argentino y de los límites nostálgicos del exilio republicano español” (2007a: XLII).

¿Qué pasaba con el mundo, con España y con América en aquellos años? Ya en el primer editorial de *Realidad*, sin firma pero atribuible a la pluma de Ayala y Romero, se habían dejado claramente establecidos sus propósitos y naturaleza: “una revista es como un ser viviente, tiene que hallar viviendo la ley de su existencia”. Y *Realidad* hallaría su ley viviendo y auscultando, desde el “mirador argentino”, un controvertido planeta en crisis. La “ley de su existencia” estaba apoyada en una incommovible certeza ética, pues en el mismo editorial fundacional declaran que “si algo, sin embargo, nos parece indudable, es que la hora no tolera el juego brillante, la amable superficialidad, el entretenimiento de lo episódico” (I, 1: 4).

Francisco Ayala destacará en sus *Recuerdos y olvidos* que la voluntad editorial fue desde el inicio imprimirle “un sesgo marcadamente ensayístico y crítico”, excluyendo textos de creación o ficción puros, como otro modo de diferenciarse de la compañera *Sur* de Victoria Ocampo (2010: 373). Sería una revista “de ideas”, pues “no quiere ser literaria en el sentido habitual de la palabra ni tampoco especializada en un grupo aislado de problemas teóricos o prácticos” (I, 1: 2). Si bien más tarde aparecerán unos pocos textos literarios, como su relato “El Tajo”¹, no fue nunca la ficción el propósito editorial; y, de hecho, no se publicarán nunca poemas. No obstante, el lugar otorgado a la poesía no será menor, lo cual habilita nuestro interrogante de partida: ¿cuáles eran los tópicos y problemas que preocupaban a los poetas que escribieron en *Realidad*? ¿Cuál fue el lugar asignado a la poesía en la mente y en la pluma de sus responsables y colaboradores?

En esta exposición quisiera observar los hilos que tejen una provocativa y coherente meditación en torno a las *razones poéticas* presentes en esta

“Revista de ideas”. Bajo la estela del inspirador título del ensayo que Juan Ramón Jiménez edita en el número 11, “La razón heroica”, he querido titular mi trabajo con esa categoría fundacional. Porque las “razones poéticas” que la habitan se manifiestan en tres líneas especulativas complementarias, que he denominado la “razón crítica”, la “razón estética” y la “razón geopolítica”. Dentro de estas coordenadas, veremos cómo los poetas que colaboraron confluían en una misma aspiración: crear un espacio intelectual de pensamiento “crítico”, desde la esfera geocultural del “hispanismo”, con una consagración marcadamente “esteticista” al arte y a la poesía como eje ético vital. Pero he subrayado en mi título la palabra “razones”, porque la reflexión sobre la poesía coincidió con ese eje nuclear del proyecto editorial, que fue desde su inicio una reivindicación de la razón. Ya en el primer editorial los responsables proclamaban que, frente a las “tendencias negativas” de la época y “contra esos impulsos destructores *queremos elevar la voz de la razón*, en una tarea clarificadora que afirme la validez suprema del espíritu y desentrañe con serenidad, energía e independencia su papel en la civilización y en la vida del hombre [el destacado es mío]” (I, 1: 3). Son para ellos “obligaciones inexcusables” de la tarea cultural, las de “alcanzar conciencia de sí, de sus raíces y fundamentos”, para formar una “civilización ecuménica” (1-2).

Para eso, el desafío que ostentarían con orgullo sería el de fundar un nuevo hispanismo, porque “desde el descubrimiento, América ha sido la ilusión, el ensueño de Europa”, con “un ritmo nuevo, más elástico, libre y voraz” (3). Tal como señala García Montero en su prólogo: “La revista *Realidad* participó de este esfuerzo por abrir una perspectiva hispánica en los procesos de unificación y en la defensa de la conciencia liberal” (2007a: XLIX). Y en esa tarea, sus responsables no solo convocaron “a lo mejor de la cultura de su tiempo para intentar comprender, diagnosticar y pensar un mundo en crisis”, sino que se comprometieron ellos mismos de manera integral en perseguir “una última ilusión: la defensa de los valores occidentales más dignos”, desde “la cultura hispánica” (2007a: XXIX). Esa fue la línea defendida por *Realidad*, la libertad como forma integral de vida, capaz de construir una alternativa hispánica a los procesos de homologación de la cultura anglosajona y las grandes potencias, a la tiranía mediática y al desarrollismo tecnológico del imperio estadounidense. Superar el “localismo

español” y diseñar “el lugar de los intelectuales” desde una cultura hispánica que abogara por “la reivindicación moral de la condición humana”, empeñada en “opinar” e “intervenir en las contradicciones de la realidad”: ese era su reto, en palabras de García Montero (2007a: LVI). Por ello rechazaron de plano el relato de una “hispanidad imperial” patrocinado por el franquismo, mientras abogaban por una “reivindicación de las tradiciones hispánicas” insertas en la nueva realidad mundial. Ni atados al carro de una pasada unidad imperial conquistadora, ni esclavos de una modernidad extranjerizante y tiránica, la propuesta cultural de la revista estuvo signada por un “destino histórico” —como los editorialistas proclaman—: “No cabe retroceder; solo nos es dado trabajar en la tarea inevitable, procurar que nuestra civilización, depurada y robustecida, se convierta en civilización ecuménica” (I, 1: 2).

Desde esta óptica, se puede valorar la incidencia que tuvieron algunos ensayos nucleares, como el citado del poeta de Moguer, exiliado en América del Norte, y de visita en Argentina para esa misma época (al cual volveré al final de la exposición por su importancia capital). Entre otros ensayos significativos, cabe destacar algunos de índole teórica que fijan posición en el universo complejo de las tendencias de época. Por ejemplo, Enrique Luis Revol titula “Para una defensa de la poesía” un alegato que introduce una categoría innovadora como la de “uso”: “si se desea que la poesía cumpla realmente su función, que tenga un *uso social*, es necesario dejar que los poetas mismos sean quienes indiquen cuál ha de ser este uso y cómo se lo conseguirá, en vez de atribuir esa capacidad a demagogos de cualquier índole” (V, 15: 323). Julio Cortázar en “Un cadáver viviente” hace una defensa del surrealismo frente a los agoreros que decretaron su muerte definitiva y los amonesta con estas palabras: “conviene acordarse que del primer juego surrealista con papelitos nació este verso: *El cadáver exquisito beberá el vino nuevo*. Cuidado con este vivísimo muerto que viste hoy el más peligroso de los trajes, el de la falsa ausencia, y que presente como nunca allí donde no se lo sospecha, apoya sus manos enormes en el tiempo para no dejarlo irse sin él” (V, 15: 350).

Otros ensayos abordan autores y ámbitos nacionales específicos, como el de Enrique Anderson Imbert sobre “El escamoteo de la realidad en las

Sonatas de Valle-Inclán” (IV, 10), el de Emilio Sosa López sobre las “Tendencias de la poesía argentina actual” (V, 13) o la crítica de Juan Carlos Ghiano a una antología titulada *Diez poetas jóvenes*, que firman Horacio Becco y Osvaldo Svanascini y prologa Guillermo de Torre (IV, 11). En cuanto a estudios de poetas claves de la tradición hispánica cabe destacar ensayos como el de Daniel Devoto “Los ojos de Berceo” (V, 14), o “Quevedo ante la vida y la muerte” de Alberto Wagner de Reyna (VI, 17 y 18) y “Quevedo y la tradición senequista”, de José María Chacón y Calvo (III, 9). El interés historiográfico y metodológico alienta en estudios como el de Serrano Poncela, español exiliado en Puerto Rico, sobre “Las generaciones y sus constantes existenciales” (VI, 16), o bien el de Francesco Flora, catedrático de la Universidad de Milán, titulado “Civilidad contra naturaleza. Las poéticas del siglo actual” (IV, 12).

Asimismo, la sección “Notas de libros” de la revista despliega un abanico de textos referidos a la poesía, donde conviven notas críticas, como la referida a *La poesía pura* de Henri Brémond (firmada por Humberto Rodríguez Tomeu) (II, 4), con opiniones y noticias que analizan y diagnostican rumbos, tradiciones o voces nuevas en el ámbito hispánico. Son reseñados libros de Rubén Darío (Anderson Imbert) (I, 1), José Martí (Caillet-Bois) (I, 1), Julián del Casal (Caillet-Bois) (I, 2), Horacio Armani (Javier Fernández) (IV, 12), Leopoldo Lugones (V, 15), Francisco Luis Bernárdez (III, 8) o Jorge Luis Borges (IV, 11) (estos tres últimos firmados por Juan Carlos Ghiano).

Esta constelación de nombres y problemas contribuye a cimentar una misma postura sobre la poesía, fundada en ese espíritu “crítico”, “esteticista” y “panhispánico”, y a la vez se consolidan las mencionadas “razones poéticas”, con estudios que harían luego historia, como el de Pedro Salinas titulado “Paloma y esfinge o la fatalidad erótica de Rubén Darío” (II, 4). Su reflexión exhibe la comunidad cultural y estética sellada por este modernismo de mar a mar, vigente aún en los años cuarenta. Salinas focaliza con rigor el tópico amoroso como “obsesivo asunto” en la obra del nicaragüense; rastrea su genealogía erótico-literaria (Dante, Petrarca, Shakespeare, Garcilaso, Bécquer) y destaca su peculiar “erotismo sin amada”. Para el poeta-crítico y profesor, exiliado en Estados Unidos, ferviente admirador de Darío y él mismo sucesor de su veta lírico-amorosa como muy pocos,

“lo más definitivo y característico de esas criaturas [las amadas] –al igual que en los humanos– proviene de su creador; de la imaginación inventora del poeta, que trabaja como el pintor, trasladando una persona humana del mundo a un lienzo, y dándole lo mejor que él tiene para el viaje” (II, 2: 67). Y sostiene que la poesía se instala en un “no tiempo”, que es el presente, un “tiempo presencia” (79), tesis de evidente filiación juanramoniana. La pasión crítica del madrileño no disimula la fuente originaria de su voz (es ante todo poeta) y en el ejercicio propio de la poesía radica su indudable esteticismo. Pero a la vez Salinas funda su “razón crítica” en un gesto ideológico que lo une a sus pares de *Realidad*: rinde tributo a una figura que excede la geografía sudamericana y se proyecta de manera vital en una comunidad cultural que no reconoce otra frontera que la lengua común. Juan Carlos Ghiano destacará que Salinas inaugura “un nuevo tipo de estudios estilísticos, no limitados a la forma poética, sino situando las obras en las modalidades que definen la historia de la cultura” (V, 15: 373)².

En consonancia con esta emergencia de una “razón crítica” desde la experiencia de quien es asimismo poeta, no podemos soslayar una de las aportaciones más notables de un poeta extranjero. Se trata del ensayo de T. S. Eliot titulado escuetamente “Milton”. Para el inglés, hay dos maneras de aproximarse a la poesía de cualquier “gran poeta”: la del “erudito” y la del “ejecutante”. Si bien “la orientación de ambos críticos es diferente”, deberían complementarse “el uno al otro, en el campo de la crítica literaria” (IV, 10: 2). Sin duda, él se ubica en el espacio del “ejecutante”, que es quien comunica “lo que piensa un contemporáneo que escribe versos sobre uno de sus predecesores” (1), en este caso Eliot leyendo a Milton. El foco de la mirada de ambas figuras críticas es también disímil, porque “al erudito le preocupa la comprensión de la obra de arte en relación con el medio del escritor”, es decir, “el mundo en que vive”, “su formación intelectual”, mientras que “al ejecutante, en cambio, le interesa menos el autor que el poema y contempla el poema, sobre todo, en relación con su propia época” (2).

La posición crítica en que Eliot se instala representa cabalmente la de la mayoría de los poetas que colaboraron en *Realidad*, quienes como el inglés se preguntan: “¿Qué pueden aprender los poetas de hoy, en la poesía de tal poeta?” (2), o “¿cómo debiera escribirse la poesía *ahora*? ¿Y qué lugar ocu-

paría Milton en la respuesta a esta[s] pregunta[s]?”³. Su respuesta es categórica, aunque su estilo poético no coincida con el del objeto de estudio: Milton es “el más grande maestro en nuestro idioma [...] de la libertad dentro de la forma” (26-27). Sorprende aquí la novedad y apertura de su mirada, en quien fuera emblema de un *modernism* de incuestionable factura esteticista, cuando define el “lenguaje de su época” como un acercamiento al habla coloquial y a los asuntos cotidianos. Así diagnostica Eliot la nueva poesía que se abría paso por esos años:

Uno de nuestros principios era que el verso debía tener las virtudes de la prosa, y que el lenguaje poético debería asimilarse al habla culta contemporánea, antes de aspirar a la suprema elevación de la poesía. Otro principio que sostuvimos fue que el tema y las imágenes de la poesía deberían extenderse a los asuntos y objetos relacionados con la vida de un hombre o de una mujer modernos; que deberíamos buscar lo no poético, y aun el material refractario a la transmutación poética (26).

Eliot admite que el estilo de Milton se caracteriza por estar “a una distancia extrema de la prosa” (26), y en consecuencia, puede resultar antagónico al “lenguaje de la época”, lo cual llevaría a pensar que “el estudio de Milton no podía ser útil” (26). La conclusión más rápida sería, pues, que los poetas contemporáneos deberían leer y exaltar “los méritos de aquellos poetas del pasado que les ofrezcan ejemplo y estímulo”, rebajando “el valor de los poetas que no posean las características que ellos están ansiosos por reelaborar”, tendencia que explicaría –dice– “el actual gusto por Donne” y el momentáneo olvido de Milton (25). Sin embargo, sostiene Eliot que la lectura de Milton puede ser de suma utilidad porque les ofrece un “nuevo llamado al oído”, ya que “la poesía debe contribuir no solo a refinar el lenguaje de cada época, sino a preservarlo de un cambio demasiado brusco”, y “en esta búsqueda, habría mucho que aprender de la dilatada estructura del verso de Milton; y se evitará el peligro de una *servidumbre* al habla coloquial o a la jerga corriente” (26). Eliot defiende, pues, el espíritu crítico y el rol capital de la lectura y del conocimiento de la literatura como “parte muy valiosa del equipo de un poeta” (26).

Otro poeta y crítico del elenco estable de *Realidad* que se ajustará a la perfección a este modelo eliotiano, es Guillermo de Torre. Especial protagonismo tiene también por esa peculiar identidad dual, española y argentina, orgullosamente asumida, al estar casado con Norah, hermana de Borges. Se unen en él la pasión crítica del agudo ensayista y filólogo, la apuesta esteticista del poeta ultraísta y el alegato hispanista del intelectual y académico⁴. Sus notas y artículos acompañan los tres años de vida de la revista, revelando un peso y una relevancia que será indudable, y si bien no todos están necesariamente vinculados a la poesía, sí aparecen anudados por su peculiar mirada esteticista⁵. No olvidemos su rol determinante en la conceptualización de las vanguardias y su tarea de difusor de las obras de sus compañeros de generación del 27 español. En este sentido, serán de vital importancia las primeras notas y reseñas que escribe sobre poemarios que estaban siendo editados y reeditados por editoriales argentinas, como la fundada por Gonzalo Losada, republicano exiliado en Buenos Aires, anterior editor de *El Sol* en Madrid y representante de la filial Espasa-Calpe en Buenos Aires desde 1928⁶.

En Losada y Sudamericana se harán reediciones de varias obras de Juan Ramón Jiménez (sus *Sonetos espirituales*, por ejemplo), de Federico García Lorca y de sus compañeros del grupo del 27, como el *Cántico* de Jorge Guillén, *Sombra del paraíso* de Vicente Aleixandre, *Todo más claro* de Pedro Salinas o *A la pintura* de Rafael Alberti. Sobre este último poemario escribirá una reseña crítica, donde no solo se revela Guillermo de Torre como profundo conocedor de la trayectoria del poeta gaditano, también exiliado en Argentina para esta época, sino que demuestra un certero examen del giro hacia formas más clásicas que se estaba dando en las poéticas del momento. Describe en el número 10, de julio-agosto de 1948, cómo Alberti “después de pasar por fases diversas —la de sus canciones juveniles, la de su ultrabecquerismo, y su neogongorismo, la de sus contorsiones fílmicas, la de sus imprecaciones políticas y sus dramáticos poemas de guerra— reanuda ahora, en cierto modo, aquella línea lírica originaria, pero llevándola a términos de plenitud y maestría” (IV, 10: 98).

En su valoración de la arquitectura del poemario *A la pintura*, editado precisamente ese año por Losada, destaca el “dominio cabal de la técnica”,

la armonía del conjunto “como acostumbraban a ser los libros de versos de hace veinte años”, “hazaña hoy infrecuente –ironiza–, cuando tanto se abusa del término ‘poema’, designando con él hasta la más ligera abreviatura de poesía, pero cuando menos poemas cabales se escriben” (98). Sorprendente juicio en boca de uno de los padres del ultraísmo, amante de los juegos y dibujos poéticos. No obstante, su razón crítica defiende aquellos experimentos vanguardistas iniciales, como reacción al “arte reflejo y desustanciado”, al “‘artisticismo’ convencional”, el de “la sensibilidad hecha sensiblería” y “de lo bello ‘a fortiori’” (99). Rescata “la legitimidad de la empresa acometida por Alberti”, al propugnar la fusión entre Poesía y Pintura, tomando como materia de inspiración ya no la vida sino otras obras de arte, según el precepto de André Malraux. El resultado alcanzado, más que “onomatopeyas líricas”, son “onomatopinturas”, y recita sus versos: “¡Oh monstruosa razón de la pintura / sueño de la poesía!”, versos que escribe Alberti retratando a Picasso, “con frase que cuadraría asimismo al Goya negro” (103). Un arte de sumas, una poesía de fusión.

Por ejemplo, el poeta Eduardo González Lanuza⁷, escritor argentino y español, nacido en Santander pero emigrado a los nueve años a Buenos Aires, en el número 3, de mayo-junio de 1947, escribe “Eco y Narciso”, donde exalta la figura del poeta “creador” y la facultad de la poesía de “eternizar” el instante, hija al fin de “Mnemosine, la Memoria, [que] es madre de las Musas” (I, 3: 325). Su definición del poeta comulga con los postulados más caros del modernismo, aún intactos en las vanguardias de las primeras décadas del siglo, lo cual permite comprobar su sostenida vigencia y el peso del modelo aún hegemónico. Lanuza es otra muestra de esta continuidad del esteticismo, ya que fundó con Jorge Luis Borges la revista *Prisma* (1925), impulsora de la vanguardia argentina, y colaboró en *Proa* y en *Martín Fierro*. Ultraísta como Borges, evolucionará luego hacia una poesía de formas clásicas, sin abandonar el credo carismático y trascendental del arte. Para razonar sobre ello, acude Lanuza al mito de Narciso: “la imagen que lo duplica en el agua es la cabal obra de arte, el poema que de imágenes se vale para perdurar”, pues “el arte aspira a ser refleja imagen del Ser, del Ser que se es, en el espejo inmaculado del poema” (I, 3: 328). Para Lanuza, el poeta es el “sostén apasionado de la especie”: “Poeta es aquel que hace

sentir en sus poemas a quien los lee que ‘aquello’ ya lo había sentido él también”; “es ella, la especie, la que recuerda por medio de la poesía valiéndose de la instantánea conciencia del lector” (327). Y aquí el mito se completa, porque la ninfa Eco es la enamorada del joven Narciso y en esta encendida defensa de la poesía, el amor y la memoria, Eco y Narciso, pautan los hilos de la existencia entendida como exaltación del ser: “Amor y arte son dos tentativas, acaso igualmente vanas, igualmente maravillosas y conmovedoras por ello, de alcanzar la inmortalidad. Una, el amor, dándose. Otra, la memoria, recobrándose” (328).

Si los vientos esteticistas todavía soplan con fuerza en la atmósfera editorial, las incipientes voces críticas y testimoniales de la España silenciada no tardarán en despuntar como brotes recién nacidos. Un crítico de la talla de Ricardo Gullón actúa como corresponsal desde la España interior y da noticias de actualidad desde Santander, en la sección “Carta de España”. En el número 7, y a propósito de los “Premios literarios”, rescata la calidad del premio Adonais, otorgado en esa ocasión por unanimidad a un joven poeta llamado José Hierro, miembro de “una literatura militante”, por su segundo libro, *Alegría*, donde “–propugna con el ejemplo de sus versos, no con manifiestos y teorías– por el retorno a la poesía impura”, en la cual la “intención” es “desenmascarar todo embeleco”, representar “la angustia que en la actual encrucijada del tiempo padecen las almas sensibles” (III, 7: 97-98). En su diagnóstico de los nuevos rumbos, Gullón no se ha de equivocar cuando concluye que José Hierro “con dos o tres más –José María Valverde, Carlos Bousoño, Eugenio de Nora– constituye el grupo de poetas jóvenes más importantes aquí y ahora” (100).

Pero más decisiva será su carta del número 12, firmada en noviembre de 1948 y titulada “Literatura a la deriva”. En los párrafos que le dedica a la situación de la poesía en España no puede ser más categórico: en los poetas jóvenes “es perceptible la insatisfacción y también la duda”, porque están sumidos en la “perplejidad y desorientación” (IV, 12: 344). Distingue dos grupos: “los retóricos, impropriamente llamados garcilasistas” y “los inventores no conformistas”; y en estos últimos cifra su esperanza de un “fecundo impulso renovador” (344-345). Agudamente observa además el dilema que se les presenta en la España del franquismo, donde proliferan “los juegos

florales” con “jurados de merceros, boticarios y honorables burócratas aficionadas a las letras”, que premian “flatulencias sentimentales”, mientras “los mejores permanecen en silencio” y, a su pesar a veces, en “desdeñoso aislamiento” (345). Pero lo más grave de este diagnóstico es que la literatura que se escribe en España ha optado por la “evasión” y “la indiferencia”, sin entender que la tarea del escritor “consiste en escribir con la sensibilidad de quienes están asistiendo a un drama de incalculable alcance, donde se juega su vida y su destino” (346). Por el contrario, a su juicio “nuestros escritores” parecen estar “vueltos de espaldas [al mundo]”, “se niegan a contemplarlo según es y está, y nada quieren saber de cuanto ocurre fuera del limitadísimo círculo de sus pequeñas miserias y vanidades” (346). Sin caer en “tremendismos más o menos existencialistas”, Gullón termina con una exhortación: “Que la poesía, como la novela y el ensayo, no sean cotos cerrados a la vida, géneros confinados en limbos adonde no llega el rumor de los tiempos” (346).

Pero quiero retomar ahora el aporte de quien era en los años cuarenta el poeta más consustanciado con esta encendida consagración ética y estética al arte. Juan Ramón emprende el largo viaje oceánico de norte a sur en 1948 y cuando desembarca en las orillas de Buenos Aires y Montevideo lo llamará su “mar tercero”. Recordemos que su primer viaje por mar había sido en 1916 hacia Estados Unidos, donde se casaría en Nueva York con Zenobia. Y en 1936, cuando se desató la Guerra Civil, se trasladaría por mar a Estados Unidos, Puerto Rico y La Habana. Por eso, el de 1948 será su tercer y último mar, e inspirado en él escribirá un bellissimo poema para su libro *Dios deseado y deseante* (que publicará un año después de su viaje, en 1949), titulado “Conciencia plena”:

Tú me llevas, conciencia plena, deseante dios,
por todo el mundo.

Y en este mar tercero,
casi oigo tu voz; tu voz del viento
ocupante total del movimiento;
de los colores, de las luces
eternos y marinos.

Tu voz de fuego blanco
en la totalidad del agua, el barco, el cielo,
lineando las rutas con delicia,
grabándome con fúljido mi órbita segura
de cuerpo negro
con el diamante lúcido en su dentro.

(*Antología personal*, 57)

En la sección fija de *Realidad* “La caravana inmóvil”, se incluirá un actualizado reporte de su celebrada visita, titulado “Presencia de Juan Ramón Jiménez y realidad de la ‘inmensa minoría’” (IV, 10), con la repercusión de las conferencias dictadas en suelo argentino y uruguayo. Basta leer la crónica de su visita para comprobar su prestigio en estas latitudes:

¿Qué es lo primero que encuentra [Juan Ramón Jiménez]? La minoría, desde luego, su amiga y seguidora de tantos años, pero una minoría multiplicada, en verdad inmensa, y visible a través de los calurosos ecos que su llegada suscita, de la gente que se le acerca espontáneamente, de la multitud que llena el teatro donde el poeta diserta. Como él no ha cambiado –ni siquiera en lo físico; únicamente su figura de tanta distinción espiritual, se ha estilizado más y se inclina un poco con reminiscencias de D. Francisco Giner– como solo es la minoría quien se ha hecho más nutrida, felicitemos a esta nueva y argentina multitud (IV, 10: 125).

Su ensayo “La razón heroica” es un texto complejo y sumamente provocativo, especialmente porque su autor logra entrelazar las tres direcciones centrales que propusimos como “razones poéticas”: un ecumenismo panhispánico apoyado en una rigurosa mirada crítica, en defensa de un esteticismo entendido como “política poética” y ética. Es una voz autorizada que, desde el ejercicio cotidiano de su arte, habla a los hombres, convencido de su función pedagógica y moral. Una de las conferencias que dio en suelo austral se titulaba “Aristocracia de intemperie”, con una feliz metáfora que desnudaba la coyuntura histórica del momento y la aspiración ideal de estos espíritus selectos. Como el cronista de “La caravana inmóvil” lo rubrica, su

intención no era tanto “satirizar los excesos del maquinismo norteamericano” como “defender lo inalienable de cada ser, los límites en que debe detenerse el progreso”. La aristocracia que pregonaba el moguereno se apoyaba en “un cultivo profundo del ser interior y un convencimiento de la sencillez natural del vivir” (IV, 10: 125).

¿Qué entiende por “razón heroica” Juan Ramón? Quizás solo al final de su ensayo se develan los alcances de su título, cuando nos recomienda no olvidar el consejo del Inca Garcilaso (emblema si los hay del ecumenismo hispánico que sostiene su pensamiento): “No hay que olvidar nunca el precepto del Inca, el buen americano: ‘Si levantas el puño es que se te ha acabado la razón’. Y el hombre se diferencia de lo jeolójico, con hombre o sin hombre, en la razón” (IV, 11: 148-149). Pero ¿en qué sentido debe ser “heroica”? Para ello, debemos contextualizar su razonamiento, cuando nos revela al finalizar el ensayo: “Hace poco me preguntaron unos jóvenes universitarios paraguayos cuál era el deber de la juventud universal en este momento del mundo: ¿peleante o espectador?” (148).

Este interrogante abre su especulación en torno a las posibilidades reales y materiales de una “evolución” o “revolución” social. Y aquí es donde exalta el papel de la razón en dicha encrucijada: “No se trata ahora de ideas”, afirma, “sino de realidades, de actos” (149). Los jóvenes pueden ayudar en esta “nueva época” con “la razón heroica firme, libre en su unidad, expectante”. Esta –argumenta luego– “puede ser la mejor revolución”, la que sostiene su credo estético: “la poesía es expresión de la paz”. Y concluye su argumentación con el modelo de Gandhi, “un hombre de otra raza y condición”, a quien la joven Argentina (en un número de la revista *Sur*, según destaca Jiménez explícitamente) ha homenajeado antes que la vieja Europa. Es este el espíritu de la “razón heroica” que pregona, y está felizmente representado por “unos sudamericanos conscientes” frente a “unos inconscientes europeos”, que desdénaron la muerte del líder de la paz. Aquí ve Juan Ramón el germen de “formación de una conciencia colectiva” promisoría (149).

Este ensayo del poeta andaluz es fundamental para entender, en expresión de García Montero, “su esforzado adueñarse de sí mismo y de su palabra, y la solución moral que propone ante un mundo afectado por la barbarie” (2007a: LVIII). Sorprende la virulencia con que ataca la inercia

productivista y la irresponsabilidad de quienes saquean el presente “con las promesas tecnológicas de un futuro”. Por eso, la “razón heroica” será la de aquel que “se niega a asumir la disolución individual en las verdades absolutas del todo”, aquel que sea “capaz de crecer hacia dentro, defiende su propio territorio, al vivir el presente como un ámbito de responsabilidades, de decisiones, de actitudes” (García Montero, 2007a: LIX). Esa “razón heroica” es la que reivindica el presente como su único instante vital, porque Juan Ramón se pone también al frente “de una toma de conciencia que pueden asumir con facilidad los desterrados españoles”, al afirmar en este vibrante pasaje de su ensayo: “Pero en el mundo no hay nada exactamente extranjero, porque todo es en el mundo y del mundo, tan pequeñito ahora y tan pasajero que cabe todo en un día” (IV, 11: 139). Contra la visión del mundo “como una serie de parcelas, lejanas entre sí”, “limitadas por colores distintos, esos vagos colores de las ideas y de las banderas”, el moguerense afirma con pasión su ecumenismo:

No son extraños, no, los países ni las razas. No son extraños los ojos, ni las ideas, las conciencias ni las entrañas físicas de estas razas y naciones; todo es cuestión de fachada; no pueden ni deben serlo. La humanidad, quíéralo o no, el hombre y la mujer universales, es solo un hombre y una mujer que se están queriendo amar (IV, 11: 139-140).

“Hombre total”, “hombre completo” significa en sus términos asumir la alteridad como constitutiva de la identidad. Y ¿qué rol ocupa la poesía en la constitución de una persona “total”? Para él, hay que fundar un “nuevo romanticismo”. Pero no aquel “falso romanticismo de época”, sustentado “por un concepto de falsa aristocracia de vida que lo inutilizaba como arte”. Ese romanticismo no sirve ya porque “fue egoísta”: “era una política poética espectacular, de un heroísmo inútil, desproporcionado, melodramático; un lucimiento, una vanagloria, que consideraba al mundo como un espejo redondo del hombre necio” (146). El nuevo romanticismo debe “unir el mundo separado”; debe ser “heroico y sustantivo”; estará asentado en una “democracia sucesiva”, que es “el devenir de un cristianismo alegre, sin aparato, sin lucha, sin mártires innecesarios, sin purgatorio ni infierno y sin cielo; una instalación del paraíso vital, un existencialismo verdadero” (147).

En diciembre de 1949, Francisco Ayala pone fin a la edición de la revista con estas irónicas palabras: “aquí paz y después gloria: se terminó *Realidad, revista de ideas*” (2010: 375), temeroso de que su criatura “pudiera caer en lamentable decadencia”, ante el cambiante escenario político. Amargamente admitirá que el peronismo les empujaría “a todos a ponernos en viaje” (2010: 329), pues representaba lo que la fina intelectualidad liberal del círculo *Sur* luchaba por desterrar. Y partirá de Argentina hacia Puerto Rico en 1950, en otro forzado exilio que le recordará los fanatismos europeos de los que huyó.

Pero esta histórica y brillante revista de ideas había cumplido sus mejores sueños, como el que expresara para la filosofía futura el intelectual italiano Norberto Bobbio en su ensayo escrito desde Padua, que cuadraría perfectamente con el programa intelectual de *Realidad*: “Una filosofía de la experiencia humana” aspirará “a un saber riguroso que no permita ni las inconsistencias de los ideólogos, ni las artimañas de los metafísicos, ni las mentiras de los retores”; será “una filosofía que no tenga prisa, que no invente aquello que no pueda conocer, reconozca ante todo sus propios límites, retorne a la experiencia” (“Filosofía y cultura en la Italia de hoy y de ayer”, II, 4: 60-61). O mejor decirlo en palabras de Jean-Paul Sartre, cuando publica en *Realidad* una parte nuclear de su conocido ensayo “¿Qué es la literatura?”, y concluye: “... Nuestro primer deber de escritores es restablecer el lenguaje en su dignidad. Después de todo, pensamos con palabras. [...] Por la misma razón, el deber del escritor es tomar partido contra todas las injusticias, vengan de donde vengan...” (II, 6: 364-365).

Esta fue la talla de Ayala y su revista de ideas: un compromiso con la palabra y con la sociedad. Este es el “sueño universal mejor soñado y entendido” del que hablaba Juan Ramón (IV, 11: 147). Este fue el sueño que unió las mentes y voluntades de este puñado de intelectuales, en las humildes páginas de una revista editada con muchísimo esfuerzo y mayor vocación, en una ciudad del remoto sur americano. Si algo tentativo podríamos concluir, pues, en torno a las razones poéticas de *Realidad* es esta visión enaltecida de la poesía como experiencia máxima de la forma, como dignificación del idioma, como oficio ético y desafío intelectual, como compromiso con los hombres y la historia.

Notas

- 1 Apareció en el número 16 por insistencia de Eduardo Mallea y a pesar de sus propias prevenciones.
- 2 Juan Carlos Ghiano escribe una reseña sobre el libro de Salinas editado en Chile en 1948, *La poesía de Rubén Darío* (V, 15). También José Luis Romero hará una elogiosa reseña del libro de Salinas *Jorge Manrique o tradición y originalidad* (III, 8).
- 3 Bajo el título “Ideas y letras de hoy en Inglaterra” aparecen informes en varios números de *Realidad*, firmados por George Pendle, donde ocupa un lugar importante la producción poética inglesa. De hecho Eliot merecerá varias notas, como las de Patrick Dudgeon (IV, 11 y V, 13).
- 4 Escribe una sección llamada “Inventario” que comienza en el número 6, donde da cuenta brevísimamente de libros recientemente editados. Algunas son notas a libros de crítica, como el de Joaquín Casaldueño sobre el *Cántico* de Guillén, a quien tilda de hacer una “crítica estilística y estadística”, que “considera al autor como fuera del mundo, mirando aisladamente la obra” y privándolo “de todo engarce literario y vital” (II, 6: 443). Otras son reseñas de poemarios recién editados (como la *Tercera residencia* de Neruda) u otras artes (pintura, teatro).
- 5 Por ejemplo, sus ensayos: “El misterio de las ciudades” (I, 1), “Sumas y restas a una *Antología de ensayos*” (I, 3), “Escritores españoles: siglo XIX” (II, 4), “Cervantes anecdótico y esencial” (II, 5), “Reverso y anverso de André Gide” (III, 7), “Estética y filosofía del absurdo” (III, 9), “Poesía y pintura” (IV, 10), “Goethe y la literatura universal” (VI, 17 y 18).
- 6 Guillermo de Torre firma muchas reseñas críticas de poemarios, como *El destello*, de Ricardo Gullón (IV, 12), *El otro paisaje*, de Agustina Larreta de Álzaga (VI, 17 y 18), etcétera. Usa a veces solo sus iniciales para firmar notas, como la de “Evocación de don Ángel Ossorio” (I, 1), o para opinar sobre libros recibidos como *Pintura argentina joven*, de Romualdo Brughetti (III, 9), *El romanticismo en Alemania*, de Arturo Farinelli (III, 9), *Leyendo a...*, de José Moreno Villa (IV, 10), *Cervantes across the centuries*, de Ángel Flores y Maír José Benardete (IV, 10), *Historia de la literatura española*, de Ángel del Río (V, 14), *Baudelaire*, de François Porché (V, 15), *The arts in Britain* (IV, 12), etcétera.
- 7 Eduardo González Lanuza (Santander, 1900-Buenos Aires, 1984) escribió teatro y crítica literaria. Recibió el Premio Nacional de Poesía de Argentina. En sus inicios poéticos se aprecia la influencia del ultraísmo (*Prismas*, 1924), pero con posterioridad se orientó hacia una poesía de formas clásicas.

Bibliografía

AYALA, Francisco (2010): *Autobiografía(s)*, vol. 2 de las *Obras completas*, edición de Carolyn Richmond, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.

GARCÍA MONTERO, Luis (2006): “Francisco Ayala”, en Luis García Montero (ed.), *Francisco Ayala: el escritor en su siglo*. Catálogo de la exposición celebrada en el Hospital Real (Granada, 20 de julio - 3 de septiembre) y en la Biblioteca Nacional (Madrid, 21 de septiembre - 12 de noviembre) en 2006. [Madrid], Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, pp. 31-263.

—— (2007a): “La aventura de pensar el mundo”, prólogo a *Realidad. Revista de Ideas*, Sevilla, Renacimiento, 2007, vol. I, pp. XXIX-LXXIII.

—— (2007b): “La razón heroica”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*: monográfico “Juan Ramón Jiménez en el siglo XXI”, 685-685, julio-agosto, pp. 89-106.

—— (2009): *Francisco Ayala: el escritor en su siglo*, Granada, Diputación.

JIMÉNEZ, Juan Ramón (1995): *Antología personal*, Madrid, Visor.

Lo mejor se alía como siempre: *Realidad* en la correspondencia de sus colaboradores

Carolina Castillo Ferrer

(Universidad de Granada)

EN una carta fechada el 2 de octubre de 1946, Francisco Ayala comunicaba al escritor neoyorquino Lewis Mumford que “un grupo de escritores y académicos” había emprendido la creación en Buenos Aires de una revista, *Realidad*, “con el fin de exponer y debatir, en un espíritu de libertad, las diversas y vitales cuestiones que conciernen, en el momento presente, a la civilización occidental”¹. Querían abordar temas, continuaba la misiva, “in the domain of general ideas” y que estos fueran tratados desde varios ángulos, de ahí que solicitaran la participación de autores de diferentes disciplinas y países, tanto en Europa como en América. Esta amplitud de miras era la que deseaban proporcionar al público al que iba destinada la publicación, “the very large Spanish-speaking public”. Aunque finalmente Mumford no llegó a colaborar en *Realidad*, esta carta, dirigida a uno de los pensadores más prestigiosos e influyentes en ese momento en la sociedad norteamericana², muestra el horizonte intelectual que pretendían dar a la nueva publicación sus secretarios y directores efectivos, el escritor y sociólogo Francisco Ayala (1906-2009) y el pedagogo Lorenzo Luzuriaga (1889-1959).

En *Realidad. Revista de Ideas* (1947-1949) publicaron sus escritos 139 autores³. Tal número de firmas configuró una revista de carácter heterogéneo, como diversos eran el lugar de origen y de residencia, generación, trayectoria profesional, especialización académica e ideología de sus colaboradores; circunstancias que reflejan los diversos influjos culturales y sociales que habían recibido hasta vincularse a la nueva empresa editorial y dificultan su consideración como exponente de un pensamiento único. En las ocasiones en las que se ha estudiado la revista *Realidad*, solo se acierta a indicar un

“liberalismo humanista occidental”⁴ como punto de confluencia ideológica de sus colaboradores. Y si bien esto es cierto, no lo es menos que sus dos principales impulsores defendían un proyecto muy concreto, como se exponía en la carta a Lewis Mumford.

Luis Alberto Romero ha señalado oportunamente que uno de los riesgos de utilizar publicaciones periódicas como objeto de estudio en trabajos de investigación reside en “una cierta tendencia a homogeneizar la revista, convertirla en el sujeto de las oraciones y por esa vía transformar el objeto publicado en un sujeto histórico”; un enfoque que conviene considerar, pues “quien conoce por dentro alguna revista sabe que esa homogeneidad es relativa, que sus integrantes tienen trayectorias diferentes y diferente grado de solidaridad, y que los funcionamientos internos son variables, desde aquellas que publican todo lo que les llega, a aquellas otras que son casi un producto personal de su director”⁵.

Este trabajo indaga en el “funcionamiento interno” de la revista *Realidad* a través de la correspondencia mantenida entre sus colaboradores. La consulta de material inédito conservado en archivos personales y fondos documentales, así como de epistolarios publicados, permite reconstruir una parte de la historia interna de la revista⁶. Su lectura refleja las diferentes posturas manifestadas por los miembros del consejo de redacción con respecto a la base conceptual que debía defender *Realidad*; revela las dificultades presentadas referentes a cuestiones materiales, como la búsqueda de suscriptores o publicidad que permitiera financiar la publicación, y aporta más detalles sobre el trabajo que realizaron sus directores, Francisco Ayala y Lorenzo Luzuriaga, pero también del papel desempeñado por otras figuras clave como Francisco Romero, Eduardo Mallea, Carmen R. L. de Gándara o Guillermo de Torre desde el origen de la nueva aventura editorial. El análisis de este corpus documental nos ayuda a interpretar, con más información, cuánto significó hacer *Realidad* en un contexto histórico marcado por la crisis de la posguerra y, en un ámbito nacional, por la polarizada sociedad argentina del recién instalado peronismo. En esas circunstancias, el proyecto tan claro que tenían sus máximos responsables y la firmeza con que aprobaron o rechazaron la publicación de trabajos, debatieron y se resistieron contra la imposición de un cada vez más asfixiante reduccionismo ideoló-

gico, cobra más relevancia y representa un acto de militancia. Y, por eso, su mensaje resulta tan actual.

Una colaboración selecta

A la tarea de sumar adeptos para su causa de *Realidad* se entregaron Ayala y Luzuriaga en los meses previos a la aparición del primer número en febrero de 1947. La primera noticia localizada sobre la revista se encuentra el 10 de junio de 1946. En esa fecha, Francisco Ayala escribe a Fidelino de Figueiredo (1888-1967) –a quien probablemente Ayala conocía desde el exilio del político y crítico literario portugués en Madrid a finales de la década de los años veinte– una carta dirigida a São Paulo, en cuya universidad Figueiredo dirigía la cátedra de Literatura portuguesa. En ella le comunica: “Estoy proyectando con otros amigos una revista que aspiramos a que sea de gran tono. Desde luego, contamos con usted. Cuando el proyecto haya alcanzado madurez –creo que será en breve– volveré a escribirle especialmente sobre el asunto”. En la carta Ayala comparte con Figueiredo la información que tiene sobre amigos comunes, también exiliados tras el término de la Guerra Civil española, que se encontraban dispersos por Europa y América, pero sin una ubicación definitiva. Entre ellos se encuentra Antonio Espina, del que Ayala sabe que “pudo escapar de España y se encuentra en París. Estoy esperando carta suya. Veremos qué cuenta, y qué se propone hacer”⁷.

Precisamente a Antonio Espina le escribió Ayala unos meses más tarde a propósito de *Realidad*. Espina, antiguo acompañante de Ayala en las tertulias madrileñas de la *Revista de Occidente* y más tarde compañero de redacción en *La Gaceta Literaria*, le comunica a su vez la noticia de *Realidad* a Corpus Barga:

He recibido una carta de Francisco Ayala, de Buenos Aires, de la cual copio un párrafo: “No te refieres a las líneas que te puse requiriendo tu colaboración para esta revista *Realidad*, a cuyo cuadro de promotores pertenezco. Tampoco me han contestado Corpus Barga ni [José María] Quiroga Plá, a quienes escribo igualmente. ¿Se habrán perdido las cartas? Te ruego que les hables y me informes”. La revista en cuestión,

según me dice Ayala, quiere tener el tono que en su día alcanzó la de *Occidente*. Se subtitula “revista de ideas”. Será bimestral, pagarán bien pues parece que hay pasta y deseo de tener una colaboración selecta. (Y no lo digo por mí, “mayormente” [entrecorillado en el original])⁸.

A continuación, Espina incluye los nombres que “forman el cuadro” de la revista, encabezado por su director, el filósofo Francisco Romero, y seguido por un consejo de redacción que integran Amado Alonso, Francisco Ayala, Carlos Alberto Erro, Carmen R. L. de Gándara, Lorenzo Luzuriaga, Eduardo Mallea, Ezequiel Martínez Estrada, Raúl Prebisch, Julio Rey Pastor, Alfredo Sordelli⁹ y Sebastián Soler. Y concluye la misiva con la exhortación: “Queda usted informado, querido Corpus. El domicilio de *Realidad* es: Talcahuano 638”. La dirección remitía a la residencia familiar del matrimonio formado por Lorenzo Luzuriaga y la también pedagoga María Luisa Navarro (1885-1948)¹⁰; *Realidad* se trasladaría a sus oficinas definitivas en el número 119 de la calle Defensa poco después, pues esta es la dirección que aparece desde el primer número y durante todo el tiempo de su publicación.

Espina realizó un recorrido crítico “agudo” y “punzante” –sus señas de identidad estilísticas y de carácter, como sugería su apellido–¹¹ sobre la cartelera teatral de esa temporada en París en su único artículo publicado en *Realidad* (“El teatro en París: tiempos de crisis”, I, 2); Corpus Barga colaboró en dos ocasiones también desde la capital francesa (“El europeo, la muerte y el diablo”, I, 1; y “Carta de París”, II, 6)¹²; destaca el extenso ensayo, publicado en el primer número, en el que discurría sobre la historia europea o, más bien, sobre Europa en la historia, y que enfatizaba oportunamente una de las ideas que defendían los editores en su presentación de la revista: Europa, exponente de la cultura occidental, presentaba “valores universales capaces de configurar un esquema vital aceptable para todo el mundo y dotado de viabilidad histórica” (I, 1: 3)¹³. Y, desde su nueva ubicación geográfica, ellos eran Europa, pues también “el manifiesto inaugural de la publicación subrayaba la pertenencia de la cultura argentina a la esfera de influencia europea”¹⁴. María Teresa León felicitó a Corpus Barga por esta colaboración en una carta que les llevó a retomar su amistad tras el exilio: “precioso su ensayo en *Realidad*. Ha tenido mucho éxito”¹⁵.

No solo con los exiliados, también con los amigos y colegas de profesión que habían quedado en España trataron de establecer contacto. Una actitud que, según refleja Guillermo de Torre a Ricardo Gullón, mostraba el deseo de Ayala y Luzuriaga de consolidar lazos culturales con los escritores españoles del interior. A propósito de una crónica sobre arte que Gullón había publicado en *Sur*, Guillermo de Torre le anuncia la creación de *Realidad*:

A las personas que veo cotidianamente en la Editorial, tales Francisco Ayala y el pedagogo Luzuriaga, me dijeron que la habían leído con gran interés [...]. Por cierto, estos amigos, junto con otros argentinos –yo también intervine en su gestación, pero luego, por razones largas de explicar, he preferido actuar únicamente como colaborador– preparan para muy pronto una revista, *Realidad*, con vistas a la cual Ayala piensa escribirte, si es que ya no lo ha hecho. Pero estos amigos y estos medios son excepciones templadas respecto a lo español de ahí. En general, los demás, y los mismos argentinos –no por razones intelectuales, sino políticas, como comprenderás– son indiferentes o absolutamente predisuestos en contra. Esa es la tónica verdadera de la opinión más general –la opinión “real” [entrecomillado en el original] frente a la política “oficial” [entrecomillado en el original] de este país en lo que concierne a ese régimen¹⁶.

De lo excepcional de la actitud abierta de Ayala y Luzuriaga hacia el intercambio intelectual con España, menos de una década después de terminada la Guerra Civil española, ofrece un ejemplo Guillermo de Torre a Gullón en la misma carta:

Te contaré un caso ilustrativo. Cuando recibí tu primera crónica la llevé a *Cabalgata* –hecha también por españoles–. Me la devolvieron amablemente con estas palabras: “Está muy bien. Su tono es inobjetable. Pero publicaremos artículos así, procedentes de allí, solo cuando en las revistas de España aparezcan crónicas similares sobre nuestros libros y actividades, citándonos cuando es debido, y sin la política de escamoteo de nombres que ahora practican”. Sin réplica. Objetivamente tienen toda la razón del mundo, ¿no es así? Me hablarás de excepciones. Naturalmente. Nosotros lo somos. Pero en época de guerra –mentalmente sigue y seguirá existiendo, mientras no se vea ahí un cambio, sea

el que sea— estos criterios no existen, ¿o acaso nos respetó la guerra, al estallar, a quienes nos sentíamos ajenos al pleito entre fascistas y comunistas, y estábamos dispuestos a repartir por igual nuestro odio a ambos bandos? [...] Lo que quería decirte, en una palabra, es que el foso de separación entre lo que yo y otros hemos llamado “las dos Españas” no se ha cerrado, y que la normalidad en las relaciones, en el intercambio intelectual —y no solo con lo español de América, sino también con lo propiamente americano, ya que toda la *intelligentsia* de este continente se halla con la España de América— solo se hará cuando se arregle lo demás¹⁷.

De España colaboraron en *Realidad* Ricardo Gullón y José Luis Cano, de quienes existe un abundante intercambio epistolar con Guillermo de Torre en el que se menciona con frecuencia *Realidad*¹⁸. En el archivo del crítico madrileño también hay correspondencia con otros escritores y profesores en España, como José Manuel Blecua Teijeiro, que confirma que leían *Realidad*¹⁹. A pesar de lo que dice en la carta, Guillermo de Torre entró a formar parte del consejo de redacción de la revista a partir del número siete (febrero de 1948). En ese número se incorpora también el historiador argentino José Luis Romero al comité asesor, que quedó así definitivamente constituido. Además, durante todo el tiempo de publicación, Guillermo de Torre fue uno de sus colaboradores más activos. Su firma apareció en veintitrés colaboraciones, entre ensayos y notas críticas, publicadas en catorce de los dieciocho números de *Realidad*. Dada su influyente posición como director literario de la editorial Losada, Guillermo de Torre ejerció además de comercial, distribuidor y divulgador no solo de *Realidad*, sino también de otras revistas culturales americanas²⁰.

Por su parte, Lorenzo Luzuriaga se dirigió al mundo intelectual anglosajón —con el que ya había tenido contacto tras su paso como lector de español por la Universidad de Glasgow en los primeros años de exilio—²¹, para atraer colaboradores a la revista. En una carta enviada al que había sido hasta ese momento representante en Hispanoamérica del British Council, Sir Eugen Millington-Drake, le anuncia la creación de *Realidad*:

Como verá por esta carta, hemos fundado un grupo de amigos una Revista [sic], de la que soy uno de los dos principales promotores.

Queremos que aparezca en enero próximo; será bimestral, y de formato y carácter parecido a *The Criterion*, de T. S. Eliot. Hemos escrito ya a varios profesores y escritores ingleses para que colaboren con nosotros, pues va a ser una Revista internacional, de carácter preferentemente intelectual, más que literaria. Como nos interesa darla a conocer en ese país, le agradecería cualquier indicación en este sentido²².

Invitado por el pedagogo argentino Juan Mantovani²³, y una vez concluido su lectorado en Glasgow —donde le sucedió el poeta Luis Cernuda—, Luzuriaga se trasladó a la Universidad de Tucumán en marzo de 1939. En esta institución, que vivió una época dorada en los estudios filosóficos, estableció contacto con Juan Adolfo Vázquez, Aníbal Sánchez Reulet o Risieri Frondizi, todos ellos muy relacionados con Francisco Romero, y más tarde colaboradores de *Realidad*. En la correspondencia mantenida con Américo Castro todavía desde Escocia, se refleja su deseo de aceptar una oferta laboral que le permitiera retomar “su actividad editorial”. Algo que inició nada más llegar con su *Revista de Pedagogía* (1922-1936), proyecto del que tuvo que desistir al poco tiempo por falta de medios. Tras abandonar Tucumán en 1944 “en vista de las circunstancias políticas”²⁴, se establece en Buenos Aires. Aquí comienza a trabajar como responsable de la Biblioteca de Pedagogía de la editorial Losada, donde estrechó lazos con Francisco Ayala y Francisco Romero, encargados de las Bibliotecas de Sociología y de Filosofía respectivamente.

La información queda, pues, bien clara. Francisco Ayala y Lorenzo Luzuriaga resultan los dos principales promotores de *Realidad*; pretendían crear una revista que tratara de ideas generales, con amplitud de miras, donde tuvieran cabida intelectuales europeos y americanos, escritores españoles, tanto exiliados como en la Península; una revista que, como referentes más inmediatos para sus correspondientes, fuera en la línea de *The Criterion* (1922-1939) y *Revista de Occidente* (1923-1936; primera época), publicaciones que habían apostado por la vigencia de la cultura europea y de los valores humanistas y universales presentes en ella, a juicio de sus editores, por tradición histórica. Si la reafirmación en esos valores occidentales surgió en estas publicaciones a raíz de la crisis espiritual provocada por la Primera Guerra Mundial, en *Realidad*, creada también en un periodo de

posguerra, se añaden, por un lado, las presiones del nacionalismo argentino; por otro lado, la consolidación internacional de regímenes políticos sustentados en ideologías totalitarias, como el estalinismo en la Unión Soviética, pero también el franquismo en España; y, por último, la mercantilización y la vía capitalista que formulaban las teorías panamericanistas. Frente a ello, sus fundadores se movilizaron y propusieron una alternativa y un programa de actuación, sujeto a debate intelectual, pues “una cultura no se impone a quienes no la tengan por propia; únicamente es legítimo proponerla”, y que la propuesta “sea aceptada [...] depende, a su vez, de que resulte aceptable” (I, 1: 2).

Lo mejor se alía como siempre

LA labor de conseguir firmas para el primer número de la revista no fue únicamente de sus secretarios. En una carta mecanografiada de Francisco Ayala dirigida al crítico literario norteamericano Van Wyck Brooks (1886-1963), se aprecia una anotación manuscrita del escritor argentino Eduardo Mallea (1903-1982), en la que se indica: “as the editor of your book *Oliver Allston* in Buenos Aires –being myself the director of that collection– I gladly and specially add my word to these”²⁵. Esta anotación y otra similar incluida en la carta a Lewis Mumford referida al principio revelan la relación profesional con el destinatario de la carta. Mallea era efectivamente el director de la colección *Grandes Ensayistas* de la editorial Emecé, colección que durante la década de 1940 publicó obras de Gilberto Freyre, André Gide, Francesco de Sanctis, Hilaire Belloc, D. H. Lawrence, Thomas Mann, Charles Péguy, Edgar Allan Poe, Arthur Schnitzler, Fiódor Dostoyevski, Vladimir Veidle, Arnold J. Toynbee o T. S. Eliot. Estos tres últimos colaboraron en *Realidad* con un ensayo cada uno²⁶, dato que puede confirmar a Mallea como enlace. Al mismo tiempo, la anotación de Mallea en la que solicita colaboración para *Realidad* confirma el papel activo del escritor argentino en la publicación. Si “la de lanzar una nueva revista en Buenos Aires fue idea de Eduardo Mallea”²⁷, como destaca Francisco Ayala en la primera línea dedicada a la revista *Realidad* en sus memorias, la localización de esta correspondencia muestra su implicación en el proyecto, para el que utilizó sus contactos como editor. Desde otro punto de vista, y quizá por esta im-

plicación, Mallea intentó hacer prevalecer su opinión en ciertos aspectos, como recoge Ayala también en sus memorias, algo que “habría de obligarme a una continua pugna”²⁸, y que, como se verá, también sucedió con otros miembros del consejo de redacción.

Al igual que Mallea, otras figuras aportaron sus influencias y sus relaciones sociales, además del prestigio de sus nombres, para avalar el proyecto de *Realidad*; entre ellas destacan Amado Alonso y Francisco Romero. El vínculo entre estos dos intelectuales con los promotores de *Realidad* se intensificó nada más establecerse en Argentina. Así se lo expresó Lorenzo Luzuriaga a Américo Castro por carta fechada en Tucumán el 6 de abril de 1939:

Tanto en Buenos Aires, como aquí, hemos tenido una acogida excelente. La gente de allá, [...] no se han olvidado de uno, especialmente el grupo de Francisco Romero, quien cada día me parece mejor en todos [los] sentidos, como persona y como filósofo. Por supuesto Amado Alonso, algo inenarrable de afectuoso, inteligente, etc. tú ya lo conoces y sabes lo que hace por los amigos. Su papel sube también cada vez más, y es conocido y apreciado en toda la República²⁹.

En otra carta a Américo Castro enviada unos meses más tarde le reitera su impresión anterior: “He estado unos días en Buenos Aires (1.200 km) en casa de A[mado]. Alonso. Ya sabes cómo son los buenos amigos. He visto a bastante gente, pero a pocos españoles, que apenas hay, pues no dejan entrar a nadie. [...] Lo mejor se alía como siempre, Francisco Romero, como persona y como estudioso”³⁰. El lingüista español Amado Alonso (1896-1952) contaba con una posición y un reconocimiento intelectual en Argentina cuando a partir de 1939 empezaron a llegar los republicanos españoles que fueron admitidos en este país. Alonso había establecido su residencia en la capital argentina en 1927; aquí ejerció el cargo de director del Instituto de Filología Hispánica de la Universidad de Buenos Aires, institución donde fundó la *Revista de Filología Hispánica* (1939-1946), y creó escuela; entre sus discípulos se encuentran algunos de los filólogos más importantes del hispanismo como Ana María Barrenechea, los hermanos Raimundo y María Rosa Lida, Ángel Rosenblat, Frida Weber,

Julio Caillet-Bois, Daniel Devoto o Enrique Anderson Imbert (estos tres últimos escribieron en *Realidad*). Cesado de su cargo en 1946³¹, se trasladó a los Estados Unidos y se incorporó a la Universidad de Harvard como catedrático de español. En dos cartas de Francisco Ayala dirigidas a Amado Alonso en los años de *Realidad* –en las que, sin embargo, no se menciona la revista–, se muestra la estrecha relación que mantenía el filólogo español con su país de adopción –Alonso había adquirido la nacionalidad argentina– y su disposición a facilitar contactos desde su nueva ubicación para la difusión de la producción literaria y cultural de sus amigos³². En *Realidad*, donde no llegó a publicar ningún ensayo, aceptó formar parte del consejo de redacción, a pesar de que ya no se encontraba en Buenos Aires. Probablemente se deba a su mediación la participación en la revista de hispanistas norteamericanos como Harry Levin, colega suyo en la Universidad de Harvard.

Por su parte, Francisco Romero (1891-1962), que prestó su nombre como director de *Realidad*, participó activamente en las reuniones del consejo de redacción, como se verá. Además, atrajo a la revista a sus alumnos y conocidos. En *Realidad* recogió el fruto de su generosidad hacia los jóvenes filósofos. Como ejemplo, una de las colaboraciones que más éxito proporcionó a la revista, la “Carta sobre el humanismo” de Martin Heidegger, se debió a él indirectamente, pues se gestó a través de su amigo el filósofo Alberto Wagner de Reyna, como confirma una carta del filósofo alemán a su colega peruano. Wagner de Reyna (1915-2006) había sido discípulo de Heidegger en la Universidad de Friburgo durante el curso académico 1935/1936. A su regreso a Lima, realizó su tesis doctoral sobre “La ontología fundamental de Heidegger: su motivo y significación”, título con el que fue publicada en Argentina en 1939, en la Biblioteca de Filosofía de la editorial Losada que dirigía Francisco Romero. En un fragmento de sus memorias, Wagner de Reyna recuerda que envió ejemplares de su libro a

algunos profesores conocidos en Hispanoamérica que se interesaban por filosofía contemporánea. Unos seis o siete. Solo la seriedad y capacidad de trabajo de Francisco Romero, en Buenos Aires, indujeron a este eminente y generoso hombre de estudio a leer el modesto volumen, y a vuelta de correo me propuso incluirlo –con prólogo suyo– en la

Biblioteca Filosófica de la Editorial Losada, que él dirigía, y que comenzaba a ser la gran serie en esta materia de nuestra América³³.

Con Francisco Romero lo unió una cordial amistad a partir de entonces, que puede explicar la colaboración de Wagner en *Realidad*. En una carta manuscrita a Wagner de Reyna, fechada en Friburgo el 17 de diciembre de 1947, Heidegger le comunica que “su propuesta de colaborar en la revista, la voy a considerar. Pero aun sin esto [sic] aportaría alguna vez una contribución. Empero, estoy, lamentablemente, muy tomado por otros trabajos y tengo que economizar mis fuerzas. Tampoco quisiera enviar un artículo cualquiera. Por eso le ruego comunicar lo que antecede a la dirección de la revista”³⁴.

Gestación del primer número: viento en popa

CON fecha de 7 de febrero de 1947, Francisco Ayala le escribía a Lorenzo Luzuriaga, que disfrutaba de sus vacaciones estivales en Punta del Este (Uruguay), una carta donde le pone al corriente de las novedades con respecto a *Realidad*. Esta carta y otra, enviada unos días después, resultan muy esclarecedoras de esos últimos preparativos del primer número de la revista:

Después de las acostumbradas demoras, Mallea entregó su artículo, que es muy bueno, y cuyo texto tendremos compuesto el lunes próximo. A base de eso mandé hacer la tirada del prospecto que le envío adjunto con ejemplares de la carta y del boletín de suscripción. Hoy comenzarán a doblar, ensobrar, franquear. De todas estas operaciones se encarga Gilligan. Nos cobran por ellas \$9 el millar. Es lo más conveniente, porque buscando personas que nos ayudaran a hacerlo no nos hubiera costado menos en definitiva, y sobre todo hubiéramos necesitado en el mejor de los casos, 15 días de trabajo, dando lugar con ello a una demora que, tal como están las cosas, no nos conviene en modo alguno. Esta gente nos promete hacer la entrega en término de 4 días³⁵.

Otra cuestión tratada en la carta se refiere a la búsqueda de fuentes de ingresos económicos que aporten un sustento estable para la revista. Ayala

informa a Luzuriaga de sus gestiones para conseguir financiación a través de la publicidad:

La semana próxima nos darán las maquetas en la imprenta para obtener la publicidad. Yo voy a tratar de conseguirla de las casas amigas y he hablado con Baños Rivas y Losada para que aquel se encargue, como habíamos hablado, de hacer el resto. Ha quedado bien establecido que no se le dará la exclusividad, pudiendo nosotros conseguir publicidad sin que en ella perciba él comisión. Todavía no hemos hecho el convenio definitivo, pero creo que no habrá dificultad por ese lado. Vea Ud. si con esas cartas que le mando y el folleto puede conseguir ahí alguna que otra suscripción y tal vez publicidad. Esta última no podrá ser a menos de \$150 arg[entinos] la página. Suárez o algún otro elemento de los que por ahí andan pudiera tal vez querer honrarse dándonos sus avisos³⁶.

En la siguiente carta, fechada el 12 de febrero, se muestra el entusiasmo del escritor granadino por cómo avanza el proyecto editorial satisfactoriamente, en especial con respecto al asunto de la publicidad:

Ya conoce Ud. por Jorge [Luzuriaga] las pequeñas novedades de nuestra revista y sabe por lo tanto que las cosas van viento en popa. Por hoy tan solo decirle que he visitado esta mañana al Sr. Alonso, de la Casa Iturrat, para pedirle el consiguiente aviso, y se ha quedado con el prospecto para escribirle a D. José Iturrat, que está ahí, en Punta del Este, a fin de que otorgue su autorización y podamos publicar el anuncio de esa casa, que, como Ud. sabe, tiene siempre tan buena disposición hacia todas las cosas nuestras. Me parece a mí que Ud. con sus dotes de persuasión podría obtener de Don José que, no limitándose a contratar el aviso de una página, es decir, el importe de \$150, diera una cantidad que supusiera una especie de protección para la revista. Ud. sabe que es hombre muy generoso y bien dispuesto siempre, y no creo que desmienta con nosotros su fama. Además, y para no molestarlo en lo sucesivo, habría que conseguir de él que nos contratara desde luego los avisos para todo el año³⁷.

La opinión sobre la generosidad de José Iturrat reflejada en la carta se completa por el propio Ayala en sus memorias. Francisco Ayala había co-

nocido al empresario argentino por mediación del escritor español José Venegas (1897-1948), exiliado también en Buenos Aires: “él fue quien me puso en contacto con un personaje bastante extraordinario, el industrial José Iturrat, que deseaba hacer algo en favor de los escritores españoles llegados a la Argentina”³⁸. La buena disposición manifestada por José Iturrat “hacia todas las cosas nuestras”, como se indica en la carta, se había iniciado en la labor de mecenazgo que realizó con las ediciones de Nuevo Romance, proyecto editorial dirigido por Rafael Alberti, Francisco Ayala y Rafael Dieste a principios de la década de 1940. La malograda aventura editorial no empañó la amistad de Ayala con Iturrat. De hecho, como preveía Francisco Ayala en la carta a Luzuriaga, José Iturrat contrató un anuncio que apareció en *Realidad* durante todo su tiempo de publicación.

Las otras entidades más constantes que hicieron publicidad en la revista –también en los dieciocho números– son la imprenta López, las artes gráficas Bartolomé U. Chiesino, la editorial Losada y la Compañía Argentina de Electricidad (CADE)³⁹. Esta última, heredera de la Compañía Hispanoamericana de Electricidad (CHADE), estaba dirigida por el empresario catalán afincado en Buenos Aires Rafael Vehils (1886-1959), una figura fundamental en el desarrollo de las relaciones comerciales y culturales entre España y Argentina en la primera mitad del siglo XX. Presidente de la Institución Cultural Española de Buenos Aires, Vehils fundó en 1939 la editorial Sudamericana junto con Victoria Ocampo, Oliverio Girondo y otros, al frente de la cual puso al librero Antonio López Llausàs. También contribuyó en gestiones personales con el colectivo español exiliado en Argentina, como en tramitar la salida de España del hijo de Lorenzo Luzuriaga, Jorge, como se comprueba en la correspondencia de Luzuriaga⁴⁰.

Termina Ayala su misiva con un tono jocoso –e irónico respecto al vocabulario peronista– que muestra la buena relación con Luzuriaga que subrayó después en sus memorias: “Nosotros estamos sudando tinta y trabajando como enanos mientras Ud. disfruta del veraneo de los oligarcas. Pero ya llegará nuestro día, el día de los descamisados, se volverá la tortilla y podremos ponerles el pie en la cabeza”⁴¹. La inmediatez de la publicación del primer número, el breve intervalo temporal entre las dos misivas y el

hecho de que Luzuriaga pasara todo el mes de febrero en Uruguay⁴² sugieren que debió de existir un intercambio epistolar más amplio entre los directores de la revista durante la estancia de Luzuriaga fuera de Buenos Aires, que al menos ha proporcionado estos dos valiosos ejemplos de correspondencia que nos muestran el trabajo de sus directores.

La colaboración argentina debe ser la base de la revista

ALGO que, desafortunadamente, no sucede con los colaboradores porteños, pues al tener su residencia en Buenos Aires entregaban directamente sus artículos en la redacción; así lo ha confirmado Tulio Halperin Donghi:

Mi lugar en *Realidad* fue totalmente marginal, yo era demasiado pichón para que no fuese así (publiqué allí mi primera reseña extensa y fue en relación con eso que visité un par de veces la redacción, que estaba en verdad a cargo casi exclusivo de Ayala, y lo único que recuerdo de mis conversaciones con él es que le extrañó mucho que dedicara mi primer escrito, un poco ambicioso, a reseñar los de una figura del siglo XIX como Sarmiento). Lo poco que sé de *Realidad* lo aprendí en las memorias de Ayala, que por discreción o porque el tema le aburría, se ocupa bastante poco de la trastienda de una iniciativa que intentó rivalizar con la de Victoria Ocampo⁴³.

Los recuerdos de Halperin también aportan información sobre otra figura fundamental en *Realidad* como Carmen R. L. de Gándara (1900-1977), a quien le adjudica el papel de benefactora de la revista:

La revista la financiaba la señora Carmen Rodríguez Larreta de Gándara, esposa del de la empresa de lácteos, que era la que había querido rivalizar con Victoria Ocampo (había publicado un libro sobre Kafka), y a esa altura estaba más en fondos que Victoria. [...] Supongo que la Carmen se cansó de pagar la revista cuando descubrió que no le servía demasiado para eso; era una revista demasiado seria y académica para ese propósito (no incluía poesía ni ficción) y ni a Romero ni a Ayala se les ocurría tomarla de guía intelectual⁴⁴.

Otra colaboradora de *Realidad*, la escritora española Rosa Chacel (1898-1994), menciona en sus diarios a Carmen Gándara en varias ocasiones, y refleja su carácter arbitrario e inconstante, así como sus influencias en la sociedad porteña. Chacel había fijado su residencia en el exilio en Brasil, pero pasaba frecuentes temporadas en Buenos Aires, ciudad donde estudiaba su hijo. Las referencias a “la Nena Gándara”, como era conocida en su círculo, se producen a propósito de proyectos editoriales, actos sociales o de sus actividades de mecenazgo literario, con ella (“la Nena se dispone a trabajarme a la [editorial] Sudamericana”) o con otros escritores argentinos, también colaboradores de *Realidad*, como Héctor Murena, de quien Chacel señala que “ha sido de tal modo entronizado en casa de la Nena, que su sencillez ha padecido mucho”⁴⁵.

Todavía a la altura de 1985, Jorge Luis Borges y José Bianco compartían con el poeta colombiano Juan Gustavo Cobo Borda sus recuerdos de la Nena Gándara a propósito de *Realidad*. Según sus apuntes, anotados el 2 de octubre de 1985, en una de estas veladas literarias se habló de *Realidad*:

Carmen Gándara fundó una revista, *Realidad*, en contra de *Sur*. En *Realidad* colaboraron Francisco Ayala y Guillermo de Torre. Victoria Ocampo se molestó mucho. Victoria era liberal y democrática mientras Carmen Gándara era reaccionaria y amiga de los nacionalistas. Rica y tacaña, puso poco dinero en la revista, y Victoria Ocampo le devolvió el afecto llamándola a ella y sus hermanas “guarangas uruguayas” [entrecomillado en el original]. En ese mundo de grandes damas, ricas y letradas, no como ahora “donde las mujeres estudian para trabajar” [entrecomillado en el original], los celos y las rivalidades eran muy grandes. Había más tiempo que perder, y si bien Borges y Bianco eran de *Sur*, no les importaba traicionar a Victoria pasando temporadas en la estancia de las Gándara, donde se aburrían mucho⁴⁶.

En el breve recordatorio de la revista *Realidad* que incluye en sus memorias, Francisco Ayala dedica toda una página a recordar las discusiones “largas, tediosas, inconducentes” mantenidas con Carmen Gándara en las que debía “defender” *Realidad* de “las tendencias nacionalistas” de la escritora argentina. Ayala —que se refiere a ella como “una señora copetuda”, y, en otro momento, en alusión a su aportación económica en la revista, la

califica como “nuestra escasa mecenas” – señala que “cada vez que nos reuníamos en comité asesor, [la señora Gándara] se lamentaba de su falta de ‘raíces’ e insistía en la necesidad de convertirla en expresión genuina de ‘lo argentino’, de ‘lo nuestro’, sin que – pese a mi curiosidad inquisitiva – hubiera nunca manera de averiguar qué era ‘lo argentino’ y ‘lo nuestro’”. Ese “argentinismo ferviente de doña Carmen” no se reflejaba de un modo coherente ni consecuente en la selección de los trabajos que admitía para su publicación. En ocasiones, Carmen Rodríguez Larreta aprobaba la publicación de artículos de autores “de fuera, pero pretendía vetar los trabajos debidos a escritores compatriotas suyos, desaprobando sus puntos de vista, y teníamos que bregar por que fueran publicados, como en efecto lo fueron”.

Desde la perspectiva que le confiere su situación de exiliado, lo compara Ayala con “el españolismo *enragé* de tantos refugiados españoles que, desdeñosos desde luego del país donde estaban viviendo, exaltaban por contraste ‘lo español’, a la vez que condenaban en bloque a ‘la España de Franco’ y vituperaban acerbamente a cada uno en particular de sus compañeros de emigración”. Tal reduccionismo convertía “lo español” en una “indefinida esencia de la que era portador y custodio exclusivo quien hablaba en cada momento”. De ahí que, continuando con ese paralelismo, “también para la señora Gándara ‘lo argentino’ consistía, no en lo que pudieran pensar, sentir o formular los demás argentinos, sino en alguna entelequia que nebulosamente se le pintaba a ella en el magín”⁴⁷.

Este testimonio de Ayala encuentra su réplica en la opinión manifestada por la otra parte involucrada, Carmen R. L. de Gándara, en una carta dirigida a Francisco Romero. Fechada el 2 de noviembre de 1946, en la misiva se muestra el debate que se estaba produciendo en esos meses anteriores de gestación de la revista sobre las bases de la nueva publicación, entre ellas la procedencia de sus colaboradores, el público a quien se destina la revista y, sobre todo, por potenciar autores argentinos ante ese europeísmo y planteamiento occidental, del que eran más partidarios Francisco Ayala y Lorenzo Luzuriaga:

Estimado Romero: dos líneas para comunicarle que no podré llegar para la reunión del Martes. El Miércoles llegaré a B[uenos]. A[ires]. y a partir

de ese día estaré a disposición de ustedes si hay algo que hablar o decidir respecto a *Realidad*. Siento no asistir a esta próxima reunión porque hubiera deseado recalcar de modo bien concreto que estoy enteramente de acuerdo con lo expuesto por [Ezequiel] Martínez Estrada y apoyado por [Eduardo] Mallea el Martes último. Resumiendo, se trata de esto: *la colaboración argentina debe ser la base de la revista* [subrayado en el original]; por consiguiente debe dársele preferencia, salvo extraordinaria excepción, sobre toda otra cosa. Sobre este punto no creo que pueda admitirse discusión alguna. Solo así tendrá *Realidad* sentido y éxito. Luzuriaga y Ayala (sobre todo Luzuriaga) me parecen sobreestimar la importancia de los artículos que nos lleguen de Europa. Me parece evidente que lo que más interesará al público de las dos Américas –y tengo entendido que ese es el público que se desea alcanzar– será aquello que digan los argentinos, lo que diga usted, lo que diga Mallea, lo que diga M[artínez]. Estrada, lo que tengan que decir quienes representan, en realidad, al país. Lo demás, lo europeo, es necesario, pero lateral.

Eso es lo que hubiera deseado recalcar en la próxima reunión. Le pido que, llegado el caso, transmita a Ayala y Luzuriaga (puesto que son los únicos disidentes) cuál es mi definitiva opinión sobre tan fundamental asunto⁴⁸.

Resultan tan reveladoras las cuestiones que plantea esta carta, que aportan un testimonio único para conocer la historia interna de la revista. ¿*Realidad* como representante de “la realidad” argentina? Y, según Carmen Gándara, ¿son Mallea, Martínez Estrada o Francisco Romero quienes representan a la Argentina? ¿“Al público de las dos Américas” lo que le interesa es “aquello que digan los argentinos”? Ayala y Luzuriaga, por ampliar el ámbito intelectual de textos y autores publicados en la revista, son calificados de “disidentes” –por cierto “los únicos” disidentes– que “parecen sobreestimar la importancia de los artículos que nos lleguen de Europa”.

Desde una perspectiva totalmente distinta, también había encontrado un carácter disidente en la publicación argentina otro colaborador de la revista, el periodista español y militante del POUM, Juan Andrade (1897-1981). En una carta del antiguo director literario de la madrileña editorial Cénit, ahora exiliado en París, a Guillermo de Torre realiza la siguiente observación: “Leo con interés sus cosas en la revista *Realidad*. Por cierto, que últimamente observo que esta se atreve a tomar una posición un poco crítica

con respecto a los comunistas, es decir la revista. Esto es ya bastante progresivo, o sea, que haya escritores que se nieguen a marcar el paso siguiendo las órdenes de los Louis Aragon de todos los países”⁴⁹.

En el archivo personal de Francisco Romero se conserva una segunda carta de Carmen Gándara referente al primer número de *Realidad*. La carta, que trata principalmente de cuestiones intelectuales, alude en su último párrafo a la visión que “de lo argentino” pueda transmitir el primer número de la revista, algo que continúa preocupando a la autora de la misiva. Gándara vuelve a manifestar que la presencia argentina debe ocupar el lugar protagonista, pero sin radicalismos: “Espero nos veremos en *Realidad* y espero que Mallea habrá escrito lo que necesitamos para que el primer número sea lo que debe ser. (Sigue preocupándome el libro de Martínez Estrada. Implica una actitud política “extrema” [entrecomillado en el original] que puede traernos disgustos... Ojalá me equivoque)”⁵⁰.

El texto de Mallea representó un alegato a favor de la cultura. A Ayala le gustó, como se ha visto, y así se lo dijo a Luzuriaga, “es muy bueno”. El *Sarmiento* (Buenos Aires, Argos, 1947), de Ezequiel Martínez Estrada, con toda probabilidad el libro al que se refiere Carmen Gándara, convulsionó aún más la crispada sociedad cultural argentina. Se pueden calibrar la tensión y la polarización social solo con leer las críticas que suscitó esta publicación⁵¹. Y la nota crítica que escribió Carmen Gándara para el primer número constituye toda una declaración de sus intenciones. Escogió el libro de un emigrante vasco, Juan Goyanarte, *Lago argentino* (Buenos Aires, Emecé, 1946), para hacer una apología de su visión particular de la Argentina (I, 1). Cuando uno se enfrenta a la lectura de ese texto, a la luz de lo expresado por su autora en su carta a Francisco Romero y al análisis tan perfecto que realiza Ayala en sus memorias sobre la perspectiva nacionalista de la escritora argentina, no puede menos que sonreír o indignarse ante un tratamiento tan pueril, repleto de generalizaciones y falseamientos del supuesto carácter nacional de los argentinos.

Las razones políticas del momento cegaban a los mejor pensantes

LA cuestión política interna planeaba sobre *Realidad*, observó el filósofo argentino Juan Adolfo Vázquez (1917-2010). Como ya se ha indicado,

Vázquez pertenecía al círculo filosófico aglutinado, en esos primeros años de la década de 1940, en torno a la Universidad de Tucumán, que tuvo una gran presencia en *Realidad*. Aníbal Sánchez Reulet, Risieri Frondizi, Rodolfo Mondolfo, Luis Farré o, desde la sociología, Renato Treves, todos ellos colaboraron en la revista. En su intercambio epistolar con José Ferrater Mora (1912-1991), Vázquez escribe al filósofo catalán, entonces en Nueva York, una extensa carta en la que menciona su ensayo aparecido en *Realidad*, “Técnica y civilización” (II, 6), que le “ha gustado muchísimo”. En seguida, incide en un problema que ensombrece la publicación y que entre sus participantes deben contribuir a erradicar: “Debemos tratar de introducir en esta revista, tan buena por tantos aspectos, un punto de vista un poco más elevado que el de las consideraciones y planteamientos nacionalistas en que se ciegan los más benévolos y nobles intelectuales argentinos, exacerbados por la cuestión política interna”⁵².

En otra carta de Juan Adolfo Vázquez a Ferrater Mora a propósito de una colaboración de este en la futura publicación especializada en filosofía que estaba ideando, Vázquez le indica que no hay necesidad de publicar en su revista lo que en *Realidad* estaría “mejor presentado y más difundido”⁵³. Y es que para entonces *Realidad* había alcanzado prestigio internacional. Así se lo hizo saber Francisco Ayala en otra carta a Fidelino de Figueiredo dirigida a São Paulo: “Le hago mandar el n.º 8 de la revista *Realidad* para que se forme una idea de su carácter. Yo creía que sería bien conocida ahí, pues en otras partes se difunde bien y ha ganado tal prestigio que suele ser considerada como la mejor de lengua española”⁵⁴.

Realidad se consolidaba como revista de pensamiento capaz de influir en la sociedad contemporánea y de ampliar su horizonte intelectual, la única forma que encontraban Ayala y Luzuriaga de combatir las tendencias nacionalistas que cada vez polarizaban y asfixiaban más la sociedad argentina. Así lo confirmaría años más tarde Julio Cortázar al recordar una de sus colaboraciones en la revista. En una carta dirigida a Graciela de Sola con fecha de 16 de julio de 1964, Cortázar hace referencia a su reseña del libro de Leopoldo Marechal, *Adán Buenosayres* (Buenos Aires, Sudamericana, 1948), aparecida en *Realidad* (V, 14):

Me alegro de que le haya gustado mi reseña de *Adán Buenosayres*. Hay una serie de anécdotas divertidas en torno a esa reseña. La primera es la serie de insultos telefónicos que me tocó escuchar cuando se publicó. Las razones políticas del momento cegaban a los mejor pensantes, y aún hoy no entiendo bien cómo *Realidad* se animó a publicar esa nota; creo que la personalidad de Francisco Ayala se impuso contra el escándalo y hasta la cólera de otros miembros del comité de redacción. Aunque yo había cuidado de deslindar muy bien los terrenos, tuve que oír anónimas injurias, en que de nazi para arriba me dijeron todo lo que se les ocurría. En ese coro de ranas grotescas había tema para varios capítulos más de *Adán*... Me acuerdo también de que en ese entonces me dolió un poco que [Leopoldo] Marechal no me hiciera saber su opinión sobre mi crítica. Pero supongo que también él estaba un poco contaminado por los problemas del momento⁵⁵.

A propósito de esta reseña, otro colaborador de la revista, Héctor A. Murena, anotó al leerla: “a Cortázar no le perturbó el silencio con que, por razones variadísimas, se ha sepultado este libro del que tanto habría que hablar, ni el comentario que sobre él publicó [Eduardo] González Lanuza en *Sur*, ni las circunstancias especiales que rodean al autor, ni las referencias a personas vivientes que la clave de la novela encierra. Así fue como escribió algo tan insólito en estas latitudes: una crítica valiente y lúcida”⁵⁶. Y así quedó grabada en el recuerdo de otra colaboradora de *Realidad*, María Elena Walsh, como rescata en su recorrido biográfico por las personalidades porteñas que dieron vida a Buenos Aires en esa época: “en el año 48 apareció *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal, pero en esa vereda de enfrente, la de los réprobos: nacionalistas, peronistas, ¡ni cosmopolitas ni de izquierda ni democráticos, parias irredimibles!, Julio Cortázar tuvo los reflejos y la decencia de dedicarle un ensayo hoy clásico”⁵⁷. En estos dos fragmentos, se podría cambiar el sujeto por el de los editores de la revista, que tuvieron “los reflejos y la decencia” de permitir que se publicara “una crítica valiente y lúcida”, “algo tan insólito” en esa convulsa realidad histórica.

Final de *Realidad*: se sostiene en el aire y no corresponde a la realidad del país

PARA cuando salió la reseña de Cortázar sobre Marechal la situación política y la grave crisis editorial acuciaban la subsistencia de *Realidad*. Sin embargo,

durante todo este tiempo sus fundadores no dejaron de insistir para ampliar la nómina de colaboradores. Se ha localizado correspondencia de Francisco Ayala en la que solicita participación, directamente o a través de intermediarios, a escritores que finalmente no lo hicieron, como Salvador de Madariaga, José Ortega y Gasset⁵⁸, el historiador polaco Jacob Shatzky, el editor argentino Arnaldo Orfila Reynal y el círculo intelectual hispano-mexicano aglutinado en torno al Fondo de Cultura Económica y la revista *Cuadernos Americanos*⁵⁹, y habría que añadir a César M. Arconada, citado en las memorias de Ayala.

Que *Realidad* llegaba a su final se lo comunicó Francisco Ayala a José Ferrater Mora en una carta fechada en Buenos Aires el 12 de agosto de 1949. En la carta, respuesta a una de Ferrater que no se ha conservado, Ayala informa al filósofo catalán de que ha enviado “a sus amigos de Chile los números de *Realidad* que usted encargaba”, y, a continuación, le indica el estado de la publicación: “tenemos la esperanza de que esta revista continúe saliendo ininterrumpidamente, aunque hacerla es una lucha en todos los frentes, fatigosa y desesperante, por cuanto casi completamente infructuosa”⁶⁰. Mucho más penosa para Ayala, que desde principios de ese año se había encargado casi exclusivamente de su realización. Para salir del ambiente de Buenos Aires, superar la pérdida de su esposa, acaecida en diciembre de 1948, y acompañar a su hija Isabel, que deseaba ampliar sus estudios de psicología infantil en París, Lorenzo Luzuriaga viajó a Europa en 1949. En una carta enviada al hispanista y pedagogo francés Jean Sarrailh (1891-1964), le anuncia: “voy en viaje de información como director pedagógico de la Editorial Losada y gerente de la revista *Realidad* que supongo V. conoce. Además quiero escribir para *La Nación* de aquí crónicas diversas. Estaré cuatro o cinco meses, hasta que se me acaben los dólares que llevo”⁶¹.

Si en la primera carta a Ferrater, Ayala muestra su intención, no obstante las dificultades, de continuar con la revista, y termina apremiando a su amigo a enviar “su prometido trabajo”, en una carta posterior, fechada el 4 de noviembre de 1949, le comunica el fin de la publicación:

Contesto a sus dos cartas, que me han llegado con poca distancia. Y para referirme en último término a la última, que trae un original, le

diré que se lo he entregado a Luzuriaga, que está ocupándose de preparar los dos últimos números del año, concentrados en un doble. Veo que el tema que usted trata tan divertidamente fue ya tratado en *Realidad* por Jesús Prados, también en forma irónica. Me temo que esos dos números últimos del año sean también los postreros de la revista, por lo menos en esta primera fase de su existencia. Parecería que hubiera adivinado usted lo que había de pasar, lamentándolo por anticipado en la primera de sus cartas. Pero, imagínese lo que es, en este mundo, ese milagro que la revista representa. Del milagro, no puede ni debe abusarse. Y, para colmo, el año entrante amenaza ser aquí el de una crisis más que regular, en la que sería temerario obstinarse en publicar una cosa así, que se sostiene en el aire y no corresponde a la realidad del país, pese al título que quisimos darle. Conversando, habría oportunidad de contarle los detalles íntimos de esta absurda y hermosa empresa que no será inmodestia de mi parte decir, sino mera “constatación de hecho” [entrecomillado en el original], ha pesado casi exclusivamente sobre mis hombros, sin honra ni provecho propios, y con las “esaboriciones” [entrecomillado en el original] necesarias para quitarle a uno también el gusto. En fin, pase lo que haya de pasar, yo he sacado el hombro –aunque no completamente– para estos últimos números, porque estoy en vísperas de un viaje y ocupado en las cien mil incumbencias que esto implica a la fecha de hoy⁶².

Durante todo su tiempo de publicación, la revista *Realidad* estuvo presente en la vida cultural de sus colaboradores y, por extensión, de sus círculos literarios. Y ese fue el mayor éxito de la revista: haber conseguido difundir ideas de algunos de los intelectuales más relevantes de la época que se cuestionaban la realidad presente y proyectaban su propio pensamiento sobre cómo entender y contribuir a la creación, entre todos, de una mejor sociedad futura. Por los resultados obtenidos, valorados tanto en la categoría de los colaboradores de la revista como en el éxito de difusión que alcanzó *Realidad*; “tanto en las ideas y formas de expresión como en la presentación de cada número”, indicaban los editores en la nota a los lectores donde anunciaban el fin de la publicación, creían haber logrado el “propósito inicial de altura y dignidad” (VI, 17-18: 329).

Y quizá en esas dos palabras residían los pilares de *Realidad*: “la altura” estaba reñida con ideologías reduccionistas como el nacionalismo, y “la dig-

nidad”, con el sometimiento a un pensamiento contrario a los ideales liberales, humanistas, universales, defendidos por sus impulsores. La historia interna de la revista no hace sino reflejar la coherencia intelectual y moral de Francisco Ayala y Lorenzo Luzuriaga, y encaja perfectamente en sus respectivas trayectorias profesionales e ideológicas. De haberlo sabido, habrían recibido como un elogio el calificativo de “disidentes”, pues no adoptar la doctrina, creencia o conducta común sin haberla sometido antes a una reflexión crítica era, desde luego, una cualidad que ambos poseían y de la que no dejaron de dar muestras en sus decisiones personales a lo largo de su vida. También en la hermosa y necesaria empresa que fue *Realidad*.

Notas

- 1 En inglés en el original: “in order to expose and discuss, in a spirit free of compromise, those various and vital questions which concern, at the present moment, western civilization”. Carta de Francisco Ayala a Lewis Mumford fechada en Buenos Aires, el 2 de octubre de 1946. Lewis Mumford Papers, Correspondence to Lewis Mumford from Francisco Ayala, Box 55, Folder 4042, Rare Book and Manuscript Library, University of Pennsylvania. De todas las cartas citadas en este trabajo hay copia en el archivo de la Fundación Francisco Ayala.
- 2 El polifacético y prolífico escritor Lewis Mumford (1895-1990) reflexionó, desde una perspectiva transversal, sobre cuestiones de filosofía, arte, antropología, arquitectura, urbanismo o crítica literaria; destacan sus estudios sobre la ciudad y la relación entre la técnica y el ser humano. En Buenos Aires, la editorial Emecé publicó en 1945 la traducción al castellano de dos de sus obras de referencia, *Técnica y civilización* (2 vols.) y *La cultura de las ciudades* (3 vols.).
- 3 En esta cifra se incluyen las tres contribuciones tituladas “Carta de España”, firmadas por “un corresponsal”, seudónimo tras el que se esconde el escritor José Luis Cano (como se comprueba en la correspondencia que mantuvo con Guillermo de Torre y como él mismo reveló en *Los cuadernos de Velintonia: conversaciones con Vicente Aleixandre*, Barcelona, Seix Barral, 1986, p. 16). En el índice onomástico incluido en la edición facsímil de la revista *Realidad* (Sevilla, Renacimiento, 2007, 6 vols.), el número de colaboradores es 134, pues se han omitido los nombres de Francesco Flora, Enrique Pezzoni, Manuel Villegas López, Rafael Virasoro y “un corresponsal” (José Luis Cano).
- 4 Rosana Guber, “Occidente desde la Argentina. Realidad y ficción de una oposición constructiva”, en Noemí Girbal-Blacha y Diana Quatrocchi-Woisson, *Cuando opinar es actuar: revistas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999, p. 387. Para Emilia de Zuleta, *Realidad* constituye “el más representativo testimonio del estado de espíritu liberal frente a dos experiencias extremas: la honda crisis de la posguerra y los problemas derivados del primer gobierno peronista”, *Espanoles en la Argentina: el exilio literario de 1936*, Buenos Aires, Atril, 1999, p. 88.
- 5 Luis Alberto Romero, “Los opositores al peronismo. Comentarios sobre los trabajos de R. Pasolini y F. Fiorucci”, [2010], presentados en la jornada académica “Los opositores al peronismo, 1946-1955” celebrada en la Escuela

de Política y Gobierno, en Buenos Aires, el 23 de abril de 2010, pp. 3-4. Disponible en: http://www.unsam.edu.ar/escuelas/politica/centro_historia_politica/LA%20Romero%20Comentarios%20.pdf (último acceso: 29 de diciembre de 2012).

- 6 Deseo expresar mi agradecimiento a las siguientes personas e instituciones que me han proporcionado información y parte de la correspondencia incluida en este trabajo: Tulio Halperin Donghi, Jorge Lafforgue, Luz Romero, Luis Alberto Romero, Juan Carlos Torchia-Estrada, Archivo Histórico de El Colegio de México, Sala Cervantes de la Biblioteca Nacional de España, Cátedra Ferrater Mora de Pensamiento Contemporáneo y Biblioteca (Universitat de Girona), Department of Rare Books and Special Collections (Princeton University), Department of Special Collections (University of California at Los Angeles, UCLA), Fundación Francisco Ayala, Biblioteca y Archivo de la Fundación Ortega y Gasset, Harvard University Archives, Institute for Jewish Research at the Center for Jewish History (YIVO), Instituto José Cornide de Estudios Coruñeses, Rare Book and Manuscript Library (University of Pennsylvania).
- 7 Carta de Francisco Ayala a Fidelino de Figueiredo fechada en Buenos Aires el 10 de junio de 1946. Letters to Fidelino de Figueiredo (Collection 2034), Box 2, Folder 4, Francisco Ayala, Department of Special Collections, Charles E. Young Research Library, UCLA.
- 8 Carta de Antonio Espina a Corpus Barga fechada en París el 21 de noviembre de 1946, en *Cartas a Corpus Barga*, edición de Isabel del Álamo Triana, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 2008, p. 319.
- 9 La vinculación inicial del microbiólogo argentino Alfredo Sordelli (1891-1967) con *Realidad* no llegó a materializarse; su nombre aparece también en el membrete de las cartas, pero en el primer número de la revista ya no se incluye entre los miembros del consejo de redacción. Raúl Prebisch y Amado Alonso tampoco publicaron en *Realidad*, pero, como se verá en el caso de este último, sí procuraron relaciones y contactos.
- 10 Sobre la trayectoria profesional de María Luisa Navarro véase la investigación de María Dolores Coteló Guerra, “María Luisa Navarro de Luzuriaga: una vida anónima en el exilio europeo (1936-1939)”, *Sarmiento: Anuario Galego de Historia da Educación*, núm. 4, 2000, pp. 49-82.
- 11 Francisco Ayala, *Autobiografía(s)*, vol. 2 de las *Obras completas*, edición de Carolyn Richmond, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2010, p. 142.

- 12 Después de su traslado definitivo a Lima en 1948, Corpus no publicó de nuevo en *Realidad*, a pesar de la insistencia de Ayala: “Ahora, desde ahí, ¿podrá usted hacer algo para *Realidad*?”. Carta de Francisco Ayala a Corpus Barga fechada en Buenos Aires el 3 de junio de 1948, en *Cartas a Corpus Barga*, citado (nota 8), p. 149.
- 13 Francisco Ayala había reflexionado con anterioridad en varias ocasiones sobre el papel que debía desempeñar América (y en especial la América hispánica) en la configuración espiritual del mundo en un contexto histórico marcado por la crisis. He desarrollado este tema en “La conciencia hispánica de Francisco Ayala”, en Luis García Montero y Milena Rodríguez Gutiérrez (eds.), *De este mundo y los otros. Estudios sobre Francisco Ayala*, Madrid, Visor, 2011, pp. 155-176.
- 14 Flavia Fiorucci, *Intelectuales y peronismo, 1945-1955*, Buenos Aires, Biblos, 2011, p. 148.
- 15 Carta de María Teresa León a Corpus Barga fechada en Buenos Aires el 19 de abril de 1947, en *Cartas a Corpus Barga*, citado (nota 8), p. 402. El cobro de este ensayo parece ser que se gestionó a través de Arturo Serrano Plaja, como le indica este a Corpus en una carta sin fechar recogida en este epistolario (p. 569).
- 16 Carta de Guillermo de Torre a Ricardo Gullón fechada el 9 de enero de 1947. Archivo Guillermo de Torre en la Biblioteca Nacional de España. Fondo Antiguo, Manuscritos, signatura MSS/22825/1. Toda la correspondencia citada en este trabajo de Guillermo de Torre procede de este archivo; en adelante solo se citará la signatura correspondiente.
- 17 *Ibidem*. La revista *Cabalgata* (1946-1948) fue fundada por el editor catalán Joan Merli (1901-1995) y los exiliados gallegos Luis Seoane (1910-1979) y Lorenzo Valera (1916-1978). Joan Merli, un reconocido marchante de arte en España cuando se exilió en Buenos Aires, había fundado en 1942 la editorial Poseidón, especializada en artes plásticas y que contribuyó con *Realidad* al contratar cinco anuncios publicitarios. Más información sobre la trayectoria profesional de Joan Merli en la década del cuarenta en Argentina, en Pura Fernández, “El epistolario de Ramón Gómez de la Serna a Joan Merli (1942-1950): hacia los libros creadores”, *Bulletin of Spanish Studies: Hispanic Studies and Researches on Spain, Portugal and Latin America*, vol. 88, núm. 7-8, 2011, pp. 287-298.
- 18 Correspondencia entre Ricardo Gullón y José Luis Cano con Guillermo de Torre, signaturas MSS/22825/1-4 y MSS/22821/1-2. Para profundizar en

la relación de *Realidad* con los escritores españoles en España, véase en este volumen el trabajo de Olga Glondys.

- 19 José Manuel Blecua, por ejemplo, en una carta fechada en Zaragoza el 14 de noviembre de 1947, hace referencia a dos artículos en concreto de Guillermo de Torre: “su nota sobre los escritores españoles del siglo XIX [II, 4] que he leído en *Realidad* es muy interesante. Lo peor es que mi generación aún no ha descubierto a Galdós ni menos a Clarín”. En otra carta, fechada el 28 de abril de 1948, le comunica: “Con cierta regularidad he venido recibiendo sus envíos: el número de *Realidad* dedicado a Cervantes, las páginas de *La Nación*, la novela de Sartre y hoy mismo el vol. de Cernuda. Ya puede usted imaginarse mi agradecimiento y cómo fue devorado todo ello nada más aparecer por casa. [...] En el número 7 de *Realidad* he leído su sabroso artículo sobre Gide, con el mismo placer con que siempre he leído todos sus trabajos”, signatura MSS/22820/17.
- 20 Dos ejemplos de este papel de relaciones públicas de Guillermo de Torre se ofrecen en su correspondencia. En una carta dirigida a la escritora francesa Marcelle Auclair (1899-1983), fechada el 1 de abril de 1947, De Torre le indica: “conocido el interés de Vd. por colaborar en publicaciones de aquí, me pongo a su disposición para ello. La nueva revista *Realidad*, tanto como *Cabalgata*, *Los Anales [de Buenos Aires]*, *Saber Vivir* serían lugares propios para sus artículos. Con los diarios no cuente. Ni *La Nación* ni *La Prensa* han reorganizado sus colaboraciones francesas”. En otra carta dirigida al poeta y crítico de arte Enrique Azcoaga (1912-1985), fechada el 20 de noviembre de 1947, le comunica: “creo que aquello que sobre todo le interesaría es recibir las hermosas revistas que aquí hacemos. Es un momento de excelentes publicaciones en casi todas las capitales de América [...] tales, sin olvidar la veterana *Sur* y la nueva *Realidad* de aquí, *Cuadernos Americanos* de México, *Escritura* y *Algar* de Montevideo, *Revista de América* de Colombia, *Asomante* de Puerto Rico, *Revista de Guatemala*, qué sé yo...”, signaturas MSS/22819/1 y MSS/22819/10.
- 21 Más información sobre su exilio en Escocia en Christopher H. Cobb, “Lorenzo Luzuriaga: el camino del exilio, de Glasgow a Tucumán. La desilusión de un liberal”, *Historia Contemporánea*, núm. 17, 1998, pp. 455-472; sobre el conjunto de su trayectoria profesional, véanse los trabajos de Herminio Barreiro, “Lorenzo Luzuriaga y el movimiento de la *Escuela Única* en España. De la renovación educativa al exilio (1913-1959)”, *Revista de Educación*, núm. 289, 1989, pp. 7-48; y “Lorenzo Luzuriaga: una biografía truncada (1889-1959)”, en Juan Antonio Díaz (coord.), *Castellanos sin man-*

- cha: exiliados castellano-manchegos tras la guerra civil*, Madrid, Celeste, 1999, pp. 31-42; y sobre sus años en Argentina, véase Teresa María Dabusti de Muñoz, *Una biografía del exilio: Lorenzo Luzuriaga en Argentina*, Saarbrücken, Editorial Académica Española, 2012.
- 22 Carta de Lorenzo Luzuriaga a Eugen Millington-Drake fechada en Buenos Aires el 22 de octubre de 1946. Fondo Lorenzo Luzuriaga depositado en la Biblioteca y el Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset. Todas las cartas de y a Lorenzo Luzuriaga mencionadas en este trabajo se encuentran en este archivo.
 - 23 Juan Mantovani y su esposa, la escritora Fryda Schultz, colaboradora de *Realidad* (además de dos artículos, realizó una reseña muy aguda sobre *Los usurpadores* de Francisco Ayala, V, 15), serían grandes amigos de Francisco Ayala (véase *Autobiografía(s)*, citado [nota 11], p. 328) durante su exilio en Buenos Aires, especialmente desde que se convirtieron en vecinos al trasladarse los Ayala al número 3090 de la calle Lafinur, frente a la casa de los Mantovani, que residían en el número 3121.
 - 24 Carta de Lorenzo Luzuriaga a Américo Castro fechada el 5 de marzo de 1945. Un año antes, el propio Francisco Ayala fue destituido de su puesto como profesor de la cátedra de Sociología en la Universidad Nacional del Litoral (véase Luis A. Escobar, *Francisco Ayala y la Universidad Nacional del Litoral*, Granada, Fundación Francisco Ayala y Universidad de Granada, 2011, pp. 102-110). La tensión política en las universidades se incrementó a raíz de las elecciones de 1946 ganadas por Juan Domingo Perón. Entre los participantes en *Realidad*, la cesantía de profesores en universidades e instituciones académicas destituyó de sus puestos a Amado Alonso, Enrique Anderson Imbert, Aníbal Sánchez Reulet o Risieri Frondizi. Véase al respecto el ensayo de Luis Alberto Romero en este volumen.
 - 25 Anotación manuscrita de Eduardo Mallea en una carta mecanografiada de Francisco Ayala dirigida a Van Wyck Brooks, fechada en Buenos Aires el 3 de octubre de 1946 (en inglés). Van Wyck Brooks Papers, Correspondence 1946, Folder 178, Francisco Ayala, Rare Book and Manuscript Library, University of Pennsylvania. La traducción al castellano del libro de Van Wyck Brooks, realizada por Pedro de Olazábal, se publicó como *Las opiniones de Oliver Allston* (Buenos Aires, Emecé, 1943).
 - 26 El escritor ruso Vladimir Veidle (Wladimir Weidlé en su transliteración más frecuente en español y como apareció en *Realidad*) colaboró en la revista con

“La unidad de las letras europeas” (VI, 16), texto fechado en París, en agosto de 1949. En la colección Grandes Ensayistas de Emecé se había publicado *Ensayo sobre el destino actual de las letras y las artes* (1943), y se editaría la traducción al español de *Rusia ausente y presente* (1950); de T. S. Eliot, *Realidad* publicó su extenso ensayo “Milton” (IV, 10), y Emecé, *Los poetas metafísicos y otros ensayos sobre teatro y religión* (1944) y *Notas para la definición de la cultura* (1949); Arnold J. Toynbee, “La civilización puesta a prueba” (III, 9). El ensayo del “célebre historiador y sociólogo inglés A. Toynbee”, se indicaba en una nota al final del número, “nos ha sido cedido para *Realidad* por la Editorial Emecé de Buenos Aires, propietaria de los derechos de traducción, y que lo publicará en un volumen con el mismo nombre” (p. 419), que apareció en 1949.

- 27 Francisco Ayala, *Autobiografía(s)*, vol. 2 de las *Obras completas*, citado (nota 11), p. 371.
- 28 *Ibidem*, p. 373. Por último, estas dos cartas muestran el modelo que enviaban a posibles colaboradores, así como otra información relativa a los artículos. Debían estos tener una extensión de 4.000 a 7.000 palabras, y la retribución era de 30 dólares americanos por cada artículo publicado. Para ampliar el alcance de autores extranjeros, en la carta se indicaba expresamente que no obstante el deseo de *Realidad* por publicar trabajos originales, se aceptaban aquellos que de estar publicados hubiera sido en una lengua distinta del español.
- 29 Carta de Lorenzo Luzuriaga a Américo Castro fechada en Tucumán el 6 de abril de 1939. Con Américo Castro existe correspondencia en la que Luzuriaga se refiere a *Realidad* en varias ocasiones.
- 30 Carta de Lorenzo Luzuriaga a Américo Castro fechada el 31 de julio de 1939.
- 31 Véase Juan María Lecea Yábar, “Amado Alonso en Madrid y en Buenos Aires”, *Cauce: Revista de Filología y su Didáctica*, núm. 22-23, 1999-2000, pp. 403-420.
- 32 Dos cartas de Francisco Ayala a Amado Alonso fechadas el 29 de mayo y el 14 de junio de 1948. Papers of Amado Alonso. Harvard University Archives, HUGFP 80.10, Correspondence, 1927-1952, Box 1, Folder A. De este fondo documental existe una copia microfilmada en la biblioteca de la Residencia de Estudiantes.
- 33 Alberto Wagner de Reyna, “Recordando a M. Heidegger”, *Convivium*, 2.^a serie, núm. 10, 1997, p. 122.

- 34 Carta de Martin Heidegger a Alberto Wagner de Reyna, fechada en Friburgo el 17 de diciembre de 1947. *Ibíd.*, pp. 123-124. En el artículo se incluye la carta original manuscrita en alemán de Heidegger, una transcripción mecanografiada y la traducción de la misma que realiza Wagner. “Carta sobre el humanismo”, en traducción de Alberto Wagner de Reyna, se publicó en *Realidad* en dos partes (III, 7 y 9). Según se indica en el artículo antes citado, Wagner renunció a sus derechos de traducción para que Heidegger pudiera recibir íntegro el importe que *Realidad* había pagado por su traducción.
- 35 Carta de Francisco Ayala a Lorenzo Luzuriaga fechada el 7 de febrero de 1947.
- 36 *Ibíd.* Según información de Mabel Peremartí y Miguel de Torre, hijo de Guillermo de Torre y Norah Borges, ambos vinculados profesionalmente a la editorial Losada desde 1957 y 1959 respectivamente, Baños Rivas era un buen “corredor”, estrechamente relacionado con los escritores que publicaban en la editorial. Agradezco a Jorge Lafforgue y a Luis Alberto Romero sus gestiones para localizar información sobre Baños Rivas, y a Juan Carlos Torchia-Estrada el haber buscado en el epistolario de Francisco Romero; de la otra figura que menciona Ayala en su carta a Luzuriaga, Suárez, desafortunadamente no he podido obtener más datos.
- 37 Carta de Francisco Ayala a Lorenzo Luzuriaga fechada el 12 de febrero de 1947.
- 38 Francisco Ayala, *Autobiografía(s)*, vol. 2 de las *Obras completas*, citado (nota 11), p. 282.
- 39 Entre las otras empresas anunciadoras se encuentran muchas de “las casas amigas” a las que alude Ayala, que tenían lazos españoles: además del citado Iturrat y la CADE, las editoriales Losada, Sudamericana, Poseidón o Atlántida, que en *Realidad* publicita su Colección Oro, dirigida por el matrimonio formado por Rafael Dieste y Carmen Muñoz. Véase Fernando Larraz Elorriaga, “Los exiliados y las colecciones editoriales en Argentina (1938-1954)”, en Andrea Pagni (ed.), *El exilio republicano español en México y Argentina: historia cultural, instituciones literarias, medios*, Madrid [etc.], Iberoamericana [etc.], 2011, p. 141.
- 40 Véase Gabriella Dalla-Corte Caballero, “Empresas, instituciones y red social: la Compañía Hispanoamericana de Electricidad (CHADE) entre Barcelona y Buenos Aires”, *Revista de Indias*, núm. 237, 2006, pp. 519-544.
- 41 Carta de Francisco Ayala a Lorenzo Luzuriaga fechada el 12 de febrero de 1947.

- 42 “Salimos el viernes para Punta del Este. Nuestras señas allí: Hotel Americano. Estaremos el mes de febrero. Aquí quedan los chicos varones, que solo tienen 10 días de vacaciones”. Carta de Lorenzo Luzuriaga a Américo Castro fechada el 28 de enero de 1947.
- 43 Correo electrónico de Tulio Halperin Donghi recibido el 5 de julio de 2012. Agradezco a Tulio Halperin Donghi el haberme permitido citar su correo en este ensayo.
- 44 Correo electrónico recibido el 8 de julio de 2012. En este correo, Tulio Halperin refiere un “largo pasaje de los recuerdos de María Elena Walsh en que habla bastante de ella (aunque no es del todo confiable; dudo que la Gándara haya sido nunca el gran amor de Mallea, como ella asegura) y de otras cosas que también pueden interesarle, entre otras de la señora de Ortiz Basualdo, otra mecenas femenina que dio trabajo a Borges en *Anales de Buenos Aires*”. El texto de María Elena Walsh se publicó con el título de “Escenas de la vida literaria”, y el antetítulo “Buenos Aires, 1948”, en *La Nación* de Buenos Aires, el 16 de diciembre de 1998. Disponible en: <http://www.lanacion.com.ar/215102-escenas-de-la-vida-literaria> (último acceso: 5 de enero de 2013).
- 45 Rosa Chacel, *Diarios*, vol. IX de la *Obra completa*, Dueñas (Palencia), Simancas ediciones, 2004, pp. 107 y 129.
- 46 Juan Gustavo Cobo Borda, *Lector impenitente*, México, FCE, 2004, pp. 222-223.
- 47 Francisco Ayala, *Autobiografía(s)*, vol. 2 de las *Obras completas*, citado (nota 11), pp. 373-374.
- 48 Carta manuscrita de Carmen R. L. de Gándara dirigida a Francisco Romero, fechada el 2 de noviembre de [1946]. En el archivo personal de Francisco Romero. Agradezco a Juan Carlos Torchia-Estrada, albacea intelectual del archivo de Francisco Romero, el haberme enviado esta carta.
- 49 Carta de Juan Andrade a Guillermo de Torre fechada en París el 2[?] de noviembre de 1948.
- 50 Carta manuscrita de Carmen R. L. de Gándara dirigida a Francisco Romero, fechada en Mar del Plata el 10 de enero de 1947. En el archivo personal de Francisco Romero.
- 51 Como dos ejemplos contrapuestos, véanse las críticas de Carlos Alberto Erro en *Realidad* (“Un *Sarmiento* ahistórico”, I, 2) y de Francisco Ayala en *Sur*, “El

- Sarmiento* de Martínez Estrada”, núm. 150, 1947, recogido en Francisco Ayala, *Estudios literarios*, vol. 3 de las *Obras completas*, edición de Carolyn Richmond, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2007, pp. 1429-1431.
- 52 Carta de Juan Adolfo Vázquez a José Ferrater Mora fechada en Santa Catalina, Córdoba (Argentina), el 16 de febrero de 1948. Fondo “Epistolario del Legado Ferrater Mora”, Cátedra Ferrater Mora de Pensamiento Contemporáneo y Biblioteca, Universitat de Girona. Todas las cartas dirigidas a Ferrater Mora citadas en este trabajo proceden de este fondo documental.
- 53 Carta de Juan Adolfo Vázquez a José Ferrater Mora fechada el 22 de agosto de 1948.
- 54 Carta de Francisco Ayala a Fidelino de Figueiredo fechada el 12 de julio de 1948. Department of Special Collections de la UCLA. Figueiredo no llegó a colaborar en *Realidad*, a pesar de la insistencia de Ayala. En otra carta anterior, fechada el 12 de abril de 1948, Ayala le vuelve a pedir un texto para *Realidad*: “En todo caso, ha olvidado también darme la colaboración prometida para esta revista, y le prevengo que he de insistir hasta que la obtenga. ¿Qué le parece *Realidad*? ¿Qué puede sugerirme en relación a ella? Escríbame pronto y mándeme alguna cosa que publicar”.
- 55 Julio Cortázar, *Cartas: 1964-1968*, edición de Aurora Bernárdez, Madrid, Alfaguara, 2002, p. 721.
- 56 Héctor A. Murena, *Los penúltimos días (1949-1950)*, Valencia, Pre-Textos, 2012, p. 53. El artículo se publicó originalmente en *Sur*, núm. 177, julio de 1949, pp. 93-96.
- 57 María Elena Walsh, citado (nota 44).
- 58 En la Fundación Ortega y Gasset se conserva una carta de Francisco Ayala a José Ortega y Gasset a propósito de la revista *La Torre*, fundada por Francisco Ayala en Puerto Rico. Fechada el 16 de enero de 1953, en la carta Ayala solicita a Ortega su colaboración para *La Torre*: “La revista va a ser tipográficamente muy buena; y en cuanto al contenido, esperamos que se mantenga en un nivel decente, por el estilo de la revista *Realidad* que hice en Buenos Aires y para la que nunca conseguimos su firma. Ojalá que esta otra publicación tenga mejor suerte”.
- 59 Se solicita colaboración expresa a Daniel Cosío Villegas, Leopoldo Zea, Eugenio Imaz, Antonio Ramos Oliveira, Alfonso Reyes y José Gaos. Estos dos últimos, junto con Pere Bosch Gimpera, colaboraron en *Realidad*.

- 60 Carta de Francisco Ayala a José Ferrater Mora fechada en Buenos Aires el 12 de agosto de 1949.
- 61 Carta de Lorenzo Luzuriaga a Jean Sarrailh fechada en Buenos Aires el 6 de enero de 1949. De su impresión de Europa diez años después de abandonarla, escribió Luzuriaga en *Realidad* a su vuelta en Buenos Aires (VI, 16).
- 62 Carta de Francisco Ayala a Ferrater Mora fechada el 4 de noviembre de 1949. Ferrater trató sobre la cibernética y la semántica en su ensayo “Dos digresiones sarcásticas” (VI, 17-18). En nota a pie de página, los editores remitían a la crónica de Jesús Prados Arrarte, “La máquina de gobierno” (V, 14). La idea de que *Realidad* podría publicarse nuevamente en el futuro se expresó también en el editorial de cierre y se confirma en correspondencia de Guillermo de Torre a otros colaboradores.

**CUATRO NOTAS DE *REALIDAD*
A SUS LECTORES**

EDITORIAL [enero de 1947]

NUESTRA cultura –la vieja e ilustre cultura de Occidente– ha llegado hoy a una situación excepcional.

Por una parte, atraviesa formidable crisis; por la otra, se halla en la obligación de proporcionar al mundo entero –ya no exclusivamente a lo que era hasta ahora su propio ámbito– un programa completo de vida y de pensamiento, porque el proceso de unificación mundial que venía avanzando desde hace tiempo se ha acelerado prodigiosamente en los últimos años, por razones y en maneras tan varias como bien conocidas, haciendo de todo el planeta una sola unidad. Este es el hecho gigantesco que debe afrontar el hombre occidental: su cultura, quebrantada por una crisis gravísima, tiene que asumir plenamente el carácter y la función de cultura universal.

Del hecho indiscutible brota un haz de obligaciones inexcusables; ignorar ese hecho, descuidar estas obligaciones significaría avanzar a ciegas hacia el fracaso. Enumeraremos algunos de los deberes derivados de la situación. El Occidente debe alcanzar conciencia de sí, de sus raíces y fundamentos, de lo que en él es accidente y de lo que es esencia, de su médula viva, de sus limitaciones y de sus posibilidades. Debe también abarcar su crisis, entenderla, juzgarla, arbitrar los medios para salir de ella. Esto, en cuanto a lo que pudiera llamarse el aspecto interno. En cuanto a lo externo, debe examinar la nueva situación, abrirse a una comprensión más generosa y cabal de las otras culturas, para respetar en ellas su derecho, para incorporar aquellos de sus valores que resulten admisibles sin desmedro de la peculiaridad propia, para corregir lo que, acá y allá, hubiera de angosto y unilateral. Una cultura no se impone a quienes no la tengan por propia; únicamente es legítimo proponerla. Y la aceptación dependerá de que la propuesta resulte satisfactoria en sus bases y como programa. Acaso el porvenir de la humanidad en los siglos próximos –o el porvenir de la humanidad, sin más– penda en esta solemne ocasión de que la propuesta del Occidente sea aceptada. Y ello depende, a su vez, de que resulte aceptable. En cuanto a la pro-

puesta misma, está haciéndose por fatal decisión del destino histórico. No cabe retroceder; solo nos es dado trabajar en la tarea inevitable, procurar que nuestra civilización, depurada y robustecida, se convierta en civilización ecuménica.

A Europa corresponde el honor de haber concretado nuestra cultura, no sin incluir legados e injertos de otras más viejas. Pero los americanos no somos advenedizos en ella. Es tan nuestra como lo pueda ser de cualquier pueblo europeo actual. Lo es por la herencia común, lo es además por nuestros especiales aportes, y también por otros motivos: por el hálito esperanzado que el Occidente ha recibido del Nuevo Mundo, por la síntesis aquí realizada y en continuo trámite, por el aire y el movimiento que cobra en nuestras tierras. Desde el Descubrimiento, América ha sido la ilusión, el ensueño de Europa. Todo impulso reprimido, toda ambición fracasada, todo derecho sojuzgado, toda aspiración insatisfecha en suma, han apuntado al Nuevo Mundo, y en él se sosegaban, en la efectividad del trasplante o en la mera figuración del anhelo. Por donde América, además de aquello que en sí es como concreta realidad, vino a ser un contenido nuevo en la conciencia europea y, por ende, en la de nuestra cultura. Afirmamos, pues, que América ha sido y es algo importante como incitación o poderosa latencia en la misma sede originaria de nuestra cultura; y creemos también que esa cultura, más allá y por encima de lo que en cada uno de sus órdenes hayamos podido incorporar a ella, reviste en la amplitud americana un ritmo nuevo, más elástico, libre y vivaz, y se integra y unifica por la armónica convivencia y compenetración de sus distintos motivos y aun de aquellos de sus elementos que se mantenían separados y hasta hostiles en la arisca diversidad del mosaico europeo. Si todo esto es cierto, debemos aceptar que a América puede estarle reservado un papel capital en la necesaria extensión, presente y futura, al mundo entero, de los principios, modos y normas de la cultura de Occidente.

En las notas generales de lo americano dentro de nuestra civilización coinciden venturosamente las dos secciones culturales del Continente, por distintos que sean sus caracteres desde otros ángulos: aquella coincidencia y estas disparidades permiten y anuncian una provechosa cooperación y compensación, cuyo perfeccionamiento aumentará con el correr de los días,

por la fuerza de las cosas y la buena voluntad de los hombres. Y en la mitad de raigambre hispánica, nuestro país tiene una significación y un puesto que nadie intenta disputarle y que nos depara pesados deberes.

Estos deberes –tal como han sido esbozados antes en el sentido de la lucha por la vigencia de valores universales capaces de configurar un esquema vital aceptable para todo el mundo y dotado de viabilidad histórica– gravitan sobre nosotros de manera particular, porque a nuestro alrededor prosperan tendencias negativas, fuerzas que empujan al mundo, no hacia aquel deseable programa de vida, sino hacia la disolución de todo principio espiritual y aun de toda cultura. Contra esos impulsos destructores queremos elevar la voz de la razón, en una tarea clarificadora que afirme la validez suprema del espíritu y desentrañe con serenidad, energía e independencia su papel en la civilización y en la vida del hombre.

Sabemos bien cuáles son las dificultades de esa empresa. Quizá la principal de ellas consista en saber eludir la invitación que esas fuerzas –en verdad, demoníacas– hacen a quienes desean combatir las para que acudan a su propio terreno. Descender a él, aunque fuese ganando pequeñas batallas, supondría en el fondo haber perdido ya la gran batalla, haber aceptado –no importa con cuántas reservas mentales– el juego del adversario. La necesidad de mantenerse en el terreno propio obliga, sin embargo, a actitudes que más de una vez parecerán dudosas a los simplistas; pues no se tratará a menudo de pronunciarse por el sí o el no en cuestiones prácticas, sino de llevar estas a un plano donde adquieran dignidad y plenitud de sentido. Por lo demás, una revista que no quiere ser literaria en el sentido habitual de la palabra, ni tampoco especializada en un grupo aislado de problemas teóricos o prácticos, tiene naturalmente como programa la consideración de la vida de la cultura, y la forma como ello se realice depende en parte de las intenciones previas, pero también, en igual o mayor medida, de las posibilidades y aun de la palpitante contingencia. Un libro puede elaborarse según plan y propósito; una revista es como un ser viviente, tiene que hallar viviendo la ley de su existencia. Si algo, sin embargo, nos parece indudable, es que la hora no tolera el juego brillante, la amable superficialidad, el entretenimiento de lo episódico; si algún límite nos hemos de imponer, se referirá, más que a los temas en sí, a la calidad de los enfoques.

Realidad se llama esta publicación, porque intenta atender –desde nuestro mirador argentino y con la contribución de muchas mentes vueltas hacia el enigma de nuestro tiempo– a la vasta realidad contemporánea, a la que somos nosotros, a la total en la que deseamos insertar cada vez más nuestra presencia patente y operante. Le hemos puesto como subtítulo *Revista de Ideas*, porque en cuanto pensamiento y por el pensamiento interviene en lo real el escritor. Todo hecho humano, o se constituye sobre un armazón de ideas, o las tiene como ingrediente; todo hecho natural y humano se conoce, se juzga y se modifica mediante las ideas. Hechos e ideas componen la maraña de lo real, sin excluir la realidad que es ansia y prefiguración de lo futuro. La vida humana, como dijo un sumo poeta de realidades, está tejida “con la misma trama de nuestros sueños”. En este amplio sentido ponemos en nuestra portada *realidad* –síntesis del hecho y de la idea–, e *ideas* –suma del pensamiento y del ideal.

(I, 1: 1-4)

NOTA [diciembre de 1947]

AL cumplirse el primer año de su vida, se complace *Realidad* en comprobar que se encuentran en vías de lograrse aquellos objetivos que se propusiera en el momento de iniciar su publicación. Creemos que durante este tiempo nuestra revista ha alcanzado autoridad y ha respondido a la confianza con que desde el comienzo fue acogida, al discutir con altura y objetividad –lo que no significa desinterés distanciado– los diferentes problemas que abruman al mundo actual. Muchos de los trabajos aparecidos en sus páginas dieron ocasión a comentarios públicos y discusiones privadas cuyos ecos perduran a lo largo de los meses. Y las muchas cartas recibidas en nuestra redacción, expresando ya anuencia, ya disentimientos varios frente a algunas de nuestras colaboraciones, testimonian acerca del interés vivo con que estas son seguidas. Son manifestaciones que –cualquiera sea la personal actitud de sus autores– nos honran y satisfacen como pruebas inequívocas de la fecundidad de nuestro esfuerzo.

Nos proponemos continuarlo en el año próximo con vistas a una mejora constante. En primer lugar, proseguiremos concitando el examen de nuestra cultura en sus diferentes aspectos y repartiendo la atención sobre los muchos problemas que plantea; especial consideración dedicaremos a las cuestiones de fondo concernientes a la peculiar índole, fundamentos, situación presente y destino previsible del orbe occidental, en la convicción de que es una de las más urgentes cuestiones que debe afrontar la mente contemporánea. Nos proponemos también insertar de vez en cuando escritos de pura creación que entendamos ostenten nobles valores literarios. Y así como en el año de 1947 hemos dedicado un número especial al estudio de la figura de Cervantes, cuya obra es decisiva en la concreción de nuestra fisonomía espiritual, nos proponemos en el año próximo ofrecer a nuestros lectores,

también con carácter extraordinario, un número antológico de la moderna literatura argentina, en el que se presenten de una forma valorativa y sistemática las distintas manifestaciones de las letras y el pensamiento actual de nuestro país.

(II, 6: 462)

NOTA [julio de 1948]

LA circunstancia de encontrarse reunidas en el presente número de *Realidad*, al pie de sendos ensayos, las firmas de quienes pueden considerarse dos de los más altos exponentes del pensamiento contemporáneo y quizás los más representativos de la hora presente —nos referimos, como es obvio, a Martín Heidegger y Arnold J. Toynbee*—, da ocasión para que ahora, al año y medio de iniciada nuestra publicación, sometamos a nuestros lectores a algunas reflexiones acerca del desarrollo del programa que hubimos de trazar al iniciarla.

Veíamos entonces prosperar tendencias negativas, fuerzas que empujaban al mundo hacia la disolución de todo principio espiritual y aun de toda cultura, y nos proponíamos elevar nuestra voz contra ellas, previendo, no obstante, la gran dificultad de soslayar su demoníaca llamada al campo que les pertenece. “Descender a él —decíamos—, aunque fuese ganando pequeñas batallas, supondría en el fondo haber perdido ya la gran batalla”. Y añadíamos: “La necesidad de mantenerse en el terreno propio —esto es, en el de una libertad máxima frente a toda clase de compromisos, de partidos, facciones, grupos o pueblos, para la defensa de los valores espirituales— obliga, sin embargo, a actitudes que más de una vez parecerán dudosas a los simpatizantes; pues no se tratará a menudo de pronunciarse por el sí o el no en cuestiones prácticas, sino de llevar estas a un plano donde adquieran dignidad y plenitud de sentido”.

El hecho fortuito de que en nuestras páginas, autorizadas ya desde el comienzo por la colaboración de tantas figuras de relieve mundial, coinci-

**La civilización puesta a prueba* del célebre historiador y sociólogo inglés A. Toynbee nos ha sido cedida para *Realidad* por la editorial Emecé de Buenos Aires, propietaria de los derechos de traducción, y que lo publicará en un volumen con el mismo título. En cuanto a la *Carta sobre el humanismo* de Heidegger, ya dijimos en nuestro número 7, donde se inició su publicación, que habíamos adquirido los derechos exclusivos para su traducción a lengua castellana. Próximamente, será puesta a la venta en un pequeño volumen.

dan esta vez los dos grandes pensadores citados –uno de ellos, Toynbee, ahora en el ápice de la fama y del éxito; el otro, Heidegger, encerrado en la dignidad de la desgracia, aunque también disfrutando, sobre todo en los ambientes filosóficos franceses, de una boga que la dureza casi inextricable de su tecnicismo hace aun más sorprendente–, esa afortunada coincidencia, decimos, simboliza acaso el sentido de nuestra tarea y expresa la medida en que damos cumplimiento a nuestro programa.

Ponderar las dificultades materiales con que tropieza este –por si fueran pocas las que supone hoy, en principio, cualquier intento de actitud independiente y arisca frente a los poderes del mundo– resulta innecesario. ¿Quién ignora cómo aquellas fuerzas que amenazaban contra la cultura espiritual han progresado durante la última etapa? Razones diversas, cada una de las cuales puede ser muy atendible, pero que juntas contribuyen al mismo resultado, están obstaculizando cada día en mayor medida la difusión de la letra impresa; costos crecientes la substraen a muchas manos dentro del país, e inconvenientes burocráticos y financieros le impiden pasar sus fronteras, si no es en condiciones precarias. Así, cualquier resultado que se obtenga responde a un esfuerzo incalculablemente mayor de lo normal. Pedimos por eso a nuestros lectores, en compensación de lo que estamos realizando, que mantengan como hasta ahora la asistencia del interés hacia nuestra labor, sintiéndose copartícipes en nuestra obra.

(III, 9: 419-420)

A NUESTROS LECTORES [diciembre de 1949]

VARIAS veces hemos debido comunicar a nuestros lectores –siempre en el deseo, cumplido, de mantener con ellos el íntimo contacto adecuado al espíritu de colaboración con que emprendíamos la obra– las dificultades materiales que a su normal desenvolvimiento se oponían y que hasta ahora habíamos conseguido a duras penas remover.

Realidad tenía que llevar a cabo un propósito inicial de altura y dignidad; creemos haberlo logrado, tanto en las ideas y formas de expresión como en la presentación de cada número. Esto ha sido posible, durante tres años cabales, gracias al desinterés generoso de algunos editores y algunos particulares que aportaron su base económica haciendo confianza al cuerpo de redacción.

Interrumpimos, pues, temporariamente, con este número la publicación de *Realidad*, en la esperanza de que nuevas circunstancias más auspiciosas nos deparen pronto la oportunidad de reiniciar con una nueva serie nuestra tarea.

(VI, 18: 329)

Índice de nombres de personas

A

- Adorno, Theodor, 106-107, 170-171
- Agosti, Héctor, 33
- Agustí, Ignacio, 143 n. 3
- Alarcos, Emilio, 142
- Alberini, Coriolano, 149
- Alberti, Rafael, 196-197, 219
- Alcalde, Ramón, 34
- Aleixandre, Vicente, 131, 196, 230 n. 3
- Alighieri, Dante, 118, 120, 193
- Almafuerte* (Pedro B. Palacios), 140
- Alonso (Casa Iturrat), 218
- Alonso, Amado, 46, 48, 50, 53-54, 59, 210, 215-216, 231 n. 9, 234 n. 24, 235 n. 31 y 32
- Alonso, Dámaso, 131
- Álvarez del Vayo, Julio, 155
- Anderson Imbert, Enrique, 53, 192, 193, 216, 234 n. 24
- Andrade, Juan, 223, 237 n. 49
- Andrea, Miguel de, 42
- Aparicio, Juan, 151
- Aragon, Louis, 224
- Arconada, César M., 227
- Arias Salgado, Gabriel, 151
- Arlt, Roberto, 56
- Armani, Horacio, 193
- Aron, Raymond, 109, 111, 160
- Ascoli, Max, 78-79, 81, 91, 180
- Astrada, Carlos, 30

Auclair, Marcelle, 233 n. 20
Ayala, Francisco, 9-16, 18, 21, 29, 32-33, 39-44, 46-47, 49-50, 52-55, 58-60, 62-67, 74, 76, 85, 87-88, 92, 94, 100, 103, 124, 125-130, 136-142, 160, 162, 168-171, 173-177, 179-184, 186-187, 189-190, 203, 207-239
Azcoaga, Enrique, 233 n. 20
Azorín (José Martínez Ruiz), 158, 171

B

Baldrich, Alberto, 29
Baños Rivas (editorial Losada), 218, 236 n. 36
Barea, Arturo, 135, 161, 166
Barletta, Leónidas, 33, 35
Barrenechea, Ana María, 215
Bataille, Georges, 106-107
Bataillon, Marcel, 107
Baudelaire, Charles, 118, 120, 204 n. 6
Becco, Horacio Jorge, 193
Bécquer, Gustavo Adolfo, 193
Belloc, Hilaire, 214
Benardete, Maír José, 159, 172, 186 n. 4, 204 n. 6
Benítez, Hernán, 29
Benjamin, Walter, 106, 170-171
Bergson, Henri, 111
Bernard, Luther Lee, 82, 95
Bernárdez, Francisco Luis, 193
Bianco, José, 221
Bioy Casares, Adolfo, 31
Bleuca Teijeiro, José Manuel, 212, 233 n. 19
Boas, Franz, 109
Bobbio, Norberto, 98, 110, 171, 203

Borges, Jorge Luis, 37, 50, 55-58, 60, 63, 65 n. 15, 66, 114-116, 193, 196-197, 221, 237 n. 44
Borges, Norah, 196, 236 n. 36
Bosch Gimpera, Pere, 91, 101 n. 20, 238 n. 59
Bousoño, Carlos, 132, 198
Braun Menéndez (familia), 50
Brémond, Henri, 110, 193
Brooks, Van Wyck, 214, 234 n. 25
Bruera, José Juan, 97
Brughetti, Romualdo, 204 n. 6
Burckhardt, Jacob, 108, 110
Burnham, James, 78

C

Caggiano, Antonio, 42
Caillet-Bois, Julio, 193, 216
Caillois, Roger, 106,
Cambó, Francesc, 151
Campomar, Jaime, 28
Camprubí, Zenobia, 199
Camus, Albert, 19, 20, 86
Canal Feijóo, Bernardo, 34, 41
Canito, Enrique, 126-127, 141
Cano, José Luis, 126-127, 129, 133-135, 137-138, 141-142, 212, 230 n. 3, 232 n. 18
Casal, Julián del, 193
Casalduero, Joaquín, 204 n. 4
Cassirer, Ernst, 109
Castelnuovo, Elías, 30, 62
Castillo, Ramón, 26, 43 n. 2
Castillo Ferrer, Carolina, 76, 100 n. 7, 166 n. 12, 187 n. 5 y 12

Castro, Américo, 39, 107, 121, 184, 213, 215, 234 n. 24, 235 n. 29 y 30, 237 n. 42
Castro, Juan José, 44 n. 13
Cela, Camilo José, 130-131, 143 n. 3, 5 y 6
Cernuda, Luis, 213, 233 n. 19
Cervantes, Miguel de, 9, 107, 115, 204 n. 5 y 6, 233 n. 19, 247
Chacel, Rosa, 54, 221
Chacón y Calvo, José María, 193
Chávez Camacho, Armando, 153-154, 162
Churchill, Winston, 71, 81-82
Clarín (Leopoldo Alas), 233 n. 19
Clifford, Clark M., 81
Cobo Borda, Juan Gustavo, 221
Comfort, Alex, 100 n. 3
Conde, Javier, 157
Coppola, Horacio, 44 n. 13
Corpus Barga (Andrés García de la Barga y Gómez de la Serna), 78, 81, 92, 158-159, 162, 209-210, 231 n. 8, 232 n. 12 y 15
Cortázar, Julio, 43 n. 6, 94, 112, 192, 225-226
Cosío Villegas, Daniel, 238 n. 59
Cowes, Hugo, 32
Croce, Benedetto, 110

D

Darío, Rubén, 193, 204 n. 2
Delibes, Miguel, 143 n. 3
Derisi, Octavio, 29
Devoto, Daniel, 193, 216
Dewey, John, 110
Díaz Fernández, José, 179
Dieste, Rafael, 219, 236 n. 39

Discípulo, Enrique Santos, 62
Donne, John, 120, 195
Dostoyevski, Fiódor, 214
Dudgeon, Patrick, 78, 93, 123 n. 23, 204 n. 3
Durán de Ortiz Basualdo, Sara, 47, 237 n. 44
Durkheim, Émile, 29, 35

E

Echarri, Javier de, 155
Echeverría, Esteban, 40
Eijo y Garay, Leopoldo, 155
Einaudi, Giulio, 95
Einstein, Albert, 101, 156
Eliot, T. S., 110, 114-116, 118-121, 123 n. 23, 189, 194-195, 204 n. 3, 213-214,
235 n. 26
Erro, Carlos Alberto, 34, 37, 40, 46, 48, 54, 58-59, 210, 237 n. 51
Espina, Antonio, 130, 209, 210, 231 n. 8
Eymar Fernández, Enrique, 154

F

Fábregat Cúneo, Roberto, 94
Falla, Manuel de, 112
Farinelli, Arturo, 204 n. 6
Farré, Luis, 225
Farrington, Benjamin, 110
Ferguson, Adam, 108
Fernández, Javier, 193
Ferrajoli, Luigi, 15

Ferrater Mora, José, 81, 83, 88, 90-93, 95, 98-100 n. 7, 102 n. 23, 115, 117, 159, 162, 178, 180, 225, 227, 231 n. 6, 238 n. 52 y 53, 239 n. 60 y 62
Fichte, Johann Gottlieb, 107
Figueiredo, Fidelino de, 209, 225, 231 n. 7, 238 n. 54
Fitte, Rodolfo, 33
Flora, Francesco, 193, 230 n. 3
Flores, Ángel, 204 n. 6
Franck, Semión, 83
Franco, Francisco, 27, 33, 103, 112, 128, 137, 151, 153-154, 158, 222
Freud, Sigmund, 106
Freyer, Hans, 35
Freyre, Gilberto, 214
Fromm, Erich, 36, 112
Fronidizi, Arturo, 34
Fronidizi, Risieri, 39, 79, 187 n. 14, 213, 225, 234 n. 24
Frontini, Norberto, 33, 35

G

*G.-D., 158
Galinsoga, Luis de, 151
Galvarriato, Eulalia, 143 n. 3
Gálvez, Manuel, 24
Gándara, Carmen (Carmen Rodríguez Larreta de Gándara), 31, 35, 41-42, 46-47, 57-58, 62, 64 n. 1 y 2, 66 n. 17, 76-77, 82-83, 168-169, 189, 208, 210, 220-224, 237 n. 44, 48 y 50
Gándara Santamarina, Jorge, 31, 220
Gandhi, Mahatma, 91, 201

*Posiblemente corresponden a las iniciales del periodista y escritor español Guillermo Díaz Doín, exiliado en Argentina, que firma con su nombre completo otras colaboraciones en *Realidad*.

García Calvo, Agustín, 112
García Lorca, Federico, 50, 112, 122 n. 13, 155, 196
García Montero, Luis, 9, 127, 190-192, 201
García Morente, Manuel, 149
García Serrano, Rafael, 143 n. 4
Gaos, José, 147, 149, 156-157, 238 n. 59
Gaulle, Charles de, 80
Genta, Jordán Bruno, 29
Germani, Gino, 29, 34, 36
Ghiano, Juan Carlos, 193-194, 204 n. 2
Gibbon, Edward, 108
Gide, André, 107, 110, 204 n. 5, 214, 233 n. 19
Gil, Ildefonso-Manuel, 131
Giner de los Ríos, Francisco, 200
Girón de Velasco, José Antonio, 155
Girondo, Oliverio, 50, 219
Giusti, Roberto, 33
Glondys, Olga, 233 n. 18
Goethe, Johann W., 175, 204 n. 5
Gombrowicz, Witold, 66 n. 16, 110
Gómez de la Serna, Ramón, 149, 232 n. 17
González Lanuza, Eduardo, 54, 197, 204 n. 7, 226
Gorkin, Julián, 136
Goyanarte, Juan, 41, 224
Gracia, Jordi, 186 n. 5
Gramsci, Antonio, 110
Granata, María, 30
Graves, Robert, 112
Greene, Graham, 112
Guerrero, Luis Juan, 30
Guillén, Jorge, 196, 204 n. 4

Gullón, Ricardo, 127, 129-135, 137-142, 143 n. 1 y 9, 198-199, 204 n. 6, 211-212, 232 n. 16 y 18

Gurvitch, Georges, 35

H

Habermas, Jürgen, 107, 117-118, 171

Halcón, Manuel, 150

Halperin Donghi, Tulio, 21-23, 31, 34, 220, 231 n. 6, 237 n. 43 y 44

Hayek, Friedrich von, 96-97

Hegel, Georg W. F., 39, 106, 108-109, 111, 113-114

Heidegger, Martin, 38, 75-76, 89, 94, 106, 110-111, 114-117, 123 n. 20 y 21, 153, 159-160, 171, 178, 180, 182-183, 189, 216-217, 236 n. 34, 249-250

Heller, Hermann, 18

Henríquez Ureña, Pedro, 38, 50, 53, 187 n. 14

Hernández, José, 41

Hierro, José, 131, 198

Hill, Christopher, 121

Hitler, Adolf, 26-27

Hölderlin, Friedrich, 116-117

Horkheimer, Max, 93, 106

Horney, Karen, 36

Houssay, Bernardo, 28

Hume, David, 108

Huxley, Aldous, 93, 110, 112-113, 118

I

Imaz, Eugenio, 238 n. 59

Inca Garcilaso (Gómez Suárez de Figueroa), 189, 201

Iturrat, José, 218-219, 236 n. 39

J

- Jaeger, Werner, 110, 116
Jameson, Fredric, 115
Jarnés, Benjamín, 130, 174, 179
Jaspers, Karl, 111
Jauretche, Arturo, 67 n. 21
Jemolo, Arturo Carlo, 40, 84, 95-96
Jiménez, Juan Ramón, 91, 147, 157-158, 166 n. 11, 189, 191-196, 199-203
Jiménez de Asúa, Luis, 18
Johnson, Samuel, 118
Juan de Borbón, 155
Justo, Agustín, 43 n. 2

K

- Kafka, Franz, 46, 57, 64 n. 1, 220
Kant, Immanuel, 109, 114, 170
Kapuscinski, Ryszard, 16
Kennan, George F., 81
Kerényi, Karl, 180
Khachaturian, Aram, 86
Kierkegaard, Søren, 111
Klein, Violet, 36
Klossowski, Pierre, 106
Koestler, Arthur, 85, 103-104, 112
Kohn, Hans, 83, 180

L

- Lafforgue, Jorge, 31, 34, 231 n. 6, 236 n. 36
- Laforet, Carmen, 133, 143 n. 3
- Lafuente Ferrari, Enrique, 131
- Láin Entralgo, Pedro, 127, 135, 142
- Larra, Mariano José de, 133
- Larraz Elorriaga, Fernando, 50, 52, 135, 143 n. 7, 236 n. 39
- Lawrence, D. H., 214
- Leibniz, Gottfried W., 159
- Leiris, Michel, 106
- León, María Teresa, 210, 232 n. 15
- Levene, Ricardo, 29
- Levin, Harry, 107, 216
- Lévy-Bruhl, Lucien, 35
- Lida, María Rosa, 53, 215
- Lida, Raimundo, 53, 215
- Livi, Augusto, 97
- Llopis, Rodolfo, 155
- Locke, John, 113
- López Aranguren, José Luis, 135, 176
- López Llausàs, Antonio, 31, 50, 219
- Losada, Gonzalo, 31, 50-52, 57, 196, 218
- Luder, Ítalo, 29
- Lugones, Leopoldo, 193
- Luna, Félix, 21-22, 43 n. 1
- Luzuriaga, Isabel, 227
- Luzuriaga, Jorge, 42, 77, 105, 218
- Luzuriaga, Lorenzo, 10, 13, 21, 32, 41-42, 46-50, 52-53, 60, 62, 76, 79, 96-97, 100 n. 4, 110, 114, 117, 125, 129, 148, 157, 159, 169, 173-175, 179, 183, 186 n. 5, 187 n. 7, 189, 207-213, 215, 217-220, 222-225, 227-229, 233 n. 21, 234 n. 22 y 24, 235 n. 29 y 30, 236, 237 n. 42, 239 n. 61
- Lyotard, Jean-François, 107

M

- Machado, Antonio, 137
- Madariaga, Salvador de, 227
- Malinowski, Bronislaw, 36, 93
- Mallea, Eduardo, 10, 21, 32-33, 35, 37, 40, 46-51, 54-59, 62-63, 64 n. 2, 65 n. 15, 66 n. 16, 17 y 18, 67 n. 24, 98, 168-169, 189, 204 n. 1, 208, 210, 214, 217, 223-224, 234 n. 25, 237 n. 44
- Mallo, Jerónimo, 135
- Malraux, André, 197
- Mann, Thomas, 131, 214
- Mannheim, Karl, 35, 119
- Mantovani, Juan, 213, 234 n. 23
- Manzi, Homero, 62
- Marañón, Gregorio, 151-152, 155, 158
- Maravall, José Antonio, 131
- Marechal, Leopoldo, 30, 35, 62, 225-226
- Marías, Julián, 115, 127, 131, 135, 143 n. 8, 158
- Maritain, Jacques, 32, 64 n. 8, 88
- Marshall, George C., 72
- Martí, José, 193
- Martín Artajo, Alberto, 155
- Martínez Barrio, Diego, 155
- Martínez Estrada, Ezequiel, 33, 37, 41, 48, 54, 59, 64 n. 2, 210, 223-224, 238 n. 51
- Maruri, Julio, 132
- Marx, Karl, 106
- Matisse, Henri, 86
- Maulnier, Thierry, 86
- McCarthy, Joseph, 82
- Mead, Margaret, 36
- Medina del Río, Mariano, 50
- Meireles, Cecilia, 40, 78, 82, 94

Menéndez Behety, Alejandro, 50
Menéndez Pidal, Ramón, 155
Merli, Joan, 232 n. 17
Miguens, José Enrique, 29
Millington-Drake, Eugen, 212, 234 n. 22
Milton, John, 120-121, 194-195, 235 n. 6
Miró Quesada, Francisco, 89, 180
Mommsen, Theodor, 108-110
Mondolfo, Rodolfo, 225
Montiel, Isidoro, 153
Montserrat, Santiago, 56
Moore, George Edward, 123 n. 16
Moreno Villa, José, 204 n. 6
Morínigo, Marcos A., 53
Mounier, Emmanuel, 80
Mujica Láinez, Manuel, 37
Mumford, Lewis, 207-208, 214, 230 n. 1 y 2
Muñoz, Carmen, 236 n. 39
Muñoz Arconada, César (véase “Arconada, César M.”)
Muñoz Cortés, Manuel, 133
Muñoz Larreta, Helena, 46
Murena, Héctor A., 221, 226, 238 n. 56

N

Navarro, María Luisa, 210, 231 n. 10
Nicol, Eduardo, 92, 158, 180
Nicolson, Harold G., 84
Nietzsche, Friedrich, 106-107
Nora, Eugenio de, 132, 198

Northrop, Filmer S. C., 89, 111, 159

Novikov, Nikolai, 81

O

Ocampo, Victoria, 32, 37, 47-48, 50, 54-58, 63, 125, 149, 168, 186 n. 2, 189-190, 219-221

Olazábal, Pedro de, 234 n. 25

Olivari, Nicolás, 62

Oliveira Salazar, António de, 154

Oliver, María Rosa, 35

Orfila Reynal, Arnaldo, 227

Ors, Eugenio d', 171

Ortega y Gasset, José, 12, 47, 55, 110-111, 115, 122 n. 10, 147-166, 171-175, 179, 182, 186 n. 1 y 5, 187 n. 6, 227, 238 n. 58

Ortega Spottorno, José, 150

Ortega Spottorno, Miguel, 150-151

Ortega Spottorno, Soledad, 150

Ortiz, Ricardo, 34

Ortiz, Roberto, 43 n. 2

Orwell, George, 112

Ossorio y Gallardo, Ángel, 204 n. 6

P

Palacios, Alfredo, 44 n. 13

Paulhan, Jean, 85

Péguy, Charles, 214

Pemán, José María, 155

Pendle, George, 78, 81, 84, 87, 95-96, 123 n. 23, 204 n. 3
Pérez, Antonio, 118
Pérez, Joseph, 103, 122 n. 1
Pérez de Ayala, Ramón, 158
Pérez Galdós, Benito, 233 n. 19
Perón, Eva (Eva Duarte de Perón), 23, 29
Perón, Juan Domingo, 23, 27-29, 33, 39, 42, 43 n. 1 y 2, 44 n. 19, 62, 67, 125,
234 n. 24
Perrin, Jean Pierre, 95
Pétain, Henri Philippe, 80
Petrarca, Francesco, 193
Pezzoni, Enrique, 54, 230 n. 3
Picasso, Pablo, 86, 197
Pío XII (papa), 154
Pla y Deniel, Enrique, 155
Plenel, Edwy, 19
Pocock, J. G. A., 121
Poe, Edgar Allan, 214
Politkóvskaya, Anna, 16
Pombo Angulo, Manuel, 143 n. 3
Popper, Karl, 114, 119-120, 123 n. 17, 124 n. 28
Poviña, Alfredo, 29
Prados Arrarte, Jesús, 40, 78, 94, 96, 98, 228, 239
Prebisch, Raúl, 46, 48, 53, 210, 231 n. 9
Preston, Paul, 103
Primo de Rivera, Miguel, 179
Prokofiev, Sergei, 86
Proust, Marcel, 115

Q

Quiroga Plá, José María, 209

R

- Ramonet, Ignacio, 16
- Ramos, Jorge Abelardo, 62
- Ramos Oliveira, Antonio, 238 n. 59
- Ranke, Leopold von, 108-110
- Rasumovsky, Alexander, 86
- Rava, Horacio G., 41
- Recasens Siches, Luis, 155
- Revol, Enrique Luis, 123 n. 23, 192
- Rey Pastor, Julio, 46, 48, 53, 210
- Reyes, Alfonso, 147-148, 155-157, 162-163, 165, 166 n. 1, 6 y 9, 171, 238 n. 59
- Riba, Carles, 135
- Richmond, Carolyn, 9, 186 n. 5
- Ridruejo, Dionisio, 136, 151
- Río, Ángel del, 159, 172, 186 n. 4, 204
- Ríos, Fernando de los, 18
- Robertson, William, 108
- Rocamora, Pedro, 151
- Rodó, José Enrique, 171
- Rodríguez Larreta de Gándara, Carmen (véase “Gándara, Carmen”)
- Rodríguez Tomeu, Humberto, 193
- Roice, Pablo, 97-98
- Rojas, Ricardo, 24, 37
- Romains, Jules, 64 n. 8
- Romera Vera, Ángela, 29
- Romero, Francisco, 10, 13, 21, 32, 37, 39, 46, 49-50, 53-54, 58-60, 62, 64 n. 3, 88-89, 107, 109, 114, 117, 125, 149, 159, 169, 171, 173-174, 177, 180-184, 186 n. 5, 187 n. 7, 189-190, 208, 210, 213, 215-217, 220, 222-224, 236 n. 36, 237 n. 48 y 50
- Romero, José Luis, 34, 39-40, 43 n. 9, 44 n. 13 y 19, 46, 53, 187 n. 14, 204 n. 2, 212
- Romero, Luis Alberto, 75, 208, 230 n. 5, 231 n. 6, 234 n. 24, 236 n. 36
- Romero, Luz, 231 n. 6

Romero Brest, Jorge, 44
Roosevelt, Franklin D., 71-72
Rosa, José María, 29
Rosas, Juan Manuel de, 40
Rosenblat, Ángel, 53, 215
Rossi, Atilio, 32, 50
Rousseau, Jean-Jacques, 109
Rovira Armengol, José, 88, 180
Ruggiero, Guido de, 84, 95
Ruiz-Giménez, Joaquín, 151, 155
Russell, Bertrand, 38-39, 95, 110, 113-114, 118, 123 n. 15 y 16, 156, 189

S

Saavedra Fajardo, Diego de, 118
Sabato, Ernesto, 50, 94
Sagarra, Josep Maria de, 135
Salinas, Pedro, 130, 193-194, 196, 204 n. 2
Samatán, Marta, 29
Sánchez-Albornoz, Claudio, 29, 39, 210, 160-162, 184
Sánchez Reulet, Aníbal, 40, 54, 187 n. 14, 213, 225, 234 n. 24
Sanctis, Francesco de, 214
Sansinena de Elizalde, Elena (“Bebé”), 47, 149
Santayana, George, 110
Sarmiento, Domingo Faustino, 40, 220
Sarrailh, Jean, 227, 239 n. 61
Sartre, Jean-Paul, 18, 20, 38, 76, 80, 83, 85, 90, 95, 110-112, 118, 160, 189, 203, 233 n. 19
Schiller, Friedrich, 109
Schnitzler, Arthur, 214
Schubart, Walter, 90
Schultz, Fryda, 234 n. 23

Sender, Ramón J., 135
Seoane, Luis, 32-33, 44 n. 13, 232 n. 17
Sepich, Juan, 29
Serrano Plaja, Arturo, 232 n. 15
Serrano Poncela, Segundo, 135, 158, 193
Serrano Súñer, Ramón, 151, 155
Shakespeare, William, 120, 193
Shatzky, Jacob, 227
Shostakovich, Dmitri, 86
Silone, Ignazio, 80
Simmel, Georg, 35
Smith, Adam, 108
Sola, Graciela de, 225
Solari, Gioele, 97
Soler, Sebastián, 41, 46, 48, 79, 210
Sordelli, Alfredo, 210, 231 n. 9
Sosa López, Emilio, 193
Spender, Stephen, 189
Spottorno, Rosa, 150
Spranger, Eduard, 88, 100 n. 3, 180
Stalin, Iósif, 26, 71, 80-81, 85, 103
Stern, Grete, 44 n. 13
Svanascini, Osvaldo, 193
Swift, Jonathan, 118

T

Tiempo, César, 30
Tierno Galván, Enrique, 112
Tönnies, Ferdinand, 35
Torquemada, Tomás de, 103

Torre, Guillermo de, 32, 46, 48, 50, 52, 54-55, 59-60, 66 n. 16 y 18, 79, 107, 117, 135-137, 147-148, 152-153, 159, 166 n. 1 y 4, 172, 186 n. 4, 193, 196, 204 n. 6, 208, 211-212, 223, 230 n. 3, 232 n. 16 y 18, 233 n. 19 y 20, 236 n. 36, 237 n. 49, 239 n. 62

Torre, Miguel de, 236 n. 36

Toynbee, Arnold J., 38, 75, 86, 90, 108-109, 111, 114, 116, 123 n. 17, 158-159, 180, 189, 214, 235 n. 26, 249, 250

Treves, Renato, 29, 84, 95, 97, 225

Truman, Harry S., 72, 81, 82, 95

U

Unamuno, Miguel de, 171

V

Valle-Inclán, Ramón María del, 193

Valsecchi, Francisco, 29

Valverde, José María, 132, 198

Varela, Javier, 150

Varela, Lorenzo, 32-33

Vargas, Getúlio, 40, 78

Vázquez, Juan Adolfo, 89, 98, 180, 213, 224-225, 238 n. 52 y 53

Vázquez Zamora, Rafael, 133

Vega, Garcilaso de la, 193

Vehils, Rafael, 219

Veidle, Vladimir, 214, 234 n. 26

Vela, Fernando, 151, 179

Venegas, José, 219

Villegas López, Manuel, 230 n. 3

Viñas, Ángel, 126

Viñas, David, 34
Viñas, Ismael, 34, 56
Virasoro, Miguel Ángel, 38
Virasoro, Rafael, 230
Viterbo, Camilo, 97-98
Vittorini, Elio, 86

W

Wagner de Reyna, Alberto, 80, 87, 89, 92, 94, 178, 182, 193, 216-217, 235 n.
33, 236 n. 34
Wallace, Henry, 95-96
Walsh, María Elena, 64 n. 2, 66 n. 16, 226, 237 n. 44, 244 n. 57
Weber, Frida, 215
Weber, Max, 35
Wells, Herbert G., 80
Wittgenstein, Ludwig, 110, 117

Y

Yrigoyen, Hipólito, 23, 43 n. 2

Z

Zambrano, María, 152, 173, 187
Zardoya, Concha, 112-113
Zea, Leopoldo, 247 n. 59
Zedong, Mao, 72, 87
Zubiri, Xavier, 115

Cuadernos de la Fundación Francisco Ayala

1. Emilio Orozco Díaz: Una introducción a El jardín de las delicias de Ayala
Prólogo de Carmen Blanes Valdeiglesias
2. Amelina Correa Ramón: La familia de Francisco Ayala y su infancia
3. Carolyn Richmond: La clave de “Y va de cuento” de Ayala
4. Francisco Ayala: La noche de Montiel
Introducción de Ana González Neira
Comentarios de Sebastián Martín y Carolyn Richmond
5. Luis A. Escobar: Francisco Ayala y la Universidad Nacional del Litoral
Prólogo de Alberto Ribes
6. Gonzalo Sobejano: Lecturas de Francisco Ayala
7. Diez ensayos sobre Realidad. Revista de Ideas (Buenos Aires, 1947-1949)
Edición de Carolina Castillo Ferrer y Milena Rodríguez Gutiérrez

LOS CUADERNOS DE LA FUNDACIÓN FRANCISCO AYALA tienen una finalidad básicamente documental. En esta serie se pretende poner al alcance del público lector textos recuperados o estudios clásicos difícilmente asequibles, así como materiales y testimonios objetivos relacionados con la vida y la obra del autor. La colección también acoge trabajos sobre aspectos hasta la fecha poco estudiados de la obra y la trayectoria intelectual de Francisco Ayala.

Entre enero de 1947 y diciembre de 1949 aparecieron en Buenos Aires, a partir de una propuesta de Eduardo Mallea, los dieciocho números de *Realidad. Revista de Ideas*, impulsada por el filósofo argentino Francisco Romero –que fue su director nominal– y por dos españoles exiliados: el escritor y sociólogo Francisco Ayala y el pedagogo Lorenzo Luzuriaga.

El lector comprobará por sí mismo la densidad y variedad del contenido de *Realidad* conforme se vaya adentrando en los diez ensayos del volumen, que tratan temas como el contexto político e intelectual del primer peronismo y el de la posguerra mundial; el carácter internacional de la revista; la relación de esta con la cultura española, tanto la del exilio como la que comenzaba a reavivarse en el interior; y el mundo de las ideas, el pensamiento filosófico y la crítica literaria de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Al final del volumen, se reproducen cuatro textos importantes –sobre todo el editorial del primer número– dirigidos a sus lectores por la redacción para explicarles los objetivos de la publicación y comentarles el desarrollo de la revista. Esos escritos, junto con la correspondencia epistolar estudiada en otro de los ensayos, completan la visión que de *Realidad* tuvieron en aquel momento algunos de sus colaboradores.

Luis García Montero, Luis Alberto Romero, Raquel Macciuci, Sebastián Martín, Julián Jiménez Heffernan, Olga Glondys, Jordi Gracia, Francisco José Martín, Laura Scarano y Carolina Castillo Ferrer componen la nómina de diez autores que desde un enfoque multidisciplinar abordan otras tantas facetas de la revista para contribuir a su mejor conocimiento crítico.

Los ensayos que componen este volumen fueron presentados en el Simposio Internacional “En torno a *Realidad. Revista de Ideas* (Buenos Aires, 1947-1949)”, celebrado en Granada los días 22 y 23 de febrero de 2013, organizado por la Fundación Francisco Ayala y por el Proyecto de Investigación de Excelencia HUM 3799 “Francisco Ayala en América y América en Ayala”, del Departamento de Literatura Española de la Universidad de Granada.

